UNIVERSITY
OF
TORONTO
LIBRARY

BIBLIOTECA DE ESCRITORES
DE CHILE

VOLUMEN VII

BAISELLS
Y CA.
MONEDA
801 A 843
SANTIAGO
CHILE
IMPRENTA
BARCELONA
LITOGRAFIA
ENCUADERNACION

Santiago, Noviembre 10 de 1908

Teniendo presente:

PRIMERO.—Que la producción intelectual de Chile durante los cien años de vida independiente que la República está próxima á cumplir, constituye, así por el número y variedad de las obras como por la importancia y entidad de las materias, una de las manifestaciones más características y honrosas del progreso nacional;

SEGUNDO.—Que esta producción no es suficientemente conocida y apreciada en el país, y aun menos en el extranjero, por cuanto se halla esparcida en ediciones ó publicaciones aisladas, algunas de las cuales están agotadas ó son de difícil adquisición, haciéndose en todo caso necesario incorporarla en un cuerpo de publicidad que la presente, debidamente seleccionada, bajo un orden metódico de materias, de autores y de fechas;

TERCERO.—Que tanto en cumplimiento de los deberes educacionales que la Constitución le impone, como en estímulo de la propia producción intelectual del país, incumbe al Gobierno difundir el conocimiento de los escritores que han ilustrado las letras nacionales ó realizado estudios de mérito en los diversos ramos del saber;

CUARTO.—Que el cumplimiento de tal deber permite á la vez iniciar la realización de este propósito como uno de los más elevados y significativos homenajes que la nación pueda tributar al centenario de su independencia;

QUINTO.—Que desde varios años atrás las leyes de presupuesto vienen consultando sumas de dinero más ó menos considerables para costear la publicación de obras de determinados autores, sin obedecimiento á un plan y selección sistemáticos; y

SEXTO.—Que con tales cantidades, y aún sin perjuicio de mantener la publicación ya iniciada de ciertas obras, puede sobradamente efectuarse la edición paulatina y metódica del gran conjunto de la producción intelectual chilena, en la forma que el presente decreto determina, decreto:

I.—Establécese, con el nombre de «Biblioteca de Escritores de Chile», una publicación permanente destinada á coleccionar, previa selección, las obras escritas en el país y las de autores chilenos publicadas en el extranjero.

II.—Esta Biblioteca comprenderá la producción posterior al 18 de septiembre de 1810; ninguna obra podrá incorporarse en sus ediciones sino después de fallecido el autor.

III.—Una comisión especial permanente, compuesta del Ministro de Instrucción Pública, que la presidirá, del Decano de la Facultad de Humanidades, que será su Vice-presidente, del Secretario General de la Universidad, del director de la Biblioteca Nacional y de tres personas designadas por el Presidente de la República, tendrá a su cargo la publicación de la Biblioteca, determinando las obras que deban insertarse en ella, los detalles relativos á su edición y reparto, y todo lo demás que a tal publicación se refiera. La comisión tendrá, además, un secretario.

IV.—Las obras de cada autor irán precedidas de un estudio biográfico y crítico, cuya redacción se encomendará por la comisión permanente de la Biblioteca á las personas que juzgue idóneas.

V.—De cada autor se eligirán aquellos trabajos que por su mérito intrínseco, ó por revelar el estado de cultura ó mentalidad de un determinado período de la historia patria, se estimaren dignos de ser reproducidos.

VI.—Los volúmenes se imprimirán en formato de cuarto menor, á dos columnas, con tipo del número 9, interlineado; y sus demás condiciones de impresión serán también uniformes en toda la serie. Ningún ejemplar se entregará á la circulación sin pasta.

VII.—El número de ejemplares de cada edición no bajará de tres mil.

VIII.—Se repartirán gratuitamente ejemplares de cada uno de los volúmenes de la Biblioteca á todas las bibliotecas públicas, á las de todos los establecimientos fiscales de enseñanza, á las oficinas de las Legaciones chilenas y consulados de profesión, á las principales academias é institutos científicos extranjeros, y á las sociedades nacionales obreras de instrucción con personalidad jurídica.

IX.—Del resto de la edición se reservará una tercera parte, que quedará á disposición del Gobierno, en los almacenes del Ministerio de Instrucción Pública; y el remanente se pondrá á venta, al precio de costo de cada ejemplar, en las librerías del país ó del extranjero que la comisión designe. Cada ejemplar llevará impreso en la carátula el precio de venta.

X.—Del producto de la venta y de las comisiones corrientes en el comercio que se paguen a las librerías, se enviará trimestralmente una planilla detallada al Ministerio de Instrucción Pública, el cual ordenará su publicación en el *Diario Oficial.*

XI.—La comisión permanente de la Biblioteca se reunirá por lo menos una vez al mes y podrá celebrar sesión con tres de sus miembros.

XII.—El secretario tendrá directamente á su cargo la recolección de los impresos ó manuscritos que se necesiten para la publicación de las obras, la corrección de las pruebas y la vigilancia de la impresión. Le corresponderá, asimismo, llevar las actas de las sesiones de la comisión y la contabilidad de los fondos de que ella disponga, atender al reparto de las obras de la Biblioteca, y á los trabajos de redacción y demás que se le encomienden. En el desempeño de todas estas funciones procederá con arreglo á las instrucciones de la comisión.

Tómese razón, comuníquese, publíquese é insértese en el *Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno.*

MONTT. *Suárez Mujica.*

Valparaíso, 19 de Mayo de 1909.

Núm. 1,851.—Teniendo presente:

PRIMERO.—Que la comisión permanente encargada de organizar la Biblioteca de Escritores de Chile ha acordado solicitar del Supremo Gobierno la modificación del decreto de 10 de Noviembre de 1908 en orden al número de miembros de que consta dicha comisión y al formato elegido para editar las obras que formarán la Biblioteca;

SEGUNDO.—Que para el expedito funcionamiento de la comisión permanente hay conveniencia en aumentar el número de miembros que la componen, á fin de que pueda sesionar con la frecuencia que requieran las necesidades del servicio;

TERCERO.—Que hay también conveniencia manifiesta, dado el objeto que se tuvo en vista al crear esta Biblioteca, en modificar el formato primitivamente adoptado para la edición de las obras, el cual no cumple con todas las condiciones prácticamente convenientes á juicio de la comisión expresada,

Decreto:

Créanse dos nuevas plazas de miembros de la comisión permanente encargada de la organización de la Biblioteca de Escritores de Chile.

Adóptase como modelo para la edición de las obras que compondrán la Biblioteca, el formato de los volúmenes de la *Colección de los mejores autores españoles* de don Eugenio de Ochoa, edición Baudry, octavo francés, con las modificaciones que señale la comisión permanente.

Tómese razón, comuníquese, publíquese é insértese en el *Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno.*

MONTT. *Jorge Huneeus G.*

LS.C
V6A7r

BIBLIOTECA DE ESCRITORES
DE CHILE

Romances Populares y Vulgares

Recogidos de la tradición oral chilena

por

DON JULIO VICUÑA CIFUENTES

133433
8/9/14

IMPRENTA BARCELONA
Moneda esquina San Antonio
Santiago de Chile — Año 1912

Al Señor Don

Ramón Menéndez Pidal

ofrece ahora impresa, como antes lo hizo manuscrita, esta primera colaboración chilena á su gran **Romancero Tradicional**, su afectísimo amigo y O. S.

Julio Vicuña Cifuentes.

Santiago de Chile, á 10 de Mayo de 1912.

INTRODUCCIÓN

Dejemos á un lado á los que todavía creen, siguiendo una moda que hace tiempo dejó de serlo, que la literatura española se encuentra en evidente inferioridad respecto de las grandes literaturas europeas, porque no tiene una epopeya capaz de competir con *La Gerusalemme* ú *Os Lusiadas*, ni una tragedia, de las que por la forma llevan este nombre, que pueda compararse con las de Shakespeare ó Corneille. Convengamos, sin embargo, en que en todos los géneros literarios, como sucede á los demás países, tiene España competidores poderosos, aunque en alguno de ellos, para compensar lo que cede en otros, pueda exhibir una obra genial, como el *Quijote*, que mantiene la supremacía desde hace tres siglos, así sobre las que le han seguido, como sobre todas las que le precedieron.

Colocada la cuestión en este terreno de equivalencia, la diversidad de pareceres con que se aprecian determinadas cuestiones, son meros asuntos de detalle que no hacen al caso. Pero España tiene algo más, tiene todo un género poético en que no es posible pensar en rivales, porque ni siquiera existen los competidores: ya se comprenderá que he nombrado el *Romancero*. En la literatura tradicional de los otros países, á pesar de la riqueza de algunas, nada hay que pueda comparársele, ni por la forma, que es privativa suya, ni por el tono, tan sobriamente épico, á la vez que tan rápido y animado.

Mucho se ha discutido sobre el origen de este género poético, pero desde que Milá y Fontanals, en su admirable estudio *De la poesía heroico-popular castellana*, publicado en 1874, demostró que los romances antiguos no habían nacido como baladas independientes, sino que eran fragmentos de poemas más largos llamados en España *Cantares de Gesta*, las opiniones han tendido á uniformarse, y creo que ahora serán muy pocos los que disientan del parecer del insigne erudito catalán, á quien llamó Gastón París «le vrai fondateur en Espagne de l' histoire critique de la littérature médiévale».

Don Ramón Menéndez Pidal, la persona mejor preparada hoy día para tratar del *Romancero*, en el cual trabaja asiduamente, ha adelantado algunas ideas sobre esta importante materia, en varias conferencias dadas por él en dos universidades de los Estados Unidos [1]. Transcribiré sus opiniones, lo más brevemente que me sea posible, en cuanto se refieren al origen, desarrollo y difusión del romance castellano, que es lo que ahora nos interesa.

«La poesía épica española es en su origen concretamente castellana; castellanos son todos sus héroes primitivos: el Conde Fernán González, los Infantes de Lara, el Conde Garci-Fernández, el Infante García y el Cid. Los poemas que cantaban á estos héroes fueron compuestos primitivamente en los siglos X, XI y XII, y luego, renovados y refundidos hasta en el siglo XV.

«En esta larga vida, la poesía heroica salió de Castilla para difundirse por España entera, y entonces tuvo que ensanchar su primitivo espíritu local y cantar héroes de otras regiones, abandonando su exclusivismo originario. Así cantó también héroes no castellanos, pero que podían interesar á toda España, como el último rey visigodo Don Rodrigo; ó el leonés Bernardo del Carpio; ó los pala-

1. Vide la BIBLIOGRAFÍA.

dines franceses cuyas guerras con los sarracenos de España eran celebradas por los juglares del Norte de los Pirineos, y fueron luego repetidas por los juglares del Sur, renovando en la Península las hazañas de Carlomagno y sus doce pares.

«Los poemas españoles que cantaban todos estos héroes, se llamaban *Cantares de Gesta*. Eran poemas no muy extensos, comparados con los de otras literaturas (el del Cid tenía sólo unos cuatro mil versos) escritos en metro largo é irregular, predominando los versos de catorce sílabas y más tarde los de diez y seis. Dividíanse en series, ó grupos de versos acabados todos en el mismo asonante; y estas series, llamadas coplas, eran también muy desiguales: las hay que sólo tienen cuatro versos; las hay que pasan de ciento. El tono de estos poemas ó cantares era esencialmente narrativo, sin apenas ninguna narración lírica; eran crónicas ó novelas rimadas. Sus asuntos eran las aventuras y las hazañas, principalmente militares, de héroes pertenecientes á la alta clase de la sociedad medioeval: los reyes, los condes, los ricos hombres ó los simples caballeros. Era poesía aristocrática, señorial, escrita originariamente para un público de hidalgos, cantada en el palacio, en el castillo, en la casa solariega, en medio de las mesnadas que marchan al combate; era la poesía de la casta militar, heredera de las tradiciones de los visigodos...

«El espíritu profundamente democrático de Castilla estaba pronto á reconocer en cada villano un hidalgo... y ese espíritu democrático exigía un cambio de rumbo en la epopeya. Era preciso que la poesía aristocrática, de largas dimensiones, hecha para oírse en los días ociosos de la paz, en reposadas sobremesas, fuese substituída por otra más breve, que pudieran gustar hombres menos descansados, otra más propia de gente llana.

«Entonces, entre los siglos XIV y XV, con la desorganización de la nobleza y el incremento que los municipios habían tomado, se fraguaba en la frontera andaluza

el alma nacional, confundiendo á nobles y plebeyos en comunes empresas, en ideas y sentimientos comunes...

«La epopeya castellana, aristócrata en su origen, ensanchó el campo de sus oyentes, y se dirigió á un público numeroso y heterogéneo; perdió el cerrado carácter militar que tuvo, como poesía de nobles, para buscar muy variados matices; buscó más bien la aventura novelesca que la hazaña heroica; con la pintura del amor, y de otras pasiones como el amor más humanas, desconcidas casi de los viejos Cantares de Gesta, procuró agradar á un público más extenso, y así fué evolucionando, de poesía heroico-caballeresca que era, en poesía propiamente novelesca, de interés más general.

«Dominados por esta tendencia, los juglares se aplicaron á remover la envejecida epopeya, que ya cansaba á la misma clase militar entre la que había nacido, y lograron atraerse la atención, lo mismo de los hidalgos, que de los burgueses, los mercaderes y los labradores. Sólo entonces, tardíamente, la poesía heroica se hizo la poesía de todos, grandes y pequeños, esto es, poesía verdaderamente nacional y popular; sólo entonces pudo llegar á vivir en la memoria del pueblo.

«Así el pueblo recibió como suya esa poesía nacida para los nobles. Estos, mezclados con aquéllos, escuchaban con interés incansable al juglar que venía á recitar las últimas refundiciones de los viejos poemas... Los oyentes de una larga recitación épica se encariñaban con algún episodio más feliz, haciéndolo repetir á fuerza de aplausos, y luego que el juglar acababa su largo canto, se dispersaban llevando en su memoria aquellos versos repetidos, que luego ellos pregonaban por todas partes. Pues bien, esos breves fragmentos, desgajados de un antiguo Cantar de Gesta y hechos así famosos y populares, son, ni más ni menos, los romances más viejos que existieron.

«Algunos, aunque pocos, se conservan aún, trasmitidos de generación en generación hasta la época de la impren-

ta, que los salvó del olvido. No procuran resumir los relatos legendarios famosos, sino que se limitan á repetir ciertas situaciones sueltas, que los juglares, al contar esos relatos, habían tenido el acierto de idear con más fortuna que el resto. Mencionaremos, como muestra, los tres romances que nos presentan á Bernardo del Carpio, á Fernán González y al Cid en violenta disputa con el rey, asunto preferido por la memoria popular; ó el de Jimena, que ante el rey se querella del matador de su padre; ó el de la infanta Urraca, lamentándose junto al lecho del rey moribundo que la deja desheredada; ó el del rey saludando al Cid, que viene á las cortes después de larga ausencia:

—Viejo que venís, el Cid,
viejo venís y florido.
—No de holgar con las mujeres,
mas de andar en tu servicio...

«Estos romances derivados de las Gestas son no sólo la porción más antigua, sino la más original del Romancero... Por lo que á su forma se refiere, herederos también... de la métrica de las Gestas, están compuestos en versos largos, de diez y seis sílabas, asonantados entre sí con un asonante uniforme, si el romance ofrece restos de una sola serie ó copla épica, que es lo más común; pero á veces conserva restos de dos, más rara vez de tres series, y entonces las asonancias del romance son dos ó tres distintas...

«Tal es la varia filiación y la estructura del romance primitivo, que podríamos definir como un poemita esencialmente episódico, compuesto de algunos versos de un Cantar de Gesta, ora simplemente entresacados, ora añadidos con otros para completar en parte la narración tradicional ó para desarrollar una nueva y caprichosa; siempre en forma concisa y enérgica, más bien descriptiva ó dialogada que narrativa...

«Una vez desgajado de los Cantares de Gesta el género del romance breve, se compusieron romances de nuevo cuño. Sin duda al lado de los juglares que cantaban los poemas enteros, habría ya en el mismo siglo XIV otros cantores más humildes que se dedicarían á repetir aislados los episodios más de moda, y para ello los arreglaban, sin preocuparse de la acción total; ó preferían componer narraciones nuevas que pudiesen encerrar en corto número de versos...

«No fueron ciertamente los asuntos castellanos los preferidos de los nuevos juglares de romance... Entonces estaban de moda en Europa los asuntos de la epopeya francesa, y á ellos se aplicaron con afán... Pero el romancero no se estancó... en estas imitaciones... ni se contentó con aquellos recuerdos y renuevos de la materia épica castellana, sino... que poetizó la vida heroica actual... Singular es por esto el ciclo de los romances de don Pedro el Cruel, donde la poesía popular sombreó de negras tintas la figura de ese monarca manchado de crimenes...

«Entre los partidarios del matador de don Pedro, don Enrique de Trastamara, sonó el primer canto fronterizo conservado hasta hoy, canto de victoria sobre los moros granadinos... Cuenta este romance la defensa de Baeza en el año 1369...

«Los romances fronterizos narran episodios militares de la reconquista en su último siglo, cuando el poder musulmán en el suelo español se reducía á Granada y su reino... Son relaciones historiales, cuadros concisos y vivos; poemitas que nacieron en medio de la guerra que cantan... En los romances fronterizos.... la vistosa riqueza de los trajes moros brilla en rápidas descripciones... Los moros que hacen fiesta en la Vega de Granada, llevan pendones ricamente bordados por las mujeres á que galantean; el moro que no tiene amores no escaramuza, y las damas son testigos del valor de los caballeros, presenciando la fiesta desde las torres de la Alhambra.

«Más tarde, en pleno siglo XVI y en el XVII, esta descripción de galas y fiestas, recargada con vistosos pormenores: la galantería viniendo á ser el pensamiento único de los caballeros: la acción tejida sólo de amores, celos y desdenes, fué lo que constituyó los romances moriscos, que no son sino una forma degenerada de los fronterizos, en que los poetas castellanos gustaban disfrazar su lírica, género muy de moda en el siglo XVI, que prosperó en el Romancero como mala yerba...

«Los romances fronterizos son los últimos retoños de la poesía heroica nacional. Con la toma de Granada, la poesía heroica agotó su segunda vida, y nunca ya supo hallar otros manantiales de inspiración...

«Pero si el romancero no producía ya nuevos cantos en el siglo XVI, lograba en cambio la mayor difusión de sus antiguas producciones. Todos entonces, nobles y plebeyos, sabían de memoria los romances viejos y saboreaban su canto sentido y melancólico... Las imitaciones de los poetas más ó menos cultos no se hicieron esperar. En la primera mitad del siglo XVI, se compusieron bastantes romances semi-populares, inspirados en la tradición oral y en las crónicas referentes á los asuntos de la epopeya castellana ó francesa, pero aprevechando estas fuentes con bastante libertad, á veces innovando los datos consagrados por la tradición, ó poetizando episodios hasta entonces no tratados... El tono de estos romances recuerda algo la sencillez de los viejos, pero es más pesado, más narrativo, menos dialogado...

«En la segunda mitad del siglo XVI la imitación tomó otro camino. Entonces, la publicación en 1541 de la *Crónica General de España*, hizo accesible al público este gran monumento de la historiografía medioeval, en que á la narración propiamente histórica, se entremezclaban una buena porción de Cantares de Gesta antiguos, reducidos á prosa. El erudito de entonces tomaba esos relatos por tan auténticos como el resto de la crónica, pero no podía

menos de sentir la poesía que encerraban, la cual le parecía más digna de divulgarse en una forma métrica, que la de los romances viejos que entonces circulaban con tanto aplauso y en los cuales veía poca conformidad con el texto de la *Crónica General.* Así en 1550... Alonso de Fuentes publicó *Cuarenta cantos peregrinos sobre Historia de España*, queriendo de buena fe copiar el estilo, tan de moda, de los romances tradicionales, y demostrando en su copia la más absoluta incapacidad para sentirlo y comprenderlo. Igual falta de sentido artístico reveló Lorenzo de Sepúlveda, otro historiador poeta que al año siguiente ofreció al público los *Romances nuevamente sacados de historias....*

«El prosaísmo de los romances eruditos apenas desaparece más que cuando el texto de la Crónica que riman deriva de un antiguo Cantar de Gesta, como á menudo sucede; pues entonces, la poesía disecada en la Crónica anima la árida imaginación del romancerista...

«Algo después que estos eruditos rimadores de Crónicas, en las dos últimas décadas del siglo XVI, llegaron los verdaderos poetas á comprender el romance como forma artística y á componer romances por su cuenta, desarrollando una tendencia que apuntaba ya desde fines del siglo XV. Bien lejos de ceñirse al relato histórico, buscaron más independientemente la inspiración y procuraron adornar el relato con varios artificios poéticos, alusiones mitológicas, pompas retóricas, máximas y reflexiones morales, remedos de la lengua medioeval. Estos son los que se llaman romances artísticos...

«La gran boga del romance en el siglo XVII, ocasionó la ruina del género... Siglo y medio de olvido cayó sobre el romancero. Extrañado de la literatura, buscó su refugio en la memoria popular, donde mantuvo secular arraigo, pues en ella había conseguido conquistas más duraderas que las de la moda literaria...

«Fruto de un recuerdo tan antiguo y repetido, el ro-

mancero persiste hoy con fuerza entre los judíos españoles... en las regiones españolas de habla no castellana... en Portugal... y en la América española... La experiencia ha venido á comprobar... que el romance tradicional existe donde quiera que se le sepa buscar en los vastos territorios en que se habla español, portugués y catalán; allí donde no se tenga noticia de su existencia, una hábil indagación lo descubrirá indudablemente».

Hasta aquí el señor Menéndez Pidal.

Hace doce años, más ó menos, cuando ni aun podía yo pensar que hubiese en la tradición oral chilena romances populares españoles, un discípulo me llevó á la clase una estragadísima versión del romance *El reconocimiento del marido*, recogida por él de los labios de un viejo campesino de Buin. Interesado en la indagación, aunque receloso de que se tratase de un caso aislado, logré ponerme en contacto con este individuo, que á pesar de sus muchos años recordaba fragmentos de otros romances, populares y vulgares. Seguro ya de que estos viejos cantos existían en nuestra tradición popular, me di á buscarlos, si bien no con mucha actividad al principio, por estar empeñado en diversos trabajos, y al llegar á Santiago don Ramón Menéndez Pidal, en 1905, le entregué doce ó quince versiones que había recogido. El mismo señor Menéndez, guiado por mí, pudo interrogar á varios individuos del pueblo y recoger personalmente algunas variantes.

Fruto de las conversaciones que tuve con el señor Menéndez Pidal, fué la mayor actividad que desplegué en la recolección de romances, tarea en que me auxiliaron eficazmente varios de mis discípulos, para quienes imprimí unas *Instrucciones*[1]. Ellos me pusieron en contacto muchas veces con obreros, criados y campesinos que los recitaban, y cuando esto no fué posible, ellos mismos los recogieron de sus labios con la fidelidad que les había

1. Vide la BIBLIOGRAFÍA.

aconsejado. De esta manera logré reunir unas doscientas cincuenta versiones, la tercera parte de las cuales me fué proporcionada tal vez por mis discípulos. En la imposibilidad de recordar los nombres de todos, sólo puedo consignar aquí los que ahora me vienen á la memoria, y son: don Juan Almeida, don Luis Novoa, don Aurelio Castilla, don Horacio Blanco, don Alfonso de la Barra, don Abrahán Alcaíno, don Ataúlfo Diaz, don Benjamín Velázquez y don Armando Sanhueza, que ha sido el colector de todos los procedentes de Coihueco, pequeño pueblo de la provincia de Ñuble, que hace presagiar la abundancia en que podrían recogerse en los demás, si se contara con colaboradores tan activos é inteligentes como este estudioso joven.

De la recopilación que ahora publico he excluído las versiones que, por estar muy estragadas y por no contener variantes dignas de tomarse en cuenta, carecen de interés para el público y para los eruditos, aunque lo tengan, y grande, para acreditar la difusión que alcanzan los romances á los cuales pertenecen. Sin embargo, estas omisiones no dañan sino muy relativamente al conjunto, porque siempre las he ejercitado, ó en romances populares como el de *Delgadina*, *El reconocimiento del marido*, *Blanca Flor y Filomena*, *La mala mujer*, *La adúltera*, *El hilo de oro*, que deben estimarse como difundidos en todo el país, y de los cuales doy buen número de versiones, ó en romances vulgares que abundan como la mala yerba, y cuya importancia es más bien local, casi privativa de nuestro *folk-lore* (no importa que hayan sido engendrados lejos de aquí), y aun en él, limitada al conocimiento de ciertas tendencias populares que les han dado albergue, al influjo que han ejercido en su literatura, y como corroboración de conclusiones más generales á que hemos de llegar después, cuando esté más adelantado el estudio de nuestra tradición.

Se me dirá que esto no es poco, y así lo he estimado yo

mismo al recogerlos é incluírlos en esta colección; pero siempre es menos, al lado de la importancia que tiene para la literatura universal, todo lo que se relaciona con los romances genuinamente populares.

La manera como se han introducido y popularizado entre nosotros los romances españoles, es fácil concebirla. Desde los lejanos tiempos de la conquista y de la colonia, hasta los que hoy alcanzamos, en que la inmigración ha substituído por obreros pacíficos los belicosos soldados de los viejos tercios de Flandes y de Italia, nunca se ha interrumpido el contacto de la Madre Patria con las que fueron sus colonias. Dicho queda, ya por boca del señor Menéndez Pidal, que el siglo XVI, el de nuestro descubrimiento, fué el de mayor difusión del romancero castellano, y es indudable que entonces comenzaron á propagarse en nuestras incipientes poblaciones, y que de sus padres los aprendieron los primeros chilenos que llevaron sangre española en sus venas.

¿Cuántos de esos romances, muchos de los cuales debieron de ser históricos, persisten en la tradición popular?... Nadie podría decirlo, porque si algunos quedan, deben de estar tan estropeados, que ni la forma métrica conservarán tal vez. Lo más probable es que, pasado el período más belicoso de la conquista y constituída regularmente la sociedad colonial, esos romances hayan cedido el lugar á los novelescos, que se avenían mejor con las costumbres de la época, fecunda en aventuras galantes y en dramas de familia parecidos quizá á los que algunos romances referían.

Puede asegurarse, en presencia de lo que nos queda, que del copioso romancero tradicional que en diversas épocas, ya remotas, se difundió entre nosotros, se olvidaron los romances históricos, que celebraban héroes y hazañas que nuestro pueblo desconocía; se olvidaron por igual motivo los de asuntos clásicos y los fronterizos y

moriscos; se olvidaron, por sosos y descoloridos, los que contaban amores y aventuras que no rebasaban los límites de la cortés galantería, y sólo fueron quedando aquéllos de asuntos fuertes, á las veces sangrientos y pecaminosos, y algunos sobre temas bíblicos y devotos, por la falta de aprensión con que el pueblo asocia en su memoria cosas que parece debieran excluírse recíprocamente. A esto apenas hay que agregar unos cuantos romancillos, generalmente muy breves, que se conservan por tradición infantil, pues los niños se han apoderado de ellos para acompañar algunos de sus juegos.

Pero ¿sucede en España, patria del romancero, cosa muy distinta?... Juzgando de la tradición peninsular por las colecciones de los señores Menéndez Pidal, don Juan, y Menéndez Pelayo (t. X de la *Antología*), se puede colegir que algo muy parecido ocurre en las provincias españolas, donde predominan romances como el de *La esposa de don García*, *Doña Arbola*, *La venganza de honor*, *Doña Enxendra*, *La infanticida*, *La esposa infiel*, y el monstruoso de *Delgadina*, del cual dice don Ramón Menéndez Pidal «que ya lo recoge de mala gana, por lo mucho que abunda». Aun entre los judíos españoles de Levante, que han incorporado en la literatura litúrgica muchos de los romances que aprendieron de sus antepasados, no se advierte mayor pulcritud en los recuerdos, y Danon hace notar «el irresistible atractivo que el falso Mesías Labbatai Cevi ejercía sobre sus fieles, cantando con alusiones místicas el romance de *Melisenda*, la hija del Emperador».

El pueblo, que no es incapaz de comprender y aún de albergar los sentimientos más delicados, tiene sin embargo cierta predilección por lo deforme, acaso porque hiere su imaginación con más viveza, acaso también porque satisface mejor las exigencias de su estragado paladar, que necesita de fuertes estimulantes para avivar el gusto.

Se puede asegurar que todos los romances populares españoles que existen en Chile, se han introducido y propagado en diversas épocas por medio de la tradición oral. No

podría afirmarse esto mismo con igual certeza respecto de los vulgares, que en España se imprimen en pliegos sueltos. Sin embargo, me inclino á creer que la mayoría se ha transmitido oralmente, y que si algunos lo han sido por impresos, esto debe haber ocurrido en fecha ya antigua, pues no he logrado ver ninguno de esos pliegos, ni entre los recitadores más viejos hay memoria de ellos.

La colección que ahora publico—me refiero siempre á los populares — no debe estimarse sino como una pequeña parte de lo que se puede recoger. A pesar del empeño que he puesto, nunca he podido explorar sistemáticamente nuestra tradición, y me han faltado colaboradores entusiastas en la mayor parte de las regiones señaladas como más propicias á la conservación de estas preciosas reliquias. Para dar una idea de la abundancia en que se encuentran, me bastará decir que jamás he interrogado á un grupo de campesinos ó de obreros en los pueblos ó haciendas que he visitado, sin obtener una ó más versiones de romances, y noticias de personas á quienes ellos los han oído en mayor número. Por desgracia, sólo de paso he podido hacer la investigación, y los que se han ofrecido á secundarme—cosa que, por residir en los mismos lugares, no les habría sido difícil realizar—pocas veces han cumplido sus promesas.

No hay sino ver que la mitad de las versiones que publico las he obtenido de recitadores avencidados en la provincia de Santiago, la mayor parte en la capital misma, donde, con la profusión de versos líricos que se cantan, pronto se vician y se revuelven, acabando por olvidarse. Muchos de esos romances proceden de fuera, de obscuros lugares de provincia, donde seguramente habrá otros que, perdiendo día á día de su primitiva forma los rasgos más característicos, aguardan en vano al colector que los salve del total naufragio.

Pocos son los individuos del pueblo que distinguen estas poesías con el nombre de romances; los más las llaman *co-*

rridos, como en Andalucía, y menos frecuentemente *logas*, nombre con que se les designa sólo en algunas de nuestras provincias australes, Malleco, Cautín, Llanquihue, etc. Aun la denominación de *corridos*, que es la más extendida, muchos la ignoran, especialmente en las ciudades, donde el tecnicismo métrico popular anda todo revuelto. La mejor manera para entenderse con los recitadores es prescindir de nombres, ó no insistir mucho en averiguarlos, (pues son desconfiados y siempre andan recelando que el *futre* [1] quiere burlarse de ellos), é iniciar la investigación recitándoles comienzos de romances, cuidando de principiar por los que están más difundidos, para darles la satisfacción de acertar luego con alguno que ellos saben, pues el recitador á quien se dicen versos de ocho ó diez romances que nunca ha oído, pronto se aburre, se encocora y se desconcierta, y acaba por desbaratar de cualquier manera la investigación. Siempre conviene leerles lo que han dictado, pues en las pausas que se ven obligados á hacer mientras uno escribe, rara vez dejan de olvidar algo, que después añaden ó corrigen. Ojalá que estas ligeras indicaciones sirvan á algunos para seguir explorando nuestra rica tradición.

Los romances populares—no sé si todos—se cantan en Chile, pero no con la música sentida y monótona que les es peculiar en España, sino con la de nuestras tonadas, viva, chillona y bulliciosa. Cinco ó seis he oído cantar, y en vano he procurado recogerlos en cilindros de fonógrafo, pues la mentecatez de las cantoras, disfrazada de vergüenza y encogimiento, nunca me permitió tomar más de dos versos seguidos: siempre un olvido simulado, una carcajada estúpida, una excusa majadera, echaron á perder el cilindro, y... vuelta á comenzar, con idéntico resultado. Porque los que saben y cantan romances, no son los cantores y cantoras de profesión, que gustan más de los versos líricos,

1. Lechuguino, y por extensión toda persona que viste de caballero.

sino pobres campesinas, gente huraña y dengosa, capaz de desesperar al más paciente con sus enfadosos remilgos. No pierdo, sin embargo, la esperanza de recoger algunas muestras de esta música, en más propicia ocasión.

De varios romances vulgares, como el de *Luis Ortiz* y otros que ahora no recuerdo, me han dicho que se cantan con acompañamiento de *guitarrón* [1], instrumento que sólo he visto manejado por hombres, cantores de décimas y quintillas. Pero es indudable que el largo romance vulgar no se canta, sino que se recita á la vera del fuego, «para acortar la noche», mientras las mujeres escarmenan é hilan la lana, ó aspan y devanan el hilo, para tejer el sayal, la frazada de cordoncillo, el poncho doble ó la vistosa manta payá [2]; y los hombres arreglan sus aperos de labranza ó sus avíos de montar, enseban las coyundas, soban el cuero para las ojotas [3], remiendan los costales [4] y capachos, cosen los pellones [5], trenzan los lazos [6] ó tuercen el crin en la tarabilla [7].

---

1. Es una guitarra grande y de muchas cuerdas, en número variable, pues los hay de veinticinco y de más de treinta.

2. La *manta* tiene la misma forma que el poncho, pero es siempre más delgada, generalmente más corta y sus colores son más vivos. La *manta payá*, la más celebrada en los campos de Illapel, está adornada con listas multicolores que descienden verticalmente de la *boca* (abertura central), y de los lados, en la parte que cae sobre los brazos. El verdadero nombre es *payada*, pues se refiere al color, ó tal vez al matiz, que llaman *payado*; por lo que *manta payada* (ó *payá*, como pronuncian ellos) vale *manta de color payado*, palabra esta última cuya etimología ignoro.

En los rodeos, los peones animan á los jinetes con gritos y cuchufletas, que en ocasiones encierran advertencias sobre lo que deben ejecutar, y en vez de designarlos con sus nombres, lo hacen aludiendo al color de la manta que llevan. He aquí varias, una de las cuales tiene relación con esta nota:

¡Atrácale, manta paca!
¡Dále la orilla, manta rosilla!
¡Dále la quebrá, manta rosá!
¡Echalo p'allá, *manta payá*!

3. Especie de abarcas.

4. Los costales chilenos son hechos de cuero, como las corachas españolas.

5 Vide r. 150, n. 18.

6. Cuerda hecha de latiguillos trenzados y provista de un nudo corredizo para coger animales.

7. La tarabilla es una planchuela de madera pesada y resistente, de

También en Chile hay romances populares, de cepa netamente indígena, como el de *El vaquero*, *El huaso Perquenco*, *Cuando salí de mi tierra* y algunos otros, todos con asonante agudo, único que el pueblo siente bien. Son muy breves y están destinados al canto.

El romance vulgar, pedestre y despreciable derivación, literariamente considerado, del antiguo romance juglaresco, relata por lo general crímenes y truhanerías, portentosos absurdos, historias de cautivos y renegados, leyendas de santos que lavaron con la sangre del martirio las disipaciones de su vida pasada, cuanto, en fin, puede interesar la enfermiza curiosidad del vulgo, ávido de sensaciones fuertes novelescamente preparadas. Estos romances reflejan bien, de preferencia, una de las fases históricas del carácter del pueblo español, singularmente del andaluz: su propensión al *matonismo*, de que el nuestro participó en buena dosis, que lejos de menguar, se acrecienta, porque hay quienes la cultivan con el esmero que niegan á la propagación de muy útiles virtudes.

No de otra suerte se concibe que haya arraigado en la tradición chilena, tan crecido número de romances de valentones y perdonavidas, sin mérito literario alguno, porque ni el género lo consiente, pero interesantes por otros conceptos, que se relacionan directamente con nuestra psicología popular. De ellos se han derivado los romances vulgares chilenos que corren anónimos, porque en ellos se inspiraron para componer los suyos los poetas populares de otros días, con Bernardino Guajardo á la cabeza, hasta que, desengañados del asonante, que el pueblo ya no sentía, se dieron á versificar en décimas aquellos mismos espeluznantes argumentos.

---

poco más de veinte centímetros de largo, por diez ó doce de ancho y dos de grueso, que termina en uno de sus extremos en una pequeña cabeza, en cuya garganta se anuda el crin. Una clavija ó tarugo, que atraviesa la planchuela cerca de la cabeza, sirve para dar impulso á la tarabilla, que al girar rápidamente va torciendo el hilo, llamado *soquilla*, con que después se trenza la magnífica *soga de crin*, cada vez más rara, porque, con el alto precio que alcanza el material, no tiene cuenta el fabricarlas.

A veces los romances, á fuerza de rodar entre personas de mal oído y flaca memoria, han perdido en gran parte la forma métrica, se han ido *prosificando*, aunque sin desprenderse totalmente del verso, lo que rara vez sucede. Ahora lamento la pérdida de un cuentecillo[1], de que sólo he encontrado el final entre mis papeles, que relataba la misma aventura del bello y popularísimo romance de *Gerineldo*, que comienza así en una de sus versiones:

Gerineldos, Gerineldos,
mi camarero pulido,
¡quién te tuviera esta noche
tres horas á mi servicio!

También nuestros facedores de décimas han renovado los asuntos de los romances de *Bernardo del Carpio* y de *Carlomagno*, ingiriendo en la narración algunos de sus versos. Creo que una investigación prolijamente hecha en las hojas impresas de los poetas populares, daría no escaso contingente á este capítulo de la conservación del romancero entre nosotros, y espero que no me ha de faltar tiempo para emprenderla. Desde luego, en lo poco que he visto, más ocasionalmente que de intento, he encontrado transformadas en décimas y romances poesías artísticas de escritores ya no leídos, y entre ellas recuerdo ahora una de don Modesto de la Fuente, la titulada *Un par de apuntes*.

---

1. Durante los trabajos que fué necesario hacer en mi casa para reparar los daños causados por el terremoto del 16 de agosto de 1906, se revolvieron mis papeles y muchos se extraviaron. Entre éstos, recuerdo ahora el principio del cuentecillo á que acabo de hacer referencia y el final de la versión E del romance de *Delgadina*, circunstancia que olvidé anotar en el lugar correspondiente. A esto se debe también que falte la indicación de procedencia en varios romances que la tenían, pues perdí las cuartillas en que las había reunido con el objeto de darlas en un cuerpo al fin del volumen, idea que abandoné después. No sería raro que alguna confusión se haya producido por esta causa, lo que sentiría de veras, á pesar de su escasa importancia.

Queda, pues, mucho camino que andar en Chile para dar por terminada la recolección del remancero. Diariamente saltan á nuestro paso coplas y versos que tienen todo el aspecto de jirones de romances, útiles tal vez para acrecentar la lista de los *Romances que deben buscarse en la tradición oral*, formada por doña María Goyri de Menéndez Pidal[1]. He aquí algunos:

En una galera vieja
vine yo á servir al rey...

La mujer á quien oí estos versos es la misma que me dictó el romance de *La Magdalena*. Sabe algunas coplas y fragmentos de canciones españolas antiguas; son curiosos los siguientes versos, que se refieren á los amores del Príncipe de la Paz con la mujer de Carlos IV:

La reina, como está amando,
por coronar á Godoy
á su hijo tiene penando.

Manuel Jesús Paredes, de setenta años, sabía estos cuatro versos, que no recuerda dónde los oyó:

—¿Dónde vas, rosa de abril,
dónde vas, rosa florida?
Si me quieres esperar
iremos en compañía.

Parecen pertenecer al comienzo de un romance, y hacen recordar éstos de una de las versiones del titulado *Venganza de honor*:

—¿Adónde va, la doncella,
adónde va, vida mía?
—Voy á bodas de un hermano
que casárseme quería.

1. Vide la Bibliografía.

—Pues casémonos los dos
é iremos en compañía.

(MENÉNDEZ PIDAL, *Colección de viejos romances*, p. 170.)

La niña Luz Menares, de catorce años, canta estos versos, que dice haber oído á una prima suya:

¿Quién es aquel caballero
que por mi calle pasó,
más hermoso que una estrella,
más reluciente que el sol?

Y estos otros, que oí á Enriqueta Miranda, de veintidós años:

De vivir al sol y al viento
la color se me mudó,
andando por los caminos
sin compaña de varón,

¿no parecen también desgajados de un romance?

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero no tendrían aquí fin práctico ninguno.

Es urgente recoger los viejos romances que hay esparcidos en nuestros campos y ciudades, antes que el turbión de versos líricos de factura moderna que propagan los cantores populares, acaben por barrerlos de la tradición, perdiéndose un caudal de poesía que no volveremos á encontrar.

Y esa poesía es tanto de España como de Chile, porque los cantos que viven secularmente en un pueblo, toman por sí mismos carta de naturaleza, con más derecho que otros, nacidos en el país, pero que por no corresponder á su idiosincrasia, por no haber penetrado en el espíritu de la colectividad, parecen siempre extranjeros.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS CITADAS

ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua castellana.*—Madrid, 1899.

ADRIAO (J. M.). *Tradicoes populares.* En la revista Lusitana, t. VI, pp. 97-129.—Lisboa, 1900-1901.

AGUILÓ (M.) *Romancer.*—Barcelona, 1893.

ALMEIDA GARRETT. *Adozinda.* Tomo VI de sus Obras Completas.—Lisboa, 1904.

—*Romanceiro.* Tomos VII y VIII de sus Obras Completas.—Lisboa, 1904.

ANÓNIMO. *Lecturas populares.* Cuatro tomos. Madrid, 1858-1861.

ARBAUD (DAMASE). *Chants populaires de la Provence.*—Aix, 1862.

BARRA (EDUARDO DE LA). *Odas de Horacio.*—Santiago, 1899.

BATRES JÁUREGUI (ANTONIO). *Provincialismos de Guatemala.*—Guatemala, 1892.

BAYO (CIRO). *Cantos populares americanos.* En la Revue Hispanique, t. XV. pp. 796-809.—New York, 1906.

Biblioteca de las tradiciones populares españolas. Director: Manuel Machado y Alvarez. Once tomos.—Sevilla y Madrid, 1883-1885.

BRAGA (THEOPHILO). *Ampliacoes ao romanceiro das ilhas dos Acores.* En la Revista Lusitana, t. I, pp. 99-116.—Porto, 1887-1889.

BRETÓN DE LOS HERREROS (MANUEL). *Obras.* Cinco tomos.—Madrid, 1850-1851.

CABALLERO (FERNÁN). *Cosa cumplida...*—Madrid, 1909.

—*Cuentos, oraciones y adivinas.*—Leipzig, 1878.

—*Cuentos y poesías populares andaluces.*—Madrid, 1907.

—*¡Pobre Dolores!*—Sevilla, 1852.

CAVADA (FRANCISCO J.). *Apuntes para un vocabulario de provincialismos de Chiloé.*—Punta Arenas, 1910.

COELHO (F. A.). *Notas e parallelos folkloricos.* Tres artículos publicados en la Revista Lusitana, t. I, pp. 166, 246 y 320. —Porto, 1887-1889.

CUERVO (R. J.).—*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.* 5.ª edición.—París, 1907.

DEPPING (G. B.). *Romancero.* Nueva edición. Dos tomos.—Leipsique, 1844.

DONCIEUX (GEORGE). *Le Romancéro populaire de la France.*—Paris, 1904.

DURÁN (AGUSTÍN). *Romancero General.* Dos tomos. (Volúmenes X y XVI de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra).—Madrid, 1849-1851.

ECHEVERRÍA Y REYES (ANÍBAL). *Voces usadas en Chile.*—Santiago, 1900.

El Mensajero del Pueblo.—Santiago, 1870-1885.

ERNST (ADOLFO). *Cancionero Venezolano.*—Buenos Aires.

FERRARO (GIUSEPPE). *Canti popolari monferrini.* — Torino, 1870.

FIGUEROA (JULIO). *Vocabulario etimológico de nombres chilenos.*—Santiago, 1903.

Folk-lore Andaluz.—Sevilla, 1882-1883.

Folk-lore Español. Vide *Biblioteca de las tradiciones populares españolas.*

FORNER (J. P.). *Exequias de la lengua castellana.* En el t. LXIII de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra.—Madrid, 1871.

GIANANDREA (ANTONIO). *Canti popolari marchigiani.*—Torino, 1875.

GIANNINI (GIOVANNI). *Canti popolari della montagna lucchese.* —Torino, 1889.

—*Canti popolari toscani.*—Firenze, 1902.

GOYRI DE MENÉNDEZ PIDAL (MARÍA) *Romances que deben buscarse en la tradición oral.* En la Revista de Archivos.—Madrid, 1906 y 1907.

HANSSEN (FRIEDRICH). *Spanische Grammatik.* —Halle a. S., 1910.

HARDUNG (V. E.). *Romanceiro Portuguez.* Dos tomos.—Leipzig, 1877.

IGLESIA (ANTONIO DE LA). *El idioma gallego.* Tres tomos. La Coruña, 1886.

LAVAL (RAMÓN A.). *Oraciones, ensalmos y conjuros.*—Santiago, 1910.

LEITE DE VASCONCELLOS (J.). *Costumes populares hispano-portuguezes.* En el Folk-lore Andaluz, pp. 172, 208 y 349.

LENZ (RODOLFO). *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas.*—Santiago, 1904-1910.

—*Un grupo de consejas chilenas.*—Santiago, 1912.

LIZANA (ELÍAS). *La visión de Petorca.* En la Revista Católica, núm. 231.—Santiago, 1911.

LOPE DE VEGA. *Obras.* Publicadas por la R. A. E. Sólo conozco trece tomos.—Madrid, 1890-1902.

MARCELLUS (LE COMTE DE). *Chants populaires de la Grèce Moderne.*—Paris, 1860.

MAZZATINTI (GIUSEPPE). *Canti popolari umbri.*—Bologna, 1883.

MEDINA (J. T.). *Historia de la literatura colonial de Chile.* Tres tomos.—Santiago, 1878.

MELÉNDEZ VALDÉS (JUAN). *Poesías.* En el t. LXIII de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra.—Madrid, 1871.

MENÉNDEZ Y PELAYO (MARCELINO) *Antología de poetas líricos castellanos.* Trece tomos.—Madrid, 1890-1908.

—*Orígenes de la novela.* Tomo I de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, de Bailly Bailliére.—Madrid, 1905.

MENÉNDEZ PIDAL (JUAN). *Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandones.*—Madrid, 1885.

MENÉNDEZ PIDAL (RAMÓN). *Manual elemental de gramática histórica española.* 2.ª edición.—Madrid, 1905.

—*Los romances tradicionales en América.* En el número 1 de Cultura Española, pp. 72-111.—Madrid, 1906.

—*L' épopée castillane a travers la litterature espagnole.* Conférences prononcées à la Université Johns Hopkins, de Baltimore. Traduction de Henri Mérimée, avee une préface de Ernest Mérimée.—Paris, 1910.

—*El Romancero Español.* Conferencias dadas en la Columbia University de New York, los dias 5 y 7 de abril de 1909.—The Hispanic Society of America, 1910.

MICHAELIS DE VASCONCELLOS (CAROLINA). «*Hilo Portugués*». En la Revista Lusitana, t. I, p. 63.—Porto, 1887-1889.

—*Estudos sobre o romanceiro peninsular.* En la Revista Lusitana, t. II, pp. 156-179 y 193-240.—Porto, 1890-1892.

MILÁ Y FONTANALS (MANUEL). *De la poesía heroico-popular castellana.*—Barcelona, 1874.

—*Romancerillo Catalán.* 2ª. edición refundida y aumentada. Tomo VIII de sus Obras Completas.—Barcelona, 1896.

NUNES (JOSÉ J.). *Subsidios para o romanceiro portuguez.* En la Revista Lusitana, t. VI, pp. 151-188.—Lisboa, 1900-1901.

PEREIRA DA COSTA (F. A.). *Folk-lore Pernambucano.*—Rio de Janeiro, 1909.

PICHARDO (ESTEBAN). *Diccionario provincial casi razonado de vozes y frases cubanas.* 4.ª edición.—Habana, 1875.

PIRES (A. THOMAS). *Tradicoes poeticas.* En la Revista Lusitana, t. VIII, pp. 215-220.—Lisboa, 1903-1905.

Primera Crónica General, ó sea Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289. Publicada por Ramón Menéndez Pidal. Tomo V de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, de Bailly Bailliére.—Madrid, 1906.

P. OVIDII NASONIS. *Opera Omnia.* Tres tomos.—Lipsiae, 1845.

Real Audiencia. M. S. Volumen 1823. Biblioteca Nacional.—Santiago.

RIVADENEIRA (FRAY PEDRO). *Flos Sanctorum.*—Barcelona, 1688.

ROBLES (GUILLÉN). *Leyendas moriscas.* Tres tomos.—Madrid, 1885-1886.

RODRÍGUEZ MARÍN (FRANCISCO). *Cantos populares españoles.* Cinco tomos.—Sevilla, 1882-1883.

ROJAS (ARISTIDES). *Contribuciones al folk-lore venezolano.* En sus Obras Escogidas, pp. 376-517.—París, 1907.

ROMÁN (MANUEL A.). *Diccionario de Chilenismos.* Van publicados dos tomos.—Santiago, 1901-1911.

Romancero General.—Madrid, por Juan de la Cuesta, 1604.

ROMERO (SILVIO). *Cantos populares do Brasil.* 2.ª edición.—Rio de Janeiro, 1897.

SALVADORI (GIULIO). *Storie popolari toscane.* En el Giornale di Filologia Romanza, t. II, pp. 194-204.—Torino, 1879.

SOLAR (FIDELIS P. DEL). *Reparos al Diccionario de Chilenismos de don Zorobabel Rodríguez.*—Santiago, 1875.

TAVARES (J. AUGUSTO). *Romanceiro Trasmontano.* En la Revista Lusitana, t. VIII, pp. 71-80 y t. IX, pp. 277-323. —Lisboa, 1903-1905 y 1906-1907.

VERGARA Y VERGARA (J. M.). *Historia de la literatura de Nueva Granada.*—Bogotá, 1867.

VICUÑA CIFUENTES (JULIO). *Instrucciones para recoger de la tradición oral romances populares.*—Santiago, 1905.

—*Coa, jerga de los delincuentes chilenos.* Estudio y vocabulario.—Santiago, 1910.

—*Mitos y Supersticiones recogidos de la tradición oral.*—Santiago, 1910.

WOLF (FERNANDO) y HOFMANN (CONRADO). *Primavera y Flor de Romances.* Dos tomos.—Berlin, 1856.

Romances Populares

1

El Cid en San Pedro de Cardeña. A

(Recitadora: D. L. de L., de sesenta y seis años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Victorioso vuelve el Cid
de San Pedro de Cardeña,
de la guerra que ha tenido
4 con los moros de Valencia.
El abad y monjes salen
á recibirlo á la puerta,
dando alabanzas á Dios
8 y al Cid mil enhorabuenas.
Apeóse del caballo,
y antes de entrar en la iglesia,
tomó el pendón en sus manos
12 y dijo d' esta manera:
« Salí de ti, templo santo,
« desterrado de mi tierra,
« mas yo vuelvo á visitarte
16 « acogido en las ajenas.
« Desterróme el rey Alfonso,
« porque allá en Santa Gadea
« le tomaron juramento
20 « con más rigor que él quisiera.

« Ves, aquí os traigo ganado
« otro reino y mil fronteras;
« os quiero dar de los míos
24 « aunque me echáis de las vuestras.
« Pudiera decirlo á extraños,
« mas, para cosas tan fieras [1],
« soy Rodrigo de Vivar,
28 « castellano á las derechas».

---

1. *Fieras* por *feas*. Era muy común antes; hoy sólo se oye entre gente huasa.

2

El Cid en San Pedro de Cardeña. B

(Recitador: Eulogio Ruiz, de sesenta y ocho años; lo aprendió en Alhué, provincia de Santiago; reside en Santiago.)

Victorioso vuelve Ercilo [1]
de los moros de Valencia.
[. . . . . .]
4 Por dar aviso que llega,
entre todos le señalan
los relinchos de Navieja [2],
y el abad muy luego sale
8 á recibirlo á la puerta,
dando alabanzas á Dios
y á Ercilo la enhorabuena.
Apeóse del caballo,
12 [. . . . . .]
tomó el pendón en sus manos
y dice d' esta manera:
—Salí de aquí, templo santo,
16 desterrado de mi tierra,

mas ya vuelvo á visitarte,
ya se acabaron las penas.
Las leyes eran del pueblo,
20 que no accedí un punto d' ellas.

---

1. *Ercilo* por *el Cid.*
2. *Navieja* por *Babieca.*

Comentario.—Es raro encontrar romances históricos en la tradición oral. Sin embargo, ninguna de las dos versiones que publico de este romance, procede directamente de impreso: la primera la oyó, cuando niña, la recitadora, á individuos de su familia; la segunda me la dictó un pobre analfabeto de nuestros campos, sin comercio alguno con personas que tengan manejo de libros.

El provenir las versiones de tan diversas fuentes, parece indicar que este romance, en fecha ya antigua, se propagó bastante en el centro de Chile, por lo menos en la provincia de Santiago.

3

Enojo del Cid al saber la afrenta hecha á sus hijas.

Pensatibo estaba el Cid,
lleno de pena y cuidado,
de saber como a sus hijas
4 los condes an afrentado.
Alsa los ojos al çielo,
con vos alta y lamentando:
—¡Olbidese Dios de mi
8 si desto fuese olbidado!
¿Como olbidare, deçia,
el agrabio tan pesado,
y el orrendo atrebimiento
12 que contra mi an usado
cometer, dos alebosos
fementidos y apocados,
pues por lo que no se quiso
16 este galardon le an dado,
que an asotado a mis hijas,
las que yo mas que a mi amo,
como crueles berdugos,
20 en el campo apartados?
¿Ques esto, Ordoño, mi hijo,
ques lo questoy aguardando?
¿No parto para partirlos

24 y aserlos dos mil pedasos?
¿No se paga desta suerte
el agrabio tan pesado,
y el orrendo atrebimiento
28 que contra nos an tomado?
—Es necesario, mi tio,
le dice, el rrostro temblando.
que se le de cuenta al rrey
32 de todo lo que a pasado,
y no açiendo justiçia,
la que combiene en el caso.
sèra muy justo hacer las
36 vos con vuestra propia mano.
—Mas pregunto yo, señor,
¿que les mobio a los billanos
de semejantes castigos
40 en cuerpos tan delicados?
Si fue hecho por bentura
por el aprieto pasado
en ques tubieron los dos
44 por los leones pasados,
¿quien tubo la culpa desto?
¿quien desto a sido culpado,
que fue echo sin pensar
48 y en subseso descuidado?
El olbido de la guarda
del leonero pasado,
lo a pagado doña Elbira
52 y doña Usor, mi rregalo [1].
Pagar nos tienen el fecho
por la fe de hijos dalgo.—
Y sin decir otra cosa
56 se parte el Cid rrebentando.

1. *Doña Usor* por *Doña Sol*.

Comentario.—Don Federico Hanssen me comunicó el

hallazgo de varios romances y canciones en un manuscrito antiguo de nuestra Biblioteca Nacional, y me proporcionó una correcta copia hecha por él, que después he confrontado cuidadosamente con el original. Estas poesías (al pie de una de las cuales se anota la fecha del «año de mil y seis sientos y cinco, en 4 de marso», y en otro lugar la del «dieziocho de agosto» del mismo año) se encuentran en un expediente del capitán Francisco Donoso Cerrudo, sobre rendición de cuentas del tiempo que desempeñó la curaduría de los menores hijos de don Hernando de Prado y de doña Lorenza Berru, (*Real Audiencia*, vol. 1823, pieza 1).

Contiene este manuscrito veinticuatro composiciones, de las cuales veintidós son romances. De éstos, diez y ocho se hallan, ó en el *Romancero General* de 1604, impreso en Madrid por Juan de la Cuesta, ó en el de Durán de 1851, sin variantes de importancia; otros dos pertenecen al género lírico y no hacen al caso en este lugar; y los dos restantes, para mí desconocidos, son los que llevan en esta colección los números 3 y 6, que transcribo con su peculiar ortografía, sin más alteraciones que escribir con mayúsculas los nombres propios y añadir la puntuación, que el copista no usa en ninguna parte.

El romance que acaba de leerse, que es uno de los dos á que me he referido, cuenta el enojo y el dolor del Cid al saber el ultraje hecho á sus hijas por sus cobardes maridos, los condes de Carrión, y principia con el mismo verso con que comienza aquel otro tan conocido que dice:

Pensativo estaba el Cid
viéndose de pocos años
para vengar á su padre,
matando al conde Lozano.

Parece que Francisco Donoso, que por entonces estaba haciendo el inventario de los bienes de sus pupilos, se distraía de este árido trabajo escribiendo en el mismo cuaderno los versos que sabía de memoria ó que trasladaba de una copia manuscrita, pues no es verosímil que tuviera á la vista original impreso, á juzgar por la ortografía, y más aún, por las palabras estropeadas y los deslices métricos que se advierten.

Es evidente, pues, que no sólo aquello de «doña Usor» por «doña Sol», sino lo del «aprieto pasado» seguido de «los leones pasados» y del «leonero pasado», para no citar más, son yerros que deben cargarse en la cuenta de la tradición oral. No hacen falta tampoco versos que, por lo ripiosos y prolijos, dan aspecto de vulgar al romance, cuyo principio parece ser popular.

4

Bernardo del Carpio. A

(Recitador: Manuel Flores, de sesenta y cinco años; lo aprendió en Coihueco, provincia de Ñuble, donde reside.)

Paseábase el del Carpio
por las murallas francesas,
armado de punta en blanco,
4 para atacar al Rey Santo,
que desgracias les hacía.
Con la punta de la espada
hacía raya en el suelo,
8 y juraba por los santos
vengar los ultrajes hechos.
«Juro por Dios, él decía,
« que con esta mi daguilla
12 « he de matar al grande
« que mientan por estas tierras».
Y seguía su paseo
caminando más ligero.
16 En esto llega un doncel
y le dijo estas palabras:
—El francés anda por ei
con unas tropas muy fuertes,

20 y amenázanos tomar
las tierras de vuestro padre,
que en gloria tal vez está.
. . . . . .

1. *Ei* por *ahí*. La *a* seguida de *i* en hiato se cambia en *e* y lleva el acento, produciéndose el diptongo: *Valparéiso, Larréin, méi*, por *Valparaíso, Larraín, maíz*.

5

Bernardo del Carpio. B

(Recitador: Luis Magaña, de cincuenta y cinco años; lo aprendió en Coihueco, provincia de Ñuble, donde reside.)

Paseaba el del Carpio
por las fronteras francesas,
buscando al gran rey Mauno [1]
4 pa presentarle pelea,
y librar á sus paisanos
de la muerte traicionera,
que 'onde menos piensan se halla,
8 y se va con hombre á cuesta
para irse y no volver.
La muerte, que es enemiga
de todo sér que aquí vive,
12 amiga d' él siempre es
en el último momento
del desgraciado que llora
y sus piedades reclama.
. . . . . .

1. En las combinaciones *ag, eg, og*, la *g* se vocaliza en *u: maunífico, impreunar, douma*, por *magnífico, impregnar, dogma*. Esto mismo ocurre en las combinaciones *ac, ec, oc: intauto, reuto, douto*, por *intacto, recto, docto*.

Comentario.—He aquí dos versiones del principio de un mismo romance, tan estragado, que apenas puede juzgarse que lo es, por el tono de la narración y los rastros del asonante que muestra una de ellas. Cuanto al asunto, hay que suponer que tan viciado está el fondo como la forma, pues no permite precisar á qué suceso de la vida del héroe caballeresco pudo el romance referirse.

6

Bernardo del Carpio.

¡Altas y soberbias torres
questais a orilla de Francia,
funestos y altos sipreses
4 que siñen buestras murallas,
donde estais puesta en prigion,
mi señora doña Blanca,
la que me crio a sus pechos
8 por haser me hijo dEspaña!
Por traidora la guardais,
torres, muros, fuertes tapias,
sin que la pobre señora
12 tenga culpa o sea culpada.
Bernardo del Carpio soy,
que pues mis bos nos ablanda,
sabre con mi fuerte braso
16 derribaros y bengarla.
No me llameis español
si de buestras fuertes casas
no la libro, pues [me] libro
20 de matarme y de matalla.

Comentario.—No es éste, precisamente, un romance narrativo, á menos que se le considere sólo como principio ó parte de otro. Tampoco es popular; pero creo que merece transcribirse por su gallarda entonación, por ser tal vez des-

conocido, y aún por la disconformidad que muestra con la tradición. Según ésta, la madre del famoso guerrero leonés se llamaba doña Jimena, no doña Blanca, como aparece en el romance, sin que pueda pensarse en una substitución de palabras, pues el nombre está asegurado por el asonante. La tradición no dice tampoco que á doña Jimena se le haya puesto en prisión, en una torre ó fortaleza situada «á orilla de Francia», sino que el rey su hermano la obligó á profesar en un monasterio, cuando supo que estaba casada con el conde de Saldaña [1].

Hay otra tradición, muy remota, que hace á Bernardo hijo de doña Thiber ó doña Timbor, hermana de Carlo Magno, seducida por el conde de Saldaña durante una peregrinación á Santiago de la princesa carolingia [2]. Ahora bien, en el romance transcripto, Bernardo no dice que doña Blanca sea su madre, sino «que lo crió á sus pechos para hacerlo hijo de España»; lo que parece significar que Bernardo no era, por su sangre sin duda, enteramente español, aunque adquirió en la cuna esta calidad, por haberlo amamantado con su leche la española doña Blanca.

¿Sería esta señora su nodriza, y madre adoptiva suya á un mismo tiempo?... Los romances nombran Elvira Sánchez á el aya de Bernardo.

Luego dice:

«Por traidora la guardáis,
torres, muros, fuertes tapias,
sin que la pobre señora
tenga culpa ó sea culpada».

¿Qué traición es ésta de que ella no tiene la culpa?... Si doña Blanca es la madre de Bernardo y su traición consiste en haber casado secretamente con el conde de Saldaña, que de otra cosa no ha sido acusada, ¿cómo puede decir Bernardo que está exenta de culpa?

He de confesar que no entiendo este romance, y que, si trato de explicármelo imaginando diversas soluciones, ninguna hipótesis me satisface.

Sobre la procedencia de esta versión, véase el comentario al romance 3.

---

1. *Primera Crónica General*, p. 350.
2. *Id.* p. 351.

7

El conde Alarcos.

(Recitadora: Carmen Olivares, de cuarenta años; lo aprendió en Atelcura, provincia de Coquimbo, donde reside.)

Retirada está la infanta,
que no está como solía,
porque el rey no la casaba
4 ni tal cuidado tenía.
Atinó á llamar al rey,
como otras veces solía;
vino el rey á su llamado
8 á ver pa qué lo quería.
—¿Qué tienes, hija, le dice,
qué tiene la vida mía?
Dame cuenta de tu enojo,
12 no tengas melancolía,
que en sabiendo yo la causa
todo se remediaría.
—Menester será, señor,
16 remedio del alma mía.
A vos quedé encomendada
de la madre que tenía,
y deme estado, señor,

20 porque mi edad lo pedía.
—De lo que dices, infanta,
tuya es la culpa y no mía:
no admitiste por esposo
24 al príncipe de la Hungría,
que entre los de mis reinados
otro de mí igual no había,
tan sólo el conde de Arco [1],
28 é hijos y mujer tenía.—
Y retornando y volviendo,
con enojo le decía:
—Hija, dame tu consejo,
32 que el mío no bastaría,
y ya murió vuestra madre
á quien consejo pedía.
—Yo te lo daré, buen rey,
36 del pequeño que tenía:
mate el conde á la condesa
y que nadie lo sabría;
d' esta suerte, mi buen rey,
40 mi honra se restauraría.—
De allí se sale el buen rey
sin ninguna compañía;
de otra parte viene el conde,
44 y a un caballero decía:
—En un tiempo quise yo
á una deidad peregrina,
y si yo antes la quise
48 hoy mucho más la quedría [2],
que en mí se cumple el refrán:
«quien bien quiere tarde olvida».—
Se encontraron con el rey,
52 y con mucha cortesía
se dieron acatamiento,
como ellos lo merecían.
—Convidarte quiero, conde,

56 pa mañana en aquel día,
que allá tomarás manjares
con los que en palacio había.
—Allá me tendrás mañana,
60 aunque estaba de partida,
que la condesa me espera,
según su carta me avisa.—
Llegó al palacio del rey
64 con toda su comitiva;
se asentaron á la mesa,
y cuando la gente s' iba:
—Una nueva te doy, conde,
68 de que tú no la sabías:
que le ofreciste á la infanta
lo qu' ella no te pedía:
que tú ibas á ser su esposo
72 y ella tu mujer sería;
y que se quede engañada,
en ella no convendría.
Luego mata á tu mujer,
76 por la honra de mi hija.
—De matar á mi mujer,
eso sí que yo no haría.
—Si no la matas, buen conde,
80 te costará á ti la vida,
que por palabra de rey
muchos sin culpa morían.
—Yo la mataré, buen rey,
84 mas no será intención mía;
allá te acomodarás
con Dios en la otra vida.—
[D'] ahí sale llorando el conde,
88 llorando, sin alegría:
y también lloraba el conde
por tres hijos que tenía:
uno que tiene de pecho

92 que la condesa lo cría,
que no quería mamar
de tres amas que tenía,
sólo mamar de la madre,
96 porque ya la conocía.
El conde viene llegando,
y ella á esperarlo salía;
pero él no podía hablar
100 con la pena que traía,
y el dolor del corazón
que del alma le salía.
Le pregunta la condesa:
104 —¿Qué trae la vida mía?
—Sí te lo diré, condesa,
cuando la hora sería.
—Dígamelo luego, conde,
108 antes que llegue otro día.
—En un tiempo quise yo
á una deidad peregrina,
súpolo su padre el rey,
112 porque ella se lo diría.
y ahora me manda que mate
por la honra de su hija .
—No me mate, mi buen conde,
116 á mi patria me remita,
que mi padrecito es viejo
y mi madre fallecida.
—Que morir tienes, condesa,
120 antes que llegue otro día.
—No me mate, mi buen conde,
á mi patria me remita,
que cuidaré de sus hijos
124 mejor que la que vendría.
—Que morir tienes, condesa,
antes que llegue otro día.—
Y del cuello la tomó,

128 que prevenido tenía.
—Pásame mi hijito, conde,
yo te lo agradecería,
pa que mame de su madre
132 por última vez, pedía.
—Déjalo dormir, condesa,
que ya el sueño le vendría.—
La mató por la mañana,
136 y se corrió al otro día
que la condesa había muerto
por un mal qu' ella tenía.
Pero lo dejó citado
140 para antes de treinta días
ante el Tribunal Supremo.
que allá se acomodarían.

---

1. *Conde de Arco* por *Conde Alarcos.*
2. Por asimilación con otros verbos de uso frecuente, como *poner, tener, venir,* el pospretérito del verbo *querer* se conjuga en Chile: *quedría, quedrías, quedría,* etc. Lo mismo ocurre con el futuro: *quedré,* etc.

Comentario.—Este es uno de los más hermosos romances juglarescos que se conocen. Faltan en la versión chilena muchas de las bellezas del original; pero—¿por qué no decirlo?—encuentro también que en algunos lugares el romance ha ganado en rapidez y concisión, aligerándose de no pocos versos prolijos y vulgares que retardan á veces su marcha. Con respecto al argumento, nada esencial se echa de menos en la versión chilena, como puede verse comparándola con la que publicó Wolf, reproducida por Menéndez Pelayo en su *Antología*, t. VIII, p. 290. El señor Menéndez Pidal ha dicho de la versión chilena que «es notable por lo fiel al texto antiguo, mucho más que las catalanas y la asturiana hasta ahora conocidas». (*Cultura Española*, p. 87.)

«*El Conde Alarcos*, dice Menéndez Pelayo, no es una canción popular en el verdadero sentido de la frase: es un romance juglaresco, obra de la inspiración personal de un poeta que, á nuestro entender, no tuvo más guía que la tradición oral, si es que él no inventó completamente el argumento. Pudo muy bien ser el *Pedro de Riaño* que figura

como autor en los pliegos sueltos del siglo XVI, y no creemos anterior á esta fecha la composición de su obra, que es lenta, pausada y reflexiva, con un arte del cual todavía están muy distantes los viejos romances carolingios que por su estilo pudieran parecer más próximos á éste, *El Conde Dirlos*, por ejemplo. En *El Conde Alarcos* todo concurre para el efecto de la catástrofe: no hay distracciones, pesadeces ni arrepentimientos. Alguna frase débil y prosaica, alguna expresión desmañada, no bastan para enervar la emoción poética del conjunto...» (*Antología*, t. XII, p. 536.)

Durán cree que este romance y el del *Duque de Braganza*, que se le parece mucho, tienen un mismo fondo histórico, pues los entiende como alusivos á la muerte de doña María de Téllez, perpetrada por su marido, el príncipe don Juan de Portugal, á instigación de la propia hermana de la víctima, la reina doña Leonor, que con fines políticos y de ambición personal, anhelaba el matrimonio de su cuñado con su hija, la infanta doña Beatriz. (*Romancero General*, t. II, p. 219.)

Wolf reproduce el parecer de Durán; pero el señor Menéndez Pelayo, rectificando á ambos, dice que tiene «por cosa indudable que los romances en cuestión aluden á una tragedia muy posterior á la de doña María de Téllez, y acaecida, no en tiempo del rey don Fernando, sino en tiempo del rey don Manuel: la muerte de doña Leonor de Mendoza, duquesa de Braganza, por celos de su marido el duque don Jaime, á quien, como en expiación de su crimen, envió el rey, en 1513, á la conquista de Azamor». (*Antología*, t. XII, p. 301.)

Difícil sería optar entre ambos pareceres, si no existiera alguna razón que nos inclinara á decidirnos por uno ú otro. Pero hay un dato, cuyo valor no creo exagerar si digo que, á mi juicio, resuelve el problema en favor del primero de los autores nombrados. En una versión portuguesa de *El Conde Alarcos*, recogida en la isla de San Jorge, se leen estos versos:

—Case-me, senhora mãi,
hoje n' este santo dia,
que um pae que Deos me deu
de amores me commetia.
. . . . . .

—Filha, já não ha na côrte
um que vos merecia.
—Eu mereço-me de um conde,
marido de minha tia.
Mandae vós cá chamar
para cá jantar um dia,
que depois da sobremeza
eu propria lhe fallaria.—
. . . . . .

—Alembra-te, conde, alembra-te
o que fizestes um dia?
—Eu tal cousa não me lembra,
nem isso me parecia.
—Anda, vae para casa,
vae matar Dona Maria.

(HARDUNG, *Romanceiro Portuguez*, t. I, p. 156.)

No cabe dudar que esta versión nos presenta á la infanta Beatriz pidiendo á su madre, la reina doña Leonor, que la case con el marido de su tía, la desventurada doña María Téllez, cuya muerte exige de aquél: que es precisamente lo que imaginó Durán, según hemos visto.

Algo más podría colegirse de esta variante, que dijera relación con el origen del romance, punto delicadísimo que tal vez está sin resolver. Ya Garrett, que fué el primero en recoger versiones portuguesas de *El Conde Alarcos*, manifestó dudas sobre su verdadera patria, pues en un lugar dijo:—«. . . Este bello romance do *Conde Yanno* algum menestrel portuguez o accommodou ao gôsto popular, contrahindo-o do poemeto castelhano que alli se chama do *Conde Alarcos* e da *Infanta Solisa*», y pocas líneas después agregó, rectificándose:— «. . . Eu mais me inclino a que o trovador castelhano alargasse a obra do menestrel portuguez, do que vice-versa». (GARRETT, *Romanceiro*, t. I, pp. 57 y 58.)

El señor Menéndez Pelayo dice rotundamente:—«Quedan en la tradición popular de Asturias, Galicia, Portugal, Cataluña y otras partes, numerosas versiones de este romance. . . Todas estas variantes, sin excepción alguna, son abreviaciones y extractos del romance de Pedro de Riaño. Aquí, como en tantos otros casos, la canción popular no es más

que una reliquia de la juglaresca ó semi-artística...» (*Antología*, t. XII, pág. 538.)

Esto es más fácil decirlo que probarlo. Yo lo he creído también durante mucho tiempo, pero la mayor conformidad con los sucesos que muestra el romance portugués, me hace vacilar ahora, porque es lógico pensar que el texto primitivo se ciñó más á la verdad histórica que las derivaciones posteriores, y en este punto el romance español de Pedro de Riaño no puede competir con la versión portuguesa que he citado.

Cabe la hipótesis de que el autor de la imitación portuguesa, admitido que lo sea, haya querido precisar más el hecho histórico, designando á la víctima con su verdadero nombre de doña María, y haciendo constar que era tía de la infanta. Esto, al cabo, no es imposible; pero ¿es probable?.. Yo creo que no, y, en todo caso, sería necesario evidenciarlo.

También podría pensarse en un romance castellano, desconocido ahora, anterior al de Pedro de Riaño, que habría servido á éste para componer el suyo, y del cual fuera acaso traducción ó imitación muy cercana el romance portugués. Nadie, por cierto, se atrevería á tachar de inverosímil esta suposición, que se basa en la probable repetición de un hecho vulgar en la literatura de todos los países. Sin embargo, en el estado actual de la cuestión, este argumento no tendría más importancia que señalar un rumbo nuevo á la investigación.

Tampoco es razón valedera la fecha, bastante posterior, en que aparecen las versiones portuguesas con respecto al romance español, porque éste procede de un impreso del siglo XVI, y aquéllas de la tradición oral, en la que rodaron, desconocidas de los eruditos, por espacio de cerca de tres siglos, hasta que los colectores las escribieron. Si la versión portuguesa de la isla de San Jorge á que vengo refiriéndome, fuera derivación moderna del romance de Pedro de Riaño, no mostraría en los detalles la exactitud histórica que he notado, porque la memoria de aquel remoto suceso, hace ya muchos años que se extinguió en ambos países.

Menos vale el traer á cuento la mayor belleza y extensión del texto castellano, para acreditar su prioridad, como nada importaría el invocarlas para probar lo contrario, pues ambas tesis se pueden defender con muy buenas razones sin llegar á ninguna conclusión. En cambio, no deja de reforzar algo la hipótesis de que este romance nació en Portugal, el

ser portuguesa la escena, portugueses, y de la casa real, los personajes, y el estar tan difundido en aquel país, mucho más que en España, donde sólo se ha publicado una versión castellana procedente de la tradición oral.

Por de contado que al consignar estas observaciones, no tengo la presunción (que aquí, sin otras noticias, sería simplemente ridícula) de haber solucionado la cuestión, apenas insinuada por Garrett, de la verdadera cuna de este romance; pero sí insisto en creer que para probar su nacionalidad española, es necesario aducir razones que nos convenzan de ello.

Dije ya que en España sólo se ha publicado una versión castellana de *El Conde Alarcos*, procedente de la tradición oral. Fué recogida en Asturias por don Juan Menéndez Pidal, y es muy breve, mucho más que la chilena, pues consta de ochenta versos, y los del romance de Pedro de Riaño, del cual se deriva, suben de cuatrocientos. El protagonista se llama en ella Conde de Mayorguía, (*Colección de viejos romances*, p. 185). Hay impresas también siete versiones catalanas, todas brevísimas y más ó menos bilingües. Se apartan bastante del texto de Riaño. Al protagonista se le designa con los nombres de Conde de Florispán, Conde de Floris y Conde Flores, (Milá, *Romancerillo*, p. 207). También hay versiones gallegas, y á una de ellas pertenecen estos cuatro versos del principio, únicos que conozco, que son iguales á los de la variante portuguesa de Garrett:

Choraba a infanta, choraba,
choraba e razon habia,
vivindo tan descontenta,
seu pai por casal' a tiña.

(Iglesia, *El idioma gallego*, t. III, p. 114.)

Milá publicó íntegramente otra versión gallega, derivada del romance portugués, que le fué comunicada por don Manuel Murguía. Principia así:

Indou Doña Silvela
por un corredor arriba,
tocando n-unha vígüela
n-a calle d-a Figuria.

Y concluye:

Toc'a campana en palacio
non sei ca la aberia,
que morreu Doña Silvela
d' unha morau repentina.
[Morreu a filla do rey
pela soberbia que tinha:]
descasar a ben casados,
cousa que Dios non queria.

(MILÁ, *Obras completas*, t. V, p. 390.)

Pero es en Portugal donde se han impreso mayor número de versiones de este romance, no sé si porque se encuentra allá más difundido, ó porque la tradición está mejor explorada. Conozco doce variantes portuguesas. La más antigua publicada es la de Garrett, que lleva el título de *O Conde Janno*. Excede á todas en elegancia y regularidad, como que el colector, según su costumbre, metió mucha mano en ella; pero es menos épica que otras, y aun llega á parecer enfadosa en ciertos lugares, en que se repiten con exceso algunos pasajes de mal gusto que son propios de las versiones portuguesas, como éste, que Garrett convierte en estribillo:

¡Ai! como pode isso ser,
condesa minha querida,
se el-rei quer tua cabeza
n'esta doirada bacia!

(GARRETT, *Romanceiro*, t. I, p. 60.)

Hardung trae cuatro versiones de este romance, sin contar la de Garrett, que también está reproducida. El protagonista tiene en ella los nombres de Conde Alberto, Conde Alves y Conde Yano. La infanta se nombra en todos Sylvana y Sylvaninha. Una de estas variantes, de que ya he hablado, recogida en la isla de San Jorge, presenta la extraña fusión del romance de *Sylvana* propiamente dicho (Delgadina), con el del *Conde Yano* (Conde Alarcos):

Passeaba-se a Sylvana
por um corredor acima;
seu pae a estava mirando
da cama d' onde jazia.
. . . . . .
—Bem podias vós, Sylvana,
dormir commigo um dia,
que as penas do inferno
eu por vós as penaria.—

(*Romanceiro*, t. I, p. 156.)

José Joaquín Nunes ha publicado tres versiones portuguesas de *El Conde Alarcos*, procedentes del Algarve. En dos de ellas el protagonista se nombra Conde de Lamanha; en la tercera simplemente el Conde. (*Revista Lusitana*, t. VI, pp. 151 y sig.)

En la aldea de Silvade recogió A. Thomas Pires una variante muy estropeada, que en la mayor parte de los versos no conserva ni huellas del asonante, (*Revista Lusitana*, t. VIII, p. 216). Más interesantes son las recogidas por José Augusto Tavares en la región de Tras-os-Montes, que muestran á cada paso el sello de su indudable popularidad. En una de ellas la infanta dice al conde con ingenuo desenfado:

Não te lembras tu, ó Conde,
dos brinquinhos de algum dia?

El protagonista lleva los nombres de Conde de Allemanha, Conde Alberto y Conde Alvar, (*Revista Lusitana*, t. IX, pp. 302, 309 y 322).

Silvio Romero trae de este romance una versión brasileña derivada de las portuguesas. Es muy incompleta. El protagonista se llama Conde Alberto, y el colector agrega en nota que otros dicen Conde Olario, (*Cantos populares do Brasil*, p. 11). Conozco otras dos variantes brasileñas, publicadas por el doctor F. A. Pereira da Costa y tituladas, respectivamente, *A bella Infanta* y *Dona Isabel*. La primera, aunque no exenta de lagunas, es una versión bastante apreciable. El protagonista tiene en ambas el nombre de Conde Eladio, (*Folk-lore Pernambucano*, pp. 360-365).

El señor Menéndez Pelayo juzga así las versiones no castellanas de este romance, que él estima como indudable-

mente derivadas del texto de Pedro de Riaño:—«Si algo añaden, son incidentes novelescos como el de la criatura que habla en el pecho de su madre para anunciar el castigo de la cruel infanta. En algunas se intercalan versos de inoportuno lirismo, en que la condesa se despide de las flores de su jardín. En otras el rey ordena al Conde Alarcos que le lleve en una vasija de oro la cabeza de su mujer. Y en casi todas, un optimismo de decadencia, una falsa conmiseración reñida con el terror trágico, estropea el desenlace, haciendo que el terrible sacrificio no se consume, ya por llegar á tiempo un paje que anuncia que la hija del rey ha muerto, ya porque una voz venida de lo alto detiene el brazo del marido cuando va á consumar el crimen. Llega en este punto al colmo de la insulsez una canción piamontesa recogida por Nigra, en que nadie muere ni sufre daño alguno, y los esposos convienen tranquilamente en repartirse los hijos». (*Antología*, t. XII, p. 538.)

Tiene razón el insigne crítico español en cuanto esto tiende á poner de manifiesto la indudable superioridad del romance de Pedro de Riaño sobre todos los otros, pero yo estimo que hay en las versiones portuguesas algunos pasajes muy felices. He aquí dos. La condesa da el pecho por última vez á su hijo más pequeño y le dice:

Mamma, meu filhinho, mamma,
d' esse leite da agonia,
que ategora tinhas mãi,
mãi que tanto te queria,
a'manhã terás madrasta
de mais alta senhoria.

Al llegar el instante del sacrificio, la condesa siente inquietud por la clase de muerte que le espera, y dice al conde:

Não me mates com adagas,
nem ferros que façam f'ridas,
mata-me com toalha
ao uso da fidalguia. Etc.

Lope de Vega, Guillén de Castro y Pérez de Montalván, en España, y Federico Schlegel, en Alemania, llevaron al teatro el argumento de este celebérrimo romance.

8

Delgadina. A

(Recitadora: Eloísa Orellana, de veintitrés años; lo aprendió en Coronel, provincia de Concepción; reside en Santiago.)

Un rey tenía tres hijas
bonitas como la plata,
y la menorcita d' ellas
4 Delgadina se llamaba.
Un día, estando en la mesa,
mucho el padre la miraba:
—¿Qué me miras, padrecito,
8 qué me miras, que me matas?
—¿No te he de mirar pues, hija,
si has de ser mi enamorada?
—No permita Dios del cielo
12 ni la Virgen soberana,
que sea mujer de mi padre,
madrastra de mis hermanas.—
Llamó pajes y criados,
16 que los [1] trajo de Granada:
—Encierren á Delgadina,
delen [2] la carne salada;
si les pide de beber,
20 delen la hiel más amarga.—

Cumplidos los siete días
se ha asomado á una ventana;
por allí vió á sus criados
24 que en el jardín trabajaban:
—Criados, por ser criados,
que me deis un poco de agua,
que el corazón se me seca
28 y el alma ya se me acaba.
—¡Cómo te la doy, señora,
cómo te la doy, infanta,
que si tu padre lo sabe
32 la cabeza me cortara!—
Pasados los siete días
se ha asomado á otra ventana:
—Hermanos, por ser hermanos,
36 que me deis un poco de agua,
que el corazón se me seca
y el alma ya se me acaba.
—¡Cómo te la doy, mi vida,
40 cómo te la doy, mi alma,
que si mi padre lo sabe
la cabeza me cortara!—
Pasados los siete días
44 se ha asomado á otra ventana:
—Hermanas, por ser hermanas,
que me deis un poco de agua,
que el corazón se me seca
48 y el alma ya se me acaba.
—¡Cómo te la doy, mi vida,
cómo te la doy, mi alma,
que si mi padre lo sabe
52 la cabeza me cortara!—
Pasados los siete días
se ha asomado á otra ventana:
—Madrecita, por ser madre,
56 que me deis un poco de agua,

que el corazón se me seca
y el alma ya se me acaba.
—¡Cómo te la doy, mi vida,
60 cómo te la doy, mi alma,
que si tu padre lo sabe
la cabeza me cortara!—
Pasados los siete días
64 se ha asomado á otra ventana:
—Padrecito, por ser padre,
que me deis un poco de agua,
que el corazón se me seca
68 y el alma ya se me acaba.
—¡Cómo te la doy, mi vida,
cómo te la doy, mi alma,
si di palabra de rey
72 y á mi palabra faltara!—
Pasados los siete días
se han abierto las ventanas:
Delgadina está en la cama
76 de los ángeles rodeada,
la Virgen está á su lado
con una corona blanca,
el padre está en el jardín
80 y el diablo se lo llevaba.

---

1. *Que los* por *los que.*
2. Metátesis de *denle,* de uso general en Chile.

9

Delgadina. B

Un rey tenía tres hijas
bonitas como la plata,
la más bonita de ellas
4 Delgadina se llamaba.

—Delgadina, hija mía,
tú has de ser mi enamorada.
—No lo permitan los cielos
8 ni la Virgen consagrada,
que teniendo madre viva
sirva yo de enamorada.
—¡Hala, hala, caballeros,
12 á Delgadina encerrarla,
no darle el pan á comer
ni darle á beber el agua,
y darle sólo á comer
16 tocino y carne salada!—
Un día por la mañana
salió á divisar su hermana,
y le dijo:—Hermana mía,
20 alcánzame un jarro de agua,
que el corazón se me seca
y el alma se me arranca.
—. . . . . ¿Por qué no hiciste
24 lo que mi padre mandaba?
—Madre mía, madre mía,
alcánceme un jarro de agua,
que el corazón se me seca
28 y el alma se me arranca.—
La madre le contesta:
—Hija mía desgraciada,
ya va para siete meses
32 que me haces ser mal casada.
—Padre mío, padre mío,
alcánceme un jarro de agua,
que el corazón se me seca
36 y el alma se me arranca.—
El padre le contesta:
—¿Serás tú mi enamorada?
—Sí lo seré, padre mío,
40 aunque sea condenada.

—¡Hala, hala, caballeros,
á Delgadina darle agua,
unos con jarro de oro,
44 otros con jarro de plata,
y el primer grande que llegue
tiene una ciudad ganada!—
El primer grande que llega
48 y Delgadina que acaba.
¡Ya te fuiste, Delgadina,
como un ángel á los cielos,
y tu padre, condenado
52 á los profundos infiernos!

10

Delgadina. C

(Recitadora: Bartola Naranjo, de ochenta años; lo aprendió en Curicó, provincia de ese mismo nombre; reside en Santiago.)

Tres hijas tenía el rey
bonitas como la plata,
la menorcita de ellas
4 Delgadina se llamaba.
Un día le dijo el rey
[.....]
—Hija mía Delgadina,
8 has de ser mi enamorada.—
Delgadina respondió
con el dolor en el alma:
—No lo permitan los cielos,
12 menos la Virgen sagrada.—
El rey irritado dijo
con palabras muy amargas:

—¡Alto, alto, caballeros,
16 á Delgadina encerradla,
quitadle el agua y el pan
y dadle carne salada!—
Recorriendo su balcón
20 se asoma ella á la ventana:
—¡Ay, madre mía, le dice,
alcánzame un jarro de agua,
ya se me seca la vida
24 y ya se me arranca el alma!
—¡Quita de aquí, Delgadina,
quita de aquí, mala dama,
nueve meses llevo en cuenta
28 que por ti hago mal casada!—
Recorriendo su balcón
se asoma ella á otra ventana:
—¡Ay, padre mío, le dice,
32 alcánzame un jarro de agua,
ya se me seca la vida
y ya se me arranca el alma!
—¡Alto, alto, caballeros,
36 á Delgadina dadle agua!
¡Al que llegare primero
una ciudad se le manda!—
Unos con jarros de oro,
40 otros con jarros de plata,
l' agua le llevan corriendo
á Delgadina, que acaba.
—Hija mía Delgadina,
44 á vos se te [1] arrancó el alma,
yo me quedo padeciendo
abrasado en vivas llamas.

---

1. El uso promiscuo del *tú* y el *vos* es común en Chile, aún entre personas educadas.

11

Delgadina. D

(Recitador: N. Leonidas, de veinticinco años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Tres hijas tenía el rey
bonitas como la plata,
la menor y la mejor
4 Delgadina se llamaba.
—Hija mía Delgadina,
has de ser mi enamorada.
—No lo permita el Señor
8 ni la Virgen consagrada,
que estando mi madre viva
yo sea su enamorada.—
Salió el rey muy enojado:
12 —Enciérrenme á Delgadina,
quítenle el agua y el vino,
delen [1] la carne salada.—
De ahí salió Delgadina
16 muy triste y desconsolada,
y en un calabozo oscuro
la pusieron encerrada.
Al quinto día de encierro
20 se asomó por la ventana
para ver si veida [2] á alguien,
y vió á su madre sentada:
—¡Madre mía, por piedad,
24 alcánceme un vaso de agua,
que ya el alma se me seca
y la vida se me acaba!
—Hija mía, yo te diera,
28 pero me lo han prohibido,

y si tu padre lo sabe
me da el castigo debido.—
Luego divisó á su padre
32 y le habló muy afligida:
—¡Padre mío, por piedad,
alcánceme un vaso de agua,
que ya el alma se me seca
36 y la vida se me acaba!
—Hija mía, yo te diera
si has de ser mi enamorada.—
Y Delgadina le dijo:
40 —¡Moriría abandonada!—
Al ver su padre el peligro,
le mandó lo que pedía:
l' agua que llega á la puerta,
44 Delgadina que moría.

---

1. Vide rom. 8, n. 2.
2. En Chile, la gente huasa conjuga el imperfecto de ver: *véida, véidas, véida, véidan.* Esto mismo ocurre con algunos verbos de la segunda y tercera conjugación que tienen en hiato, en el infinitivo, las vocales *a-e, e-e, e-i,* como *traer, leer, reir.* Estos verbos conjugan también de manera análoga el singular de ambos presentes: *tréigo-a, léido-a, réido-a;* y el participio: *tréido, léido, réido.*

12

Delgadina. E

(Recitadora: Sara Garrido, de veinticinco años; lo aprendió en los campos del Sur; reside en Santiago.)

Tres hijas tenía el rey
bonitas como la plata.
la menorcita de ellas
4 Delgadina se llamaba.
Un día, estando en la mesa,
mucho el padre la miraba:
—Hija mía Delgadina,

8 ¿podrís [1] ser mi enamorada?
—No lo permita ni Dios
ni la Virgen consagrada,
de ser mujer de mi padre,
12 madrastra de mis hermanas.
—¡Alto, alto, dijo el rey,
á Delgadina encerrarla,
y si pide que comer
16 delen [2] la carne salada,
y si pide que beber
delen la hiel más amarga!—
Al otro día de mañana
20 se asoma á su balcón.
y á su hermana divisó
[. . . . . .]
—Hermana del alma mía,
24 alcánzame un jarro de agua,
que se me seca la vida
y el alma se me arranca.
—Hermana del alma mía,
28 yo no puedo pasarte agua.
que si mi padre lo sabe
la cabeza me cortaba.—
[. . . . . .]
32 Divisó á la otra hermana:
—Hermana del alma mía,
alcánzame un jarro de agua,
que se me seca la vida
36 y el alma se me arranca.—
. . . . . .
A la madre divisó
[. . . . . .]
—¡Ay! madre del alma mía,
40 alcánceme un jarro de agua,
que se me seca la vida
y el alma se me arranca.

—Hija mía Delgadina,
44 yo no puedo pasarte agua,
pues si tu padre lo sabe
la cabeza me cortaba.
. . . . . .

1. Es común en el pueblo chileno substituir la terminación verbal *éis* por *is*, así en el presente como en el futuro: *comís, comerís*, por *coméis comeréis*.
2. Vide rom. 8, n. 2.

13

Delgadina. F

(Recitadora: Margarita Ramírez, de ochenta años; lo aprendió en un pueblo del Sur; reside en Pencahue de Caupolicán, provincia de Colchagua.)

Un rey tenía tres hijas
muy hermosas y galanas,
y la menorcita d[2] ellas
4 Delgadina se llamaba.
Un día, estando comiendo,
el rey se quedó mirándola.
—¡Ay, padre! ¿Por qué me mira,
8 que su mirada me mata?
—¡No te he de mirar pues, hija,
si has de ser mi enamorada!
—No lo permitan los cielos
12 [. . . . . .]
que teniendo madre viva
sirva yo de enamorada.
—Vengan criados y más criados,
16 á Delgadina encerrarla:
cuando pida de comer

delen [1] la carne salada;
cuando pida de beber
20 delen la hiel más amarga.—
De allí salió Delgadina
muy triste y desconsolada;
le da vuelta á su balcón
24 y halla á su madre sentada:
—Madre, por amor de Dios,
alcánzame un jarro de agua,
que el corazón se me seca
28 y la vida se me acaba.
—Vengan criados y más criados,
á Delgadina encerrarla,
que va por los nueve meses
32 que por ti hago mal casada.—
. . . . . .
—Vengan criados y más criados
á Delgadina á darle agua.—
El uno en un jarro de oro,
36 el otro en un jarro 'e plata,
al que llegare primero
á una ciudad se le manda.—
Antes de que llegue el agua,
40 Delgadina que se acaba.

1. Vide rom. 8, n. 2.

14

Delgadina. G

Un rey tenía tres hijas
bonitas como la plata,
y la menorcita d'ellas
4 Delgadina se llamaba.

Un día, estando en la mesa,
el padre que la miraba.
—¿Qué me miras, padrecito,
8 qué me miras, que me matas?
—¡No te he de mirar pues, hija,
si has de ser mi enamorada!
—No permita Dios del cielo
12 ni la Virgen soberana,
que sea mujer de mi padre,
madrastra de mis hermanas.—
Llamó pajes y criados
16 como trajo de Granada:
—Encierren á Delgadina,
delen [1] la carne salada.
. . . . . .

1. Vide rom. 8, n. 2.

Comentario.—Dice el señor Menéndez Pelayo: «A pesar de lo brutal y repugnante de su argumento, ó quizá por esto mismo, puesto que la casta musa popular (que casta es á su manera) no suele reparar en tales melindres, el romance de *Delgadina* es uno de los más populares en España, hasta el punto de que apenas hay región donde no se encuentre». (*Antología*, t. X, p. 130.) Igual difusión alcanza este romance en Portugal: Hardung trae cinco versiones, y otras tantas pueden leerse en la *Revista Lusitana*, tt. VIII y IX. En la mayor parte de ellas, y en una bilingüe publicada por Milá (*Romancerillo*, N.º 272), el argumento del romance agrega un episodio, harto repugnante por cierto, que no hallo en ninguna de las variantes castellanas:

Foi-se d' alli a Sylvana,
mui agastada que ia;
foi-se encontrar com sua madre
lá no adro da ermida:
—Que tens tu, minha Sylvana,
que tens tu, oh filha minha?
—Oh quem tal pae não tivera,
quem não fôra sua filha!

que me accommette de amores,
oh minha mãi, cada dia.
—Vai, filha, vai para casa,
veste uma alva camisa,
que o cabeção seja de ouro,
as mangas de prata fina:
deitar-te-has no meu leito,
eu no teu me deitaria,
e ha de valer-nos a Virgem,
a Virgem Santa Maria.—
Lá junto da meia-noite
seu padre que a accommettia:
—Se eu soubera, Sylvana,
que estavas tão corrompida,
oh! las penas do inferno
pôr ti las não penaria.
—Est ta não é a Sylvana,
é a mãi que a paria;
tambem pariu Dom Alardos,
senhor da cavalleria,
tambem pariu a Dom Pedro,
principe da infanteria,
tambem pariu a Sylvana
que seu pae a accommettia.
—Oh mal haja, que haja a filha
que seu padre descobria!
—Oh mal haja, que haja o padre
que sua filha accommettia.—

(HARDUNG, *Romanceiro*, t. 1, p. 128.)

No deja de ser curioso que en algunas versiones del Archipiélago Azoriano se cuelgue el milagro al rey don Pedro de Castilla, que en aquellos tiempos debía de ser cifra y resumen de toda perversidad:

—Eu não sou Dona Sylvana,
sou a mãi que a paria;
emquanto fallei comtigo,
oh Dom Pedro de Castilla,
eu era mulher honrada,
não era mulher vadia.—

En el Brasil, el romance de *Delgadina* se encuentra también difundido, con este mismo nombre, y no con el de *Sylvana* que tiene generalmente en Portugal. (Vide PEREIRA DA COSTA, *Folk-lore Pernambucano*, p. 321.)

Almeida Garrett tuvo el capricho de glosar este peregrino tema poético, en su poemita *Adozinda*, escrito en octosílabos irregularmente rimados y dividido en cuatro cantos. En poco honesta cuna nació, por cierto, el romanticismo portugués.

Es difícil establecer si el argumento del romance de *Delgadina* tiene relación con algún suceso histórico ó legendario, ó si es producto de la inventiva popular, que en materia de amoríos no reconoce límites ni sufre cortapisas. En italiano existe una canción muy parecida, que dice referencia al martirio de Santa Bárbara:

—Sta su, Barbera bella, costumata,
ché io te vo' con me per maritata!
—Sta su, padre diletto!
lo sposo mio gli é Gesú benedetto.—
Quando 'l su' padre gli sentí di' questo,
alle prigioni la fece menare;
tre giorni senza be', senza mangiare.
—Sta su, Barbera bella, costumata,
ché io te vo' con me per maritata!
—Sta su, padre diletto!
lo sposo mio gli é Gesú benedetto.—
Quando 'l su' padre gli sentí di' questo,
alle segrete la fece menare;
tre giorni senza be', senza mangiare.
—Sta su, Barbera bella, costumata,
ché io te vo' con me per maritata!
—Sta su, padre diletto!
lo sposo mio gli é Gesú benedetto.—
Quando 'l su' padre gli sentí di' questo,
alle colonne la fece legare;
tre giorni senza be', senza mangiare.
—Sta su, Barbera bella, costumata,
ché io te vo' con me per maritata!
—Sta su, padre diletto!
lo sposo mio gli é Gesú benedetto.—
Quando 'l su' padre gli sentí di' questo,

per terra ignuda la fece trainare;
tre giorni senza be', senza mangiare.
Allor la Santa si voltó 'n ve' 'l cielo:
—Angioli santi, fate coprí questa vergogna!—
Allora vennon giú l' angioli santi
ed in palma de mano la piglionno,
e 'n paradiso con sé la portonno.
—Angioli santi, su su su 'n ve' 'l bello!
io vado 'n parad so, e te all' inferno:
io 'n paradiso con canti e con suoni,
e te all' inferno con sospiri e duoli:
io 'n paradiso con suoni e con canti,
e te all' inferno con sospiri e pianti.

Ciggiano (Arezzo).

(GIANNINI, *Canti popolari toscani*, p. 404.)

No sé yo qué relación haya entre la canción toscana y el romance español, pero me explico perfectamente el origen de la primera. El pueblo italiano no cree, ó no creyó antes, que Santa Bárbara se sacrificó sólo en defensa de su fe, sino también de su virginidad [1]. Una canción recogida en Umbría cuenta así el martirio de la Santa:

Santa Barbara quanno che nascette
la cruda matre sua la sopelitte:
quan' passó 'l tempo de venticinqu' anni
venne nova che Barbara era grande.
'l su' patre alora l' andiede a trová':
—Chi é, chi é che bussa a le mi' porte?
—É tu' padre che t' é 'nuto a trová'.
—Prende la sedia e mettete a sedé':
che avete, patre mio, che sospirate?
—Io t' ho trovato, o fia, da pijá' marito.

1. Acaso dió origen á esta creencia, un libro, que debió de ser muy popular, titulado: *Leggendario delle Santissime Vergini, le quali volsero morire per il nostro Signor Giesu Christo, et per mantenere la sua santa Fede, et virginitá.* Venetia, 1578. Comparando la canción transcripta más arriba con el lugar en que en este libro se refiere el martirio de Santa Bárbara, dice G. Salvadori que, abstracción hecha de la pasión incestuosa del padre, «in certi punti la corrispondenza delle parole é veramente notevole». (Vide SALVADORI, *Storie popolari toscane.*)

—O patre mio, so' bella e maritata,
e no da loro ch' io so' generata.
—Vorrei sapé' chi mai avete preso.
—'l caro fijol de Dio che m' ha aiutato.
—'l caro fijol de Dio vo' lassarite
e un ricco imperadore pijarite.
—Lo ricco imperadore lassaró,
lo caro fijol de Dio pijaró.—
Cadde 'na saina tutta arzente
e 'mazzó 'l patre con tutta le gente:
ne cadde 'n' altra con grande valore,
ammazzó 'l patre e 'l ricco imperadore:
ne cadde una con allegrie e canti,
Barbara bella, in paradiso santo.

(MAZZATINTI, *Canti popolari umbri*. p. 302.)

Ya en posesión de la leyenda, la imaginación popular no tuvo reparo en modificarla en el sentido pecaminoso en que lo hace la canción toscana.

Respecto al romance español, cuya antigüedad no creo que vaya más allá del siglo XVII [1], la cuestión es muy obscura, si damos por supuesto que no tiene relación con la canción italiana. Sin embargo, aunque sólo á título de curiosidad, recordaré que Fray Pedro Rivadeneira, que debió de reproducir noticias ya vulgares en su época, dice, al referir en el *Flos Sanctorum* (1599-1601) la vida de la popular virgen cristiana, que su padre la encerró en una torre á fin de que, «apartada de los ojos de los hombres, no fuese codiciada por ninguno».

¿No pudo atribuir el pueblo este exceso de cautela, á celos de pasión incestuosa?...

El señor Menéndez Pelayo [2] recuerda, á propósito de este romance, la novela bizantina de *Apolonio de Tiro*, repro-

1. Dice el Sr. Menéndez Pelayo, refiriéndose á la fecha en que pudo ser compuesto este romance: «No creemos que sea de los más primitivos, puesto que ninguna de las colecciones le recoge. Pero ya en el siglo XVII se cantaba una de sus variantes, según testimonio de D. Francisco Manuel de Melo en su farsa del *Fidalgo Aprendiz*, (*Obras Métricas*, León de Francia, 1665, pág. 247), citando en castellano los primeros versos:

Paseábase Sylvana—por un corredor un día...»

(*Antología*, t. XII, p. 514.)

2. Vide *Antología*, t. X, p. 130: y XII, p. 513.

ducida en el poema castellano de este título; pero, con sobrada razón, no cree que el romance español tenga este origen. Tampoco le parece que lo explica, aunque antes lo juzgó probable (*Orígenes de la novela*, t. I. p. LXVII), el tema folklórico de la niña de las manos cortadas, que engendró la leyenda morisca titulada *El rrecontamiento de la donzella Carcayona, hiya del rrey Nachrab con la paloma* [1], que tiene con el romance alguna semejanza en el fondo, aunque ambos discrepan completamente en los detalles.

La lectura de los romances chilenos de *Delgadina*, revela que no son reproducciones más ó menos alteradas de una sola versión, sino de varias, procedentes de diversas provincias de España. Así el verso 16 de la versión A, que tiene el mismo número en la G, sólo lo encuentro en una extremeña de Zafra, y la invocación de Delgadina á los criados, de la misma variante, no está en ninguna de las publicadas. El verso 46 de la versión B, que se reproduce en forma parecida en las C y D, no consta en ninguna castellana, aunque algo semejante se lee en otras portuguesas. Y, finalmente, el episodio que se halla en la versión B, en que Delgadina, vencida por la sed, promete ceder á las solicitaciones de su padre, no es propio de todas las variantes, sino de las asturianas, según parece.

Con el título de *Alfonsina*, y el subtítulo de *Inocencia y Envidia*, que es todo un programa, insertó el editor madrileño de las *Lecturas Populares* una imitación del romance de *Delgadina*, «bajo una forma más correcta y pura...de modo que puedan cantarlo los niños sin inconveniente, y antes con utilidad moral» [2]. Unos cuantos versos demostrarán que no siempre es fácil hermanar la poesía con las buenas intenciones:

Un rey tenía tres hijas,
todas tres bellas y sabias,
la más sabia y la más bella
Alfonsina se llamaba.
A todas quiere su padre,
á todas tiernamente ama,
pero quiere á su Alfonsina
sobre todas sus hermanas.

---

1. Robles, *Leyendas moriscas*, t. I. pp. 42 y sig.
2. Vide *Lecturas Populares*, t. II, p. 91.

Hay en la corte del rey
una mujer que, aunque dama,
no lo es por sus acciones,
que son más bien de villana. Etc.

Los judíos españoles de Levante conservan también el romance de *Delgadina*, y una muy curiosa versión puede leerse en el t. X de la *Antología* del señor Menéndez Pelayo.

Igual cosa debe de suceder en las repúblicas americanas, pero faltan datos, pues la tradición no ha sido explorada todavía. Don Domingo Valencia, conocido aeronauta colombiano, me recitó hace poco una versión de *Delgadina*, que reproduce fielmente la variante andaluza publicada por Fernán Caballero en el diálogo *Cosa cumplida... sólo en la otra vida*. El señor Valencia aprendió este romance en su niñez, en Pácora, departamento de Antioquía, Colombia, y procede seguramente del impreso, del que no se diferencia sino en unas cuantas palabras.

El Dr. Robert Lehmann-Nitsche recogió en La Plata, República Argentina, una versión de *Delgadina*, que puede leerse en la revista *Cultura Española*, donde la publicó don Ramón Menéndez Pidal.

15

El reconocimiento del marido. A

(Recitadora: Ana María Fuentes, de sesenta y cinco años; lo aprendió en Toconey, provincia de Talca, donde reside.)

—Catalina, Catalina,
linda moza y lindo pie,
yo me embarco para Francia,
4 ¿qué encargo es el que me hacéis?
—El encarguito que te hago
ya luego te lo diré...
. . . . . .
Él es blanco, colorado,
8 y en el hablar muy cortés.
—Por la razón que usté dice,
su marido muerto fué,
en una mesa de dados
12 le ha matado un genovés.
Me dejó recomendado
que me case con usté,
que le repare su hacienda
16 y su familia también.
—Retírese el buen galán,
en el hablar descortés,

pienso esperar mi marido
20 como una honrada mujer.
[. . . . . .]
Siete años lo esperaré;
si á los siete años no llega,
24 pal [1] monasterio me iré.
Dos hijas doncellas tengo,
con ellas me dentraré [2]:
dos hijos varones tengo,
28 al rey se los mandaré,
para que asienten la plaza
y defiendan por la fe.—
Entonces el buen marido
32 l' echó el brazo á la mujer:
—¡Ay! vidita de mi alma,
que ya no me conocéis!
—¡Mal haya sea la desgracia
36 y el día en que yo nací:
hablando con mi marido
y nunca lo conocí!

1. *Pal*, contracción de *para el*, muy usada entre la gente huasa.
2. *Dentrar* por *entrar* es común en todas las clases sociales.

16

El reconocimiento del marido. B

(Recitadora: Margarita Ramírez v. de Infante, de ochenta años; lo aprendió en un pueblo del Sur; reside en Pencahue de Caupolicán, provincia de Colchagua.)

—Catalina, mi señora.
lindo cuerpo **pagoney**,
yo me embarco para Francia.
4 ¿qué mandáis ó qué queréis?

—Que á mi marido del alma
mil encomiendas [1] le deis.
—¿Me diréis qué señas tiene?
8 —Ya luego se las diré.
Es un mozo zarco y rubio
en el hablar muy cortés,
en la cabeza 'e la enjalma
12 lleva las armas del rey,
en la punta de la espada
lleva un **se** y un **aromé**.
—Ese mozo que usté dice
16 años ha que muerto es,
en un juego de los dados
muerte le dió un **filomé**,
y me ha dejado el encargo
20 que me case con usté.
—Quita de aquí, caballero,
caballero descortés,
que á mi marido del ama
24 cien años lo aguardaré;
si á los cien años no viene,
á un convento yo me iré.
Dos hijas doncellas tengo,
28 con ellas me entraré;
dos hijos varones tengo,
al rey los entregaré,
para que sean vasallos
32 y defiendan por su fe.—
Entonces el caballero,
al ver su honrada mujer,
l' echa los brazos al cuello
36 y dice:—Yo soy tu bien.

---

1. *Encomiendas* por *recados, memorias*, es acepción castellana desconocida en Chile. Esta palabra debió estar en la versión original, aunque no figura en ninguna de las publicadas que han llegado á mi noticia.

17

El reconocimiento del marido.

(Recitadora: X. X.; lo aprendió en Codegua, provincia de O'Higgins; reside en Santiago.)

—Catalina, Catalina,
lindo cuerpo aragonés,
yo me embarco para Francia,
4 ¿qué mandas á tu querer?
—Lo que te encargo, señor,
que veas á mi marido,
que va para siete años
8 á que lo lloro perdido.
Las señas de mi marido,
señor, se las daré:
es un joven zarco y rubio
12 y en el hablar muy cortés.
—Por las señas que me das,
tu marido muerto es:
en un juego de los dados
16 lo mató un genovés.
Lo que me deja encargado
que me case con su mujer,
que cúide [1] de su haciendita
20 y de sus hijos también.
—Vaya, vaya el caballero
mal hablado y descortés:
mi marido en el alma
24 siete años lo guardaré;
si á los siete años no güelve [2],
monja me pienso meter.
Dos hijas doncellas tengo,
28 consigo [3] las llevaré;

tres hijos varones tengo,
al rey se los mandaré,
que le sirvan de soldados
32 y defiendan por la fe.—
Viendo pues el caballero
la honradez de su mujer,
l' echa los brazos al cuello
36 y dice:—Tú eres mi bien.

---

1. En las inflexiones del verbo *cuidar* y sus derivados, predomina en Chile la acentuación arcaica:

Ora á ti, dios Silvano, á ti, Priapo,
que los linderos *cúidas*,
agradecido, y en debida ofrenda,
os va ǎ llevar las coloradas uvas.

(E. DE LA BARRA, *La vida del campo*.
Trad. del gallego.)

Algo de esto debe ocurrir también en España:

A extrañas naciones
tus bienes traspuso
de tus hijos necios
el fatal *descúido*.

(FORNER, *Exequias de la lengua castellana*.)

¿Le adularás con ellas?
¿O allá en la fría tumba,
los míseros que duermen
de lágrimas se *cúidan*?

(MELÉNDEZ VALDÉS, *La tortolilla*.)

Esta última estrofa fué criticada por Hermosilla.

2. En algunas palabras, *b* y *v* se cambian en *g*, especialmente delante de los diptongos *ue, ui: gómito, agüelo, güitre, güey*, por *vómito, abuelo, buitre, buey*.

3. Es muy común en Chile decir *consigo*, donde el sentido pide *conmigo* ó *contigo*.

18

El reconocimiento del marido.

(Recogido en Curicó.)

—Catalina, Catalina,
lindo cuerpo aragonés,
yo me parto para Francia,
4 manda tú lo que queréis.
—Señor, un encargo le hago
que luego se lo diré:
que si veis á mi marido
8 mil encomiendas [1] le deis.
Mi marido es blanco y rubio,
tiene el hablar muy cortés,
en la punta de sus armas
12 firma las armas el rey,
y en el pomo de su espada
firma un aragonés.
—Señora, ese caballero,
16 aquél que fué, muerto es,
en una mesa vedada [2]
quedó muerto en Chiloé,
y me dejó encomendado
20 que me case con usté.
—Cállese el hombre la boca,
mal hablado y descortés.
Seis años lo aguardaré
24 como una honrada mujer;
si no vuelve á los seis años,
monja me pienso meter.
Dos hijas doncellas tengo,
28 conmigo las llevaré;

dos hijos varones tengo,
al rey se los dejaré,
pa que sirvan de soldados
32 y defiendan por la fe.

1. Vide n. 1 del rom. 16.
2. Podrá ser «mesa vedada», como pronunciaba el recitador, en el sentido de *mesa de juego*, ó tal vez «de dados», como en otras versiones.

19

El reconocimiento del marido. E

(Recitadora: Sara Garrido, de veinticinco años; lo aprendió en los campos del Sur; reside en Santiago.)

—Catalina, Catalina,
lindo cuerpo aragonés,
yo me embarco para Francia,
4 ¿qué dice su piquerey?
—No le encargo ni le pido
y menos que me dé,
que si veis á mi marido
8 mil encomiendas [1] le deis.
—Las señas de su marido...
—Sí, señor, se las daré:
él es blanco, pelo rubio,
12 y en el hablar muy cortés,
en la punta del bastón
tiene las armas del rey.
—Por las señas que me da.
16 su marido muerto es,
en Valencia lo mataron
en casa de un genovés,
y me encargó á sus hijitas
20 y sus haciendas también,

y, por más señas, me dijo:
«cásese con mi mujer».
—Quita, noble caballero,
24 desatento y descortés,
que á mi marido de mi alma
seis años lo esperaré.
Si á los seis años no vuelve,
28 de monja me entraré.
Tres hijos varones tengo,
los tres se los mando al rey,
que peleen por la patria
32 y defiendan por la fe.—
La abrazó entonce' y le dijo:
—«Tú eres mi honrada mujer».

1. Vide rom. 16, n. 1.

20

El reconocimiento del marido. F

(Recitadora: María del Socorro Ortiz, de veinticuatro años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

—Catalina, Catalina,
lindo cuerpo y lindo pie,
yo me embarco para Francia,
4 ¿qué mandar á tu querer?
—A usté, que va para Francia,
un encargo le haré:
que si viese á mi marido
8 mil encomiendas [1] le dé.
Las señas de mi marido
yo se las daré.
El es blanco, pelo rubio,
12 y en el hablar muy cortés,

en la punta de la espada
lleva las armas del rey.
—Por las señas que me da,
16 su marido muerto es,
en el juego de los dados
le mató un genovés.
Pero un encargo, señora,
20 me dejó y se lo diré:
que le cuide sus hijitos
y me case con usté.
—Quita, quita, caballero,
24 caballero descortés,
diez años lo he de esperar
como una honrada mujer.
Si á los diez años no vuelve,
28 al monasterio me iré.
Dos hijas mujeres tengo,
con ellas me entraré;
dos hijos varones tengo,
32 al rey se los mandaré,
para que tomen las armas
y defiendan por la fe.

1. Vide rom. 16, n. 1.

21

El reconocimiento del marido. G

(Recitadora: Gregoria Collado, de cincuenta y cinco años; lo aprendió en Illapel, provincia de Coquimbo; reside en Matancilla, aldehuela del departamento de Illapel.)

—Adiós, linda Margarita.
—Adiós, lindo baronel.
—Yo me embarco para Francia,

4 ¿qué mandáis á quien queréis?
—A mi marido de mi alma
miles memorias le dé.
—Las señas de su marido
8 démelas antes usté.
—Mi marido es muy galán
y en el hablar muy cortés.
—Por las señas que me da,
12 su marido muerto es:
en la mesa de los dados
lo ha muerto un genovés,
y me dejó por encargo
16 que me case con usté,
que le cuide sus hijitos
y sus haciendas también.
—Si es verdad que muerto fuera,
20 quince años lo esperaré;
si no llega en los quince años,
monja me pienso volver.
Dos hijos varones tengo,
24 al rey se los llevaré,
á que aprendan á vasallos
y acrecenten [1] en la fe.
Dos hijas doncellas tengo,
28 monjas también han de ser.—
. . . . . .
Aquí se acaba el corrido [2]
de esta honrada mujer,
que hablando con su marido
32 no lo puede conocer.

1. El verbo *acrecentar* se conjuga en Chile como regular.
2. Vide lo dicho en la INTRODUCCIÓN.

22

El reconocimiento del marido. ⊢

(Recitadora: Rosa Astudillo, de cuarenta años; lo aprendió en Concepción, provincia de ese mismo nombre; reside en Santiago.)

—Mariquita, Mariquita,
lindo cuerpo de palmera,
lunes salgo para Francia,
4 mándame lo que tú quieras.
—Señor, un encargo te hago,
[.....]
que si ves á mi marido
8 mil encomiendas [1] le deis.
Las señas de mi marido
muy luego se las daré:
él es blanco, rubio y zarco,
12 de muy halagüeña tez.
—Por las señas que me da,
su marido muerto es,
en el juego de los dados
16 halo [2] muerto un genovés,
y me ha dejado encargado
que me case con usté,
que le cúide [3] sus haciendas
20 y la familia también.
—Calla, calla, caballero,
en el hablar descortés,
á mi marido del alma
24 diez años lo esperaré;
si á los diez años no llega,
de monja me dentraré [4].

Dos hijas doncellas tengo,
28 con ellas me dentraré:
dos hijos varones tengo,
al rey los entregaré,
para que salgan vasallos
32 y peleen por la fe.

1. Vide rom. 16. n. 1.
2. Construcción exótica en Chile, conservada aquí tal vez por exigencia del metro.
3. Vide rom. 17, n. 1.
4. Vide rom. 15, n. 2.

23

El reconocimiento del marido. I

(Recitadora: Aurelia Baeza, de dieciocho años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

—Este es el Mambrú, señores,
que lo cantaré al revés.
¿Ha visto usté á mi marido
4 en la guerra alguna vez?
—Por si yo lo hubiese visto
deme usté las señas d' él.
—Mi marido es muy buen mozo,
8 muy gentil y muy cortés,
en la punta de la espada
lleva un pañuelo escocés
que lo bordé cuando niña,
12 cuando niña lo bordé.
Con cuatro niñas que tengo
muy solita me quedé,
y yo pienso colocarlas
16 á las cuatro de una vez:
una en casa 'e doña Juana,
otra en casa 'e doña Inés,

una se queda conmigo
20 y otra se va con usté,
pa que le cosa y le lave
y le haga de comer.

Comentario.—Dice el señor Menéndez Pelayo: «Es lugar común en la poesía popular el reconocimiento del marido que vuelve de la guerra... En rigor, el asunto es humano, y su expresión más poética y más antigua está ya en la *Odisea;* pero es tal la semejanza que tienen estas canciones en algunos pormenores, especialmente en lo que toca á las señas del marido, que hace pensar en la transmisión directa de un tema original, nacido no se sabe dónde». (*Antología*, t. X, pág. 85).

Nada más exacto que esta observación. Comparando las diversas canciones que tratan este argumento, hay que convenir en la existencia de una fuente común, hasta ahora desconocida. La confrontación no es procedente en este lugar, porque resultaría demasiado prolija y seguramente desproporcionada con respecto al interés de los lectores por esta clase de asuntos. Sin embargo, no está de más notar los pasajes en que mayor semejanza se advierte, completando el dato con las indicaciones bibliográficas indispensables para el lector que quiera ir más allá.

Señalaré como principales puntos de comparación, además del reconocimiento mismo, que es muy parecido en todas las canciones, las señas del marido dadas por la esposa; la circunstancia de haber partido éste á Francia; la manera como refiere, engañando, su propia muerte; y, finalmente, la resolución de la esposa de aguardarle todavía un número determinado de años, al fin de los cuales, si no vuelve, ofrece profesar en un monasterio. Estas coincidencias no pueden ser casuales; y aunque no se encuentran reunidas en la totalidad de las variantes, no dejan de presentarse uno ó más de estos episodios en todas las que yo he leído, y que el lector hallará en las siguientes obras:

Depping, *Romancero*, t. II, p p.8 y 195.—Durán, *Romancero*, t. I, p. 175.—Menéndez Pidal J., *Colección de viejos romances*, pp. 152 y 153—.Menéndez Pelayo, *Antología*, t. VIII, pp. 275 y 276; t. X, pp. 83-86 y 138.—Menéndez Pidal R., *Cultura española*, núm. 1, pp. 75 y 79.—Bayo Ciro, *Revue Hispanique*, t. XV, p. 796.—*Folk-lore*

Español, t. III, p. 89.—MILÁ, *Romancerillo*, pp. 153 y 154. —AGUILÓ, *Romancer*, pp. 83-90.—HARDUNG, *Romanceiro* t. I, pp. 71-88.—*Revista Lusitana*, t. VIII, p. 217; t. IX, pp. 283, 294, 299, 300, 312, 318 y 321.—ROMERO, *Cantos pop. do Brasil*, p. 3.—PEREIRA DA COSTA, *Folk-lore Pernambucano*, p. 295.—MARCELLUS, *Chants pop. de la Grèce mod.*, pp. 155, 162 y 163.—GIANNINI, *Canti pop. toscani*, pp. 399 y 401.—FERRARO, *Canti pop. monferrini*, pp. 33 y 60.—GIANANDREA, *Canti pop. marchigiani* p. 270.—GIANNINI, *Canti pop. della mont. lucchese*, pp. 151-156.

Menéndez Pelayo menciona, sobre este mismo tema, las siguientes obras que no he podido consultar:

CHAMPFLEURY Y WEKERLIN, *Chansons pop. des prov. de France*, París 1860, p. 195.—BEAUREPAIRE, *Études sur la poesie pop. en Normandie*, París, 1856, p. 76.—BUJEAUD, *Chants et chansons pop. des prov. de l' Ouest*, Niort, 1866, t. II, p. 215.—PUYMAIGRE, *Chants et chansons pop. du Pays Messin*, París, 1869, p. 8.—TARBÉ, *Romancero de Champagne*, Reims, 1863, t. II, pp. 2 y 221.— BARZAZ BREIZ: *Chants pop. de la Bretagne, recueillis, traduits et annotés par le Vicomte Hersart de la Villemarqué*, 6.ª ed. París, 1867, pp. 146-150.—PERCY, *Reliquies of ancient english poetry*, London, 1823, sect. II, book I, p. 261.—*Deutsche Balladenbuch*, Leipzig, 1858, p. 14.—NIGRA, *Canti pop. del Piemonte*, pp. 317 y 318.

La variante I, cuya difusión en Chile debe de ser relativamente moderna, sirve para acompañar un juego de niñas. En el *Folk-lore Español*, t. III, p. 89, hay una versión parecida, aunque más breve, que tiene allá el mismo empleo.

24

Blanca Flor y Filomena. A

(Recitador: Domingo García, de cuarenta años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Estaba la leona, estaba
entre la paz y la guerra,
con sus dos hijas queridas,
4 Blanca Flor y Filomena.
El duque don Fernandillo
se enamoró de una d' ellas:
se casa con Blanca Flor
8 y pena por Filomena.
Como a los nueve meses
llega á la casa 'e su suegra:
—Buenas noches tengas, madre,
12 buenas noches tenga, abuela.
—¿Blanca Flor cómo ha quedado?
—Pues, señora, enferma queda,
y le manda suplicar
16 que l' empreste [1] á Filomena.
—¿Cómo la quieres llevar
cuando es muchacha y doncella?
—Yo la llevaré, señora,
20 como que es mía y vuestra.

—Vestite [2], niña, le dice,
de la mejor d' esas galas,
que ya vas á padecer,
24 y más, á tierras extrañas.—
El duque don Fernandillo
á las ancas se la echó;
por la mitad del camino
28 su pecho le descubrió,
Como ella se esforzara,
la lengua se la cortó;
con la sangre de su lengua
32 un papelillo escribió.
A un pastor qu' iba pasando
por señas lo llamó:
—Mira, lleva esta carta
36 á mi hermana Blanca Flor.—
Blanca Flor, de que la vido [3],
del susto se desmayó.
Pronto llega su marido
40 y de cenar le pidió.
—¡Qué rica estaba la cena!
—Más rica estaba, traidor,
la honra de Filomena.
44 [. . . . .]
El duque don Fernandillo
á un peñasco se arrimó,
se hizo dos mil pedazos
48 y el diablo se lo llevó.

---

1. *Emprestar* es más usado que *prestar* por el pueblo.
2. *Vestite*, imperativo de *vestir*. Este verbo se usa siempre en Chile con acusativo de persona.
3. La tercera persona del presente de indicativo de *ver* se pronuncia á veces *vío*, y, afectadamente, *vido*. Esto último ocurre también con muchas otras voces terminadas en *ía*, *ío*: *mida*, *sombrido*, por *mía*, *sombrío*.

25

Blanca Flor y Filomena. B

(Recitadora: Manuela Donoso, de cuarenta años; lo aprendió en San Fernando, provincia de Colchagua; reside en Santiago.)

Estaba la mora, estaba
entre la paz y la guerra,
con sus dos hijas queridas,
4 Blanca Flor y Filomena.
El duque don Bernardino
se enamora de una d' ellas:
se casa con Blanca Flor
8 y pena por Filomena,
y luego que se casó
se la lleva á lejas [1] tierras.
Cumplidos los nueve meses
12 volvió á casa de la suegra:
—Buenos días tenga, madre.
—Muy buenos, hijo, los tengas.
—¿Cómo quedó Blanca Flor?
16 —En víspera 'e parir queda,
y le manda suplicar
que le preste á Filomena.
—¿Cómo l' has de llevar, hijo,
20 siendo muchacha doncella?
—Yo la llevaré, señora,
como prenda mía y vuestra.
—Toma, muchacha, esta llave,
24 ponéte tu hato mejor.—
El duque don Bernardino
en ancas se la llevó.

y en la mitad del camino
28 su pecho le declaró;
después de cumplir su gusto
la lengua le cortó.
Con la sangre de sus venas
32 ella una carta escribió,
á un pastor que va pasando
por señas lo llamó.
—Toma, pastor, esta carta,
36 llévasela á Blanca Flor.—
Blanca Flor, des que la vío [2],
con el susto malparió;
manda prender su marido
40 por alevoso y traidor.
El duque don Bernardino
de un risco se despeñó,
y se hizo mil pedazos
44 y el diablo se lo llevó.

---

1. El adjetivo plural *lejas* se usa todavía en Chile, entre la gente del pueblo.
2. Vide rom. 24, n. 3.

26

Blanca Flor y Filomena.

(Recitadora: Juana Guajardo, que dice tener ciento cinco años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Estaba la liona [1], estaba
entre la paz y la guerra,
con sus dos hijas queridas,
4 Blanca Flor y Filumena [2].
El conde don Bernardino
se enamora de una d' ellas:

se casa con Blanca Flor
8 y pena por Filumena.
El día que se casaron
se jueron [3] pa lejas [4] tierras,
á los nueve meses justos
12 llegó á casa de la suegra.
—Buenos días, mi señora,
¿cómo está y cómo le va?
—Buenos días tengáis, hijo,
16 ¿cómo que'ó Blanca Flor,
[. . . . .]
hija mida [5] y mujier [6] vuestra?
—Buena que'a, mi señora,
20 en días de parir que'a,
y le manda suplicar
que le preste á Filumena.
—¿Cómo l' has de llevar, hijo.
24 siendo joven y tan tierna?
—Yo la llevaré, señora,
como propia mida y vuestra.
—Toma, niña, esa llave
28 y abre ese cofre dorado,
y saca el mejor vestido
pa que vais con tu cuñado.—
De allí la toma 'e la mano
32 y á las ancas se la lleva,
y en la mitad del camino
le significó sus penas.
Después de haberla gozado,
36 la lengua le redigó [7],
y con sangre de su lengua
un boletito escribió.
Iba pasando un pastor
40 y por señas lo llamó:
—Pastor, llévame esta carta
y dásela á Blanca Flor.—

El conde, lo que la vido [8],
44 á un peñasco se arrimó,
allí s' hizo mil pedazos
y el diablo lo levantó.

---

1. La *e* átona seguida de *a* ú *o* en hiato ó en cuasi-diptongo, se cambia en *i* al diptongarse: *rial, linia, lion,* por *real, línea, león*. En iguales circunstancias, la *o* átona seguida de *a* ó *é*, se cambia en *u*: *cuágulo, herue,* por *coágulo, héroe*. De aquí toma origen nuestro popular *cuantuá*, contracción de *cuanto ha*: «Cuantuá lo vi», que vale «lo vi hace tiempo».
2. El cambio de la *o* en *u* en este caso, proviene tal vez de un natural error etimológico, con asimilación al chilenismo *filudo*, adjetivo que se aplica á todo instrumento de muy agudo filo.
3. El cambio de *f* en *j* se observa antes de las vocales *o, u*, y más comunmente, de los diptongos *ue, ui: jogata, dijunto, juerza, juimos*, por *fogata, difunto, fuerza, fuimos*. De aquí el dicho popular con que he oído despedirse á algunos guapetones, al subir bizarramente en sus cabalgaduras: «con una *jota* y una *i*, dijo un huaso *me juí*».
4. Vide rom. 25, n. 1.
5. Vide rom, 24 n. 3.
6. En algunos casos la pronunciación popular introduce *i* antes de *e* acentuada: *aquiel, cogier, mujier*, y en otros la suprime: *cualquera, higene, neva*.
7. *Redigó* por *rebanó*. Creo haber oído alguna vez este verbo, entre gente muy huasa, pero no estoy seguro de ello. Los vocabularios no lo traen.

27

Blanca Flor y Filomena.

(Recitadora: Ana María Fuentes, de sesenta y cinco años; lo aprendió en Toconey, provincia de Talca, donde reside.)

Estaba la bella, estaba
á la luz de una candela,
con sus dos hijas queridas,
4 Blanca Flor y Filomena.
Llegó un galán de Turquía
y se prendó de una d' ellas:
se casa con Blanca Flor
8 y pena por Filomena,
y luego que se casó

la llevó á tierras ajenas.
Cumplidos los nueve meses
12 llegó á casa de su suegra:
—Buenos días, mi señora.
—Buenos días tú los tengas:
¿cómo quedó por allá
16 mi hijita la blanca y bella?
—Buena la dejé, señora,
en días de que era enferma,
y le manda suplicar
20 que le preste á Filomena.
—¿Cómo la llevas, pues, hijo,
siendo muchacha y doncella?
—Yo la llevaré, señora,
24 como prenda mía y vuestra.
—Busca, niña, esos vestidos,
esos mejores de seda,
que te ha mandado llamar
28 tu hermana la blanca y bella.—
Luego que la tomó en ancas,
de su suegra se despidió;
en la mitad del camino
32 su pecho le redimió [1].
. . . . . .
Con la sangre de su lengua
una carta escribió;
iba pasando un pastor
36 y por señas lo llamó:
—Toma, llévale esta carta
á mi hermana Blanca Flor.—
Blanca Flor, lo que la vío [2],
40 hasta de susto abortó;
mandó prender su marido
por veleidoso y traidor.

1. *Redimió* por *descubrió*, según rezan otras versiones, no lo he oído antes de ahora.
2. Vide rom. 24 n. 3.

28

Blanca Flor y Filomena. E

(Recitadora: Elvira Hernández, de veinticinco años; lo aprendió en Atelcura, provincia de Coquimbo, donde reside.)

Estaba la linda, estaba
entre la paz y la guerra,
con sus dos hijas queridas,
4 Blanca Flor y Filomena.
Un caballero 'e Turquía
se enamora de una d' ellas:
se casó con Blanca Flor
8 y pena por Filomena.
Para gozar de su intento
la mudó á tierras ajenas;
nueve meses no cumplidos
12 volvió á su querida suegra:
—Buenos días, mi señora.
—Muy buenos, yerno, los tenga.
¿Y cómo está Blanca Flor?
16 —Mi señora, nada buena;
'tá con ganas de parir
y ya se muere de pena.
También le manda pedir
20 Blanca Flor á Filomena.
—¿Cómo quiere se la empreste [1]
cuando es muchacha doncella?
—Entréguemela, señora,
24 la cuidaré como vuestra.
—Toma, muchacha, esa llave,
saca el vestido de seda.—
El caballero 'e Turquía

28 mala traición le formó,
en la mitá del camino
la lengua le derreigó [2].
Con su sangre Filomena
32 un papelito escribió,
y le dijo á un pastorcillo:
—Entréguelo á Blanca Flor;
que prendan á su marido
36 por atrevido y traidor.—
Blanca Flor, lo que lo supo,
con el susto malparió,
y el caballero 'e Turquía
40 á un peñasco se arrimó,
y se hizo mil pedazos
y el diablo se lo llevó.

---

1. Vide rom. 24, n. 1.
2. El pueblo dice *rei'* por *raíz*, (vide rom. 4, n. 1). *Derreigar* es, pues, alteración vulgar del anticuado *derraigar*.

29

Blanca Flor y Filomena. F

(Recitadora: Irene Rojas, de diez y ocho años; lo aprendió en Parral, provincia de Linares, donde reside.)

Estaba la linda, estaba
entre la paz y la guerra,
con sus dos hijas queridas,
4 Blanca Flor y Filomena.
Principia mi don Fernando,
se enamora de una d' ellas:
se casa con Blanca Flor
8 y pena por Filomena.
Muy pronto que se casó

la saca á tierras ajenas;
cumplidos los nueve meses
12 llega á casa de la suegra:
—Buenas tardes, mi señora.
—Buenas tardes, mi galán.
¿Cómo quedó Blanca Flor?
16 —Buena quedó, mi señora,
en el punto de parir,
y le manda á suplicar
que le preste á Filomena.
20 —¿Cómo la lleva, señor,
siendo muchacha doncella?
—Yo la llevaré, señora,
como propia y como dueña.—
....
24 Por el medio del camino,
después de haberla forzado,
le dividió la lengua.
Con la sangre de su lengua
28 ella un papel escribió;
ha pasado un pastor,
á una seña lo llamó:
—Toma, pastor, esta carta,
32 llévasela á Blanca Flor.—
Esto supo Blanca Flor
y del susto abortó;
donde el juez se querelló,
36 porque a su marido agarren,
que es un pícaro atrevido
que á su hermana la forzó.
Esto supo don Fernando,
40 á un peñasco se arrimó,
se hizo docientos pedazos
y el diablo se lo llevó.

30

Blanca Flor y Filomena. G

(Recitador: Manuel Muñoz, de cuarenta y cinco años; lo aprendió en Nirivilo, provincia de Maule; reside en Santiago.)

Estaba la linda, estaba
entre la paja y la yerba,
con sus dos hijas queridas,
4 Blanca Flor y Filomena.
Llegó un caballero turco,
se enamora de una d' ellas,
se casa con Blanca Flor
8 y pena por Filomena.
Después de que se casó,
lejas [1] tierras la llevó:
cumplidos los nueve meses
12 á casa 'e suegra llegó.
—Buenos días, mi señora.
—Muy buenos se los dé Dios.
¿Blanca Flor cómo ha quedado?
16 —Enferma queda, señora,
y le manda suplicar
que le empreste [2] á Filomena.
—¿Cómo la llevas pues, hijo,
20 siendo la niña doncella?
—La llevaré pues, señora,
como mía y mujer nuestra.
—Entra, entra, Filomena,
24 ponéte [3] un vestido 'e seda,
y ante vas (*sic*) á acompañar
á tu hermana Blanca Flor.—
Aquel lindo caballero

28 á las ancas la tomó,
por la mitad del camino
su pecho le recostó.
. . . . . .
Con la sangre de la lengua
32 un boletito escribió,
á un pastor qu' iba pasando
á señas lo devolvió:
—Toma, llévale esta carta
36 á mi hermana Blanca Flor.—
Blanca Flor de que la vío [4],
del susto se desmayó,
maldiciendo á su marido,
40 y hasta la gloria perdió.
. . . . . .
Que se arrime á un peñasco
[. . . . .]
y se haga dos mil pedazos,
44 y el diablo se lo llevó.

---

1. Vide rom. 25, n. 1.
2. Vide rom. 24, n. 1.
3. El imperativo popular de *poner*, es *pone* ó *poné*, según la naturaleza del mandato. «Pone la mesa, muchacha», significaría una orden más ó menos perentoria; «poné» sería mejor una recomendación cariñosa; «pon», muy poco usado, demostraría ya enojo. Esta distinción es aplicable al imperativo de muchos otros verbos: «anda» y «andá», «trae» y «traé», «ven» y «vení», etc.
4. Vide rom. 24, n. 3.

31

Blanca Flor y Filomena.

(Recitador: Juan Guerra, de cincuenta años; lo aprendió en Vichuquén, provincia de Curicó; reside en Curicó.)

Estaba la reina, estaba
entre la paz y la guerra.

con sus dos hijas queridas,
4 Blanca Flor y Filomena.
El señor de Bernardino
se enamoró de una d' ellas:
se casó con Blanca Flor
8 y pena por Filomena.
[. . . . .]
La sacó á tierras ajenas;
á nueve meses cumplidos
12 volvió á casa de su suegra.
—Buenos días tengas, hijo.
—Buenos días tenga, suegra.
—¿Cómo quedó Blanca Flor?
16 —Para servir á usté queda,
y le manda suplicar
que le preste á Filomena.
—¿Cómo la llevas, pues, hijo,
20 siendo una niña y doncella?
—Yo la llevaré, señora,
como que es hija vuestra.
[. . . . .]
24 —Entra pues, niña, al salón
y ponte el vestido nuevo.—
En el salón se arregló;
el señor de Bernardino
28 á las ancas la tomó;
por el medio del camino
el pescuezo le cortó.
Con la sangre de sus venas
32 ella una carta escribió;
iba un pastor pasando,
con mil señas lo llamó:
—Toma, pastor, esta carta,
36 llévasela á Blanca Flor.—
Blanca Flor, lo que lo vío [1], . .
como muerta se cayó;

el señor de Bernardino
40 contra las piedras se dió,
[.....]
y el diablo se lo llevó.

1. Vide rom. 24, n. 3.

32

Blanca Flor y Filomena. I

(Recitadora: A. S., de quince años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Estaba la reina, estaba
á la luz de una candela,
con sus dos híjas queridas,
4 Blanca Flor y Filomena.
El señor don Bernardino
se enamora de una d'ellas:
se casa con Blanca Flor
8 y pena por Filomena.
A los ocho meses cumplidos
vuelve á casa de su suegra:
—Buenos días, mi señora,
12 —Así, mancebo, los tengas.
¿Cómo queda Blanca Flor?
—En días de parir queda.
y os manda suplicar
16 le prestéis á Filomena.
—Filomena no pued 'ir
porque es muchacha doncella.
—Yo la llevaré, señora,
20 como hermano é hija vuestra.—
[.....]
A las ancas la tomó.

y en el medio del camino
24 su pecho le descubrió;
á más de haberla forzado
la lengua le rebanó.
Con la sangre de su lengua
28 ella una carta escribió;
iba pasando un pastor
y por señas lo llamó:
—Toma, pastor, esta carta
32 y llévala á Blanca Flor;
si pregunta por su dueña
dile que muerta quedó.—
Blanca Flor de que la vío [1],
36 de la pena malparió;
y el galán de que supo esto,
á un peñasco se arrimó,
allí murió despeñado
40 y su alma se condenó.

1. Vide rom. 24, n. 3.

33

Blanca Flor y Filomena.

(Recitadora: Celia Infante, de cincuenta años; lo aprendió en Pencahue de Caupolicán, provincia de Colchagua, donde reside.)

Estaba la reina, estaba
entre la paz y la guerra,
con sus dos hijas queridas,
4 Blanca Flor y Filomena.
El duque de Fernandillo
se enamora de una d' ellas:
se casa con Blanca Flor

8 y pena por Filomena.
Cumplidos los nueve meses
llegó á casa de la suegra:
—Buenos días le dé Dios.
12 —Téngalos usté muy buenos.
¿Cómo queda Blanca Flor?
—En días de parto queda,
y le manda suplicar
16 que le preste á Filomena.
—¿Cómo la queréis llevar
siendo muchacha y doncella?
—Yo la llevaré, señora,
20 como hija y hermana nuestra.
—Hija, pónete un vestido,
el que tuvieres mejor,
que te manda suplicar
24 tu hermanita Blanca Flor.—
[. . . . .]
A las ancas la tomó;
á la mitad del camino
28 su pecho le descubrió,
[. . . . .]
y la lengua le cortó.
A un pastor qu' iba pasando
32 hizo señas, y volvió;
con la sangre de sus venas
[ella] una carta escribió:
—Toma, pastor, esta carta,
36 llévasela á Blanca Flor.—
Blanca Flor de que lo supo,
luego del susto abortó.
Aprecio (*sic*) de Fernandillo,
40 su alma se le condenó.

34

Blanca Flor y Filomena. K

(Recitadora: María del Socorro Ortiz, de veinticuatro años; lo aprendió en Doñihue, provincia de O'Higgins; reside en Santiago.)

Estaba la linda, estaba
entre la paz y la guerra,
con sus dos hijas queridas,
4 Blanca Flor y Filomena.
El duque don Bernardino
se enamora de una d' ellas:
se casa con Blanca Flor
8 y pena por Filomena.
[. . . . .]
se la llevó á lejas [1] tierras,
donde no conoce á nadie,
12 sino á Dios que está en los cielos
. . . . . .
A unos riscos la arrimó,
hizo lo que quiso d' ella
16 y la lengua le cortó.
Iba pasando un cartero
y por señas lo llamó,
y le mandó con él propio
20 una carta á Blanca Flor,
[. . . . .]
y del susto ella abortó.
Manda tomar preso al duque
24 por pícaro y mal traidor,
[. . . . .]
y el diablo se lo llevó.

1. Vide rom. 25, n. 1.

Comentario.—El argumento del romance de *Blanca Flor*, trae su origen de la fábula clásica de Progne y Filomena. Las versiones chilenas son muy abreviadas, y aunque conservan con relativa fidelidad los episodios y muchos versos de las variantes tradicionales españolas, se desvían de éstas al cambiar en *ó* el asonante en *éa*, hacia la mitad del romance.

Falta en las versiones chilenas la venganza de Blanca Flor, aquel horrible banquete—en que ésta sirve á su marido las entrañas de su propio hijo, asesinado por ella misma —que Ovidio refiere así:

Ipse sedens solio Tereus sublimis avito
vescitur: inque suam sua viscera congerit alvum.
Tantaque nox animi est, Ityn huc accersite, dixit.
Dissimulare nequit crudelia gaudia Procne:
iamque suae cupiens exsistere nuntia cladis;
Intus habes, quod poscis, ait. Circumspicit ille,
atque ubi sit, quaerit. Quaerenti, iterumque vocanti,
sicut erat sparsis furiali caede capillis,
prosiluit, Ityosque caput Philomela cruentum
misit in ora patris: nec tempore maluit ullo
posse loqui, et meritis testari gaudia dictis.

(*Metamorphoseon*, lib. VI, v. 650-660.)

Sin embargo, en la variante A, v. 39-43, hay algo de este repugnante episodio, que consta así en una versión asturiana:

Blanca Flor, desque lo supo,
con el dolor malpariera;
y el hijo que malparió
guisólo en una cazuela,
para dar al rey Turquillo
á la noche cuando venga.
—¿Qué me diste, Blanca Flor,
qué me diste para cena?
De lo que hay que estamos juntos
nunca tan bien me supiera.
—Sangre fué de tus entrañas,
gusto de tu carne mesma,

pero mejor te sabrían
besos de mi Filomena.

(MENÉNDEZ PELAYO, *Antología*, t. X, p. 68.)

En la fábula clásica el forzador es el rey *Tereo*, nombre que las variantes asturianas transforman en *Tereno*, las andaluzas en *Tarquino*, las catalanas en don *Tarquín*, las castellanas en *Turquin* y *Turquillo*, las portuguesas en un *turco de Turquía* y en el *duque de Turquía*, y las chilenas en un *caballero de Turquía*, un *galán de Turquía*, un *caballero turco*, nombres todos en que, por lo menos, se conserva la letra inicial del nombre latino.

Es digna de notarse la semejanza que, en cuanto al nombre del protagonista, muestran las versiones portuguesas con varias chilenas. Hay también algún verso común, y no de los vulgares, como el que subrayo:

Como está Branca-flor,
Filha minha e mulher vossa?

Probablemente las variantes españolas que se propagaron en Portugal y en Chile, coincidían en estos puntos.

35

La mala mujer. A

(Recitadora: Gregoria Collado, de cincuenta y cinco años; lo aprendió en Illapel, provincia de Coquimbo; reside en Matancilla, departamento de Illapel.)

—¡Ah, qué niña tan bonita
que le quita el lustre al sol!
¡Ah, quién durmiera con ella
una noche y otras dos!
—Dormirá usté, buen mancebo,
sin cuidado ni pensión,
que mi marido anda fuera
por esos campos de Dios.
Dios quiera que por donde anda
lo maten sin compasión:
entonces, sin sobresalto,
nos gozaremos los dos.—
Micaela que esto dijo,
don Alberto que llegó;
la criada que tenía
de todo cuenta le dió.
—¿Qué tiene, señora mía,
que me habla con distraición [1]?
—¿Qué he de tener, don Alberto?
La llave se me perdió.

—Si la llave era de plata,
de oro se la vuelvo yo.
¿De quién es ese caballo
24 que relincha en mi galpón [2]?
—Suyo es, mi don Alberto,
mi padre se lo dejó.
—¿Y de quién son estas armas
28 que están en mi mostrador?
—Suyas son, mi don Alberto,
mi hermano se las dejó.
—¿Y de quién son esos pasos
32 que van para este rincón?
—Máteme, pues, don Alberto,
que le he formado traición.—
La tomó de los cabellos,
36 para el patio la sacó,
le dió siete puñaladas
y de la menor murió.
Para dentro se entró,
40 con don Cárlos se encontró,
y batieron las espadas,
no se véida [3] compasión.
Don Carlos murió á la una
44 y don Alberto á las dos.
Al otro día en la misa,
¡qué bonita procesión!
¡qué repique de campanas
48 en la iglesia mayor!
¡qué lindos los tres entierros
de tres amantes que son!

---

1. Por influencia de *traición*.
2. Barraca, cobertizo.
3. Vide rom. 11, n. 2.

36

La mala mujer. B

(Recitadora: Sara Garrido, de veinticinco años; lo aprendió en los campos del Sur; reside en Santiago.)

—Tú eres mujer muy bonita,
eres más linda que el sol,
¡quién te pudiera gozar
una noche sin temor!
—Me gozará usté, mancebo,
una noche y otras dos,
ahora que don Alberto
8 anda en el campo de León.—
En esta consulta estaban
y don Alberto llegó;
se pára á abrirle la puerta,
12 toda perturbá se vió.
—¿Qué tiene, doña Miquela [1],
que ha mudado la color?
—Nada, mi señor Alberto;
16 la llave se me perdió.
—Si su llave era de plata,
de oro se la vuelvo yo.
¿De quién es ese caballo
20 que en mi huerta relinchó?
—Suyo, mi señor Alberto,
su padre se lo mandó.
—¿De quién es esa montura
24 que hay en el corredor?
—Suya, mi señor Alberto,
su hermano se la dejó.
—¿Y de quién son esos pasos
28 que andan en mi pabellón?

—Máteme, señor Alberto,
que le he llamado traición.—
Sacó un puñal encerado [2],
32 nueve puñalás le dió.
En las últimas estaba,
á dos muchachos llamó:
—Tomen á estos dos chiquillos,
36 á su abuelo llevenlós;
si pregunta por la madre,
díganle que se murió.—
De aquí se siguió la guerra
40 de dos hombres de valor:
don Carlos murió á la una,
don Alberto á puesta 'e sol.

1. *Miquela* por *Micaela;* es muy común.
2. *Encerado* por *acerado*.

37

La mala mujer.

(Recitador: Eusebio Mora, de cincuenta y cinco años: lo aprendió en Talca, donde reside).

Día jueves en la tarde,
víspera de la Asunción,
hallé mi casa enramada
4 con ramas de admiración.
Enrámensela á su dueño,
dueño del emperador.
. . . . . .
—¿Por qué no alojas, señor,
8 una noche y otras dos,
que mi marido anda afuera
por esos campos de León?— [1]
En esto que estaba hablando,

12 mi don Alberto llegó;
una criada que había
la puerta 'e calle le abrió.
—¿Qué tienes, doña Miquela [2],
16 que me hablas con turbación?
—¿Qué hay [3] de tener, don Alberto?
La llave se me perdió.
—Si la suya era de plata,
20 de oro se la vuelvo yo.
—¿Cúyo es aqueste caballo
que en mi patio relinchó?
—Suyo, señor don Alberto,
24 mi padre se lo dejó.
—¿Cúyas son aquestas armas,
que el verlas me da temor?
—Máteme, querido dueño,
28 que le hay hecho traición.—
Ei [4] la tomó de una mano,
pa una pieza la dentró [5];
le dió siete puñaladas,
32 de la primera murió.
Cuando venía pa fuera,
con don Carlos se encontró,
le dió otras tantas puñaladas
36 y también lo mató.
Las campanas repicaron
[. . . . .]
para hacer un triste entierro
40 de tres queridos del alma,
que Carlos murió á las doce
y Alberto por la mañana.

---

1. El recitador decía «del león».
2. Vide rom. 36, n. 1.
3. Este *hai* no es la forma impersonal *hay*, mal usada, sino alteración de *he*, que más comúnmente se transforma en *hei:* «yo no lo *hei* visto».
4. Vide rom. 4, n. 1.
5. Vide rom. 15, n. 2.

38

La mala mujer. ⊐

(Recitadora: Beatríz Madrid, de cincuenta años; cree haberlo aprendido en algún pueblo del Sur; reside en Santiago.)

——¿Qué haces, niña, enramada
en ese huerto de amor?
Desenramarla pudiera
el hijo 'el emperador.
—Dormirá usté, don Carlos,
una noche y otras dos,
cuando mi marido salga
por los campos de Veloz.
A puñaladas lo maten,
nos gozaremos los dos,
cuervos le saquen los ojos
y águilas el corazón.—
Cuando [era] la media noche,
fué cuando Alberto llegó;
una criada que tenía
fué la que los acusó:
«¡Ay de mí, señor Alberto,
que le han hecho traición!»
. . . . . .
—¿De quién es ese caballo
que al mío le contestó?
—Suyo, señor Alberto,
mi padre se lo mandó.
—¿De quién son esas armas,
que al verlas me admiro yo?
—Suyas, señor Alberto,
mi hermano se las dejó.

—¿De quién son esos pasos
28 que van para el mostrador?
—Máteme, señor Alberto,
que le he hecho traición yo.—
Tomó el puñal cristalino,
32 [. . . . .]
le dió nueve puñaladas
y de la menor murió.
Desde aquellas mismas horas
36 la batalla se empezó:
Alberto murió á la una,
Carlos á puesta de sol.

39

La mala mujer. E

(Recogido en Carahue, provincia de Cautín, por don Ramón A. Laval, á quien se lo recitó Ana Pardo, de diez y seis años.)

Día sábado en la tarde,
por ser día 'e la Asunción,
hallé mi casa enramada
4 con ramas de admiración.
. . . . . .
—¡Qué linda eres, niña!
¡Eres más linda que el sol!
¡Quién pudiera dormir contigo
8 una noche y otras dos!
—Dormirá usté, don Carlos,
una noche y otras dos,
que mi marido anda fuera
12 por esas pampas de León [1].
¡Dios quiera que en su camino
le dé un mal de corazón,

cuervos le saquen los ojos
16 y águilas el corazón!—
En esto que está la dama
y don Alberto llegó:
—¿Qué tienes, Micadela [2],
20 que me hablas con turbación?
—Nada, mi señor Alberto;
la llave se me perdió.
—Si la liave era de plata,
24 de oro se la daré yo.
¿De quién es este caballo
que al mido [3] le relinchó?
—Suyo, mi señor Alberto;
28 mi padre se lo dejó.
—¿De quiénes son estas armas
que están sobre el mostrador?
—Suyas, mi señor Alberto,
32 mi hermano se las dejó.
—¿De quién son estos pasos
que van para el mostrador?
—Máteme, señor Alberto,
36 que l' hei [4] arma'o traición.—
. . . . . .
Domingo por la mañana,
con repiques y campanas,
para hacer un triste entierro
40 de tres queridos del alma. . . . .

1. El original dice *Losa*, nombre que nada significa aquí.
2. Pronunciación afectada. Vide rom. 24, n. 3.
3. Vide rom. 24, n. 1.
4. Vide rom. 37, n. 3.

40

La mala mujer. F

(Recogido en los campos del Sur.)

Estando la blanca niña,
estando la blanca flor,
estando la blanca niña
4 sentada en su bastidor,
llega por ahí don Carlos,
el hijo del emperador.
—Suba, suba, caballero,
8 suba, suba sin temor,
que mi marido anda fuera
por los llanos de Morón.

Vivan los negros,
vivan los negros,
vivan los negros
y el carnaval [1].

1. Este estribillo no tiene sentido en Chile. En España se designaba con el apodo de *negros*, á los liberales de 1820 que siguieron al infortunado caudillo de Las Cabezas de San Juan. (Vide BRETÓN DE LOS HERREROS, *La Independencia*, acto III, escena 8.ª)

COMENTARIO.—Este es uno de los viejos romances que mayor difusión han alcanzado: se canta todavía en varias provincias de España, y aun lo recuerdan los judíos de Levante. En Portugal está bastante divulgado y es muy popular en Chile.

Las variantes que he recogido se asemejan, más que á otras, á las regionales de Cataluña. El comienzo de éstas:

Un día por la mañana,
mañana de l' Acensió,
troba *la puerta enramada*
de linda flor de limón.
(MILÁ, *Romancerillo*, p. 241.)

Dematí de matinada
del dia d' Ascensió,
el portal li enramellaren
de flors y fuyes d' olor.
(AGUILÓ, *Romancer*, p. 97.)

es el de las versiones C y E, y no se encuentra en ninguna de las castellanas y portuguesas que yo conozco.

El duelo del marido y el amante con que terminan las versiones chilenas, es propio también sólo de las variantes catalanas.

En la versión B hay un pasaje que no hallo en ninguna de las españolas y portuguesas. Se refiere á la mujer:

En las últimas estaba,
á dos muchachos llamó:
—Tomen á estos dos chiquillos,
á su abuelo llevenlós;
si pregunta por la madre,
díganle que se murió.—

En dialecto monferrino existe una canción muy parecida á este romance, no sólo en el fondo, sino en ciertos detalles:

—Cumari, la mioi cumari,
jaurei ca vena drumí cun vui?
—Cumpari, lo mioi cumpari,
fé pira cma ch' jaurei vui.
—Cumari, la mioi cumari,
vostir marí dûa l' hei mandá?
—Me marí l' é andá a cacia
ansem ai caciadur.—Etc.
(FERRARO, *Canti pop. monferrini*, p. 6.)

El texto antiguo del romance de *La mala mujer*, publicado por Wolf en la *Primavera*, puede consultarse en el t. VIII, p. 252, de la *Antología* de Menéndez Pelayo. En el t. X. de esta misma obra se encontrarán otras curiosas versiones.

41

La adúltera. A

(Recitadora: Gregoria Collado, de cincuenta y cinco años; lo aprendió en Illapel, provincia de Coquimbo; reside en Matancilla, departamento de Illapel.)

—¡Válgame la Virgen pura,
válgame el santo San Gil!
¿Qué caballerito es éste
4 que las puertas me hace abrir?
—Tu esclavo soy, gran señora,
el que te suele servir;
si no me abres la puerta,
8 aquí me verás morir.—
Tomó el candil en la mano,
y con persona gentil,
ella que le abre la puerta
12 y él que le apaga el candil.
Y lo toma de la mano,
lo lleva para el jardín,
lo lava de pies y manos
16 con agua de toronjil;
y lo vuelve á tomar,
lo lleva para dormir.
Le dice en la media noche:

20 —¡Tú no te arrimas á mí!
¿Que tienes tu amor en Francia
ó te han dicho algo de mí?
—No tengo mi amor en Francia
24 ni me han dicho mal de ti:
tengo un dolor en el alma
que no me deja dormir.
—No temas á mis criados,
28 que ya los eché á dormir;
no temas á la justicia,
que no porta [1] por aquí;
y menos á mi marido,
32 que está muy lejos de aquí.
—No le [2] temo á tus criados,
ellos me temen á mí;
no le temo á la justicia,
36 porque nunca la temí;
menos temo á tu marido,
que á tu lado lo tenís [3].
—¡Infeliz, infeliz yo,
40 y la hora en que nací!
Hablando con mi marido,
ni en la habla lo conocí.
—Mañana por la mañana
44 te cortaré de vestir:
tu cuerpo será la grana
y mi espada el carmesí.
Llamarás á padre y madre,
48 que te vengan á sentir;

---

1. *Portar*, *portarse*, neutro y reflexivo, se usa en Chile en el sentido de «venir, dejarse ver», siempre en frases negativas: «Juan no *porta* ó no se *porta* por aquí». Es aféresis de *aportar*, que también se emplea.

2. Aunque parezca impertinente, por tratarse de una poesía popular, he de notar aquí, ya que viene á cuento, que en Chile, el pronombre dativo oblicuo de tercera persona se emplea siempre en singular, aún en lo escrito, cuando precede al complemento: «Pedro *le* dió el dinero *á los otros*».

3. Vide rom. 12, n. 1.

llamarás á tus hermanos,
que me vayan á seguir;
yo me voy á entrar de fraile
52 al convento 'e San Austín.[4]

---

4. Entre las vocales *a*, *u*, la *g* se pierde ó se aspira: *Austín*, *aujero*, *sahú*, por *Agustín*, *agujero*, *sagú*. El Sr. Menéndez Pelayo, que reprodujo esta versión en el t. XII, p. 502, de su *Antología*, tomándola de la revista *Cultura Española*, introdujo algunos cambios en el texto, acaso porque le ofendía nuestro lenguaje popular, y al llegar á los últimos versos:

«Yo me voy á entrar de fraile
al convento 'e San Austín»,

escribió:

«Yo me voy á entrar de fraile,
fraile de San Agustín».

En Chile tenemos *Austines* y aún *Cuchos*, diminutivo familiar del anterior, pero no sabemos nada de los *Agustines*. Será una desgracia, pero es así.

42

La adúltera. B

(Recogido en Santiago.)

—¡Válgame el Dios de los cielos,
válgame el padre San Gil!
¡Oh! ¿qué caballero es éste
4 que mis puertas hace abrir?
—Señora, soy el Francés,
quien te solía servir,
que si no me abres la puerta
8 aquí me verás morir.—
Toma un candil en la mano
y ella misma le va á abrir,
y lo toma de la mano,
12 lo lleva por un jardín,

lo acuesta en cama de holanda,
donde él solía dormir.
—¿Qué tiene, señor Francés,
16 qué tiene, triste de mí?
¿Que ha dejado amor en Francia
ó le han dicho mal de mí?
—No he dejado amor en Francia,
20 ni me han dicho mal de tí;
tengo un dolor en el alma
que no me deja dormir.
—No le [1] tema á mis criados,
24 porque los mandé á dormir,
ni menos á mi marido,
porque está lejos de aquí.
—Yo no temo á tus criados,
28 porque ellos temen de mí,
ni menos á tu marido,
que en tus brazos está aquí.
—¡Oh! mal haya mi desgracia
32 y el día en que yo nací:
con mi marido en mis brazos
y nunca lo conocí!
—Mañana por la mañana
36 te acabarás de vestir:
tu cuerpo será la grana
y mi espada el carmesí.
Llamarás al buen Francés,
40 que arrastra duelo por tí;
llamarás á tus hermanos,
que me vayan á seguir;
yo me voy á entrar de cura
44 al convento de San Gil.

1. Vide rom. 41, n. 2.

43

La adúltera.

(Recogido en Curicó.)

—¡Válgame Dios y la Virgen
y todo el santo San Gil!
¿Quién es este caballero
4 que á mis puertas dice: abrid?
—Yo soy Juan José, de Francia,
quien te solía servir,
que si no me abres la puerta
8 aquí me verás morir.—
Llamó pajes y criados
que se fueran á dormir;
con el candil en la mano
12 la puerta se la fué á abrir.
Lo toma de una mano,
lo tira para un jardín,
lo sienta en silla dorada
16 aforrada en carmesí.
Lo lava de pies y manos
con agua de toronjil,
lo lleva para una cama
20 y se acuestan á dormir.
A media noche le dice
[. . . . .]
—¿Qué tiene este caballero
24 que no se vuelve á mí?
¿Andará su amor en Francia
ó le han dicho mal de mí?
—No andará mi amor en Francia,
28 ni me han dicho mal de tí.
—No le tema á la justicia,

porque no anda por aquí,
ni menos á mi marido,
32 porque está lejos de aquí.
—No le temo á la justicia,
porque nunca la temí,
ni menos á tu marido,
36 que á tu lado lo tenís [1].
—¡Mal haya sea la hora
y el día en que yo nací!
—Mañana por la mañana
40 te rajaré de vestir;
llamaré á tus dos hermanos
que te vengan á sentir;
yo iré á servir de soldado
44 á la puerta de San Gil.

1. Vide rom. 12, n. 1.

44

La adúltera. ⊐

(Recitadora: Juana Guajardo, de 105 años, según ella refiere; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

—¡Válgame Dios de los cielos,
válgame el santo San Gil!
¿Quién es este caballero
4 que mis puertas hace abrir?
—Yo soy el Francés de Francia,
quien te solía servir;
si no me abres las puertas
8 aquí me verás morir.—
De allí echa pajes y criados,
que se vayan á dormir,
toma el candil en la mano

12 y ella mesma [1] le va á abrir.
Y lo toma de la mano,
lo lleva para el jardín,
lo lava de pies y manos
16 con agua de toronjil,
y lo echa en cama de holanes,
donde solían dormir.
Allá por la media noche
20 le pregunta:—¿Qué tenís? [2]
¿Que le [3] temís á mis criados?
—Ellos me temen á mí,
ni menos á tu marido,
24 porque hablando está con ti [4].
—¡Válgame Dios de los cielos,
válgame el santo San Gil!
¡Hablando con mi marido
28 y nunca lo conocí!
—Toma ese niño en los brazos,
traidora, dale ese pecho.
Mañana por la mañana
32 te cortaré de vestir:
tu cuerpo será la grana
y mi espada el carmesí.
¡Vení aquí, hermoso pincel,
36 clara luz de mis tinieblas,
se oscurecerán las luces
de tu madre, que fué vuestra!
Llamarís á tus hermanas,
40 [. . . . .]
y también á tus cuñadas,
que tengan ejemplo en ti.

---

1. Es la pronunciación corriente en el pueblo.
2. Vide rom. 12, n. 1.
3. Vide rom. 41, n. 2.
4. Es caso raro, traído aquí por la rima.

45

La adúltera. E

(Recitadora: Teresa Cabello, de veinticuatro años; reside en Santiago).

—¿Qué caballero es ése
que la puerta viene á abrir?
—Es el de Francia, señora,
el que te sole [1] servir.—
Ella que le abre la puerta,
y él que le apaga el candil.
Y la toma de la mano,
la lleva para el jardín,
la sienta en silla dorada
rodeada de carmensil [2],
le rocea [3] pies y manos
con agua de toronjil.
Lo toma de la mano,
[. . . . .]
lo lleva para la cama
donde solían dormir.
—Mira, dicho caballero,
¿por qué no vuelves á mí?
¿ó te han dicho algo de Francia
ó te han dicho mal de mí?
—No me han dicho na de Francia,
ni me han dicho na de ti,
tengo un dolor en el alma
que no me deja dormir.

---

1. No es común esta pronunciación, pero se oye á veces.
2. Pronunciación afectada de gente cursi.
3. *Rocear* por *rociar* es muy frecuente.

Manda llamar á tus padres
que te ayuden á sentir,
que voy.....
28 á hacer un ejemplo en ti.

COMENTARIO.—Hasta 1905 no se sabía de ninguna versión castellana de este romance, que sólo era conocido por las variantes bilingües publicadas por Milá (*Romancerillo*, p. 245), y por otras portuguesas, francesas é italianas. En esa fecha recogí yo varias versiones chilenas, que comuniqué á don Ramón Menéndez Pidal, quien publicó al año siguiente una de ellas en la revista *Cultura Española*, y dió noticia de dos burgalesas que ya entonces poseía.

A propósito de este romance, dice el señor Menéndez Pidal:—«Las versiones catalanas que publica Milá, llenas de castellanismos, llaman al marido vengador *Don Francisco*, y las versiones portuguesas le llaman *Bernal Francés*. En dos versiones burgalesas inéditas hallo así el comienzo:

—«¡Válgame Nuestra Señora,
también el santo San Gil!
¿Quién es ese caballero
que á mi puerta dice: abrid?
—*El Francés* soy yo, señora,
que la solía servir,
de noche para la cama,
de día para el jardín.»

«En otra versión chilena de Santiago se dice también:

«Señora, soy el *Francés*,
quien te solía servir»,

«y la adúltera le dice:

«¿Qué tiene, señor *Francés*,
qué tiene, triste de mí?»

«Y otra de Curicó:

«Yo soy Juan José, de Francia,
quien te solía servir».

«Creo, en vista de esta coincidencia, que el nombre que tenía el marido vengador en la versión primitiva, era el que conserva el romance portugués: *Bernal Francés*, que es personaje histórico, pues del 18 de mayo de 1492 hallo una donación hecha en Granada por los reyes Católicos á favor de *Bernal Francés* y sus herederos, de la cantidad de tierra en que puedan pastar 4,000 cabezas de ganado ovejuno, en la dehesa de Tovilas, término de la villa de Setenil; la donación está hecha por los servicios que *Bernal Francés* prestó «en la guerra de los moros». [1] No sabemos qué fundamento histórico tendrá el romance para atribuir á este *Bernal Francés* la venganza conyugal que cuenta. Una en todo semejante se halla en una canción italiana de la bella Margarita, y su comienzo recuerda mucho el de nuestros romances:

—«Chi bussa alla mia porta?
Chi bussa al mio porton?
—Son il Capitan dell' onde,
son il vostro servitor...» [2]

«Otra canción francesa, también del marido vengador, empieza:

—«J' entends quelqu' un à ma porte,
qui m' empèche de dormir.
—C' est vôtre amant, ô ma belle,
qui vous empèche de dormir...» [3]

«Estos comienzos son aún más semejantes á la versión brasileña de nuestro romance:

—«Quem bate na minha porta,
quem bate, quem está ahi?
—E dom Bernaldo Francez,
a sua porta mande abrir ...» [4]

---

1. Biblioteca Real, manuscritos 2—H—2: *Colección de Privilegios*, tomo II, folio 54.
2. Reinhold Köhler, *Kleinere Schriften*, Berlín, 1900, tomo III. pág. 220.
3. C. de Puymaigre, *Chants pop. recueillis dans le Pays Messin*, núm. 27, 2.ª ed., tomo I, pág. 127.
4. Silvio Romero, *Cantos pop. do Brasil*, pág. 6.

«Si la venganza de *Bernal Francés* fuera histórica, ¿el romance castellano habría inspirado el francés y el italiano, ó se le aplicaría al *Bernal Francés* que vivió en el siglo XV un romance anterior independiente?

«No habría que dudar, según el criterio de Constantino Nigra (*Canti pop. del Piemonte*, 1888, p. XXVIII): «le poche romanze spagnuole che si trovano piú o meno completamente riprodotte nella poesia popolare celto-romanza, non sono d' origine spagnuola; esse furono introdotte nella Spagna dai finitimi paesi celto-romanzi»; pero ya Egidio Gorra protestó contra este criterio tan cerrado como arbitrario.» (*Cultura Española*, pp. 81-83.)

No conozco la canción francesa ni la italiana citadas por el señor Menéndez Pidal; pero tengo á la vista las versiones catalanas de Aguiló y las portuguesas de Hardung y de la *Revista Lusitana*. Sabido es que el ilustre colector del *Romancer* no da los textos populares, sino variantes refundidas con los elementos que aquéllos le proporcionaban, á los que él, naturalmente, algo añadía, siquiera fuese para dar conexión á los diversos fragmentos. Afortunadamente, Aguiló tenía bastante conciencia literaria para no desnaturalizar los romances, introduciendo episodios que les fueran ajenos, y debemos creer que si alguno hay, como el que rezan estos versos:

—¿Temeu qualque malaltía
ó estau cansat del camí?
—No tinch por de malaltía
ni 'n so cansat pel camí,
sino que pensant n' estava
¿quíns son els meus propis fills?
—Don Francesch, dos son ben vostres,
lo mitjá y lo mes petit.
—Y del hereu ¿quí es son pare?
la veritat m' heu de dir.
—Del majoret n' es son pare
lo traydor del meu marit;

que no figura en las versiones castellanas hasta ahora conocidas, no por eso estamos autorizados para tenerlo por apócrifo [1]. En la última variante Aguiló soldó hábilmente los

1. En un artículo publicado hace tiempo, no recuerdo si en un periódico ó revista madrileña, se dijo que Aguiló, «como buen catalán», fal-

romances de *La mala mujer* y de *La adúltera*, conservando á ambos sus peculiares asonantes.

Las versiones portuguesas son todas refundidas, y ofrecen la particularidad de agregar al de *La adúltera* el romance de *La aparición*, que tiene el mismo asonante. Transcribiré la versión española de este último, y en cuanto al romance portugués de *La adúltera*, me tomaré la libertad de formar un texto ecléctico con trozos de unas cuantas versiones, para hacer resaltar mejor la correspondencia con las variantes castellanas, que son, para mí, las inspiradoras de todas las otras.

La aparición

En la ermita de San Jorge [1]
una sombra obscura vi:
el caballo se paraba,
ella se acercaba á mí.
—¿A dónde va el soldadito
á estas horas por aquí?
—Voy á ver á la mi esposa,
que ha tiempo que non la vi.
—La tu esposa ya se ha muerto,
su figura vesla aquí.
—Si ella fuera la mi esposa,
ella me abrazara á mí.
—¡Brazos con que te abrazaba
la desgraciada de mí,
ya me los comió la tierra:
la figura vesla aquí!
—Si vos fuerais la mi esposa,
non me mirarais ansí.
—¡Ojos con que te miraba
la desgraciada de mí,
ya me los comió la tierra:
su figura vesla aquí!
—Yo venderé mis caballos
y diré misas por ti.
—Non vendas los tus caballos

---

seaba los textos, quitando ó agregando á su sabor. Esto es injusto y violento, tratándose de tan insigne erudito y escritor.

1 Suprimo el principio, en *éa*, que es allegadizo.

nin digas misas por mí,
que por tus malos amores
agora peno por ti.
La mujer con quien casares
non se llame Beatriz;
cuantas más veces la llames,
tantas me llames á mí.
¡Si llegas á tener hijas,
tenlas siempre junto á ti,
non te las engañe nadie
como me engañaste á mí![1]

(MENÉNDEZ PIDAL, *Colección de viejos romances*, p. 236.)

A ADULTERA.

I

—¡Valha-me Nossa Senhora[2]
e ó milagroso São Gil!

---

1. Para ejemplo de cómo se remozan a veces estos viejos cantos, aplicándose por el pueblo a sucesos contemporáneos, transcribo los siguientes versos, que todavía cantan los niños en Madrid, compuestos con ocasión de la muerte de la reina Mercedes, primera mujer de Alfonso XII:

—¿Dónde vas, rey Alfonsito?
¿Dónde vas, triste de ti?
—Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la vi.
—Merceditas ya se ha muerto,
muerta está, que yo la vi,
cuatro condes la llevaban
por las calles de Madrid.
Al Escorial la llevaban
y la enterraron allí,
en una caja forrada
de cristal y de marfil.
El paño que la cubría
era azul y carmesí.
con borlones de oro y plata
y claveles más de mil.
¡Ya murió la flor de Mayo!
¡ya murió la flor de Abril!
¡ya murió la que reinaba
en la corte de Madrid!

(MENÉNDEZ PIDAL, *Colección de viejos romances*, p. 349).

2. Este verso y los nueve siguientes pertenecen á una versión de Tras os-Montes. *Revista Lusitana*, t. IX, p. 298.

Que cavalleiro é este
que me não deixa dormir?
—João de França sou, senhora,
que aqui ficara de vir.
—Se tu és o João de França,
as portas te eu vou abrir.—
Chegou ó meio da escada,
apagou-se-lhe o candil.
Lhe pegára pela mão [1],
o levára ao seu jardim;
lhe lavára pés e mãos
com bella agua de alecrim;
o deitára na sua cama [2]
para ambinhos dormir.
Era meia noite dada [3]:
—Não te viras para mim?
Ou tu tens a dama em França [4]
ou te dizem mal de mim?
—Eu não tenho dama en França
nem me dizem mal de ti.
—Se tu temes a meu pae [5],
elle longe está de ti;
se temes meus criados,
elles estão a dormir;
se temes o meu marido,
más novas venham aqui.
—Eu não temo a teu pae,
que elle sogro é de mim;
não me temo dos criados,
que mais me querem que a ti;
não me temo da justiça,
que a justiça é por mim;
tão pouco a teu marido [6],
que o tens ao par de ti.
—Se tu és o meu marido [7],
que é que me trazes a mim?

1. Este y los tres sig. á una azoriana. HARDUNG, I, 212.
2. Este y el sig. á una de Tras-os-Montes. *Rev. Lus.*, IX, 298.
3. Este y el sig. á una de Foz. HARD., I. 206.
4. Este y los tres sig. á una azoriana. *Rev. Lus.*, I, 105.
5. Este y los once sig. á una de Foz. HARD., I. 206.
6. Este y el sig. á una de Tras-os-Montes. *Rev. Lus.*, IX, 295.
7. Este y los cinco sig. á una azoriana. HARD., I, 209.

—Trago-te saia de grana
e bajú de carmezim,
gargantilha de cutello,
pois a mereceste assim.
—Matae-me, senhor, matae-me [1],
poi á morte mereci.
—Vai-te dizer ao coveiro [2]
que a cova te póde abrir;
vai-te dizer ao sineiro
que toque signaes por ti;
vai-te dizer á tua mãi
que te venhar *carapir*; (sic)
vai-te dizer ás vezinhas
que tomem exemplo por ti;
eu vou-me metter de frade
no convento de São Gil.

II

—Onde vás tu, cavalleiro? [3]
Tão penoso vás em ti?
—Eu vou vêr a minha amada,
que ha dias que a não vi.
—Tua dama já é morta,
é morta, que eu bem a vi:
sete frades a levaram
n' uma tumba de marfim.
Com sete tochas accezas,
todas sete lhe accendi;
sete missas lhe disseram,
todas sete eu as ouvi.
Aqui levo pá e enchada
com que de terra a cobri.
—Volta, volta, meu cavallo,
vamos vêr se isto é assim.
¡Abre-te, campa sagrada,
quero vêr quem está em ti!
Francisquinha da minha alma,
tu já moras por aqui?—

1. Este y el sig. á una azoriana. HARD. I, 212.
2. Este y los nueve sig. á una azoriana. *Rev. Lus.*. I. 105.
3. Este y los venticuatro sig. á una azoriana. HARD., I, 212.

Indo pelo adro dentro
vira um vulto para si:
—Não temas tu, cavalleiro,
não tenhas medo de mim,
que eu sou a tua dama,
por amores teus morri [1].
Olhos com que te mirava,
já não tem vistas em si;
beiços com que te beijava,
já não tem sabor em si;
braços com que te abraçava,
já não tem forças em si.
A mulher com quem casares
não lhe queiras mais que a mim;
e as filhas que tu tiveres [2]
tem-as sempre ao pé de ti,
para que não aconteça
o que aconteceu a mim.

---

1. Este y los ocho sig. á una azoriana. HARD., I, 209.
2. Este y los tres últimos á una de Foz. HARD., I, 206.

46

El penitente. A

(Recitadora: Jesús Rivera, de treinta y siete años; lo aprendió en Linares, provincia de ese mismo nombre, donde reside.)

. . . . . .

—Por Dios se lo pido, hermano,
por Dios y Santa María,
que me diga la verdá,
4 no me diga la mentira,
si el que duerme con mujer
se condena en l' otra vida.
—No siendo madre ni hermana
8 la gloria no perdería,
pero en el purgatorio
sus pecados pagaría.
—Yo dormí con una hermana,
12 una hermana que tenía.
—El que duerme con hermana
se condena en l' otra vida.—
«Échale la absolución»,
16 le dijo una voz de arriba;
«que lo lleven á enterrar
con una culebra viva,
«que le coma las entrañas

20 «pa que pague la avería».
Lo enterraron, y su alma
para el cielo se encamina.

47

El penitente. B

(Recitadora: Zoila Donoso, de veintitrés años; lo aprendió en San Javier, provincia de Linares.)

. . . . . .
—Dígame usté la verdad,
no me diga la mentira:
¿el que duerme con mujer
4 se condena en l' otra vida?
—No se condena
si no es madre ni hermana.
—Yo dormí con una hermana
8 muy bonita que tenía.
—El que duerme con su hermana
se condena en l' otra vida.
—Lléveselo á enterrar
12 con una culebra viva.

48

El penitente. C

(Recitadora: Rosa Ortega, de cincuenta años; lo aprendió en Curepto, provincia de Talca.)

. . . . . .
—El que duerme con mujer
[. . . . .]

tiene el cielo perdido
4 si acaso es hermana ó prima.
—Yo dormí con una cuñada
y también con una prima.
—Confiésalo, padre santo,
8 y échale una culebra viva.
. . . . . .

Comentario.—El señor Menéndez Pelayo, al transcribir las versiones que de este romance recogió en Asturias don Juan Menéndez Pidal, dice:—«Estos dos romances, que en rigor son uno solo con variantes, pertenecen á la importante clase de los que, siendo al principio históricos, se transformaron luego en novelescos. Aunque en ellos se omite el nombre del penitente, basta compararlos con el romance 7.º de la *Primavera* de Wolf, para comprender que se refieren á la penitencia del rey D. Rodrigo. El asonante es el mismo en los tres romances, y hay bastantes versos que con leve diferencia son comunes á las tres versiones». (*Antología*, t. X, p. 29).

Las variantes chilenas, que parecen derivarse de la primera versión del señor Menéndez Pidal (*Colección de viejos romances*, p. 81), están bastante estropeadas, pero conservan los rasgos principales. El entierro con la culebra viva no ha sido olvidado en ninguna, como que este reptil juega siempre papel muy principal en las supersticiones y consejas del pueblo chileno.

49

La mala hierba.

(Recitadora: Manuela Astudillo, de cincuenta y ocho años; lo aprendió en Ancud, provincia de Chiloé; reside en Santiago.)

Hay una yerba en el campo
que llaman de la borraja:
las mujeres que la pisan
4 se sienten embarazadas.
Una niña la pisó,
porque iba descuidada,
y á los nueve meses justos
8 los dolores le llegaban.
—¿Tú qué tienes, hija mía?
su padre le preguntaba.
—Tengo un dolor de barriga
12 y a'emás [1] gómitos [2] y arcadas.
—Que vengan siete doctores
de los mejores que haiga [3].—
El más chiquitito dijo:
16 —La niña está embarazada
y parirá antes de un' hora.—
Antes de un' hora contada
el pobre niño lloraba.

20 —Delen[4] la salú' del alma,—
dijo el padre, y á la niña
la hizo tira'[5] á puñaladas.

---

1. Este es uno de los muchos casos en que la *d* se pierde ó se aspira. Son interesantes, pero sería largo estudiarlos aquí.
2. Vide rom. 17, n. 2.
3. Común en todas las clases sociales. Menos frecuente en las nuevas generaciones.
4. Vide rom. 8, n. 2.
5. *Hacer tiras*, hacer pedazos, hacer cuartos.

Comentario.—Este es el romance de *Doña Urgelia* y *Doña Exendra*, variantes ambas recogidas en Asturias por don Juan Menéndez Pidal (*Colección de viejos romances*, pp. 175, 177); el de *La mala hierba*, de la misma región, publicado por don B. Vigón (Menendez Pelayo, *Antología*, t. X, p. 108); y, en cierto modo, aunque con diferencias substanciales, el 160 de la *Primavera* de Wolf. La versión chilena es muy abreviada, y aunque se asemeja bastante á las asturianas, parece no proceder directamente de ellas.

Este romance debe haberse propagado en Chile en fecha ya antigua. Sus cuatro primeros versos se cantaban como copla de una vieja *zamacueca*, nuestro baile más popular:

'Ay una yerva en er campo
de la vorraja yama'a,
to'a mujier que la pisa
se siente ar tiro preña'a.

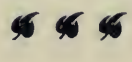
Mucho cúida'o, niña',
con la vorraja,
porque no tiene espina'
y tam'ién crava.
Y tam'ién crava, sí,
yerva marva'a,
que cuando una la pisa
que'a preña'a.

He aquí una décima en que aparece glosado el primer verso:

Las niñas d' este lugar
son lindas qu' es un primor,

cuando oyen hablar de amor
ya no quieren conversar.
A una que le quise hablar
la otra noche en el tambo [1],
me dijo:—¡Quítese el zambo!
¿no ve que soy señorita?—
Y yo le dije:—[Mi] hijita,
hay una yerba en el campo.

1. Mesón, taberna en que se canta y baila



50

El galán y la calavera

(Recogido por don Agustín Cannobbio, á quien se lo dictó José Valerio Vallejo, de cincuenta y cinco años, en Santa María, provincia de Aconcagua, donde reside.)

A misa es que [1] iba un galán
por la calle de la iglesia:
es que no iba por oir misa
4 ni pa estar atento á ella,
es que iba por ver las damas
[. . . . .]
En el medio del camino
8 se halló una calavera,
la miró muy mirá
y un puntapié le dió.
Entonces, como riéndose,
12 apretaba ella los dientes.
—Calavera, yo te envito [2]
esta noche pa mi fiesta.
—No hagai' burla, caballero,
16 mi palabra te doy en prenda.—
El galán, toitito [3] acholao [4]
pa su casa se golvió [5];
toitito el santo día

20 bien retríste [6] es que anduvo.
Aun no se comía un boca'o,
cuando á la puerta picaron [7];
manda un paje de los suyos
24 que saliese á ver quién era.
—'ícele, cria'o, á tu amo
que si del dicho se acuerda.
—'ícele que sí, mi cria'o.—
28 Le pusieron silla de oro,
le puso muchas comí'as
y de ninguna comió.
—No vengo por verte á vos,
32 ni por comer tu comí'a,
vengo á que vengas conmigo
á media noche á la iglesia.—
A las doce de la noche,
36 cuando cantaban los gallos,
las echaron pa la iglesia.
En la iglesia hallaron en el medio
una sepultura abierta.
40 —Entre, pué', caballero,
conmigo habí' de comer.

---

1. *Es que* por *dicen que*. Es el comienzo obligado de la mayor parte de las narraciones populares.

2. Por disimilación, la *i* átona se cambia en *e* en algunas palabras en que hay una ó más *i* en sílabas posteriores: *bacenilla, escrebir, medecina, previlegio*, por *bacinilla, escribir, medicina, privilegio*.

3. Diminutivo de *too*, alteración vulgar de *todo*. La terminación *itito* es una de las diminutivas de más uso entre la gente del pueblo.

4. *Acholado*, participio de *acholar, acholarse*, activo y reflexivo: avergonzar á otro, correrse uno mismo de vergüenza. *Acholado* vale, pues, tanto como *corrido*.

5. Vide rom. 17, n. 2.

6. «A esta marcada tendencia á la exageración se debe que, no contento el pueblo andaluz con duplicar una acción ó cualidad por medio del prepuesto *re*, doble y triplique, á veces, la insistencia de éste, posponiéndole otras partículas que son de su exclusiva invención: v. gr.: *bien, rebién, retebién, requetebién*». (Rodríguez Marín, *Cantos pop. españoles*, t. I, p. 10). La misma tendencia tiene el pueblo chileno, hijo del andaluz, é iguales son sus procedimientos idiomáticos.

7. «El verbo *picar* por «llamar á la puerta», desconocido en Castilla, es usual en León y en Asturias». (Menéndez Pidal, *Cultura Española*, p. 96.)

—Yo aquí no m' hei de meter,
Dios licencia no me ha da'o.
44 —Si no fuera porque hay Dios
y por el 'capulario que llevái',
aquí habías de entrar vivo,
quisierai' que no quisierai'.
48 Andavete [8] pa tu casa,
y pa otra vez que hallí' otra,
hácele una reverencia,
rézale un Pairenuestro [9]
52 y échala pa la güesera [10].

8. El pueblo chileno ha formado una sola palabra de los imperativos *anda, vé,* y el pronombre personal *te*: «andavete luego». «andavete, mejor», son frases que oímos todos los días, sin que entre *anda* y *véte* se advierta pausa de separación. Por otra parte, el imperativo singular de *ir*, con pronombre ó sin él, no tiene uso en Chile; se le substituye por *anda:* «anda pronto», «ándate al diablo», por «vé pronto», «véte al diablo». Corrijo en esta parte el verso 48, que nada significa en la forma en que se ha publicado:

«Anda, verte pa tu casa»,

9. *Pairenuestro* por *Padrenuestro.* La *d*, que tantos cambios experimenta y que en muchos casos se pierde, se vocaliza en *i* antes de *r: maire, Peiro, pieira,* por *madre, Pedro, piedra.*

10. En la pronunciación y en la ortografía, el vulgo substituye por *g* las letras *h, b, v,* cuando preceden á los diptongos *ua, ue, ui: guaca, güevo, guillín, agüelo, engüelto, güitre,* por *huaca, huevo, huillín* (nombre de un animal), *abuelo, envuelto, buitre.*

Comentario.—Como fácilmente se descubre, el argumento de este romance es la leyenda de don Juan Tenorio, referida en forma popular. Comparando la versión chilena con la que recogió en la provincia de León don Juan Menéndez Pidal, publicada en el t. X, p. 209 de la *Antología* de Menéndez Pelayo, se ve que son una misma, y que lo que estropeó el mal oído del recitador chileno, se puede restaurar sin esfuerzo con el auxilio de la variante leonesa. Don Ramón Menéndez Pidal, que insertó la versión de Aconcagua en la revista *Cultura Española*, p. 95, dice que tiene otro romance, recogido en Segovia, del difunto convidado, que difiere en todo del romance leonés.

A continuación doy la versión de un cuento, recogido por mí. que reproduce la popular leyenda de la calavera invitada á cenar. No me atrevo á decidir si procede de alguna

variante del romance transcripto, ó si, más bien, de una narración en prosa, á lo que me inclina el no encontrar en él ningún rastro de versificación.

El joven y la calavera

(Recitador: Humberto Pacheco, de quince años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Un joven y varias niñas iban una tarde por un camino, en el cual había esparcidos muchos huesos y calaveras. Volvían de una fiesta y venían picados [1]. El joven quiso hacerse el gracioso y dió un puntapié á una calavera, diciéndole por burla que esa noche la esperaría en su casa á cenar. Al oír esto las niñas, largaron grandes carcajadas.

Cenaban en la noche alegremente, recordando lo que había sucedido, cuando sintieron llamar á la puerta. El joven corrió á abrir, y se encontró con la calavera que tenía invitada á cenar. Sin decir una palabra, la calavera se entró al comedor. Todos quedaron espantados, pero ella les pidió que siguiesen comiendo.

Cuando concluyó la cena, le dijo la calavera al joven que ya estaba cumplido el convite, y que ahora ella lo invitaba para la siguiente noche, á cenar en un sitio próximo á aquél en que le había dado el puntapié. Y, sin esperar respuesta, la calavera se retiró.

Al otro día el joven se dirigió á la Parroquia, á referir al cura lo que le había pasado. El cura le aconsejó que aceptara el convite, y le dió como reliquia, para que la llevara consigo, una guagua [2].

Llegó la noche y el joven se encaminó al lugar de la cita, que era una iglesia abandonada. La calavera lo recibió con gestos de alegría, y lo invitó á cenar en una mesa en que las viandas eran culebras, sapos, ranas y otras sabandijas.

El joven, al ver esto, tuvo tanto miedo, que se quedó sin habla; y como la calavera le quería obligar á que comiese, se acordó, en medio de sus apuros, de la reliquia que llevaba bajo la capa, y le dió un pellizco á la guagua, la cual se puso á llorar. Entonces la calavera le dijo que agradeciese á esa criatura inocente el volver salvo á su casa, y que nunca más se burlara de los muertos.

---

1. Achispados, medio ebrios.
2. *Guagua*, del quechua *huahua*, criatura, niño de pocos meses.

51

La dama y el pastor. A

(Recitador: Abrahán Alcaíno, de diez y ocho años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

—Pastor, que estás en la sierra
de amores tan retirado,
yo quisiera preguntarte
4 si tú quieres ser casado.
—Yo no quiero ser casado,
contesta el villano vil,
tengo el ganado en la sierra,
8 y adiós, que me quiero ir.
—Porque estás acostumbrado
á comer galleta [1] gruesa,
si te casaras conmigo
12 comieras pan de cerveza [2].
—No quiero pan de cerveza,
contesta el villano vil,
tengo el ganado en la sierra,
16 y adiós, que me quiero ir.
—Porque estás acostumbrado
á ponerte chamarretas [3],
si te casaras conmigo
20 te pusieras camisetas.

—No quiero tus camisetas,
contesta el villano vil,
tengo el ganado en la sierra,
24 y adiós, que me quiero ir.
—Si te casaras conmigo,
mi padre te diera un coche,
para que me vengas á visitar
28 los sábados en la noche.
—No quiero ninguna cosa,
contesta el villano vil,
ni prenda tan amorosa
32 necesito para mí.

Cogollo [4]

La señorita Fulana
no se fíe del pastor,
porque, criados en el campo,
no saben lo que es amor.

---

1. Pan bazo de moyuelo ó salvado fino, que se amasa en las haciendas y establecimientos mineros para racionar á los peones.
2. *Pan de cerveza* se llama en Chile al pan fermentado. También se le nombra *pan batido*, y, en Coquimbo, *pan francés*, como en Cuba y Guatemala, (vide: PICHARDO, *Diccionario de voces cubanas*; BATRES, *Provincialismos de Guatemala*).
3. La palabra «chamarreta», desconocida entre nosotros, figura en la versión andaluza de Fernán Caballero, y sólo se ha conservado en esta variante chilena.
4. El *cogollo* es una estrofa con que generalmente se da remate á las canciones ó tonadas. Es una lisonja, una advertencia, y á veces también una pulla, enderezadas á alguno de los oyentes.

52

La dama y el pastor. B

(Recitador: Juan Soto, de diez y ocho años; lo aprendió en Valdivia, donde reside.)

Una niña en una fiesta
le dice á un pastor:—Espera,

que por ti anda la zagala
4 de amor que se desespera.
—No me hables de esa manera,
responde el villano vil,
mi ganado está en la sierra,
8 con él me voy á dormir.
—Mira qué lindos cabellos,
ya llevarás que contar,
el sol se divierte en ellos
12 cuando me siento á peinar.
—Yo no me enamoro d' ellos,
responde el villano vil,
mi ganado está en la sierra,
16 con él me voy á dormir.
—Mira qué pie tan pulido
para un zapato bordado,
mira que soy niña tierna,
20 'toy rendida á tu mandado.
—Zagala, cuando me hablaste
de amores, no te atendí;
perdóname, dueña amada,
24 si en algo yo te ofendí.
—Pastorcito, ya no es tiempo,
no me quieras perseguir;
tu ganado está en la sierra,
28 con él te irás á dormir.
—Te ofrezco una chigua [1] de oro
y unos caños de marfil [2],
tan sólo por que me digas
32 si yo me quedo á dormir.
—No quiero tu chigua de oro
ni tus caños de marfil;
tu ganado está en la sierra,
36 con él te irás á dormir.
—Te ofrezco dos chiguas de oro,
mis gualatos [3], mi sombrero,

tan sólo por que me digas
40 si esta noche yo me quedo.
—Cuando quise, no quisiste,
ahora que quieres, no quiero,
pasaré mis días tristes
44 donde los pasé primero.—

Cogollo [4]

Mi señor don Fulanito
cogollito colorado,
el joven perdió á la niña
por dormir con su ganado.

---

1. *Chigua.* Cuando es hecha de cordeles ó correas, semeja una red y sirve para el acarreo de pescados, legumbres y gavillas. Cuando es hecha de cañas ó maderos rústicos, parece una jaula, y colgada de una viga, en el centro de las habitaciones, á dos metros del suelo, sirve á la gente del campo para preservar de las ratas los quesos, el *charqui* (tasajo, cecina), y demás víveres de guarda. Hay chiguas de cordel ú otro material flexible que sirven de cunas.
2. La versión andaluza de Fernán Caballero dice:

«te he de poner una fuente
con unos caños dorados».... etc.

3. Gualato. Especie de pico ó azadón de madera y hierro, ó solamente de madera, para remover la tierra.
4. Vide rom. 51, n. 4.

53

La dama y el pastor.

(Recitador: Carlos Hille, de trece años; lo aprendió en Santiago, donde reside).

—Pastor, que andas por la sierra
pastoriando [1] tu ganado,
si te casaras conmigo
4 salieras de esos cuidados.

—Yo no me caso contigo,
responde el villano vil,
el ganado está en la sierra,
8 adiós, que me quiero ir.
—Como estás acostumbrado
á andar con esas ojotas [2],
si te casaras conmigo
12 te pusieras buenas botas.
—Yo no me caso contigo,
responde el villano vil,
el ganado está en la sierra,
16 adiós, que me quiero ir.
—Como estás acostumbrado
á andar en calzoncillones [3],
si te casaras conmigo
20 te pusieras pantalones.
—Yo no me caso contigo,
responde el villano vil,
el ganado está en la sierra,
24 adiós, que me quiero ir.
—Como estás acostumbrado
á comer galletas [4] gruesas,
si te casaras conmigo
28 comieras pan de cerveza [5].
—Yo no me caso contigo,
responde el villano vil,
el ganado está en la sierra,
32 adiós, que me quiero ir.

---

1. Vide rom. 26, n. 1.
2. Especie de abarca.
3. Aumentativo de *calzoncillos*, formado por exigencias del metro y de la rima.
4. Vide rom. 51, n. 1.
5. Vide rom. 51, n. 2.

54

La dama y el pastor. D

(Recitadora: Manuela Mejía, de treinta y cinco años: lo aprendió en Petorca, provincia de Aconcagua.)

—Ya te habís [1] acostumbrado
á andar con malas ojotas [2],
si te casaras conmigo
4 te pusieras ricas botas.
—Yo no quiero ser casado
ni entre prisiones vivir,
tengo el ganado en el cerro,
8 adiós, que me quiero ir.
—Ya te habís acostumbrado
á comer galletas [3] gruesas,
si te casaras conmigo
12 comieras pan de cerveza [4].
—Yo no quiero ser casado
ni entre prisiones vivir,
tengo el ganado en el cerro,
16 adiós, que me quiero ir.
—Si te casaras conmigo
mi papá te diera un coche,
para que vengas á verme
20 el sábado por la noche.
—Yo no quiero ser casado
ni entre prisiones vivir,
tengo el ganado en el cerro,
24 y adiós, que me quiero ir.

---

1. Vide rom. 12, n. 1.
2. Vide rom. 53, n. 2.
3. Vide rom. 51, n. 1.
4. Vide rom. 51, n. 2.

COMENTARIO.—Esta canción no es, por la forma, precisamente un romance, pero sí por su origen, como advierte muy bien el señor Menéndez Pelayo, pues se deriva del viejo *Romance de una gentil dama y un rústico pastor*, que transcribo en seguida:

Estáse la gentil dama
paseando en su vergel,
los piés tenía descalzos
que era maravilla ver.
Desde lejos me llamara,
no le quise responder;
respondíle con gran saña:
—¿Qué mandáis, gentil mujer?—
Con una voz amorosa
comenzó de responder:
—Ven acá, el pastorcico,
si quieres tomar placer;
siesta es de mediodía,
que ya es hora de comer;
si querrás tomar posada,
todo es á tu placer.
—Que no era tiempo, señora,
que me haya de detener,
que tengo mujer y hijos
y casa de mantener,
y mi ganado en la sierra
que se me iba á perder,
y aquéllos que me lo guardan
no tenían qué comer.
—Vete con Dios, pastorcillo,
no te sabes entender,
hermosuras de mi cuerpo
yo te las hiciera ver:
delgadica en la cintura,
blanca soy como el papel,
la color tengo mezclada
como rosa en el rosel,
el cuello tengo de garza,
los ojos de un esparver,
las teticas agudicas
que el brial quieren romper;

pues lo que tengo encubierto,
maravilla es de lo ver.
—Ni aunque más tengáis, señora,
no me puedo detener.

(MENÉNDEZ PELAYO, *Antología*, t. VIII, p. 260.)

Fernán Caballero insertó en su novela *¡Pobre Dolores!* (p. 95. Sevilla, 1852), una versión andaluza de este romance tal como ahora se canta, de la cual proceden seguramente las variantes chilenas, por tradición oral ó escrita.

Sin ánimo de establecer comparaciones, que resultarían impertinentes, transcribo aquí, á título de curiosidad, algunos versos de una canción provenzal, que son como un remedo lejano de la canción española.

Un amante regala á su dama un ruiseñor: pero, después de siete años, el pájaro huye:

La damo li courr' à l' apres
coum' uno fremo fouelo:
—Arrest', arresto, roussignou,
retouern' en gabiolo,
te farai mangear de pan blanc,
te darai de moun bouaro.
—N' en vouere gis de toun pan blanc,
et ni mai de toun bouaro;
iou mangearai d' herbo de camp,
de la pas caussigado.
Iou beurai d' aiguo doou roucas,
de la pas trebourado;
iou cantarai à moun plesir
coumo mes camarados.
Ame mai estr' auceou de camp
qu' auceou de gabiolo,
volá!
qu' auceou de gabiolo.

(ARBAUD, *Chants pop. de la Provence*, t. I, p. 153.)

En la versión andaluza de Fernán Caballero se lee:

—Tú, que estás acostumbrado
á comer pan de centeno,
si te casaras conmigo
lo comieras blanco y bueno.
—Yo no quiero tu pan blanco,
responde el villano vil,
tengo el ganado en la sierra,
adiós, que me quiero ir.

❦ ❦ ❦

55

Lucas Barroso. A

(Recitador: Juan de Dios Castro, de sesenta años; lo aprendió en Talca; reside en Carahue, provincia de Cautín.)

Allá va Lucas Barroso,
vaquero 'e la Compañía,
con el caballo cansa'o,
4 y la vaca muy rendi'a.
El daño qu' hizo esta vaca
su dueño lo pagaría
con el mejor ternerito
8 que tiene en la vaquería,
hijo del toro Pinta'o
y la vaca Relami'a.
Por los mares corren ñeulas [1],
12 por las tierras las anguillas [2],
por los rastrojos los peces
los cazan con angarillas.
16 Yo casé una anguilla grande,
la juí [3] á vender á Caimona [4],
á la ciudá de Sevilla.
Allá me cayó un chispazo;
20 los vaqueros 'tan con anda (*sic*)
'onde andean los toros (*sic*)
cuesta 'rriba y cuesta 'bajo.

Guena [5] fruta es la manzana,
24 pero mejor el damasco.
¡Valor y siga y vamos pegando!

1. Nieblas.
2. Anguilas.
3. Vide rom. 24, n. 3.
4. Carmona.
5. Vide rom. 17, n. 2.

56

Lucas Barroso. B

(Recitador: J. A. V., de treinta y cuatro años; lo aprendió en Talca; reside en Santiago.)

Ya llegó don Juan Barroso,
vaquero del Agua Fría [1],
con su caballo cansado
4 de correr todito el día.
La soga de este caballo
su dueño la pagaría
con la mejor ternerilla
8 que hubiera en la vaquería,
hija del toro Pintado
y la vaca Gerarquía.
A tu tierra, camarón,
12 y en el río las anguillas [2].

1. Nombre de una hacienda, según me informó el recitador.
2. Vide rom. 55, n. 2.

57

Lucas Barroso. C

(Recitador: Manuel Jesús Reyes, de cincuenta años; lo aprendió en Coihueco, provincia de Ñuble, donde reside.)

Anoche, estando cenando,
me vinieron á avisar
que venía la patrulla
4 por el medio 'el espinal [1],
detrás de una vaca negra
sin perilla y sin señal.
La cargó Lucas Barroso,
8 [.....]
la cargaba cuesta abajo,
ella echaba cuesta arriba.
Si la vaquilla se pierde,
12 Barroso la pagaría
con el mejor ternerillo
que hubiese en la vaquería,
hijo del toro Pintado
16 y de la vaca Rosilla.

1. Espinar. Así también *pajal, pulmonal,* por *pajar, pulmonar.*

58

Lucas Barroso. D

(Recitador: Remigio Ampuero, de ochenta y cinco años; cree haberlo aprendido en Rancagua, y le parece que era más largo y que se cantaba; reside en Santiago.)

Allá va Lucas Barroso,
vaquero del alma mía,

corre, corre para abajo,
4 corre, corre para arriba.
Corramos todos,
que vienen los godos [1].

1. *Godos* llaman en Chile y en otras partes de América á los españoles.

59

Lucas Barroso.

(Recitador: José del Tránsito Reyes, de treinta y seis años; lo aprendió en Talca; reside en Santiago.)

Ya llegó Lucas Barroso
con su vaca muy rendí'a:
el daño qu' hizo esta vaca
4 su dueño lo pagaría...
. . . . . .
hija del toro Pintado
y de la vaca Hirardía.

Comentario.—La única versión de este romance que se ha publicado, fué recogida en Osuna (provincia de Sevilla) por don Francisco Rodríguez Marín, y está incompleta. Las variantes chilenas, estragadísimas y plagadas de aquellos despropósitos con que el pueblo gusta de aliñar sus canciones, muestran todavía alguna frase, algún verso que bien pudieran pertenecer al final desconocido del romance tradicional.

He aquí la versión andaluza:

Ayá va Lucas Barroso,
baquero de gayardía;
lleba las bacas cansadas
de subir cuestas arriba,
de pelear con los moros

dos ó tres beses ar día,
una bes por la mañana,
otra bes ar medio día,
y otra bes ayá á la tarde
cuando er sor se trasponía.
—Suba, suba, mi ganado,
por las cañadas arriba,
que si argún daño jisiere
mi amo lo pagaría
con er mejor beserriyo
qu' hubiere en la baquería,
hijo der toro Pintado
y la baca Girardiya:
la crió Dios tan ligera,
que bolaba, y no corría.
. . . . . .

(MENÉNDEZ PELAYO, *Antología*, t. X, p. 190.)

❦ ❦ ❦

60

Muerte del señor don Gato. A

(Recitadora: Evarista Escobedo, de cincuenta años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Estaba el señor don Gato
sentadito en su tejado,
y le llegaron las nuevas
4 que había de ser casado.
Llegó la señora Gata
con vestido muy planchado,
con mediecitas de seda
8 y zapatos rebajados.
El Gato, por darle un beso,
se cayó tejado abajo,
se rompió media cabeza
12 y se descompuso un brazo.
A deshora de la noche
está don Gato muy malo,
queriendo hacer testamento
16 de lo mucho que ha robado:
una vara 'e longaniza
una cuarta 'e charqui [1] asado.
. . . . . .
Y los ratones, de gusto,

20 se visten de colorado,
diciendo: «¡Gracias á Dios
« que murió este condenado,
« que nos hacía correr
24 « con el rabito parado».

1. Tasajo, cecina.

61

Muerte del señor don Gato. B

(Recitador: Jorge Núñez, de diez y seis años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Estaba el señor don Gato
sentado en su garabato,
y le ha venido la nueva
4 que debía ser casado,
con una gata romana
de los ojos colorados.
. . . . . .
El Gato, por darle un beso,
8 se cayó tejado abajo,
se rompió cuarta [1] y cabeza
y un brazo descuartizado.
Allá por la media noche
12 el Gato se halló muy malo,
quiso hacer su testamento
de todo lo que ha robado:
once varas longaniza
16 y diez de tocino ahumado.
Los ratones, de contento,
se visten de colorado,
y unos á otros se dicen:
20 «Ya murió este condenado,

«que ayer nos andaba triendo [2]
«arriba del soberado [3],
«con la colita parada
24 «y el estantino [4] apretado.»

1. Cuarto trasero.
2. Vide rom. 11, n. 2.
3. Sobrado, desván.
4. ESTANTINO, m. Parece, fuera de duda, corrupción de *intestino*, que antiguamente se escribía y pronunciaba *estentino*.. Todavía lo usa aquí y en otras repúblicas americanas el vulgo, como se oye también en España:—Ese, que mala puñalá trapera le den en los *estantinos!* (Juan B. Muñoz Pavón, *Venite ad me omnes*). En Chile no significa «intestino» en general, sino la parte inferior del recto, que en castellano se llama *sieso*.» (ROMÁN, *Diccionario de Chilenismos*.)

62

Muerte del señor don Gato. C

(Recogido en Santiago por don Ramón A. Laval.)

Estaba el señor don Gato
sentadito en su tejado,
con mediecitas de punto
4 y zapatitos calados.
Por darle un beso á una gata,
se vino tejado abajo;
los ratoncitos, de gusto,
8 se visten de colorado:
«Gracias á Dios que murió
«este gato condenado,
«que nos tenía afligidos,
12 «con el bollito [1] encajado.»

1. Diminutivo de *bollo*, que en una de sus acepciones chilenas designa el excremento compacto y duro.

COMENTARIO.—Fernán Caballero publicó una versión andaluza de este romance, en su diálogo *Cosa cumplida*...

sólo en la otra vida, p. 141. Después se han dado á luz algunas más, entre las cuales recuerdo una gallega recogida por don Marcial Valladares, que termina con estos versos, remate allegadizo de muchos otros romances:

«Ña madriña, si me morro,
non m' enterren en sagrado,
entêrrenm' en campo verde
ond' á pacer vai o gado.
Dêijenm' a cabeza fora
e o cabelo bên peinado,
para que digan as gentes:
—Este pôbre desdichado
non morreu de tabardillo,
nin tampouco de costado,
morreu, sí, de mal damores,
¡ay! qué mal desesperado.

(*Folk-lore Español*, t. IV, p. 84.)

Existiendo en Galicia este romance, no podía faltar en Portugal: Adolfo Coelho, en sus curiosas *Notas e parallelos folkloricos*, artículo VI (*Revista Lusitana*, t. I, pp. 320-331), reproduce dos versiones recogidas en Elvas por Tomás Pires, que no pasan de los diez primeros versos. Coelho cree que este romance es una parodia, cuyo principio recuerda los romances portugueses de *Dona Infanta* y el español del *Cid* que comienza:

Sentado está el señor rey
en su silla de respaldo.

La semejanza es vaga, sin duda, pero á mí me parece muy aceptable la idea del origen paródico de este romance, en el que se descubren reminiscencias de muchos otros.

Mi amigo el distinguido folklorista don Ramón A. Laval, me obsequió hace tiempo con una versión de este romance más completa que las que ahora publico: desgraciadamente, no he podido encontrarla entre mis papeles, y la creo ya perdida.

63

Bartolillo

(Recitador: Alberto Riveros, de diez y seis años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Bartolillo, ¡guarda el toro!
—Sí, señor, que soy valiente,
y mi sangre no consiente
4 morir en astas de toro.
Si este toro me matase,
no me entierren en sagrado,
entiérrenme en campo verde
8 donde me pise el ganado [1].
A mi cabecera pongan
un letrero colorado,
y digan las cinco letras [2]:
12 «Aquí murió un desdichado;
«no murió de calentura
«ni de dolor de costado,
«murió de una cornadilla
16 «que le dió el toro Nevado».

1. «Donde no pise el ganado» es más común.
2. *Letras* ó *pies* llama la gente del campo á los versos, y *versos* á las estrofas. La décima, por ejemplo. es, según ellos, «un verso de diez pies». No siempre es tan precisa la distinción, pues algunos lo mezclan y confunden todo, y si se les apura, se enredan en explicaciones incoherentes de que es imposible sacar nada en limpio.

COMENTARIO.—El romance de *Bartolillo*, como el de *Degadina* y algunos otros, se encuentra en Chile en todas partes, y de él se pueden recoger centenares de versiones, todas más ó menos iguales. Sólo apuntaré una variante del comienzo, por ser enteramente distinta de las demás:

—¡Échenme ese toro fuera,
ése de la mancha negra,
que yo le sacaré un lance
por la salú de mi suegra!

Con excepción de los cuatro primeros versos, el romance de *Bartolillo* es el de *El mal de amor* y el de *Juan de Lá...* de Menéndez Pidal (*Colección de viejos romances*, pp. 206 y 348), aplicado á un tema distinto.

Desde el verso 5,

«Si este toro me matase»,

que en las versiones peninsulares tiene esta forma ú otra parecida:

«Si me muero d' este mal»,

hasta la conclusión, sirve este romance de final allegadizo á muchos otros que ninguna relación guardan con él.

Sirva de ejemplo el romance de *Don Manuel:*

Una noche muy oscura,
de relámpagos y agua,
ha salido don Manuel
á visitar á su dama,
tres plumas en su sombrero,
una verde y dos moradas.
El pasaje que le dieron,
hundirlo de puñaladas,
donde se vino á encontrar
en la puerta de su dama:
—Abreme, Polonia mía,
ábreme, Polonia hermana,

que yo vengo muy herido
y las heridas son malas.....

Aquí el juglar se halló con que había olvidado la continuación; pero la dificultad fué de poco momento, pues salió del paso diciendo:

Polonia, si yo me muero,
no me entierres en sagrado,
entiérrame en un pradito
donde no paste ganado,
y á la cabecera pongan
un Cristo crucificado,
con un letrero que diga:
«Aquí murió un desdichado;
«no ha muerto de mal de amor
«ni de dolor de costado,
«que ha muerto de calenturas,
«de la justicia matado».

(MENÉNDEZ PELAYO, *Antología*, t. X, p. 186.)

Así es cómo este fragmento de romance, de origen desconocido, pero sin duda de antiguo é ilustre abolengo, anda anexado á muchos otros que nada tienen que ver con él, á veces de rima distinta, cual el que acabo de transcribir, y aún de muy plebeya condición, como uno de *Luis Ortiz* que luego veremos.

En Portugal y en el Brasil ocurre lo propio que en España y Chile: el romance de *O Conde prêso* (HARDUNG, *Romanceiro*, t. I, p. 120; *Revista Lusitana*, t. X, p. 315), y el de *Dona Maria e dom Arico* (ROMERO, *Cantos pop. do Brasil*, p. 10), terminan, mutatis mutandis, con los mismos versos que el de *Don Manuel* y demás citados. En Portugal hay todavía una jácara, la del *Toureiro namorado* (HARDUNG, t. II, p. 123), en que aparece un toro bravo, como en el de *Bartolillo*. Concluye así:

—Se eu morrer d' esta morte,
como d' ella estou esperado,
não me toquem a campana,

nem me enterrem em sagrado,
enterrem-me áquella quina
aonde foi o namorado.

En Venezuela existen también los consabidos versos, que los llaneros intercalan en sus *corridos* ó *galerones*, (vide: VERGARA Y VERGARA, *Historia de la literatura en Nueva Granada*, pp. 518-522; ARISTIDES ROJAS, *Obras escogidas*, pp. 402-411; ADOLFO ERNST, *Cancionero Venezolano*, p. 31.)

64

El huaso Perquenco [1]

(Recitador: Lorenzo Neira, de treinta y ocho años; lo aprendió en Traiguén, provincia de Malleco; reside en Santiago.)

Ayá va el guaso Perquenco
en su cavayo alasán:
ocho sorda'o' lo siguen
4 y no lo pue'en arcansar.
Trre' [2] muerte' 'icen que deve
ar gorpe de su puñal:
uno era un viejo avariento
8 con cara 'e necesi'á',
'l otrro un 'ermano trraidor
que lo vino a denunciar,
y tam'ién una mujier
12 que lo quería engañar.
¡Corran, corran lo' sorda'o',
corran, corran sin parar!
Yo sé qui ar guaso Perquenco
16 ninguno lo va á arcansar.
A media noche llegó
cerca de la Rinconá' [3],
á la casa di un compaire

20 [ayá] jué á desensillar:
—¡Que se levanten las niña',
que se levante mi a'ijá';
aquí está er guaso Perquenco
24 para oir una toná'!

---

1. *Perquenco* (de *perquin*, plumas, y *co*, agua, «río de las plumas», FIGUEROA, *Vocabulario Etimológico*), es una estación del ferrocarril, en el departamento de Traiguén, provincia de Malleco. Acaso al héroe del romance, un famoso bandido, sin duda, se le llamaría «el huaso de Perquenco», que en la pronunciación popular fué «el guaso 'e Perquenco», hasta que la partícula desapareció por absorción, y entonces el nombre geográfico se convirtió en individual.

2. *Trre'*, tres. Señalo así la pronunciación prepalatal de la *t* antes de *r*, tan común en Chile.

3. *Rinconada*. Nombre de algún caserío ó hacienda, de los muchos que en Chile se llaman así.

COMENTARIO.—Este romance es indudablemente chileno, y no de composición reciente, pues según mis averiguaciones, la fama del huaso Perquenco es muy antigua, aunque ya no queda de él sino el recuerdo de su audacia. Un amigo, propietario de un fundo en la provincia de Malleco, me escribe lo siguiente: «Pocas son las noticias que he podido averiguar del huaso Perquenco. Muchos han oído el nombre, pero no saben más. Un viejo inquilino de esta hacienda dice que era un temido criminal, pero su misma mujer lo contradice, y asegura que oyó contar á su padre que el huaso no era asesino ni ladrón, sino un hombre acomodado y gastador, muy *mujerero* (mujeriego), y que siempre andaba metido en pleitos y bolinas».

65

El vaquero. A

(Recitador: un anciano de más de ochenta años, conocido en San Fernando, provincia de Colchagua, con el nombre de Tío Ñico. Recogido por don Ramón A. Laval.)

Da gusto ver un vaquero
por l' oriya 'e un espinal [1],
'etrras [2] di una vaca negra
4 sin periya [3] ni señal.
Unos 'icen qu' es di aquí,
otrros 'icen qu' es di ayá,
yo conosco vien la vaca,
8 qu' es de negro, escuro imán. (*sic*)
¡Qu'én tuviera un laso güeno [4]!
¡qu'én la pudiera piyar,
pa meterl' á un güen potrrero
12 pa que pudiera engordar,
para sacar charqu' y grasa

---

1. Vide rom. 57, n. 1.
2. Vide rom. 63, n. 2.
3. La *perilla* es un pedazo de cuero que se corta de la nariz, sobre las fosas nasales, del animal vacuno, dejándole colgante por el extremo superior para que sirva de señal. Cuando se corta del pescuezo ó del pecho, se llama *campanilla*.
4. Vide rom. 17, n. 2.

para 'acer un charquicán [5],
y con algunos amigo'
16 pa po'erla merendar!

5. *Charquicán*. Guiso hecho con picaduras de *charqui* asado ó de carne fiambre. Figuradamente, tiene esta palabra el mismo significado metafórico de «pepitoria».

66

El vaquero. B

(Recitador: Antonio Lira, de treinta y cuatro años; lo aprendió en Limache, provincia de Valparaíso.)

Yo vi vajar un vaquero
por l' oriya 'e un renoval [1],
'etrrás di una vaca negra
4 orejana y sin señal.
Yo sé de qu'en es la vaca,
no le tengo di avisar,
pa comérmela solito,
8 á naide [2] le voy á dar.
En las arforjas er vino,
en la calavasa er pan,
los perros ponen los güevos,
12 las gayinas á lairar [3],
l' oya á varrer la cocina
y la escova á cocinar.

1. No conozco esta palabra, pero debe de significar el sitio poblado de vástagos ó renuevos, después de la roza.
2 Metátesis de *nadie*, muy común en el pueblo.
3 Vide rom. 50, n. 9.

67

El vaquero. C

(Enviado de Caone, provincia de Curicó, á don Ramón A. Laval.)

Da gusto ver un vaquero
cuando anda por renovar, (*sic*)
buscando una vaca negra
4 sin perilla [1] y sin señal.
Unos dicen qu' es de aquí,
otros dicen qu' es de allá;
la van á echar en engorda
8 al potrero de Gaspar,
[. . . . .]
para poderla matar,
y sacar unos sebitos
12 y aliñar un charquicán [2],
[. . . . .]
para poderlo pasar
con un traguito de vino
16 y una tronchita [3] de pan.

1. Vide rom. 64, n. 3.
2. Vide rom. 64, n. 5.
3. Diminutivo de *troncha*, pedazo, parte. «Sacar troncha», fig.: Obtener de un asunto cualquiera, alguna ventaja ó medro que en justicia no correspondía.

Comentario.—Tengo por chileno este romance, que no he encontrado en ninguna colección peninsular. Muestra cierta afinidad con el de *Lucas Barroso*, con el cual anda revuelto á veces, (vide rom. 57):

68

Mambrú.[1] A

(Recogido en Santiago.)

Membrún se fué á la guerra,
no sé cuándo vendrá,
si será por la Pascua
4 ó por la Trinidad.
La Trinidad se pasa,
Membrún no vuelve más;
la reina, que lo espera,
8 muy impaciente está.
A la torre más alta
se sube á divisar,
y mientras que miraba,
12 un paje vió llegar,
de banda negra y lacre[2],
señal de funeral.
—Las noticias que traigo
16 no las quisiera dar:
de que Membrún es muerto
y yo lo fuí á enterrar.
Una cosa me dijo
20 poco antes de expirar:
que á orillas de su tumba

plantase un olivar,
y de las aceitunas
24 hiciese una ensalá.—
La reina se desmaya
y se pone á llorar;
luego, entre cuatro pajes
28 la llevan á enterrar.

---

1. La copia dice *Membrún*, como en el texto.
2. Es decir, «color de lacre», rojo, por ser éste el color que comúnmente tiene esta pasta.

69

Mambrú. B

(Recitadora: E. T., de sesenta y dos años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Mambrú se fué á la guerra,

mirontón, *mirontón*, *mirontere*,

no sé cuándo vendrá,
si será por la Pascua

mirontón, etc.

4 ó por la Trinidad.
La Trinidad se pasa,

mirontón, etc.

Mambrú no vuelve más,
la dama que lo espera

mirontón, etc.

8 muy enojada está.
A la torre más alta,

mirontón, etc.

allá lo iba á esperar,
y vió llegar un paje,

mirontón, etc.

12 un paje vió llegar.
—¿Qué traes, pajecito?

mirontón, etc.

¿Por qué tan triste estás?
—Porque Mambrú ya es muerto

mirontón, etc.

16 y yo lo vi enterrar.
—¡Ay! calla, pajecito,

mirontón, etc.

y no me digas más!
¡Ay! calla, pajecito,

mirontón, etc.

20 y no me digas más!

70

Mambrú. C

(Recitadora: Adriana Guerra, de once años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Mambrú se fué á la guerra,
no sé cuándo vendrá,
si será por la Pascua
4 ó por la Trinidad. (*bis*)
La Trinidad se pasa,
Mambrú no vuelve más;
la reina se desmaya
8 y se pone á llorar. (*bis*)
Entre cüatro pajes
la llevan á enterrar;
los pajaritos cantan
12 el pío, pío, pá. (*bis*)

Comentario.—Este popularísimo romance es en parte traducción, en parte parodia (vide variante A, versos 19 á 24), de la célebre canción francesa que transcribo en seguida:

Le convoi de Malbrough

(Texte critique)

Malbrough s' en va en guerre,
Mironton, *tonton*, *mirontaine*,
Malbrough s' en va en guerre: «Ne sai quand reviendrai,
Ne sai quand reviendrai. (*bis*)

[Je] reviendrai à Pâques ou à la Trinité».
Les Pâques sont passées, aussi la Trinité.
Madame à sa tour monte, si haut qu' el peut monter.

El voit venir son page, tout de noir habillé:
«Beau page, ah! mon beau page, quel' nouvelle apportez?»
—«Nouvelle que j'apporte, vos beaus yeus vont pleurer.
Quittez vos habits roses et vos satins brochés,
Prenez la robe noire et les souliers cirés.
Malbrough est mort en guerre, est mort et enterré.
L' ai vu porter en terre par quatres officiers:
L' un portoit sa cuirasse et l'autre son bouclier,
Le troisiéme son casque et l'autre son épé'.
A l' entour de sa tombe romarin fut planté.
Sur la plus haute branche rossignol a chanté.
Disoit en son langage: *Requiescat in pace!*
La cérémoni' faite, chacun s'en fut coucher».

(Doncieux, *Le Romancéro pop. de la France*, p. 455.)

Tengo una variante francesa recogida por mí, de boca del niño Luis Meunier, de trece años, nacido en Ambert, departamento de Puy-de-Dôme.

La transcribo con sus incorrecciones, tal como él me la dictó:

Malbrough s' en va-t-en guerre,
mironton, *mironton*, *mirontaine*.

Malbrough s' en va-t-en guerre,
qui sait quand reviendra. (*bis*)
Il reviendra-z-a Pâques
ou à la Trinité.
La Trinité se passe,
Malbrough ne revién pas,
sa dame à tour monte,
si haut qu' ell' put monter.
Ell' voit venir son page
de noir tout habillé.
—O page, o mon beau page,
quell' nouvelle apportez?
—Aux nouvell's que j' apporte
vos beaux yeux vont pleurer:
monsieur Malbrough est mort,
est mort et enterré.
J' l' ai vu porter en terre
par quatre-z-officiers:

l' un portait son grand sabre,
l' autre son bouclier.

He aquí ahora lo que dice Doncieux sobre el origen de esta canción:—«Del famoso John Churchill, duque de Malborough, muerto hacía más de medio siglo, se preocupaban poco en Francia y en otras partes, cuando á fines de 1781, su nombre tuvo en París una resurrección tan brillante como inesperada. Una canción operó este milagro, y hé aquí de qué manera. La reina María Antonieta dió á luz al primer Delfín el 22 de octubre de 1791. Algunos meses antes, habiendo tenido noticias del embarazo de la reina, una campesina llamada Poitrine concibió el proyecto de ser la nodriza del niño real. Firme en su idea, llegó á Versalles con su marido, interesó á los médicos en su favor, halló manera de ser presentada al rey, y, en fin, se manejó de suerte que obtuvo la preferencia. Instalada desde entonces en las habitaciones del castillo, llegó un día en que la señora Poitrine se puso á tararear una ronda que se cantaba en su país: era la de *Malbrough*. La reina la oyó por casualidad, y enamorada del aire popular sencillo y tierno, quiso cantarlo también, y toda la corte la siguió. En ese tiempo, Beaumarchais concluía *El matrimonio de Fígaro*, y tuvo la idea de escribir sobre esta canción la romanza del Paje, y la romanza y la comedia lograron un exito extraordinario. *Malbrough* fué cantado en todas partes, glosado, parodiado. Se le puso en los almanaques, en las zarzuelas, en los abanicos; en fin, no hubo cosa en el mundo, ese año, que no fuese *á la Malbrough.*»

(*Romancéro pop. de la France*, p. 459.)

Discurriendo en seguida Doncieux sobre el origen de esta canción, dice que no pudo ser compuesta con motivo de la muerte del duque de Marlborough, porque éste «ne mourut pas en guerre, mais dans son lit, en état de démence sénile, et cette fin obscure n' avait pas de quoi frapper l'attention populaire. On a rattaché la chanson avec plus de vraisemblance, à la meurtrière journée de Malplaquet (11 sept. 1709), où les Anglais qui formaient la droite de l' armée alliée, furent un moment bousculés par le maréchal de Villars, en sorte que le bruit put courir un instant de la mort de Marlborough: c' en était assez pour qu' un troupier en verve improvisât ce chant plaisamment funèbre».

La explicación no me parece muy satisfactoria, pero no sabría en este momento substituírla por otra mejor [1]. Tampoco es fácil decidir cuándo se difundió esta canción en Italia y en España, donde el nombre del héroe se simplificó en *Mambrú*.

---

1. El mismo Doncieux prueba que ha perdido su valor, si alguno tuvo, la hipótesis de Leroux de Lincy, según la cual *Le convoi de Malbrough* no sería sino una refundición moderna del *Convoi du Duc de Guise*, compuesto con ocasión de la muerte de este héroe delante de Orleáns, en 1563. Esta suposición se fundaba en el verso inicial, ya repugnado por la rima, del texto del compilador La Place:

Voul'ous ouïr chanson? C'est du grand duc de Guise,

que pertenece á otra canción, sólo ahora conocida y muy distinta de aquélla.

Menos vale por cierto la paradojal aserción de Genin, que hace remontar este canto á la Edad Media, suponiendo que el héroe es un cruzado que tenía por sobrenombre «Le Membru».

71

El hilo de oro. A

(Recogido en Santiago.)

—De Francia vengo, señora,
y en el camino encontré
á un caballero, y me dijo
4 que lindas hijas tenéis.
—Que las tenga ó no las tenga,
yo las sabré mantener,
con un pan que Dios me ha dado
y un jarro de agua también.
—Yo me voy muy enojado
á los palacios del rey,
á contárselo á la reina
12 y al hijo del rey también.
—Vuelve, vuelve, pastorcito,
no seas tan descortés,
la mejor hija que tengo,
16 la mejor te la daré.
—Téngala usté bien guardada.
—Bien guardada la tendré,
sentadita en una silla
20 trabajando para el rey.
Azotitos con correa,

azotitos le daré,
mojadita con vinagre
24 para que los sienta bien.

72

El hilo de oro. B

(Recogido en Santiago.)

—De Francia vengo, señora,
y un amigo portugués
en el camino me ha dicho
4 que bellas hijas tenéis.
—Que las tenga ó no las tenga,
yo las sabré mantener,
con un pan que Dios me ha dado
8 y un jarro de agua también.
—Yo me voy muy enojado
á los palacios del rey,
á contárselo á la reina
12 y al hijo del rey también.
—Vuelve, vuelve, pastorcito,
no seas tan descortés;
de las tres hijas que tengo,
16 la mejor te la daré.
—Esta escojo por hermosa.....[1]
.....

1. Se me ha extraviado el final de esta versión.

73

El hilo de oro.

(Recitadora: Custodia Vergara, de veintiséis años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

—Vamos ju'ando [1] al hilo de oro
y al hilo 'e plata también,
que me ha dicho una señora
4 que lindas hijas tenéis.
—Yo las tengo, yo las tengo,
y las sabré mantener,
con un pan que Dios me ha dado
8 y un jarro de agua también.
—Yo me voy muy enojado
á los palacios del rey,
á contárselo á la reina
12 y al hijo del rey también.
—Vuelve, vuelve, pastorcillo,
no seas tan descortés;
la mejor hija que tengo,
16 la mejor te la daré.
—Esta escojo por esposa,
por esposa y por mujer,
que parece una rosita
20 'cabadita de nacer.

---

1. *Juar, juando,* por *jugar, jugando,* es muy común. Acaso la *g* se pierde por influencia de la *j*: *vejía* por *vejiga.*

74

El hilo de oro.

(Recitadora: Ester Zamudio, de trece años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

—Hilo de oro, hilo de plata,
vamos ju'ando [1] al ajedrez,
que me ha dicho una señora
4 que lindas hijas tenéis.
—Que las tenga ó no las tenga,
yo las sabré mantener,
con un pan que Dios me da
8 y un jarro de agua también.
—Vuelve, vuelve, pastorcillo,
no seas tan descortés;
la mejor hija que tenga,
12 la mejor te la daré.
—Esta tomo por esposa,
por esposa y por mujer,
que parece una rosa
16 acabada de nacer.

1. Vide rom. 72, n. 1.

Comentario.—Este romance, que sirve para acompañar cierto juego de niñas, es muy antiguo. En el siglo XVII debía ser ya bastante popular, pues dos de sus versos se leen en el entremés de Lope de Vega *Daca mi mujer:*

Sacristán. Suegro, dame á mi mujer.
Padre. ¿Suegro? Daca la mohosa.
Sacristán. Pues me niegas la suegrez,
enojado me voy, enojado
á los palacios del rey;
y á fe de buen sacristán,

que en Moscovia ó en Argel,
hecho brujo, hecho hechicero,
juntico á ti me has de ver,
con tanta boca diciendo:
«¡suegro, dame á mi mujer!».

(*Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española*, t. II, p. 400.)

La forma que tiene el principio en las versiones A y B no es la popular hoy día, por lo menos en Chile, pero lo fué en otro tiempo, según mis informes. Una señora me dice que en su niñez se cantaba así el comienzo:

De Francia vengo, señora,
de la tierra del francés,
y en el camino me han dicho
que lindas hijas tenéis.

El final de la versión A, que es el de la variante publicada en el *Folk-lore Español*, t. IV, p. 136, no he vuelto á hallarlo completo, aunque sí he oído reminiscencias suyas. La misma señora que me dictó los cuatro versos que acabó de transcribir, sabía algo de los «azotes con correa», y estos dos versos, mal recordados:

En Francia, señora,
bien criada la tendré

Una mujer de Talca, que ha olvidado el romance, pero que todavía recuerda imperfectamente algunos de sus versos, me da este final:

Me voy, me voy á mi tierra,
para nunca [más] volver;
zapato que yo desecho
no me lo vuelvo á poner.

El romance, en esta forma, no serviría para el juego infantil en que ordinariamente se emplea. Los dos últimos versos de esta copla son muy populares, y sirven de remate á muchas otras.

Casi todas las versiones españolas que conozco (*Folk-lore Andaluz*, pp. 196, 218, 314; *Folk-lore Español*, t. III, p. 108; t. IV, p. 136) conservan el primer verso tradicional,

«De Francia vengo, señora»,

que también se lee en la variantes chilenas A y B. Rodríguez Marín (*Cantos pop. españoles*, núm. 209) publica una versión muy estropeada, que comienza:

«Cordoncito de oro traigo»,

é inserta en la nota respectiva ocho versos de una extremeña, cuyo principio es el tradicional:

«De Francia vengo, señora,
de por hilo portugués».

Trae también una catalana, bilingüe.

En la *Revista Lusitana* (t. VIII, p. 73) hay una variante portuguesa titulada *A Condessa d'Aragâo*, y ¡cosa rara! mientras las versiones españolas dan testimonio de la fama del *hilo portugués*, ésta encarece la excelencia del de Aragón:

Eu não dou minhas filhas,
das mais lindas que ellas são,
nem por ouro nem por prata,
nem por *fios d'Aragâo*.

Este romance existe también en la literatura popular italiana, según dice Carolina Michaelis de Vasconcellos (*Revista Lusitana*, t. I, p. 63), pero no he logrado ver ninguna versión.

❧ ❧ ❧

75

La fe del ciego. A

(Recitadora: Dorila Quintero, de diez y nueve años; lo aprendió en Melipilla, provincia de Santiago; reside en San Bernardo, provincia de Santiago.)

Camina Nuestra Señora,
camina para Belén,
con un niño entre los brazos
4 que daba gusto de ver.
En la mitad del camino
pidió el niño de beber:
—No pidas agua, mi niño,
8 no pidas agua, mi bien,
que las aguas corren turbias
de no poderse beber.—
. . . . . .
—Dame, ciego, una naranja,
12 que yo te la pagaré.
—Yo te la daré, señora,
d'este verde naranjel.—
Se las daba de una en una,
16 salían de cien en cien.
Cuando le dió la primera,
el ciego comenzó á ver;

cuando le dió la postrera,
20 el ciego veía bien.

76

La fe del ciego. B

(Recogido en Ancud, provincia de Chiloé, por don Darío Cavada.)

. . . . . .
Caminito de Belén
viene un río de beber;
como el camino es tan largo
4 el Niño pide 'e beber.
La Virgen le dice al Niño
[. . . . .]
« No tomes agua, mi vida,
8 « no tomes agua, mi bien.
« En el puerto de Santiago
« hay un rico naranjel
« que un pobre ciego lo cuida,
12 « el pobre ciego no lo ve».
—Ciego, dame una naranja
para este niño placer.—
Respuende [1] el ciego y le dice:
16 —Agarra las que has menester.—
Tantas fué las que agarró,
que el ciego empezó á ver.
Respuende el ciego y le dice:
20 —¡Oh! ¿quién es esta mujer
[. . . . .]
que me ha hecho tanto bien?

—Soy la madre 'e Jesucristo.—
24 Y se fué al efecto á Belén.

---

1. Como existe en castellano la tendencia á reemplazar la *o* átona por el diptongo *ue* acentuado, en ciertos casos y por razones etimológicas que no son de este lugar, el pueblo la extiende á veces á palabras que, como *responder*, están fuera de ella.

77

La fe del ciego.

(Recogido por don Ramón A. Laval, á quien se lo dictó Juan de la Cruz Pérez, de diez años, en Carahue, provincia de Cautín.)

Caminemos, caminemos,
caminemos pa Belén.
. . . . . .
—No tomes agua, mi vida,
4 no tomes agua, mi bien,
esas aguas son muy turbias,
que no se pueden beber.
Allá, arriba de aquel huerto,
8 hay un rico naranjal,
que lo cuida un hortelano
y un ciego que no ve ná.
Dame, ciego, una naranja
12 pa hacer callar á Manuel.
—Éntre, mi reina, y escoja,
será de su menester.
¿Será la reina del cielo
16 y el patriarca San José?

78

La fe del ciego. D

(Recitadora: Rosa Castro, de veintisiete años; lo aprendió en San Fernando, provincia de Colchagua; reside en Santiago.)

[. . . . .]
va la Virgen pa Belén;
en la mitad del camino
4 pidió el Niño que beber.
—No pidas agua, mi vida,
no pidas agua, mi bien,
que las aguas corren turbias
8 de no poderse beber.
. . . . . .
¡Ah, ciego que nada ve,
¿cómo me hace una merced?
Darle una naranja al Niño
12 para que apague la sed.—
. . . . . .
¡Qué ciego con tanta dicha,
que abre los ojos y ve!

79

La fe del ciego. E

(Recitadora: Mercedes Rivera, de cincuenta y dos años; lo aprendió en San Felipe, provincia de Aconcagua; reside en Santiago.)

. . . . . .
—Ciego que nada ve,
¿quiere hacer una merced?

Darle una naranja al Niño
4 para que apague la sed.
—Señora, escoja
las que ha de menester.—
La Virgen, mientras más escoge,
8 más ha dado á florecer.
[. . . . .]
—Ciego que nada ve,
con la bendición del Niño
12 abre los ojos y ve;
verás de puro cargados
tus naranjos caer.

Comentario.—Este piadoso romance, imperfectamente recordado en la tradición chilena, es muy popular en España, especialmente en Asturias, de donde procede la mejor versión publicada hasta ahora, (vide Menéndez Pidal, *Colección de viejos romances*, p. 262). En Chile está muy difundido, y hasta hace poco se cantaban algunos de sus versos como coplas de las ya desusadas *Alabanzas* [1], según puede verse en el interesantísimo libro del señor Laval, *Oraciones, ensalmos y conjuros*, p. 24, núm. 10 y 11.

---

1. Hasta hace treinta años ó poco más, los serenos, durante sus rondas, cantaban las horas, anunciando á un mismo tiempo á los durmientes el estado atmosférico:

Las nueve han dado... y sereno.
Las diez han dado... y nublado.
Las once han dado... y lloviendo. Etc.

En algunos pueblos—en la Serena, por ejemplo—decían, hacia la media noche, las *Saetas*, para desvelar al descuidado pecador:

Un cuidado sin cesar
me atormenta noche y día:
¡ay! Jesús del alma mía,
si me tengo de salvar! Etc.

Y al amanecer entonaban las *Alabanzas*, dando á Dios gracias de haberles permitido ver la luz del nuevo día, é invitando á los vecinos á

Este romance, como la mayor parte de los devotos que existen en la tradición, anda revuelto con versos de otros romances ó de coplas que tienen igual carácter. La versión B comienza de esta manera, en la copia que tengo á la vista:

He entrado por un portillo
abierto.....,
he encontrado una mujer
de vestido colorado.
—Ese vestido que tr'és
no te lo he visto manchado.
—Me lo manchó Jesucristo
con la sangre 'e su costado.—

La variante C principia:

Por aquel postigo abierto,
que nunca se ve cerrado,
se pasea una doncella,
madre de Dios consagrado.

y termina:

—¿Para dónde vas, Jesús?
—Voy para Jerusalén
á cristianar los cristianos,
que por camino me han dicho
que la gloria voy ganando.

---

hacer lo mismo. He aquí una estrofa y el coro, que tomo de la obra ya citada del señor Laval:

ESTROFA: «Ya viene rompiendo el alba,
ya viene aclarando el día;
demos infinitas gracias
á Jesuscristo y María». Etc.

CORO: *«Alabemos al Señor,*
que nos dió su santo cuerpo,
y en el ara del altar
se celebra un sacramento.»

Los vecinos se incorporaban en sus lechos y entonaban el coro al fin de cada estrofa dicha por el sereno, ó cantaban por su cuenta algunas de las muchas piadosas coplas destinadas á ese objeto.

Que la gane ó no la gane,
harto espacio me ha costado,
hartos martirios y azotes,
y una lanza con tres clavos
me ha traspasado el corazón.
Si no me quieres creer,
á Juan traigo por testigo,
que ha dado los pasos conmigo
del Calvario hasta la Cruz.
Padrenuestro. Amén, Jesús.

Los versos del principio los han tomado estas variantes de un romance devoto, del que Fernán Caballero trae una versión que comienza así:

Yendo por un caminito,
un postigo me he encontrado,
abierto siempre al que llama,
al que no llama, cerrado.
Pasó por allí la Virgen
toda vestida de blanco,
y cuando volvió á pasar
traía el vestido manchado
con la sangre que su hijo
en la cruz ha derramado.

(*Cosa cumplida*....., p. 139.)

Han publicado versiones del romance de *La fe del ciego*, además de don Juan Menéndez Pidal, ya citado, Fernán Caballero en su libro *Cuentos y poesías populares andaluces*, p. 367; don Francisco Rodríguez Marín en sus *Cantos populares españoles*, t. IV, p. 165; don Braulio Vigón, reproducida en el t. X, p. 142 de la *Antología* de Menéndez Pelayo; y el editor de las *Lecturas populares*, que insertó una variante refundida, «suprimiendo algunas incorrecciones, hijas de la rudeza y antigüedad misma de su origen, y las que son consiguientes á todas las cosas que se trasmiten entre el pueblo por el oído y como tradicionalmente»! (*Lecturas populares*, t. II, p. 150.)

En Galicia parece que también existe este romance, á juzgar por estos cuatro versos, únicos que conozco:

Entre os seus brazos levaba
a Jesus de Nazarete;
as calores eran moitas,
o Neniño tiña sede.

(IGLESIA, *El idioma gallego*, t. III, p. 117.)

Milá y Fontanals trae un lindo romance, derivado sin duda del castellano, en que la escena del huerto tiene diversa aplicación:

DUDA DE SAN JOSÉ

De Betlem partí la Verge
sols per 'nar á Nasaret;
ya 'n prengué per companyía
al gloriós San Josep.
Quant ne son á mija guia
á la Verge vingué set,
n' atrapan un hortolá
que pujava un *mansané.*
—Deu te guart, bon hortolá,
no 'm farías una mercé?
No'm darías una *mansana*,
mansana del *mansané?*
—Si pot sé, linda senyora,
vos mateixa cullivo'-le.—
Josep vol alsá 'ls seus brassos,
las brancas 'xecaren-sé;
María vol alsá 'ls brassos,
las brancas jeueren-sé:
—Ara crech, linda Senyora,
que portau Deu verdadé.—

(*Romancerillo*, p. 3.)

El señor Vigón cita una versión portuguesa del romance de *La fe del ciego*, publicada por Leite de Vasconcellos en su *Romanceiro*, y yo mismo creo haber leído, no recuerdo ahora dónde, una variante en ese idioma.

80

Las hijas de Medina.

(Recitadora: X. X., de sesenta años; lo aprendió en Codegua, provincia de O'Higgins; reside en Santiago.)

Ayer tarde fuí á pasiar [1]
con las hijas de Medina:
al tiempo de la merienda
4 se perdió la mejor niña.
Salió la madre á buscarla
como una loca perdida,
calle arriba, calle abajo,
8 calle abajo, calle arriba.
Al cabo la vino á hallar
entre dos palmas metida,
con un niño de quince años,
12 diciéndole:—«Vida mida [2],
que los [3] hemos de casar
aunque los cueste la vida».

1. Vide r. 26, n. 1.
2. Vide r. 24, n. 3. Hay aquí también influencia de una voz sobre otra.
3. Es muy común en el habla popular el empleo de *los* por *nos*.

Comentario.—No he podido averiguar el empleo que se da en Chile á este romance, pues la versión que publico no la recogí personalmente. En España parece que sirve para

acompañar un juego infantil. Conozco de él dos versiones, que reproduzco por ser cortas y muy interesantes.

(En *í-a*.)

—Madre, ¿quier' usté que vaya
un ratito á l' alameda
con las niñas de Merino,
que tienen buena merienda?—
Al tiempo de merendar
se perdió la más bonita;
su padre l' anda buscando
calle abajo, calle arriba.
Dónde la vino á encontrar,
en una palma metida
con un niño de quince años,
diciéndole:—Vida mía,
contigo m' he de casar,
aunque me cueste la vida.—
Mi padre tiene un peral
cargado de peras finas.
En la ramita más alta
cantaba una tortolita;
por la cola echaba sangre
y por el pico decía:
«¡Qué tontas son las mujeres
«que de los hombres se fían!»

(Rodríguez Marín, *Cantos pop. españoles*, núm. 187.)

(En *á*.)

Las hijas de Ceferino
se fueron á pasear
calle arriba, calle abajo,
calle de Santo Tomás.
Se perdió la más pequeña,
su padre la fué á buscar,
calle arriba, calle abajo,
calle de Santo Tomás.
Y la encontró en una casa
hablando con su galán,
diciéndola:—Prenda mía

contigo me he de casar
aunque me cueste la vida.—
Mi abuelo tiene un peral
que cría las peras finas,
y en la ramita más alta
hay una tórtola herida,
que por el pico echa sangre
y con las alas decía:
« ¡Mal haya sean las mujeres
« que de los hombres se fían,
« y no agarran un garrote
« y les rompen las costillas!»

(*Folk-lore Español*, t. II, p. 69.)

❦ ❦ ❦

81

La ciega.

(Recogido en Santiago.)

—¡Una limosnita
pa la pobre ciega,
una limosnita
4 pa la pobre vieja!
Salí muy temprano,
me pasé á la iglesia,
ni un pancito duro
8 recogí siquiera.
—Váyase la intrusa,
váyase la vieja,
si mi novio viene
12 me dará vergüenza.
—No la insultes, hija,
que esta pordiosera
nuestra Santa Madre
16 ser muy bien pudiera.
—Se murió mi hijo,
qu' era un calavera,
cuatro nietecitos
20 me dejó mi nuera.
Descalcitos andan

por las duras piedras.
—¡Pobres angelitos!
24 ¡quién los conociera!
—Eran muy hermosos
cuando yo los viera:
la niña, tan bella
28 como una azucena.
Me pedían pan
y yo no les diera.
—¡No me cuentes eso,
32 que me dará pena!
Vuelve á casa pronto,
vuelve á casa, abuela,
y estos higos frescos
36 á tus nietos lleva.

Comentario.—Hace ya bastantes años que tengo este romance, uno de los primeros que recogí, y no he vuelto á encontrarlo en la tradición. Ni aun conservo el nombre del recitador, que debía de constar en la primera copia, hoy perdida; lo que quizá me habría permitido dar otra vez con él y adelantar algo sobre el origen de este cuento infantil. En mi opinión, procede de impreso, de alguna de esas hojas periódicas de lectura recreativa que las congregaciones religiosas distribuían antes entre la gente del pueblo, y que, andando los tiempos, se transformaron en verdaderas revistas. De ser así, el romancillo pudo ser transcripto de alguna publicación española, ó compuesto en Chile por un colaborador de esas hojas efímeras, que rara vez llegan, por desgracia, á registrarse en las Bibliotecas oficiales, como es el deber de los editores.

82

La monjita.

(Recitadora: Aurelia Baeza, de diez y ocho años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Yo me quería casar
con un niñito muy bueno,
y mis padres me querían
4 monjita de un monasterio.
Una tarde de verano
me llevaron á paseo,
y al pasar por una calle
8 me encontré con un convento.
Salieron siete monjitas,
todas vestidas de negro,
me agarraron de una mano
12 y me metieron adentro.
Tomaron unas tijeras
y me cortaron el pelo,
me quitaron los anillos,
16 anillitos de mis dedos,
me quitaron los zapatos,
me quitaron el pañuelo.

Salió la abadesa,

20 cantando salió,
y me puso el velo
de la Concepción.
Tú tienes la culpa,
24 boquita 'e piñón.
—¿Yo.
—Sí.
—Nó, nó;
la culpa la tiene
28 tu hermana mayor.

Comentario.—Sirve para acompañar un juego de niñas, así en Chile como en España. En el *Folk-lore Español*, t. II, p. 61, hay una versión madrileña parecida á ésta, aunque más larga. Menéndez Pidal (*Colección de viejos romances*, p. 348) trae otra, recogida en Asturias, sin el final exasílabo. La variante chilena me parece de introducción moderna entre nosotros, aunque una señora, ya bastante anciana, dice que en su niñez se cantaban, en forma muy parecida que ella ahora no recuerda, los versos del principio. No lo dudo, pero sería otra versión, que, caso de sobrevivir, andará por ahí muy desmedrada.

83

La niña mal casada.

(Recitadora: Aurelia Baeza, de diez y ocho años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Me casó mi madre,
chiquita y bonita,
con un muchachito
4 que yo no quería.
A la media noche
el pícaro s' iba;
le seguí los pasos
8 por ver dónde iba,
y le vi dentrar
donde su querida.
Me puse á escuchar
12 por ver qué decía,
y le oí decir:
«¡Ay! prenda querida,
«yo te he de comprar
16 «joyas y mantillas,
«y á l' otra mujer
«palo y mala vida».
Me volví á mi casa
20 triste y afligida:
me puse á rezar,
rezar no podía;

me puse á coser,
24 coser no podía;
me asomé al balcón
á ver si venía,
y le vi subir
28 por la calle arriba,
con capa terciada
y espada ceñida:
—Abreme, mujer,
32 ábreme, María,
que vengo cansado
de buscar la vida.
—Ya sé de 'onde vienes,
36 de ver tu querida.—
Me largó un puñete,
me dejó tendida.

Comentario.—La recitadora me dijo que este romancillo se canta como segunda parte del anterior, en el mismo juego. La versión es moderna, y aun dudo si procederá de algún impreso, pues es igual á la variante madrileña publicada en el t. II, p. 69 del *Folk-lore Español*, obra que, sin embargo, la recitadora no conocía, según pude cerciorarme. Los cuatro primeros versos los oí yo en mi niñez, en la Serena, en la misma forma, pero no recuerdo lo que seguía. De todas maneras, es indudable que esta versión comienza solamente ahora á rodar en la tradición chilena, donde no tardará en desfigurarse.

Las demás variantes castellanas que conozco de este romancillo, una andaluza publicada por Rodríguez Marín (*Cantos pop. españoles*, núm. 188), y otra asturiana recogida por Menéndez Pidal (*Colección de viejos romances*, p. 349), se asemejan bastante á la madrileña antes nombrada, y, por consiguiente, á la chilena. En Cataluña existe también, pues Milá publica algunos versos de una variante bilingüe muy estropeada, (vide *Romancerillo*, núm. 408). Más importancia tiene una versión portuguesa de las Azores (Hardung, *Romanceiro*, t. II, p. 126), que parece proceder de alguna andaluza, pues tiene versos iguales á los de la variante de Rodríguez Marín.

84

Navidad.

(Recogido en Ancud, provincia de Chiloé, por don Darío Cavada.)

La Virgen con San José
se juntaron en un día,
la Virge' andaba preñada
4 que dar paso no podía.
San José se fué por lumbre,
que otro remedio no había;
San José cuando volvió,
8 la Virgen era parida.
—Bajen ángeles del cielo
para alumbrar á María.—
Unos bajan los pañales
12 [. . . . .]
otros bajan el aceite
para alumbrar á María.
. . . . . .
En los más alto del cielo
16 hay una rosa florida,
debajo de aquella rosa
está la Virgen María
[. . . . .]

20 llorando lágrimas vivas.
[. . . . .]
—¿Por qué lloras, hijo mío?
—No lloro por sed que tengo
24 ni por hambre que tenía,
lloro por los pecadores,
que el mundo se perdería.

Comentario.—Hay publicadas muchas versiones de este romance, algunas muy distintas entre sí. La castellana que dió á luz Milá, reproducida en el t. V, p. 389 de sus *Obras completas*, es una de las mejores, pero también de las que más se alejan de la versión chilena. Reproduzco en seguida los versos de algunas variantes castellanas y portuguesas que tienen relación con otros del romance ancuditano, y que sirven de testimonio suficiente para acreditar su filiación:

Caminan para Belén
San José y Santa María:
la Virgen andaba en parto
y caminar non podía.

(Menéndez Pidal, *Colección de viejos romances*, p. 260.)

San José fué á buscar lumbre,
que menester le haría;
cuando San José llegó,
la Virgen parido había.
. . . . . .
Bajó un ángel del cielo
que ricos paños traía.

(J. Leite de Vasconcellos, *Folk-lore andaluz*, p. 350.)

Bajó un ángel del cielo
que lindos paños traía.

(C. Michaelis de Vasconcellos, *Revista Lusitana*, t. II, p. 232.)

Sam José foi buscar lume
por ser pra Virge-María;

quando Sam José chegava,
já o filho da Virge nascia.
. . . . . .
Descen um anjo á terra
que panninhos lhe trazia.

(IDEM.)

Sam José foi buscar lume
ao monte da Barbaria;
quando Sam José chegou,
já a Virge tinha parido [1].

(THEOPHILO BRAGA, *Revista Lusitana*, t. I, p. 113.)

Emquanto Sam José foi buscar lume,
já a Virgem tinha o Menino.

(J. M. ADRIÃO, *Revista Lusitana*, t. VI, p. 110.)

El final de la versión chilena pertenece sin duda á otro romance, del cual puede ser variante éste que publicó Fernán Caballero:

A la sombra de un olivo
está la Virgen María
dándole el pecho á su hijo,
y el niño no lo quería.
—Dime ¿por qué lloras, niño,
por qué lloras, alma mía?
—No lloro por los azotes,
ni por lo que me dolían;
lloro por los pecadores
que mueren todos los días,
que el infierno ya está lleno
y la gloria está vacía.

(*Cuentos, oraciones y adivinas*, p. 178.)

1. El texto dice *marido*, pero la corrección es evidente.

Al romance *La Santa Casa*, recogido por Menéndez Pidal, pertenecen estos versos:

Tiene balcones de oro,
ventanas de plata fina.
. . . . . .
Por la más hermosa dellas
entra la Virgen María,
con un niño en los sus brazos,
llorando lágrima viva.

(*Colección de viejos romances*, p. 269.)

85

La Magdalena.

(Recitadora: Emilia Zúñiga, de treinta y cinco años; lo aprendió en los Andes, provincia de Aconcagua; reside en Santiago.)

¡Quién tuviera tal ventura
sobre las aguas del mar,
como tuvo Magdalena
4 cuando á Cristo fué á buscar!
Lo buscó de villa en villa
y de villar en villar.
A Valeriano le dice:
8 —A vos te podré rogar.
Una verdad te pregunto,
que no sea falsedad:
si á Jesús de Nazaret
12 por aquí has visto pasar.
—Por aquí pasó, señora,
(los gallos querían cantar)
con una cruz en los hombros
16 que lo hacía arrodillar,
y una soga á la garganta
que lo hacía tropezar;

corona de espinas lleva,
20 todo ensangrentado va.

Comentario.—El señor Menéndez Pidal, que publicó este romance en *Cultura Española*, dice de él:—«Es uno de esos romances religiosos tan del gusto del siglo XVI y XVII, que tomaban el comienzo de un romance profano famoso, viniese ó no viniese á cuento. Este de la Magdalena toma sus dos primeros versos del conde Arnaldos:

¡Quién hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar,
como la hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!

«Por no haber publicada ninguna versión peninsular de este «Conde Arnaldos á lo adivino», daré aquí una que tengo de Sepúlveda (provincia de Segovia), que difiere bastante de la chilena, pero que aclara alguno de sus versos:

¡Quién tuviese tal fortuna,
tal fortuna y tal bondad,
como Magdalena tuvo
cuando á Cristo fué á buscar!
Lo buscaba en huerto en huerto,
de rosalito en rosal;
á la orilla 'una gran huerta
vió un hortolanito estar:
—Hortolanito, hortolano,
¿has visto á Cristo pasar?
—Sí, señora, que le he visto,
antes del gallo cantar,
con una cruz á sus hombros
que le hacía arrodillar.
A la pasada de un río
que le llaman Solazar,
allí arrodilló Cristo,
no se pudo levantar.
Pasó por allí un sayón,
de esta manera fué á hablar:
—Levántate de ahí, villano,
si te quieres levantar;

mira las sogas de esparto,
con ellas te han de arrastrar;
mira las sogas de nudos,
con ellas te han de azotar;
mira la hiel y el vinagre
que te han de dar á gustar;
mira la cruz de madera,
que en ella te han de clavar».

(*Cultura Española*, pp. 89-90.)

Andrés Ortiz imitó el principio del *Conde Arnaldos* en su romance de *Floriseo y la reina de Bohemia:*

¡Quién hubiese tal ventura
en haberse de casar,
como la hubo Floriseo
cuando se fué á desposar!

(Durán, *Romancero*, t. I, p. 153.)

Comienzo muy parecido tiene también el romance portugués de *Dona Branca:*

Deos me dera ter a graça
além das ondas do mar,
que teve Flores e Ventos
n' uma noite de Natal.

(Hardung, *Romanceiro*, t. I, p. 246.)

En la versión chilena de *La Magdalena*, así como en la española de Sepúlveda, la imitación del *Conde Arnaldos* no va más allá tampoco de los cuatro primeros versos. Lo que viene en seguida, está hecho en buena parte con versos de un romance devoto muy popular, que á veces anda solo, con distinto principio, haciendo el papel de oración ó cosa parecida, y otras ingerido en algún romance de tema religioso también. La versión asturiana de *La Magdalena* recogida por don Juan Menéndez Pidal, se diferencia bastante de la chilena y de la española de Sepúlveda, hasta en el asonante, pero coincide con ellas en los siguientes versos, que son á los que me he referido:

—¿Qué haces ahí, María,
corazón desconsolado?
—Estoy peinando mi pelo
y á mi hijo estoy aguardando.
—Por aquí pasó tu hijo
antes de cantar el gallo:
lleva una cruz en el hombro
y una cadena arrastrando,
una soga á la garganta,
su rostro en sangre bañado.

(*Colección de viejos romances*, p. 266.)

En Chile son muy populares:

El Señor anda perdido,
la Virgen lo anda buscando.
—¿No me han visto por aquí
una estrella relumbrando?
—Yo lo vi pasar, Señora,
(los gallos 'taban cantando)
con una cruz en los hombres
y un madero muy pesado,
y del peso de la cruz
Jesucristo arrodillado.

(Laval, *Oraciones*, etc., p. 18.)

Estos versos, divididos arbitrariamente en dos coplas, después del cuarto verso, se cantaban como estrofas del himno matutino conocido en Chile con el nombre de *Las Alabanzas*, (vide el comentario al rom. *La fe del ciego*, n. 1).

Mezclados con versos de otras oraciones andan en esta forma:

Por el rastro de la sangre
caminan la Virgen Santa,
San Juan y la Magdalena;
juntos los tres caminaban.
—¿No me han visto por aquí
pasar al hijo de mi alma?
—Sí, Señora, sí lo vi,

antes que el gallo cantara,
con una cruz en los hombros
de madera muy pesada,
que apenas andar podía
del gran peso que llevaba.

(LAVAL, *Oraciones*, etc., pp. 75-76.)

Los ángeles, mis hermanos,
me agarraron de la mano,
me llevaron á Belén
y de Belén al Calvario.
Me encontré allí con María
que iba besando el sudario.
Le dije:—Mujer cristiana,
¿topaste á Jesús amado?—
Ella contestó llorando:
—Sí, que yo lo he encontrado
con una cruz en sus hombros;
¡ya lo habrán crucificado!
Ya le ponen la corona,
ya le ponen los tres clavos,
ya en su boca ponen hiel
y la lanza en su costado.

(LAVAL, *Oraciones*, etc., pp. 119-120.)

Las campanas de Belén
tocan al Señor el alba.
—¿Quién ha visto por aquí
pasar al hijo de mi alma?
—Por aquí pasó, Señora,
antes que el gallo cantara,
con una cruz en sus hombros
de madera muy pesada;
la madera, que era verde,
cada paso arrodillaba.

(LAVAL, *Oraciones*, etc, pp. 120-121.)

Este episodio de la Pasión se refiere en forma parecida en los cantos populares italianos:

—Dua gite, matre Maria,
sola, sola per questa via?
—Vo carendo 'l mi' fiolo,
ch' ha tre giorni che 'n l' artrovo.
—L' artrovai fra do' monti
co' le man piagate e gionte:
croce a spalla lu' l' aveva,
ma portalla 'n la poteva;
sangue rosso lo buttava,
col mantello lo sciuttava.

(Mazzatinti, *Canti pop. umbri*, p. 315.)

❦ ❦ ❦

86

Camino del calvario.

(Recogido en Cauquenes, provincia del Maule, y publicado por don Ramón A. Laval en sus *Oraciones, ensalmos y conjuros*, p. 71.)

Desde el monte de Belén,
siete leguas al Calvario,
encontré á una mujer
4 qu' era devota 'el rosario.
Le pregunté si había visto
pasar á Jesús amado:
—Por ai mah ailante va [1]
8 muy triste y muy lastimado;
una soga lleva al cuello,
una caena arrastrando,
una mujer lo acompaña
12 y el rostro le va limpiando.
Con el paño que le limpia (*sic*)
tres estampas han quedado:
una de la Maudalena,
16 [. . . . .]
otra de San Juan Bautista
y otra de Jesús amado.
Caminemos, caminemos,
20 [. . . . .]

que supuesto que lleguemos
lo estarán crucificando:
unos le pasarán lanzas
24 por los sagrados costados,
otros le pasarán clavos
por los pies y por las manos.
La sangre donde cayese
28 cae en un cáliz sagrado,
y el hombre que la tomase
será bienaventurado,
'n este mundo será reino (*sic*)
32 y en el otro coronado.

---

1. «Por ai mah ailante va», por ahí más adelante va. (Nota del señor Laval.)

COMENTARIO.—Vide el del rom. 84.

87

La devota.

(Recogido en Ancud, provincia de Chiloé, por don Darío Cavada.)

El rey tenía una hija,
echaba mil maravillas,
de oro andaba calzada
4 y de plata bien vestida.
Esta era devota
de Virgen Santa María,
tres rosarios rezaba,
8 todos tres de un día:
uno de mañana,
otro al medio día,
otro silencio de noche
12 cuando su padre dormía.
. . . . . .
—Ya vendrán los caballeros
que por mí preguntarían,
preguntarían de lejantes (*sic*)
16 palacios de barría, (*sic*)
haciendo figurines
y serafines.
Si quisiera ser monja,
20 tal cosa no pasaría;

si quisiera ser casada,
tal cosa no intentaría.
Mándeme dejar á una montaña
24 'onde no vive gente viva,
'onde la culebra grita,
la serpiente respondía.
Con un angelito del cielo
28 mándeme dejar la comida,
con una palomita blanca
mándeme dejar la bebida.

Comentario.—Es el mismo romance que publicó Milá en la *Romania*, en 1877, y que está reproducido en el t. V., p. 389, de sus *Obras completas*. Menéndez Pidal recogió dos versiones en Asturias (vide *Colección de viejos romances* pp. 227 y 229), á las cuales se asemeja más que á la de Milá, castellana también, recogida en Galicia, la variante chilena, que es con extremo incorrecta.

Este romance está difundido también en Portugal: J. A. Tavares publicó en la *Revista Lusitana*, t. IX, p. 304, una versión procedente de Vinhaes.

A fin de que el lector sepa de qué se trata, ya que la desmedrada versión ancuditana no se lo dice muy claramente, transcribo una de las variantes de Menéndez Pidal, la que más se asemeja á la chilena.

La devota.

El buen rey tenía una hija,
mucho la amaba y quería;
de la plata la calzaba
y del oro la vestía.
Quiérenla reyes y condes,
toda la flor de Castilla,
que rezaba tres rosarios,
todos tres los reza al día:
uno reza á la mañana
y otro reza al medio día,
otro rezaba de noche
mientras su padre dormía.
Estando una vez rezando,

vino la Virgen María:
—¿Qué faces aquí, devota,
qué faces, devota mía?
—Estoy rezando el rosario
á quien lo rezar solía.
—Pues ahora, mi devota,
trataremos de otra vida:
quiero llevarte conmigo
tres horas antes del día.
—Voy decirlo al rey mi padre
que está en la sala de arriba.
Despiértese, el rey mi padre,
despierte por vida mía,
que en nuestros poderes anda
la soberana María,
que me quier llevar consigo
tres horas antes del día.
—Si se va la mi riqueza,
lleve la bendición mía.
¿Si vienen los caballeros,
triste, yo qué les diría?
—Que fuíme á torcer la seda
como la torcer solía.—
Llevóla por unos montes,
los más desiertos que había,
y llegaron á una sierra
donde una fuente corría.
—Aquí has de estar siete años,
siete años menos un día,
sin comer y sin beber
nin falar con cosa viva;
que aquí vendrá una paloma
que te ha de hacer compañía.—
Cumplidos los siete años,
llega la Virgen María:
—¿Qué faces aquí, devota,

qué faces, devota mía?
—'Toy bajándome á beber
agua desta fuente fría.
—Pues ahora, mi devota,
trataremos de otra vida:
si tú te quieres casar,
también yo te casaría;
si te quieres meter monja,
también yo te metería.
—Monja, monja, la Señora,
monja he de ser, por mi vida,
que el padre que me crió
para monja me quería.—
El jueves metióse monja
y el martes ya se moría:
ya se tocan las campanas
y nadie las atañía;
ya se encienden las candelas
y nadie las encendía,
por la hija de un buen rey
que á los cielos se subía.

(*Colección de viejos romances*, p. 229.)

Para mí es indudable que el romance de *La Devota* se escribió teniendo presente el de *Delgadina*, y acaso como reacción contra éste, del cual conserva algunas reminiscencias y no poco del movimiento general. En la variante chilena del primero todavía hay dos versos:

'onde la culebra grita,
la serpiente respondía,

que parecen calcados de estos otros

donde canta la culebra,
donde la rana cantaba

de una versión asturiana de *Delgadina*. (Vide M. Pidal, *Colección de viejos romances*, p. 240; ó M. Pelayo, *Antología*, t. X, p. 127.)

❦ ❦ ❦

88

El martirio de Santa Catalina.

(Recitadora: Laura Escobar, de veintidós años; lo aprendió en Valparaíso; reside en Santiago.)

La Santa Catalina
era hija de un rey:
su madre era cristiana,
4 su padre no lo es.
Un día en la plegaria
su padre la pilló [1]:
—¿Qué haces, Catalina?
8 ¿Estás en oración?
—Adoro á Dios, mi padre,
lo que no lo hacéis vos.
—Que me traigan mi hacha,
12 mi cuchillo mejor,
mataré á Catalina
que desobedeció.—
Los ángeles bajaron
16 y al cielo la llevaron.

1. *Pillar* = sorprender.

Comentario.—Este romancillo es traducción literal, aunque no completa, del romance popular francés que transcribo en seguida:

Le Martyre de Sainte Catherine

(Texte critique.)

C' est sainte Catherine, la fille d' un grand roi.
Sa mére étoit chrétienne, son pér' ne l' étoit pas.

Ave María,
Sancta Catharina!

Sa mére étoit chrétienne, son pér' ne l' étoit pas.
Un jour, dans sa prière, son pére la trouva:
—Que fais-tu, Catherine, dis-moi, que fais-tu là?
—J' adore Dieu, mon pére, mon Sauveur que voilà.
—Quitte ce dieu, ma fille, adore celui-là.
—Plutôt mourir, mon pére, qu' adorer celui-là.
—Qu' on m' apporte ma hache et mon grand coutelas!
C' est pour trancher la tête à qui n' obéit pas.—
Trois anges descendirent, chantant alleluia:
« Courage, Catherine, couronné' tu seras.
« Aussi ta bonne mére en paradis ira;
« Mais ton bourreau de pére en enfer brûlera».

(D'Oncieux, *Le romancéro pop. de la France*, p. 391.)

Dice el colector francés: «Outre la qualité générale du style, la prononciation *roi*, rimant en *a*, indique plutôt pour cette ronde une époque peu ancienne: on la peut croire de l' extrême XVII ou du XVIII siècle. Elle a son principal foyer dans la Champagne, province où le culte de sainte Catherine est d' ailleurs populaire..... Le caractère édifiant du sujet, les paroles latines et liturgiques du refrain montrent qu' elle fut composée dans le monde clérical, peut-être en quelque communauté de religieuses enseignantes, et pour y servir aux rondes des écolières, qui partout invoquent sainte Catherine pour leur patronne. L' auteur, quel qu' il soit, nous donne une curieuse preuve de son ignorance, en transférant à sainte Catherine la propre légende de sainte Barbe. De Catherine (Ecaterina) d' Alexandrie, fille de roi, les hagiographes relatent seulement, qu' après avoir

supporté miraculeusement les supplices du fouet et de la roue, elle fut décapitée par ordre de l' empereur Maxence».

(DONCIEUX, *Le romancéro*, p. 394.)

Esto es efectivo, y por lo mismo, á menos de convenir en la existencia de una leyenda local hoy desconocida, hay que creer, contra lo que piensa el propio colector, que el autor de este romance no pertenecía al mundo clerical, si no es ya que Doncieux haya querido incluir en ese mundo á los sencillos é ignorantes devotos, en cuyas filas militaba sin duda el anónimo poeta.

Sea como fuere, el hecho es que la cancioncilla se popularizó, y que, en fecha que no es fácil precisar, atravesó los Pirineos y se difundió por tierras de España, donde vistió el traje del país.

Porque este origen tiene, á no dudarlo, el romance peninsular octosilábico de *Santa Catalina*, de que hay publicadas versiones madrileñas, asturianas, andaluzas, catalanas, y, por lo menos, el comienzo de una gallega. Es un romance relativamente moderno, que no se encuentra, según tengo entendido, en ninguna colección anterior á la de Milá y Fontanals, aunque en este punto nada puedo asegurar. Las variantes andaluzas recogidas por Rodríguez Marín agregan al final el romance de *El Marinero:*

Mañanita de San Juan
cayó un marinero al agua,

soldándolo groseramente. Transcribiré una de estas versiones, prescindiendo de los versos intrusos, pues el romance queda completo sin ellos:

Por la baranda del cielo
se pasea una zagala
vestida de azul y blanco,
que Catalina se llama.
Su padre era un perro moro [1],
su madre una renegada;
todos los días del mundo
el padre la castigaba.

1. «Su padre era un rey moro», dicen otras versiones.

Mandó hacer una rueda
de cuchillos y navajas,
para pasarse por ella
y morir crucificada.
I bajó un ángel del cielo
con su corona y su palma,
y le dice:—Catalina,
toma esta corona y palma,
y vente conmigo al cielo,
que Jesucristo te llama.—
Subió Catalina al cielo
como una buena cristiana.

(MENÉNDEZ PELAYO, *Antología*, t. X, p. 199.)

El suplicio de la rueda se encuentra también en algunas variantes francesas, según nota Doncieux.

Por lo que hace el romance chileno, que, como ha podido verse, es una traducción literal incompleta [1] de la canción francesa, tengo para mí que comenzó á difundirse, en su idioma nativo, en alguno de los colegios de monjas francesas establecidos desde hace mucho tiempo entre nosotros. De boca de una señora que se educó en el de los Sagrados Corazones, allá por los años de 1850, recogí yo una versión francesa que no he podido encontrar ahora. La traducción castellana en el mismo verso, que es facilísima, debió de hacerla alguna monja, algún fraile de la misma congregación, ó alguna antigua alumna de esos colegios. En España parece que no existe en esta forma.

1. La llamo *incompleta*, con referencia al texto francés que transcribo; bien puede ser *completa* respecto á la versión de que se deriva.

89

Las tres hermanas.

A la quinta, quinta, quinta
de una señora de bien,
llega un lindo caballero
4 corriendo á todo correr.
Como el oro es su cabello,
como la nieve su tez,
como luceros sus ojos
8 y su voz como la miel.
—Que Dios os guarde, señora.
—Caballero, á vos también.
—Dadme un vasito de agua,
12 que vengo muerto de sed.
—Fresquita como la nieve
caballero, os la daré,
que mis hijas la trajeron
16 al tiempo de amanecer.
—¿Son hermosas vuestras hijas?
—Como el sol de Dios las tres.
—¿Dónde están, que no las veo?
20 —Cada cual en su quehacer,
que así deben estar siempre
las mujercitas de bien.
—Decidme ¿cómo se llaman?

24 —La mayor se llama Inés,
la medianita Angelina,
la más pequeña Isabel.
—Decid á todas que salgan,
28 que las quiero conocer.
—La mediana y la pequeña
á la vista las tenéis,
que por veros han dejado
32 de planchar y de coser.
La mayor, coloradita
se pone cuando la ven,
y ésa está en su cuarto, cose
36 que cose, y vuelta á coser.
—Lindas son las dos que veo,
lindas son como un clavel,
pero debe ser más linda
40 la que no se deja ver.
Que Dios os guarde, señora.
—Caballero, á vos también.—
Y se marcha el caballero
44 corriendo á todo correr.
A la quinta, quinta, quinta
de la señora de bien,
llegan siete caballeros,
48 siete semanas después:
—Señora, buena señora,
somos los criados del rey,
que hoy hace siete semanas
52 vino aquí muerto de sed.
Tres hijas como tres rosas
nos ha dicho que tenéis:
venga, venga con nosotros
56 ésa que se llama Inés,
ésa que coloradita
se pone cuando la ven,

que allá en los palacios reales
60 va á casarse con el rey.

Comentario.—Tengo de este romance cinco versiones, sin variantes dignas de notarse. El texto que reproduzco no es el de ninguna de ellas, sino el publicado con el título de *Cuento infantil* por la fenecida revista chilena *El Mensajero del Pueblo*, año I, p. 326, que ha sido indudablemente el que se propagó. He hablado con algunos de los pocos colaboradores sobrevivientes de aquella publicación, sin lograr saber nada del origen de este romance, que tampoco encuentro en ningún libro español. No lo creo chileno; pero sí moderno, y acaso usado en algún juego de niñas, como el que en Chile comienza:

Hilo de oro, hilo de plata,
vamos ju' ando al ajedrez;

que en España se canta á veces así, con una repetición inicial muy parecida á la del romance en que me ocupo:

A la cinta, cinta de oro,
cinta de oro de un marqués.....

Como la divulgación del romance de *Las tres hermanas* es de poco tiempo, y la mimosa poesía se graba fácilmente en la memoria, las versiones que he recogido, aunque procedentes de diversas provincias, reproducen con bastante fidelidad el texto que publico, y no es necesario insertarlas.

90

La Virgen presiente la Pasión. A

(Publicado por don Ramón A. Laval, en sus *Oraciones, ensalmos y conjuros*, p. 67-68.)

En el monte de Belén
está la Virgen María
con su librito en las manos,
4 que ella rezaba y leía.
Llega su hijo precioso:
—¿Así rezáis, madre mía?
—No rezo, sino que velo
8 tus pies y manos benditas,
la llaga de tu costado,
y tu boca humedecida
con vinagre y hiel amarga,
12 dulce Jesús de mi vida.—
. . . . . .
El que rece esta oración
tres veces continuamente,
verá á la Madre de Dios
16 tres horas ante' 'e su muerte.
Quien la sabe y no la reza,
el que l' oye y no la aprende,
cuando llegue el día 'el juicio
20 verá lo qu' ella contiene.

91

La Virjen presiente la Pasión. B

(Recogido en Angostura de Paine, provincia de O'Higgins, y publicado por don Ramón A. Laval, en sus *Oraciones, ensalmos y conjuros*, p. 67.)

En el portal de Belén
'taba la Virgen María
con su librito en la mano,
4 que ella rezaba y leía.
Le dice su hijo precioso:
—¿Qué haces, madre mía?
¿Qué rezáis y [qué] veláis?
8 —No velo, sino que rezo,
porque anoche soñé un sueño
que no lo pensaba soñar:
que veida[1] tu dulce boca
12 que hiel y vinagre le han dado,
y tus santos pies y manos
en una cruz enclavados.—
. . . . . .
Quien rezare esta oración
16 todos los viernes del año,
sacará un alma de pena
y la suya del pecado.

1. Vide rom. 11, n. 2.

92

La Virgen presiente la Pasión.

(Recogido en Melipilla, provincia de Santiago, y publicado por don Ramón A. Laval, en sus *Oraciones, ensalmos y conjuros*, p. 66-67.)

En la puerta 'el paraíso
'taba la Virgen María
con un librito en la mano,
4 la mitad rezaba, la mitad leía.
Llega su hijo precioso,
le dice:—¿Qué haces, madre mía?
—No duermo sino que rezo,
8 porque anoche soñé un sueño
que no pensaba soñar:
que tus pies y santas manos
habian de ser enclavadas,
12 y tu santísima boca
con hiel y vinagre enjugada.—
. . . . . .
Quien rezare esta oración
nunca podrá ser perdido,
16 aunque tenga más pecados
que arenas hay en el mar
y yerbas hay en el prado.

Comentario.—Este es seguramente el comienzo de un romance devoto, al que se ha añadido un final que lo convierte en oración. Sólo conozco una variante española, incompleta también, (vide Rodríguez Marín, *Cantos pop. españoles*, t. I, núm. 1051.)

93

Las santas mujeres

(Recogido en Angostura de Paine, provincia de O'Higgins, y publicado por don Ramón A. Laval, en sus *Oraciones, ensalmos y conjuros*, p. 72-73.)

«El árbol que Dios plantó,
«todo lleno de victoria,
«y la tierra que l' echaron,
4 «fueron ramos de la gloria».
Estas palabras habló
para volverlos cristianos,
mas, como el hijo santano, (*sic*)
8 á sus discípulos llama.
Los llamóse (*sic*) uno á uno,
y dos á dos los juntó;
después de haberlos juntado,
12 nada de gloria les dió,
mas les dijo estas palabras:
«Dadles gozo á los amigos;
«morirán por mí mañana.»
16 Unos á otros se miraron;
sólo fué San Juan de Dios, (*sic*)
que predicó en la montaña.
Ya lo sacan, ya lo llevan

20 el jueves por la mañana,
cinco mil azotes lleva
en sus sagradas espaldas;
una corona d' espinas
24 que el cerebro le traspasa;
una soga en la garganta,
que sólo d' ella tiraba
Jesucristo, arrodillado
28 del peso de la cruz santa.
Las tres mujeres le siguen,
y á cual d' ellas más lloraba:
una era la Magdalena,
32 otra era Marta, su hermana,
otra era la Virgen pura,
la que más lástima daba.
Sale Santa Magdalena
36 con su paño y su cendal,
del rostro el sudor y sangre
á procurarle limpiar:
—Quítate de aquí, Magdalena,
40 no me procuréis límpiar,
qu' estas son las cinco llagas
que las tengo que pasar,
por los chicos y los grandes.
44 y toda la cristiandad.

Comentario.—Hay aquí, por lo menos, dos romances, que se han soldado de cualquier manera. Los versos del principio, hasta el 18 inclusive, es difícil saber lo que son. Con el verso 19 comienza un romance que marcha regularmente hasta el verso 34. Desde ahí, hasta el final, los versos pertenecen al romance de *Jesús y la Magdalena*.

94

Jesús y la Magdalena.

(Publicado por don Ramón A. Laval, en sus *Oraciones, ensalmos y conjuros*, p. 69.)

Cuando Jesucristo vino,
puso un pies (*sic*) en el altar,
por los pies le corre sangre,
4 por las manos mucha más.
—Quítate de a' i, Maudalena [1],
no te canses de llorar,
qu' éstas son las cinco llagas,
8 por ellas he de pasar,
por los chicos y los grandes
y toda la cristiandad.
. . . . . .

---

1. Vide rom. 5, n. 1.

Comentario.—Principio de un romance devoto, que en la tradición popular va precedido y seguido de otros versos, con los cuales forma una oración que tiene «virtudes prodigiosas para librar de todo peligro», según la información recogida por el señor Laval. En la página 75 de la misma obra hay otra versión.

95

La doncella

(Recitadora: Aída Ruiz, de trece años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

En lo más alto del cielo
se pasea una doncella
vestida de azul y blanco,
4 más hermosa que una estrella,
en la frente una corona
y en la mano una azucena.
. . . . . .

Comentario.—Este principio está calcado del romance de *La romera*:

Por los senderos de un monte
se pasea una romera
blanca, rubia y colorada,
relumbra como una estrella.

(Menéndez Pidal, *Colección de viejos romances*, p. 221.)

El cuarto verso es el de otra variante asturiana (*Obra citada*, p. 219); y el tercero, igual á uno de *Santa Catalina*, que imitó su comienzo de aquél, (vide *Antología*, *X*, 199.)
El señor Laval ha publicado dos versiones de los cuatro

primeros versos, que se cantaban como coplas de las hoy desusadas *Alabanzas*:

En lo más alto del cielo
se paseaba una doncella
vestida de azul y blanco,
reluciente como estrella.

(*Oraciones*, etc. p. 17.)

En el portal de Belén
se aparece una doncella.. Etc.

(*Idem*, p. 25.)

Es lástima que no aparezca la continuación de este romance.

Romances Vulgares

96

Don Jacinto y doña Leonor. A

(Recitadora: T. M. de E.; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

PRIMERA PARTE

Sagrada Virgen María,
antorcha del cielo empíreo,
señora del eterno Padre,
4 madre del supremo Hijo...
. . . . . .
Al cabo de nueve meses
nació el autor divino,
para redención del hombre,
8 de carne humana vestido,
quedando su intacto seno
casto, terso, puro y limpio.
. . . . . .
Sucedió en la gran Curoña [1],
12 el mejor puerto lucido
que tiene el sol en su margen,
de mil alabanzas digno...
. . . . . .
En esta ilustre ciudad

16 nació de padres muy ricos
doña Leonor de la Rosa,
á quien el cielo propicio
se desmeró [2] en dibujarla,
20 de manera que el sol mismo
se le opuso á su hermosura,
pues con rayos fué vencido.
Hizo triunfo de sus luces
25 y de sus dorados brillos,
este encanto de belleza,
este encanto de Cupido,
imán de los corazones
28 y de los hombres hechizo.
Fué extremada su belleza,
que pasó á ser prodigio,
pues no hay hombre que la mire
32 que no se quede rendido.
En la casa de sus padres,
con [el] recato debido
se crió, y apenas tiene
36 los quince abriles cumplidos,
cuando amor tiró una flecha,
[. . . . .]
que fué para su desgracia,
40 y bien dijo aquél qué dijo
que la mujer que es hermosa
trae la desgracia consigo.
Que basta llamarse Rosa,
44 que pocas rosas se han visto
que no mueran deshojadas
en manos de un precipicio.
La causa fué un caballero,
48 don Jacinto del Castillo,
tan galán como bizarro,
valiente como entendido.
Este dió en galantearla

52 con fiestas y regocijos.
La dama le corresponde
con amorosos cariños,
que enamorada y rendida
56 estaba por don Jacinto.
Con palabras de esposa
á su amante satisfizo.
Todas las noches se hablaban
60 por un balcón, que testigo
era de sus muchas penas;
y como amantes tan finos,
descansa el uno en el otro,
64 repitiéndose mil cariños.
Dejemos en este estado
á Leonor y á don Jacinto,
gozando aquellos elogios
68 que el amor tiene consigo.
Y paso pues á dar cuenta,
y digo que don Francisco,
qu' es el padre d' esta dama,
72 que tenía otro desinio [3],
de dársela á un caballero
que era muy rico y su amigo:
don Fernando de Contreras,
76 que enamorado y rendido
de la singular belleza
del encanto y el prodigio,
del hechizo de Leonor,
80 se determinó y le dijo:
—Señor don Francisco, yo,
yo como á hombre soli[ci]to
alcanzar vuestros favores,
84 si merezco conseguirlo,
con la bellísima mano
de Leonor que tanto estimo,
con el renombre de esposa,

88 suplicando os lo pido.—
Y don Fernando, que estaba
deseando aquello mismo,
se la ha ofrecido, y «con ella
92 « diez mil ducados, le ha dicho,
« le daré en plata ó en oro,
« si se efetúa [4] lo dicho.»
Alegres se despidieron,
96 y al momento don Francisco
se partió para su casa.
Dándole [5] cuenta y aviso
á su esposa y á su hija,
100 muy alegremente ha dicho:
—¿No sabe, doña Leonor,
objeto de mi cariño,
como te tengo casada,
104 que será tu gusto y el mío,
con Fernando de Contreras,
hombre rico y bien nacido?
Te harás dueña de su hacienda,
108 tendrás descanso y alivio;
sólo aguardo tu respuesta
para dársela al proviso.—
Fué á responder y no pudo,
112 que la fuerza de un delirio
la traspuso en un desmayo,
envuelta en un paresismo [6].
Aquel coral de sus labios,
116 eran de jazmín los bríos [7],
las rosas de sus mejillas
en nieve se han convertido;
pero, en fin, para abreviar,
120 la volvieron con rocido [8].
Apenas vuelta en su acuerdo,
á Leonor su padre vido,
volviendo segunda vez

124 á tratar de lo que he dicho:
—Acaba, Leonor, acaba,
responde á lo que te digo,
porque don Fernando está
128 idolatrando tu hechizo.
Es noble, afable y discreto,
como tú, Leonor, lo has visto.—
Y remitiéndose al llanto,
132 hechos sus ojos dos ríos,
desabrochando palabras,
resueltamente le ha dicho:
—Padre, el señor don Fernando
136 nunca fué del gusto mío.
Que don Fernando sea noble,
también lo soy, padre mío;
que sea dueño de haciendas,
140 yo soy la que me cautivo.
La que por fuerza se casa
por interés de lo rico,
no es mujer, sino es esclava
144 que se vende en guarismo
y de ambición y co'icia.
Esto, señor, es muy frito [9],
que en cuanto al tomar estado,
148 [.....]
no ha de ser al gusto vuestro,
que ha de ser al gusto mío,
y por fuerza os declaro,
152 como á padre, mis desinios.
Yo tengo puesto mi afeuto [10],
mi corazón y sentido,
por mandato de mi amor,
156 en don Jacinto 'el Castillo;
yo tengo esposo á mi gusto,
pues como al alma lo estimo.—
Viéndola el padre resuelta,

160 furioso y ensoberbecido
asióla por los cabellos,
que eran hebras de oro fino.
Dándole golpes y arrastrándola,
164 la metió en su cuarto mismo,
con un puñal en las manos,
en viva rabia encendido,
amenazándola de nuevo,
168 diciéndole: —Haz lo que te digo,
ó la vida pagarás
al golpe d'este cuchillo.—
Viendo Leonor [que] en su pecho
172 moraba el de don Jacinto,
y que fuera peligrar
en semejante peligro,
[. . . . .]
176 dijo: —Padre y señor mío,
yo me resuelvo que sea
don Fernando esposo mío.—
Con esto el padre abrazó[la],
180 contento y agradecido
dejándola; de cuanto al cabo (*sic*)
de cuatro días ó cinco,
tuvo lugar y escribió
184 una carta á don Jacinto,
diciéndole lo que pasa,
que la sacara al proviso.
Mas no fué tan secreto,
188 que la cogió don Francisco;
halló la firma y constancia,
según por lo contenido,
volviendo segunda vez
192 y á doña Leonor le dijo:
—Mira, infame, este papel
que envías á don Jacinto.—
Encerróla, y dispusieron

196 con el vicario al proviso,
con don Fernando la casen
por excusar un peligro.
Quisiera escribir aquí
200 las lágrimas, los suspiros,
los sollozos, los lamentos,
los pesares y los gritos
que la triste dama hacía,
204 según se decía ella misma.
Si disimular la pena
no le fuera tan preciso,
reventara de dolor,
208 mas volviera un basilisco.
Cual víbora, cual serpiente
que con su veneno mismo
antepone su ponzoña
212 destruyendo al enemigo,
tuvo lugar y escribió
un papel á don Jacinto:
« Esposo mío y señor,
216 « dueño del alma querido,
« hoy mi padre de por fuerza,
« con alto dolor te digo,
« sí, me ha casado mi padre;
220 « hoy te perdí, dueño mío.
« D'este pesar y esta pena,
« las lágrimas de hilo en hilo
« de mis ojos se despeñan,
224 « remediarlo no he podido.
« ¿Yo casada sin mi gusto?
« ¡reviento sólo al decirlo!
« ¿Yo verme con otro amante,
228 « en brazos de mi enemigo?
« ¡Ea, mueran los que causan
« tus disgustos y los míos!
« Para esta noche te espero,

232 « vendrás bien apercibido,
« y una criada avisada
« te entrará en el cuarto mío.
« Muera, muera don Fernando,
236 « pues mi padre lo ha querido,
« y nos iremos los dos,
« y en otro reino distinto
« nos casaremos después,
240 « que ya tengo prevenidos
« muchos doblones y joyas,
« muchas sortijas y anillos.
« Esto, señor, encarezco,
244 « no hagáis falta en lo que digo».
Todo aquel día estuvieron,
el padre con los padrinos,
trazando para la noche
248 mil fiestas y regocijos;
y la cautelosa dama
al inocente marido,
por encubrir la ponzoña,
252 mostraba amor y cariño.
Llegó la noche, y con ella
á la puerta don Jacinto,
bien prevenido de armas;
256 y la criada al proviso
le ha tomado por la mano
y en su cuarto le ha metido.
Cual áspid emponzoñado
260 entre las flores metido,
allí [a]guarda al inocente
para picarle atrevido.
Llegó al fin la media noche,
264 se dió fin al regocijo;
ya todos los convidados
á su casa se habían ido.
Dentró [11] Leonor en su cuarto,

268 halló en él á don Jacinto;
allí trazaron el cómo
han de lograr su desinio.
Dentró después don Fernando
272 despojándose el vestido:
pensando hallarse en los brazos
de Leonor que tanto quiso,
se halló en brazos de la muerte,
276 porque salió don Jacinto,
con dos recias puñaladas
abrió en el alma dos portillos:
revolcándose en su sangre
280 se quedó el cadáver frío.
Acuden los dos con ruegos[12]
al alboroto y al ruido,
y al soplo de dos pistolas
284 las dos vidas han perdido.
Y, saliéndose del cuarto,
encontró Leonor á un tío
diciéndoles: «¡viles traidores,
288 pagarás vuestro delito!»
Asió á Leonor de la ropa,
y ella, con varonil brío,
de un fuerte carabinazo
292 el corazón le ha partido.
[. . . . .]
Allí montaron al proviso,
en un ligero caballo
296 que tenían prevenido.
Al estruendo y alboroto
toda la justicia vino,
solicitando en prenderlos,
300 viendo lo que ha sucedido
en aquella triste casa;
mas don Jacinto atrevido,
con dos fuertes trabucazos

304 derribó cuatro ministros,
con que franqueó la calle
y salieron al camino.
Dejan de correr y vuelan.
308 Según consta por lo escrito,
dice cómo se embarcaron,
y cómo fueron cautivos,
y dice el fin que tuvieron
312 doña Leonor y don Jacinto.

---

1. Coruña. (DURÁN.)
2. Esta *d* protética se antepone generalmente á vocablos que principian por *e: descosor, dentrar, desmerarse,* por *escosor, entrar, esmerarse.*
3. En las combinaciones *ig, ug,* la *g* se pierde: *indino* ó *endino, inorante, pimeo,* por *indigno, ignorante, pigmeo.*
4. La *c* antes de *t* se pierde muchas veces: *conduta, letura, dotor,* por *conducta, lectura, doctor.*
5. Vide rom. 41, n. 2.
6. Parasismo. (DURÁN.)
7. Visos. (DURÁN.)
8. Vide rom. 24, n. 3.
9. Molesto, odioso. Este adjetivo tiene mucha expresión en boca del pueblo chileno.
10. Vide rom. 5, n. 1.
11. Vide rom. 15, n. 2.
12. «Con ruegos» por «consuegros». (DURÁN.)

SEGUNDA PARTE

Ya dije en la primera parte
cómo van por el camino
don Jacinto con Leonor,
4 ambos del amor rendidos.
Apenas el claro día
daba luz á lo nacido,
del camino se apartaron,
8 y en unos ásperos ríos [1],
en una espesa montaña
se quedaron escondidos.
Pidió Leonor que en merced
12 le conceda don Jacinto

guardase su castidad,
hasta que el cielo divino
les eche sus bendiciones:
16 «Esto, señor, os suplico,
porque quiero que me goces,
no galán, sino marido».
Y como hombre discreto
20 [. . . . .]
que los generosos pechos
saben vencerse á sí mismos.
Llegó la noche, y caminan,
24 y de la suerte que digo
llegaron hasta Bayonas,
que es puerto de mar muy rico.
A tiempo de un mercader
28 salió con su navido
á la ciudad de Venecia,
con que ajustó don Jacinto
el viaje, y se embarcaron
32 con contento y regocijo,
haciéndose á todas velas.
[. . . . .]
Mas les trajo la desgracia
36 dos navidos argelinos:
lo cercan por todas partes,
con que apresan al navido,
y después, aprisionados
40 con cadenas y con grillos,
dieron en Argel con ellos;
á pregón fueron vendidos.
A Jacinto y á Leonor
44 los compró un turco muy rico,
el cual los presentó á Isaías [2]
por la estimación que l' hizo.
Es del rey de Argel hermana,
48 hermosa como el sol mismo,

la cual contenta y alegre
recibió á los dos cautivos.
Estimó mucho el presente;
52 así es que la turca vío [3]
la belleza de Leonor,
lo bien dispuesta y el brío,
la hizo dama de su estrado;
56 y más viendo á don Jacinto,
lo galán y lo bizarro,
lo discreto y lo entendido,
lo hizo su mayordomo.
60 También juntamente hizo....
[.....]
Cuidadoso y discusivo [4]
que ella, Isaías, se abrasaba
64 en amores del cautivo.
Se quejaba una mañana,
y más viendo don Jacinto
pensando nadie le oía,
68 aquestas palabras dijo:
« Sacratísima María,
« á vuestro divino auxilio
« apela un desconsolado,
72 « pues socorréis afligidos.
« Consolad mi corazón,
« madre del Verbo divino;
« ten de mí misericordia,
76 « y si á tu santo servicio
« conviene el que yo padezca,
« padezco, que es gusto mío.
« Lluevan sobre mí trabajos,
80 « y los más fuertes martirios
« que ha inventado la herejía,
« pues lo tengo merecido».
Isaías, que escuchando estaba
84 los lamentos del cautivo,

dentró con semblante alegre,
diciendo:—Cristiano mío,
¿qué tienes que así te quejas
88 lloroso y enternecido,
que puedes al duro bronce
ablandar con tus suspiros?—
Con humildad le responde:
92 —Estaba pasando un libro
de mis trágicos sucesos,
y en pasándolo, me aflijo.
—Serás casado en tu tierra.
96 —Nunca, señora, lo he sido.
—Tendrás amor en España.
—Es verdad que lo he tenido,
pero ahora no lo tengo,
100 porque los conceutos míos
están todos en Arjel;
este es el dolor que gimo.—
Isaías asiólo muy vergonzosa;
104 le dijo:—Mira, cautivo,
si tú olvidas á tu Dios
y sigues la ley que sigo
de mi profeta Mahoma,
108 [. . . . .]
gozarás muchas riquezas,
te daré muchos cautivos,
también te daré el gobierno
112 de aquí este reino lucido.
[. . . . .]
Esto te está bien, Jacinto.—
El cual respondió muy triste,
116 tornando un triste suspiro:
—¿Cómo quieres que yo olvide
á un Dios de gracia infinito,
á un Dios que por su bondad
120 quiso con su amor divino

redimirme con su sangre
por librarme del abismo?
¿Cómo puedo ser ingrato
124 á quien tanto bien me hizo?
—Calla, infame, no prosigas,
que ya no ha de ser lo que digo;
con la vida pagarás
128 la cólera que respiro.
Deja, cristiano, tu ley,
véncete á lo que te digo,
que el que sigue á mi Mahoma,
132 goza bienes infinitos.
Si no lo quieres creer,
tendrás el mayor castigo
que se haya visto en Arjel.—
136 Y responde don Jacinto:
—No dejaré yo mi ley,
que eso fuera barbarismo,
aunque mil años tuviera
140 que rendir en sacrificio.
La ley de Dios resplandece,
que Mahoma es un maldito;
síguela, que irá tu alma
144 á los profundos abismos.—
Con esto Isaías indignada,
salió afuera dando gritos:
—¡Ah de mis soldados! ¡hola!
148 ¡ah de mis guardias, ministros!
¡Venid! ¡Prended al instante
á este cristiano atrevido,
que quiso soberbio y loco
152 violentar el amor mío!
Tome mi hermano venganza
de aqueste infame atrevido,
que no es razón que se quede
156 esta maldad sin castigo.—

A las voces acudieron
á prender á don Jacinto,
y sin hacer más probanza
160 que la que la turca dijo,
lo sentenciaron á quemarlo
por blasfemo y por lativo. [5]
Dejemos en la prisión,
164 entre cadenas y grillos,
á don Jacinto, y pasemos
á la dama, que es preciso,
porque en este mismo tiempo
168 estaba el moro encendido
en amores de Leonor,
á que estaba tan perdido,
trazando dos mil maneras
172 el rendirla á su apetito,
persuadirla muchas veces,
mostrándole amante fino,
pero la discreta dama
176 nunca dió á su amor oído.
Un día la toma á solas,
que la desgracia lo quiso;
encerróla en su retreta [6]
180 y estas palabras le dijo:
—Hermosísima Leonor,
rémora de mi cariño,
¿así desprecias á un rey,
184 señor de tal poderío?
Reniega de Dios, reniega,
que haciendo lo que te digo,
tendrás reinos y vasallos,
188 joyas, diamantes, zafiros,
pues siendo tu amante un rey
todo estará á tu servicio.
Pues te tengo en mi paraje,
192 que por imposible miro

de mí te puedas librar,
he de hacer el gusto mío,
sin que tus fuerzas te valgan
196 ni te aprovechen tus gritos:
esto ha de ser de por fuerza,
si no quieres por cariño.
[. . . . .]
200 En mis gustos tan altivo,
que á no ser lo que mando,
seré tu fiero enemigo.
¿Qué me respondes, Leonor?—
204 Y ella suspirando dijo:
—Eso es cansaros en vano,
y lo tengo á desvarío
el pedirme que reniegue
208 del Señor que el mundo hizo.
En cuanto al querer gozarme,
esto, señor, bien lo afirmo
que ha de ser bien imposible
212 el recabarlo conmigo.
Confieso de que eres rey:
como rey y señor mío
la vida podrás quitarme,
216 pero no el honor que estimo.
Viendo el moro, de Leonor
la dureza, con esquivo
fué' asirla para forzarla,
220 y ella, viendo su peligro,
sacó al moro de la cinta
el alfanje damasquino.
Prosigue el moro su intento,
224 y ella resuelta ha dicho:
—Así defiendo mi honor
aun de los reyes lativos,—
y con un fiero revés
228 le dejó un brazo en un hilo

Viéndola el moro resuelta,
y viéndose mal herido,
comenzó á llamar á voces
232 á su guardia, y luego vino:
—A esta homicida cristiana
prendedla, soldados míos,
y haced que rinda la vida
236 entre los crueles martirios,
pues su intento era matarme
con el mismo alfanje mío.—
Como en la mano lo tiene,
240 les comprueba del delito.
Ven al rey, que está mortal
y con su sangre teñido:
prendiéronla, y la llevaron
244 á donde está don Jacinto.
De que se vieron los dos,
ambos lloraron hilo á hilo:
Jacinto siente á Leonor
248 y Leonor siente á Jacinto.
Le dice:—Esposo del alma,
ya se cumplió el gusto mío,
ya estoy condenada á muerte,
252 [. . . . .]
y esto es por guardar mi honor
del rey, que gozarme quiso,
y porque no renegué
256 de la ley de Jesucristo.
Esta es la postrera vez
que hemos de hablar, dueño mío;
ya no nos veremos más,
260 pues nos lo espera el suplicio.
Ya la muerte nos aparta,
pues la suerte no ha podido
que nos logremos casados.—
264 Y llorando se han pedido

el uno al otro perdón,
y se perdonaron finos,
y abrazados tiernamente
268 se dicen enternecidos:
—Ten ánimo, esposa mía.
—Ten valor tú, dueño mío,
que para Dios todo es nada;
272 ya es nuestro intento cumplido.
Sirva este abrazo de yugo,
los suspiros de padrinos,
sea nuestro amor las arsas [7],
276 nuestra firmeza el anillo,
nuestras congojas las manos,
las lágrimas los testigos,
el tálamo nuestras penas,
280 la bendición los martirios,
pues con martirio se curan
yerros que hemos cometido.—
Y á la siguiente mañana
284 los infernales ministros
sacan á estos dos cautivos
de donde estaban metidos,
para cumplir la sentencia
288 en derecho á sus delitos,
y ejecutan con Leonor
el más enorme castigo
que las plumas escribieran,
292 ni los cristianos han oído.
Encima de un carro 'e mano
traían apercibidos
con dos palos hecho un aspa,
296 y luego entre cuatro ó cinco
á Leonor la desnudaron
deshonestos y atrevidos,
hasta que en carnes la dejan,
300 señalándola al gentío.

Cuatro braseros de lumbres
llevan en el circulito...
[. . . . .]
304 Con [8] infernales ministros,
de sus delicadas carnes
le van pegando pellizcos.
Decía la triste dama
308 con dolor tan excesivo:
«¡Ay, sea por la pasión
« que padeció Jesucristo!»
[. . . . .]
312 Y dijo: «Dios, Señor mío,
« inmenso Rey de la gloria,
« este afrentoso martirio,
« esta vida, este tormento,
316 « os ofrezco en sacrificio,
« en recompensa, Señor,
« de mis culpas y delitos».
De esta manera hablaban [9],
320 por delante á don Jacinto,
y d' este modo llegaron
al incendio prevenido.
De todos apedreados,
324 desde el más viejo al más niño,
llegaron ensangrentados,
y luego los homicidas
los juntan por las espaldas,
328 muy fuertemente ceñidos,
y al incendio los arrojan,
y entrambos arrepentidos,
entre las llamas diciendo:
332 « ¡Inmenso Dios infinito,
« misericordia, Señor,
« clemencia y perdón pedimos;
« en vuestras manos, mi Dios,
336 « nuestras almas redimimos!»

Y d' esta suerte acabaron
los dos amantes tan finos.
Una voz se oyó en el aire
340 que con claro acento dijo:
« ¡Subid, mártires, subid
« á gozar del cielo empíreo!»
Tomen ejemplo los padres
344 que violentan á los hijos
para que tomen estado,
de algún interés movidos,
para que tenga con esto
348 esta historia fin cumplido.

---

1. Riscos. (DURÁN.)
2. Zaida. (DURÁN.)
3. Vide rom. 24, n. 3.
4. Discursivo. (DURÁN.)
5. Lascivo. (DURÁN.)
6. Retrete. (DURÁN.)
7. Arras. (DURÁN.)
8. Los. (DURÁN.)
9. Llevaban. (DURÁN.)

97

Don Jacinto y doña Leonor. B

(Recitadora: Carmen Olivares, de cuarenta años; lo aprendió en Atelcura, provincia de Coquimbo, donde reside.)

Doña Leonor de la Rosa
tuvo los cielos propicios:
fué tan grande su hermosura,
4 que se pasó á ser prodigio,
pero aun fueron mayores
sus penas y sus martirios.
La causa fué un caballero,
8 don Jacinto del Castillo,

que enamorado quedó
de su singular hechizo,
que no hay hombre que la mire
12 que no se quede rendido
d' ese asombro de belleza,
ese encanto de Cupido.
De la calle volvió un día
16 su buen padre don Francisco,
y dijo á doña Leonor:
—A'bricias, hija, te pido,
que ya te tengo casada,
20 y ha de ser tu gusto y mío,
con don Fernando Contreras,
caballero noble y rico.
—Padre, el señor don Fernando
24 nunca ha sido gusto mío,
porque nunca han concentrado
sus conceptos con los míos.
Por cuanto, querer casarme
28 por interés de lo rico,
no es mujer, sino es esclava
que se vende por guarismo.
Yo también tengo esposo
32 que más que el alma lo estimo:
[. . . . .]
Don Jacinto del Castillo.
Él también es hombre rico,
36 muy cortés y bien nacido.—
El padre, cuando la vió
tan resuelta y atrevida,
del cabello la tomó,
40 que eran hebras de oro fino,
y llevándola á la rastra
la dejó en su cuarto mismo.
Tuvo tiempo y le escribió
44 una carta á don Jacinto,

mas, por desgracia que hubo,
la recibió don Francisco.
En el momento trajeron
48 al cura y á los padrinos,
le echaron las bendiciones
con don Fernando al proviso.
Ese día tuvo tiempo
52 y le escribió á don Jacinto,
mandándole á decir:
« ¡Ay de mí, esposo querido!
« Me han casado por la fuerza,
56 « aunque yo lo he resistido:
« una criada te espera
« pa entrarte en el cuarto mío.
« Muchos doblones y joyas
60 « tengo también prevenidos,
« tengo también un caballo
[. . . . .]
« que deja 'e correr y vuela»,
64 Luego llegó don Jacinto,
y la criada alvertida
salió á su encuentro al proviso,
y lo toma de la mano
68 y lo entra en el cuarto mismo.
A ese tiempo don Fernando
entró en él con regocijo,
con mucha satifacción
72 despojándose el vestido.
Y pensando hallarse en brazos
de Leonor, que tanto quiso,
se halló en brazos de la muerte,
76 que don Jacinto atrevido
de un fuerte garabinazo
el corazón le ha partido.
Vienen los padres de Leonor
80 y los mata don Jacinto;

al alboroto y al ruido
toda la justicia vino,
á ver lo que había pasado.
84 y don Jacinto atrevido
[. . . . .]
malhirió cuatro ministros.
Montaron en el caballo
88 y llegaron al camino:
Leonor pide por merced,
y concede don Jacinto,
que no la goce galán,
92 sino hasta que sea marido.
Caminan toda la noche
y llegan al puerto mismo,
y sin perder un momento
96 se embarcan en un navío.
Los atacaron después
los corsarios argelinos,
se robaron lo mejor,
100 hicieron á to'os cautivos.
A los dos tristes esposos
los mercó un moro muy rico,
y los llevó para Argel
104 privados de su albedrío.
El moro, su mayordomo
á don Jacinto lo hizo,
y á Leonor la regaló
108 á una hermana que tenía
que se llamaba Izaría,
más hermosa que el sol mismo:
así los tuvo á los dos
112 ausentes y divididos.
Don Jacinto un día pensando
estar á solas consigo,
[. . . . .]
116 estas palabras dijo:

« Sacratísima María,
« á vuestros divino auxilio
« apela un desesperado
120 « y recurre un afligido:
« consuela á mi corazón,
« madre del Verbo divino,
« ya sabes 'tan en Argel
124 « todos los conceutos [1] míos».
Estaba la mora oyendo,
y cuando oyó lo que dijo,
pensando que era por ella,
128 le dice:—Cristiano mío,
¿por qué te quejas lloroso,
tan triste y enternecido
que á los más duros bronces
132 ablandaras con tus suspiros?
Deja, cristiano, tu ley,
convéncete 'e lo que digo,
el gobierno te daré
136 de to'o este reino lucido.
—No dejaría mi ley,
porque fuera un barbarismo,
y perdería mi alma
140 en los profundos abismos.—
Sale la mora pa juera [2]
dando voces de auxilio:
—Vengan todos á prender
144 á este infame cautivo,
que por la fuerza ha querido
violentar el honor mío.—
A este tiempo se halla el moro
148 de amor por Leonor perdido,
y estas palabras decía
con muy profundos suspiros:
—Hermosísima Leonor,
152 rémora de mis sentidos,

deja, cristiana, tu ley,
convéncete 'e lo que digo,
—No dejaría mi ley,
156 porque juera un barbarismo;
por cuanto quieres gozarme,
y esto, señor, yo lo afirmo,
la vida podrás quitarme,
160 no mi honor que tanto estimo.—
La agarró el moro 'e la ropa
y como forzarla quiso,
pero le quitó el alfanje
164 Leonor con valor y brío,
y de un solo golpe
le dejó un brazo en un hilo.
Viéndose el moro inmortal [3]
168 que en su sangre está teñido,
[. . . . .]
sale á voces dando gritos:
—Prendan á ésta cautiva
172 y delen [4] muchos martirios,
pues ha querido matarme
con el mismo alfanje mío.—
Sacan á Leonor pa juera,
176 á donde está don Jacinto;
lo que se vieron los dos,
él le dice con suspiros:
—Ten valor, esposa mía.
180 —Ten valor, esposo mío,
que Dios nos está mirando
y nuestro intento es cumplido.
Sirva este abrazo de yugo,
184 nuestra firmeza de anillo,
de tálamo nuestras penas
[. . . . .]
que con las penas se pagan
188 los delitos cometidos.—

Al otro día temprano,
á Leonor y don Jacinto
los llevaron á una hoguera
192 que habían encendido.
Desnudaron á Leonor
ante todo el gentío,
y con tenazas la carne
196 le sacaron á pellizcos.
¡Consideren la vergüenza
que tendría don Jacinto,
de mirar en las parrillas
200 un honor tan casto y limpio!
Con don Jacinto también
hicieron después lo mismo.
Cuando se estaban quemando
204 los dos amantes queridos,
se oyó una voz en el aire
que con claro acento dijo:
«¡Subid, mártires, subid
208 á gozar del premio digno
[.....]
que teníais merecido!»—
Esto servirá de ejemplo
212 á los padres de familia
que matrimoneen sus hijos
de algún interés movidos.

---

1. La *p* seguida de consonante se vocaliza en *u*: *conceuto, cáusula, preceuto*, por *concepto, cápsula, precepto*.
2. Vide rom. 26, n. 3.
3. Inmoral.
4. Vide rom. 8, n. 2.

98

Don Jacinto y doña Leonor.

(Recogido en Talca.)

Virgen del cielo preciosa,
madre del supremo Hijo,
en tu vientre virginal
4 encarnó el Verbo divino,
y al cabo de nueve meses
nació el Autor más pulido.
. . . . . .
Doña Leonor, como rosa [1],
8 nació de padres altivos.
Dios se pensó el dibujarla
de manera que el sol mismo,
á este encanto de belleza,
12 á este encanto de Cupido,
que admiró al género humano
y de los hombres fué hechizo,
pues no hay hombre que la mire
16 que no se quede rendido.
A su casa llegó un día
don Jacinto del Castillo,
tan galán como bizarro,
20 discreto y bien entendido.
La niña le corresponde
con finezas y cariños,
que enamorada y rendida
24 estaba por don Jacinto.
Todas las noches se hablaban
por un balcón, que es testigo...
. . . . . .
Y pasemos á dar cuenta,

28 y digo que don Francisco
era el padre de la dama.
El tenía otros designios:
de dársela á un caballero
32 que era muy rico y su amigo:
á don Fernando Contreras.
Este se atrevió y le dijo
á mi señor don Francisco:
36 —Yo, como hombre, solicito
alcanzar favores vuestros,
si merezco conseguirlos.
A la bellísima dama,
40 á Leonor que tanto estimo,
por el renombre de esposa,
esto, señor, os suplico.—
Y don Francisco, que estaba
44 deseando aquí esto mismo,
—Daré, dice, plata y oro
por si faltare á lo dicho.—
Alegres se despidieron,
48 y al momento don Francisco
se partió para su casa
y á su familia le dijo:
—¿No sabes, doña Leonor,
52 rosita de mi cariño,
que ya te tengo casada,
y ha de ser tu gusto y mío,
con don Fernando Contreras,
56 porque ya lo habló conmigo?—
Fué á responder y no pudo,
la traspasó un parasismo,
y al fin, para abreviar,
60 volviéronla con rocío.
—¿Qué me respondes, Leonor?
Responde á lo que te digo,
porque don Fernando está

64 idolatrando tu hechizo.
Él es noble y poderoso,
él es rico y bien nacido;
solo aguardo tu respuesta
68 para dársela al proviso.—
Ella respondió llorando:
—¿Qué me importa que sea rico,
cuando nunca han concertado
72 sus conceutos con los míos?
Yo tengo esposo á mi gusto:
á mi señor don Jacinto,
que por mando de mi amor
76 ya más que á mi alma lo estimo.
—¡Calla, ingrata, no prosigas!
Si no haces lo que te digo,
con la vida pagarás
80 al golpe d' este cuchillo.—
Trata con un cierto engaño,
y le dice:—Padre mío,
yo me resuelvo á que sea
84 don Fernando esposo mío.—
La entra en el cuarto entonces,
llama al vicario al proviso;
y tiene lugar Leonor
88 y le escribe á don Jacinto:
[. . . . .]
« Las lágrimas de hilo en hilo
« de mis ojos se despeñan;
92 « remediarlo no he podido.
« Para esta noche te espero,
« y vendrás bien prevenido
« de armas y buen caballo,
96 « como ya te tengo dicho,
« que una criada avisada
« t' entrará hasta el cuarto mío».
Vino la noche, y con ella

100 á la puerta don Jacinto,
y la criada al proviso
la entra en el cuarto mismo
Ya llegó la media noche,
104 que dió fin al regocijo,
y todos los convidados
á su casa ya se han ido.
Entró Leonor á su cuarto,
108 donde estaba don Jacinto,
y ahí tratan el intento
que tenían convenido.
Entró después don Fernando
112 despojando los vestidos;
pensando hallarse en los brazos
de Leonor, que tanto quiso,
se halla en brazos de la muerte,
116 [.....]
de dos fuertes trabucazos
que le pegó don Jacinto.
Al alboroto y al ruido
120 acuden los dos padrinos.
.....
A la calle se salieron,
allí montaron muy listos
en un ligero caballo
124 que tenían prevenido.
Dejan de correr y vuelan,
y entre unos ásperos riscos
de una frondosa montaña,
128 se quedaron escondidos.
Pidió Leonor por merced
la castidad á su amigo,
y como amante discreto
132 la concede don Jacinto.
.....
Se quejaba una mañana

á sus solas don Jacinto,
y como nadie le oía,
136 aquestas palabras dijo:
« Sacratísima María,
« á vuestro divino auxilio
« apela un desventurado
140 « y recurre un afligido;
[. . . . .]
« y si á tu santo servicio
« conviene que yo padezca,
144 « padezco, y es gusto mío».
Zaina [2], que estaba escuchando,
le dijo:—Cristiano mío,
¿de qué te quejas?
148 [. . . . .]
¿serás casado en tu tierra?
—Señora, nunca lo he sido,
mi pesar [3] está en Argel,
152 y ese es el dolor que gimo.
—Si tú olvidas á tu Dios
y sigues la ley que sigo
de mi profeta Mahoma,
156 tú te casarás conmigo,
te daré muchas riquezas,
te daré muchos cautivos.
[. . . . .]
160 Eso fuera barbarismo,
que el que sigue á tu Mahoma
va á los profundos abismos.—
. . . . . .
Sirva de ejemplo á los padres
164 que violentan á sus hijos
para que tomen estado,
por un interés movidos.

1. «Como rosa» por «de la Rosa».
2. Zaida.
3. Pensar.

99

Don Jacinto y doña Leonor. D

(Recitador: Rosendo Pérez, de treinta y cinco años; lo aprendió en Ancud, provincia de Chiloé; reside en Santiago.)

. . . . . .
Doña Leonor de la Rosa,
que pocas rosas se han visto
que no mueran deshojadas
4 á manos del precipicio.
Dios se esmeró en dibujarla,
de manera que la hizo
imán de los corazones
8 y de los hombres hechizo.
. . . . . .
—Deja, cristiano, tu ley
y sigue la que yo sigo,
adora mi dios Mahoma
12 y te casarás conmigo.
—No dejaré yo mi ley,
pues sería un barbarismo,
y mi alma no quiere ir
16 á los profundos abismos.
—¡Hala, mis soldados, hala!
¡hala, mi guardia y ministros!
¡á prender en el instante
20 á este cristiano atrevido,
que quiso violento y loco
violentar el amor mío!
. . . . . .
Tengan ejemplo las madres,
24 y no casen á sus hijos

por interés del dinero
que se vende en el guarismo.

COMENTARIO.—Durán incluye este romance entre los vulgares que tratan de cautivos y renegados, (vide *Romancero*, t. II, p. 293). Es anónimo, y en el «catálogo de los pliegos sueltos impresos del siglo XVIII en adelante», publicado en el t. I de la obra citada, figura con el siguiente título:—«Don Jacinto del Castillo y doña Leonor de la Rosa. Romance en que se declaran los amores que tuvieron, y la gran violencia que su padre la hizo para que se casase con otro, al cual mataron, y á su padre y suegro, y se salieron de su tierra.»

100

Testamento de don Juan de Austria

(Recitador: José Holguín; de sesenta y tres años; lo aprendió en Tramalhue, provincia de Llanquihue; reside en Santiago.)

Acordado de la muerte,
aunque con algún temor,
propio amor de su aparato,
4 en apariencia omisión,
movido del interés
que me dotó mi afición,
contar quiero en breve instante
8 una capaz relación
del príncipe don Juan de Austria,
gran señor, que falleció
estando enfermo en la cama
12 algo falto de vigor.
Mas, hallo cosa imposible
darle la comparación
de la verdad que merece,
16 siendo tan rústico yo,
hombre sin letras ni estudio
ni de mediana razón.
Mas hoy me pienso valer
20 de la que es madre de Dios,

María, rosa impecable:
hasta ocho el título dió, (*sic*)
que llevándola consigo
24 caminarán sin temor;
como norte soberano,
esclarecido farol,
me sacará d' este empeño
28 libre de tribulación,
y estas ignorantes letras
Ella dirá lo que son.
El año de mil quinientos,
32 y de agosto el veintidós,
también con terciana doble,
mal el príncipe cayó
de accidente 'e tabardillo
36 [.....]
Mucho lo siente la corte,
es cosa de admiración,
y hasta en las Descalzas Reales
40 le han echado en oración,
pidiéndole á Dios le dé
lo que convenga mejor.
A treinta de dicho mes,
44 arriba se refirió [1],
tuvo un susto muy terrible,
porque una mujer entró
por las puertas del palacio
48 armada con un reló.
Muy demudado el semblante,
le dice:—Mujer, ¿quién sois?
—La Muerte soy, le responde,
52 que por mandado de Dios
vengo á hacerte esta visita,
que importa á tu salvación;
confiesa, dirige tu alma,
56 que ya el plazo se cumplió.—

Como un azogado tiembla
al oir tal petición;
alborotóse la corte;
60 él dice con triste voz:
—No se alboroten, señores,
que ya el plazo se cumplió,
tráiganme un altar delante
64 y llamen un confesor.—
Un altar le enderezaron [2]
con grandísimo primor;
pusieron un San Francisco,
68 por ser precursor del sol,
la Vírgen y un Santo Cristo,
con que el altar se adornó.
Se retiraron los grandes,
72 solo el príncipe quedó
con el evidente padre
Fray Diego de Puntinón.
Confesó generalmente,
76 y luego al punto pidió
el divino sacramento,
para asegurar mejor
el viaje que pretendía,
80 si es menester prevención.
Vino Dios á visitarlo
con música y resplandor,
de rodillas en la cama
84 hizo acto de contrición.
Antes que lo recibiera
estas palabras habló:
«Rey de reyes sempiterno,
88 «¿cuándo he merecido yo
«que esta visita se me haga,
«á un mísero pecador,
«siendo yo la criatura,
92 «Vos supremo creador,

«que, de los cuatro elementos,
«fuí formado de los dos:
«de tierra podrida y agua?
96 «Vino el viento, y derribó
«aquella fábrica humana
«llena de culpa y error.
«Sólo el fuego es el que falta
100 «en mi leal corazón;
«con las luces de tu gracia
«quedaré caliente yo.
«Perdón te pido mil veces
104 «con gemido y con dolor,
«como te supe ofender,
«sabrás perdonarme Vos.
«Yo bien conozco que soy
108 «el menos merecedor
«que éntre en mi pobre morada,
«pues, tan divino Señor».—
Recibió el pan de la gracia,
112 y luego al punto pidió
á su señora la reina,
mujer la que lo engendró.
Vino al fin la reina á verlo,
116 donde se vieron los dos,
humildemente se piden
el uno al otro perdón.
Mandó llamar á don Carlos,
120 Rey de Castilla y León,
monarca que guarda el cielo
para nuestro defensor.
Su Majestad vino á verlo
124 con muy grande ostentación,
acompañado de grandes,
los de la llave y calzón,
y don Juan, lo que lo vido,
128 mucho al verlo se alegró.

Quísole besar las manos,
el rey los brazos le dió:
—¿Cómo se haya Vuestra Alteza?—
132 El príncipe respondió:
—Esto es morir sin remedio,
sin haber apelación.
Esta transitoria vida
136 es una sombra, visión,
para la eterna que espera,
adonde confiado voy.—
Volvió el rostro á un Santo Cristo,
140 y dice: «Gran Redentor,
«por esa muerte de cruz
«y por el mal de pasión
«que por los hombres pasaste,
144 «para darles redención,
«pídote des á don Carlos
«el fruto de bendición
«para su gran monarquía,
148 «como reluciente sol,
«que le libres de traidores
«y le des buen galardón».
—¡Ay, hermano! te suplico
152 escuches con atención,
y ruego que vuestro acero
sea escudo y bendición,
pues va con la santa fe,
156 vigilante volador,
refiriendo el evangelio,
como de la fe farol.
¡Ay, hermano, si viviera
160 un año siquiera yo!...
Si no, diga lo que vive
lo aplaudido que yo estoy,
mercedes que me hizo el cielo
164 no mereciéndolo yo.

Nápoles tiembla de mí,
Hungría, de mi valor,
en Africa, mi bandera,
168 en Francia está mi bastón,
mi espada está en Portugal.
Y sabiendo que este príncipe
está envuelto en tierra,
172 os mirarán sin temor.
Tráiganme un secretario
sin ninguna dilación.—
El rey, que atento le escucha,
176 á sus ojos le emprestó
golfares [3] y perlas finas,
que en sus alfombras regó.
Tomó el oficial la pluma,
180 hizo la cruz y empezó:
«En el nombre de Dios Padre,
«criador y redentor,
«digo yo, don Juan de Austria,
184 «sobrino del que pasó:
«primeramente le mando
«el alma á quien me la dió,
«el cuerpo mando á la tierra,
188 «porque d' ella se formó.
«Antes de mi enterramiento
«me sacan el corazón,
«á Zaragoza lo llevan,
192 «y en el pilar ó escalón,
«á las plantas de la Virgen
«ei [4] me le dan posesión;
«y mi tripa muy inmunda
196 «llévenla á San Salvador,
«que le den colocamiento
«con toda satisfacción;
«y mi cuerpo á la urna
200 «..... que ya son

«descanso de mis fatigas
«y de los reyes panteón.
«Treinta mil misas mando
204 «por mi alma y mi intención,
«dieciocho para mi alivio
«[. . . . .]
«De treinta millones que hablan
208 «que tengo de caudal yo,
«mando le den una joya
«que tenga 'e precio un millón,
«á mi señora la reina,
212 «mujer la que me engendró.
«Otra joya muy valiosa,
«de mayor precio y valor,
«en compaña de mi hermano,
216 «en matrimonio y unión...
. . . . . .
«A la poderosa Virgen
«de Zaragoza, le doy
«diez mil ducados en plata,
220 «seis mil á San Salvador,
«once mil á la de Corza,
«[. . . . .]
«La Ilustrísima 'e Sevilla
224 «en dos letras me pidió
«ciento sesenta mil pesos:
«se los presté y los gastó
«en pan pa el pobre mendigo:
228 «no se los cobren, que son
«escalera para el cielo
«y en la tierra paz y unión.
«La de Córdoba otro tanto
232 «pidió en la misma ocasión:
«tampoco le tomen cuenta,
«porque á pobres se los dió.
«De lo demás, rey, que queda,

236 «echen la repartición.
«Por legítimo heredero
«dejo á mi hermano, y le doy
«los seiscientos seis lugares
240 «que son de mi jurdigción [5].
«Desde San Juan al Piroto
«ya falta la religión...
«Tenga silencio la pluma,
244 «tráiganme la extremau'ción,
«que estoy mirando el cuchillo
«que mi cuello amenazó».
Con esto, cerró los ojos,
248 falto de respiración;
el diez y siete de octubre
á Dios el alma entregó.
Lágrimas dió Zaragoza,
252 rogativas y oración;
Dios le perdone sus culpas,
y á nosotros nos dé Dios
paz y concordia en la tierra,
256 y en la otra salvación.

---

1. Falta en esta versión el pasaje aquí aludido.
2. ¿Aderezaron?
3. ¿Aljófares?
4. Vide rom. 4, n. 1.
5. Jurisdicción.

Comentario.—Aunque la confusión que reina en este romance es absurda, parece indudable que se trata de la muerte del segundo don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, que ni tuvo por madre á una reina, sino á una comedianta, ni pudo morir en una fecha en que aun no había nacido su bisabuelo. Sin embargo, lo que sabemos de la enfermedad y del testamento de este príncipe, concuerda con lo que el romance refiere.

Durán no lo incluyó, pero lo menciona en el índice de los pliegos sueltos del siglo XVIII en adelante, y dice que consta de dos partes, (vide *Romancero*, t. I, p. XCIII).

101

Prisión y muerte de Atahualpa

(Recitador: Marcos Rojas, de sesenta y cinco años; lo aprendió en Libún, provincia de Talca, donde reside.)

Resuciten las noticias
de los tiempos olvidados.
Los valientes españoles
4 á los indios conquistaron,
y el gran capitán Cortés
conquistó á los mejicanos,
ambos reinos poderosos
8 en haciendas y regalos.
Formaron embarcaciones,
y luego que las formaron,
cuatrocientos españoles
12 animosos se embarcaron.
Por caudillos d' estas gentes
se nombraron tres hermanos:
son capitanes valientes
16 y se llamaban Pizarros.
Caravajal fué con ellos,
por valiente lo llevaron,
navegaron treinta días,
20 costa á costa conquistaron:
los indios de Barbacoas

y los demás comarcanos,
los lapaces [2] guayaquiles,
24 todos esos indios bravos;
por Cólón dieron la vuelta,
á balazos rechazando.
Así llegaron á Paita;
28 iban á tierra saltando,
y á nombre de Carlos Quinto
así posesión tomando,
echando naves á fondo,
32 y sólo una reservaron,
y fué porque se dispuso
así, porque los soldados
consiguiesen más valor
36 y el reino fuese ganado.
Allí estuvieron un mes,
en ínter que descansaron,
luego componen sus tropas
40 de guerra con los soldados,
partieron al puerto 'e Pichuna
con los indios que apresaron;
y los indios de las costas
44 que vieron este aparato,
[.....]
á su rey luego avisaron,
y el inca, lo que lo supo,
48 á sus caciques llamando,
les mandó formar sus tropas
de cien mil indios bizarros.
Todos van con piedra y honda,
52 y van alarma tocando,
á encòntrar á los españoles
que pensaban acabarlos,
y junto á la gran comarca
56 se dieron muchos asaltos.
Al gran inca lo prendieron,

treinta mil indios mataron,
fuera de muchos heridos,
60 diez mil que le cautivaron.
Viéndose el monarca preso,
de grillos aprisionado,
decía triste y lloroso:
64 —¿Así, con gente de España,
prendiste, gran capitán,
á este próspero monarca?
Por el Sol, en quien adoro,
68 y en quien encierro las aras,
si tú libertad me dieras,
y en mi casa me dejaras
en compaña de mis indios,
72 te diera por primer paga
una viga de oro fino
de largo de veinte varas,
y tan gruesa como el tronco
76 de la más crecida palma.
Un diamante te daré
que es prenda muy estimada,
porque alumbran sus reflejos
80 el espacio de una cuadra.
Y si poco te parece,
donde señalo esta raya,
te daré tesoros juntos
84 sin que lo sientan mis huacas.—
Y reinando, á las paredes
desnudo el brazo levanta,
[.....]
88 empezando á hacer la raya.
—Y si acaso desconfías
d'esta mi real palabra,
preso estoy, y pagaré
92 con mi pescuezo la falta.
Tened lástima de un rey

que visteis en ricas Indias
de oro fino, que hoy se postra
96 á tus extranjeras plantas.
No por sembrar la doctrina
con mi sangre has de regarla:
de una sementera chica
100 no esperes cosecha alta.
Déjame, gran capitán,
[. . . . .]
gozar de mi edad florida,
104 que de los treinta no pasa.
Mis canoas de una pieza
han de ceder á tus barcas,
y mis vicuñas no pueden
108 dar á tus caballos caza.
Llévame, gran capitán,
á los pies de tu monarca;
ese rey que tú me dices
112 no he de creer yo que tal manda,
matar á quien no le ofende,
quien promete rendir paces.
Seis millones doy de renta
116 todos los años á España;
y á mi señor Carlos Quinto,
en seña d'estas palabras,
le mandaré una cadena,
120 que es prenda muy delicada,
que es de cien mil eslabones
y tiene tercia de larga,
que me sirve de festejo
124 de poner circo á la plaza
cuando celebro mis fiestas,
cuando mis indios me bailan.—
Estando en estas ofertas,
128 en respuestas y demandas,

llegan los embajadores,
al inca traen embajada:
—Señor, aquí dos mil indios
132 cargados con oro y plata:
¡oh! dadnos la libertad
[. . . . .]
si dentramos [3] el dinero
136 y lo entregamos á España.—
El inca, triste y lloroso,
respondió aquí estas palabras:
—Los españoles no creen,
140 dicen que yo los engaño.
—Pero al fin este gran reino
los españoles lo ganan.
—Yo también pierdo la vida,
144 no he podido rescatarla.
Luego que muera, el cacique
entierre el oro y la plata,
no se descubran las minas,
148 los tesoros y las huacas,
y á mis mujeres se entierre
vivas, porque así lo mando,
porque algún tiempo pueden
152 mis secretos divulgarlos.—
Y acabando estas palabras
que el gran inca relataba,
ellos con un mal acuerdo
156 lo sacaron á la plaza,
rodeado de mosqueteros.
[. . . . .]
Le cortaron la cabeza
160 al gran inca en Cajamarca;
y los indios que llevaron
el rescate á su monarca,
viendo que ha muerto su rey,

164 y degollado sin causa,
de pena se entierran vivos
millares por las montañas.

---

1. «Incas», parece indudable.
2. ¿Rapaces?
3. Vide rom. 15, n. 2.

Comentario.—Este romance, de que no encuentro noticia en ninguna colección española, es probable que haya sido escrito en América, acaso en el Perú ó en Colombia. Tal vez constaba de dos partes, á juzgar por el cambio de asonante que se advierte hacia la mitad de esta versión.

102

El alarbe de Marsella. A

(Recitador: Remigio Astorga, de cincuenta y cinco años; lo aprendió en Concepción, donde reside.)

A la celestial Princesa,
madre del divino Verbo,
le pido me dé su gracia,
4 porque sin ella no puedo
mover mi rústica lengua,
ni dar á entender al pueblo
lo que sucedió en Marsella
8 á un desdichado mancebo,
por sus torpezas y vicios
y sobrado atrevimiento.
Y con el favor divino
12 de la que es Reina del cielo,
daré principio al romance,
para que sirva de ejemplo
á los que siguen los vicios
16 y deleites d'este suelo.
En la ciudad referida
residía un caballero;
este tal tenía un hijo
20 cuyo nombre no refiero,
mas diré qu' era un alarbe,

según lo dirán sus hechos.
Que apenas llegó á quince años
24 quiso vivir tan travieso,
que á sus padres les perdió
los más días el respeto,
no por falta de doctrina,
28 porque su padre un maestro
tenía que le enseñara;
y él, atrevido y soberbio,
hacía lo que se le antojaba,
32 sólo por no estar sujeto
á la obediencia del padre.
Se salía de secreto
por una excusada puerta
36 que había detrás de un huerto,
y al primero que encontraba,
sin temer á Dios inmenso,
le quitaba por su gusto
40 la vida, luego, al momento.
D'esta suerte mató quince
sólo por un pasatiempo,
hasta que al fin una noche
44 permitió Dios verdadero,
que esta maldad, esta infamia
y este torpe atrevimiento,
se descubriese, matando
48 á un principal caballero,
que apenas le dió la muerte
fué de la justicia preso,
y á la cárcel lo llevaron,
52 y su padre con dinero
y favores de otros nobles,
le libraron de aquel riejo [1],
y á su casa lo llevó
56 dándole mil documentos.
Cuando solía insultarlo [2],

más infundía en su pecho
la maldad, pues una noche,
60 determinado y resuelto,
le dió la muerte á su padre
estando el triste durmiendo;
y á un hermano que tenía
64 de siete años y medio,
de una cruel cuchillada
fuera le echó los sesos;
y á su madre dejó en vida
68 por darle más sentimiento,
atada de pies y manos
en un escuro [3] aposento.
Después se fué á abrir las arcas
72 y las fué reconociendo,
y el oro y plata que había,
joyas y alhajas de precio,
las puso en una maleta,
76 sin dejar ningún dinero,
y en un ligero caballo
que atrás dejaba el viento,
al amanecer el día
80 se salió, dejando muertos
aquellos dos inocentes:
¡Jesús, qué notable yerro!
Al cabo de poco rato,
84 una mujer de gobierno
que cuidaba de la casa,
sintió los tiernos lamentos
de su dueña, y entró al punto
88 á favorecerla, y viendo
aquella fatal desgracia
que ya referida tengo,
dió voces al vecindario.
92 Dentraron [4] todos, y luego
avisan á la justicia,

la cual vino, y escribieron,
por relación de la madre,
96 la verdad d'este suceso.
Al otro día siguiente,
con muy grande desconsuelo
los dijuntos [5] se enterraron;
100 ¡Dios que los tenga en el cielo!
Aquella fiera indomable
con otros diez compañeros,
saltiaban [6] por los caminos
104 robando á los pasajeros,
y á muchos daban la muerte
para no ser descubiertos.
Llegaron tarde á una venta,
108 y porque no les abrieron
las puertas, con ira y saña,
para matar al ventero,
le dieron fuego á la venta;
112 y desde ahí se partieron
á reino de Cataluña,
ejercitando lo mesmo.
A una doncella encontraron
116 con su padre anciano y viejo [7]:
los once los insultaron
sin temer al Dios inmenso,
y después á padre é hija
120 los arrojaron al fuego,
pa que acabasen sus vidas
con el voraz elemento.
Pasaron más adelante,
124 encontraron á un arriero
con dos cargas de tabaco:
al instante lo prendieron,
y á las mulas y á él dejaron
128 atado en un monte espeso,
y el tabaco y las dos mulas

en un lugar las vendieron.
A la posá [8] donde estaban
132 llegó un mercader, y luego
que vieron tan buena presa,
dijeron al mesonero:
—Señor mío, esta noche
136 perdices en sarmorejo [9]
queremos para cenar,
y seis pares de conejos.—
Y le dieron dos doblones
140 para el gasto; ¡vaya bueno!
Mientras tanto que las cenas
las mujeres compusieron,
con el mercader trataron [10]
144 conversación, conociendo
que traía mucha plata,
y con alevoso intento
cenaron y se acostaron.
148 Ya de que [11] estuvo en silencio
la casa, se levantaron
todos once, y se fueron
al cuarto donde dormía
152 el mercader, y le dieron
la muerte alevosamente;
y después, cuatro mil pesos
que traía en las maletas,
156 quitáronle, y se salieron
todos por una ventana,
y en un bosque se metieron.
Allí pasaron la noche,
160 y apenas el manto negro
la noche tendió, ocultando
las luces del claro Febo,
enderezan su camino,
164 no sienten ningún recelo,
y dentro de breves días

á Marsella se volvieron;
y antes de llegar, robaron
168 en el convento 'e San Diego,
cáliz, lámpara, patena,
con los demás ornamentos
que en aquella iglesia había
172 para los cultos supremos.
Entró en Marsella una noche
con los demás de su gremio;
á la casa de su madre
176 llamó á la puerta: de presto
entró, y hallóla que estaba
tiernas lágrimas virtiendo [12]
imaginativa y triste;
180 y él, atrevido y soberbio,
quiso quitarle la vida;
pero le salió al encuentro,
así que le vió, la madre:
184 arrodillóse en el suelo
delante de un crucifijo,
estas palabras diciendo:
« Permite, Señor divino,
188 « por vuestro poder inmenso,
« en una forma espantable
« vea yo este alarbe fiero,
« sin que se pueda mover,
192 « pa que sirva de escarmiento
« á todos cuantos le vean.
« ¡Oidme, Señor, atento,
« pues ofendió tu belleza;
196 « y no contento con eso,
« quitó la vida a su padre
« sin temer al Padre nuestro!»
Esto dijo, y de un repente [13]
200 se trasformó tan horrendo,
plantado en medio 'e la sala,

todo formado su cuerpo
de una espantosa culebra
204 toda cubierta de pelo,
con los pieses [14] de caballo,
las manos de león fiero,
la cabeza de dragón
208 que causaba asombro y miedo:
sólo le quedaba el rostro
de hombre, pero virtiendo
por ojos, boca y narices
212 vivas centellas de fuego.
Salíale de la boca,
por permisión de los cielos,
un rótulo que decía:
216 « Vengan á tomar ejemplo
« los hijos inobedientes
« á sus padres, que por eso,
« y haberle dado la muerte
220 « á mi padre, estoy ardiendo
« en las más ardientes llamas
« del abismo del infierno ».
Apenas le vió la madre
224 en aquella forma puesto,
cayó en tierra desmayada;
y recobrando el aliento,
llorando lágrimas tiernas,
228 al Auctor [15] del universo
pidió que le perdonara;
pero ya no hubo remedio,
porque ya ardía en las llamas
232 de los abismos eternos.
Alborotóse la casa,
los vecinos y los dueños,
y todos los moradores
236 de la ciudad acudieron.
Al ver visión tan horrible,

sin poder tomar aliento,
atónitos y asombrados
240 muchos en tierra cayeron.
Unos santos sacerdotes
conjuraron al momento
el espectáculo, y dando
244 un estallido tan recio,
desapareció, dejando
un olor tan violento
de azufre por la ciudad,
248 que duró por mucho tiempo.
Los otros diez que quedaron
la cuadrilla deshicieron,
y en conventos diferentes
252 el hábito recibieron
del seráfico Francisco,
misericordia pidiendo
á Dios y á su santa Madre
256 con grande arrepentimiento,
para que Dios les perdone
los malos pasos que dieron.
¡A la enmienda, pecadores,
260 pongamos al vicio freno,
y observemos la obediencia
á nuestros padres, que en esto
quedaremos bendecidos
264 del Sacro Espíritu Santo!
Mira que Dios nos lo manda
en el cuarto mandamiento
de su santa ley divina,

---

1. Entre vocales, *sg*, *zg*, se convierten en *j*: *riejo*, *sejo*, *arriejar*, *mayorajo*. *jujar*, *noviajo*, por *riesgo*, *sesgo*, *arriesgar*, *mayorazgo*, *juzgar*, *noviazgo*.
2. Exortarlo (Durán.)
3. Pronunciación corriente en el bajo pueblo.
4. Vide rom. 15, n. 2.
5. Vide rom. 26, n. 3.
6. Vide rom. 26, n. 1.

268 y de otra suerte tendremos
paz y concordia en la tierra
y eterna gloria en el cielo.

---

7. Ciego. (DURÁN.)
8. Posada.
9. Salmorejo.
10. Trabaron. (DURÁN.)
11. «Ya de que» ó «de que» por «cuando», es vulgar: «De que lo traigan lo veré», por «cuando lo traigan...» etc.
12. También *virtió, virtieron.*
13. «De un repente» es más usado, entre el pueblo, que «de repente».
14. Pronunciación afectada de gente cursi.
15. Es un caso análogo al contemplado en la nota anterior. Incurren en esta falta los que han oído criticar que se diga *do'tor, afli'ción, condu'tor,* etc.

103

El alarbe de Marsella. B

(Recitadora: María Luisa Cuéllar, de treinta y dos años; lo aprendió en Rancagua, provincia de O'Higgins, donde reside.)

A la celestial Princesa,
madre del divino Verbo,
le pido me dé su gracia,
4 porque sin ella no puedo
mover mi rústica lengua,
ni dar á entender al pueblo
lo que sucedió en Marsella
8 á un desdichado mancebo,
por sus torpezas y vicios
y asombrado[1] atrevimiento.
Y con el favor divino
12 á la que es Reina del cielo,
daré principio al romance,
para que sirva de ejemplo
á todos cuantos lo vean...
. . . . . .

16 y deleites d' este suelo.
En la ciudad referida
residía un caballero:
este tal tenía un hijo
20 cuyo nombre no refiero,
mas diré que era un aladre [2],
según lo dicen sus hechos,
que apenas llegó á quince años
24 quiso vivir muy travieso,
no por falta de dotrina [3],
porque su padre era un m'estro [4].
Tenía quien le enseñara,
28 y el atrevido y soberbio,
[. . . . .]
sólo por no estar sujeto
á la obediencia del padre,
32 se salía de secreto.
. . . . . .
D' esta suerte mató á quince
sólo por un pasatiempo.
La maldad, pues, [d'] esta infamia
36 permitió Dios verdadero
se descubriese, matando
á un principal caballero,
que apenas le dió la muerte
40 fué de la justicia preso.
Avisaron á su padre,
y entonces él con dinero
y favores de otros nobles,
44 lo libró de estos riejos [5].
. . . . . .
Le dió la muerte á su padre
estando el triste durmiendo;
y á un hermano que tenía
48 de siete años y medio,
de una cruel cuchillada

afuera l' echó los sesos.
A la madre dejó viva
52 por darle más sentimiento,
atada de pies y manos
en un escuro[6] aposento.
Y se fué para la arca,
56 y la fué reconociendo;
el oro y plata que había,
joyas y alhajas de precio,
las puso en una maleta,
60 sin dejar ningún dinero.
Al amanecer el día
se salió, dejando muertos
á estos dos inocentes,
64 (¡Jesús, qué notable yerro!)
por una excusada puerta
que había detrás de un huerto.
Luego después se juntó
68 con otros diez compañeros
que saltiaban[7] los caminos,
robaban los pasajeros.
. . . . . .
Pidieron alojamiento
72 á donde un caballero:
—Queremos para cenar
seis pares de conejos.—
Y le dieron dos doblones
76 para el gasto, ¡y vaya bueno!
Mientras tanto que la cena
las mujeres compusieron,
con un mercader trataron [8]
80 conversación, conociendo
que traía mucha plata.
Con alevoso intento
cerraron y se acostaron,
84 y de que [9] estuvo en silencio

la casa, se levantaron;
todos los once se fueron
al cuarto donde dormía
88 el mercader, y le dieron
la muerte alevosamente;
y después, cuatro mil pesos
que traía en las maletas
92 quitáronle, y se salieron
todos por una ventana.
En un bosque se metieron,
donde pasaron el día;
96 y apenas el manto negro
tiñó la noche, ocultando
las luces del claro Febo,
en término de ocho días
100 á Marsella se volvieron.
Antes de llegar, robaron
en el convento 'e San Diego,
cáliz, lámpara y patena,
104 con los demás ornamentos
que en aquella iglesia habían[10]

---

1. Sobrado. (DURÁN).
2. Alarbe.
3. Vide rom. 5. n. 1.
4. La *a* seguida de *e* acentuada, se pierde: *quer*, *tr'er*, *Raf'el*, por *caer*, *traer*, *Rafael*.

Ya que viene á cuento, he de notar que, á veces, á la alteración fonética de una palabra corresponde una modificación de significado: así *m'estro* no es exactamente lo mismo que *maestro*, ni *pueta* que *poeta*, ni *mama* que *mamá*, aunque este último vocablo tiene en castellano las dos acentuaciones, si bien con idéntica acepción. *M'estro* es el artesano ramplón ó el pedagogo ignorante; *pueta*, el bardo popular; *mama*, la nodriza ó la niñera. El hijo de familia acomodada y de abolengo, tiene *mamá* y también *mamacita*, si prefiere el diminutivo cariñoso; el pobre y de humilde origen, sólo tiene *mamita*, que es como él nombra á su madre en toda edad de la vida.

5. Vide rom. 102, n. 1.
6. Es la pronunciación corriente en el pueblo.
7. Vide rom. 26, n. 1.
8. Trabaron. (DURÁN).
9. Vide rom. 102, n. 11.

para los cultos supremos.

. . . . . .

10. La impersonalidad del verbo *haber* se respeta poco en Chile, en todas las clases sociales.

104

El alarbe de Marsella. C

(Recitador: Juan de D. Cifuentes, de cuarenta y seis años; lo aprendió en Coihueco, provincia de Ñuble, donde reside.)

A la celestial princesa,
madre del divino Verbo,
le pido me dé su gracia,
4 porque sin ella no puedo
mover mi rústica lengua,
ni dar á entender al pueblo
lo que sucedió en Marsélla
8 á un desdichado mancebo,
por sus torpezas y vicios
y sobrado atrevimiento.
Y con el favor divino
12 de la que es Reina del cielo,
daré principio al romance,
para que sirva de ejemplo
á los que siguen los vicios
16 y deleites d' este suelo.
En la ciudad referida
residía un caballero,
este tal tenía un hijo
20 cuyo nombre no refiero,
que este torpe y atrevido
[. . . . .]
se ha descubierto matando

24 á un principal caballero.
Apenas llegó á quince años
quiso vivir tan travieso,
que á su padre le perdía
28 los más días el respeto,
no por falta de do'trina [1],
porque su padre un buen m'estro [2]
tenía que le enseñara;
32 y el atrevido y soberbio
hace lo que se le antoja.
Sólo por no estar sujeto
á la obediencia del padre,
36 se ha salido de secreto
por una excusada puerta
que había detrás de un huerto;
y al primero que encontraba,
40 sin temer á Dios eterno,
le quitaba por su gusto
la vida, luego, al momento.
D' esta suerte mató quince
44 sólo por un pasatiempo,
hasta que al fin una noche
permitió Dios verdadero
que la maldad d' este infame,
48 d' este atrevido y soberbio,
se descubriese, matando
á un principal caballero.
Apenas le dió la muerte
52 fué por la justicia preso,
que á la cárcel lo llevaba,
y su padre con dinero
y favores de otros nobles,
56 [.....]
á su casa lo llevó,
dándole mil documentos.
.....

La maldad por una noche
60 determinado y resuelto...
. . . . . .
Y diré qu' es un alarbe,
según lo dirán los hechos,
que apenas llegó a quince años
64 [. . . . .]
le dió la muerte á su padre,
estando el triste durmiendo;
y á un hermano que tenía
68 de siete años y medio,
de una cruel cuchillada
fuera le echó los sesos.
A su madre dejó en vida,
72 por darla más sentimiento,
atada de pies y manos
y en un oscuro aposento.
Más después [3] abrió las arcas
76 y las fué reconociendo:
el oro y plata que había,
joyas y alhajas de precio,
las echó en una maleta,
80 [. . . . .]
y en un ligero caballo
que atrás se dejaba el viento,
[. . . . .]
84 se arrancó, dejando muertos
aquellos dos inocentes;
¡Jesús, qué notable yerro!

---

1. En fin de sílaba, la *c* se pierde á veces cuando la sílaba siguiente principia por *c* ó *t*: *afli'ción*, *do'tor*.
2. Vide rom. 103, n. 4.
3. «Más después» vale «luego después», «más tarde», según los casos.

105

El alarbe de Marsella. D

(Recitadora: María Solís, de sesenta y seis años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

A la celestial Princesa,
madre del divino Verbo,
le pido me dé su gracia,
4 porque sin ella no puedo
mover mi rústica lengua,
y dar á entender al pueblo
lo que sucedió en Marsella
8 á un desdichado mancebo,
por sus torpezas y vicios
y sobrado atrevimiento.
Daré principio al corrido [1]
12 para que sirva de ejemplo
á los que siguen los vicios
y deleites d' este suelo.
En la ciudad referida
16 refería [2] un caballero;
este tal tenía un hijo,
cuyo nombre no refiero,
más diré que era un aladre [3]
20 [. . . . .]
que apenas llego á quince años
quiso vivir tan travieso,
no por falta de do'trina [4],
24 porque su padre un maestro
tenía que le enseñara.
El atrevido y soberbio
[. . . . .]
28 se ha salido de secreto

por una excusada puerta
que había detrás de un huerto.
Al primero que pasaba
32 [. . . . . .]
le quitaba por su gusto
la vida, luego, al momento.
D' esta suerte mató siete,
36 sólo por un pasatiempo.
. . . . . .

1. *Corrido.* Vide lo dicho en la INTRODUCCIÓN.
2. Residía. (DURÁN.)
3. Alarbe.
4. Vide rom. 104, n. 1.

COMENTARIO.—Este romance, que tanto se ha vulgarizado en Chile, figura en el *Romancero* de Durán, t. II, p. 352, entre los de casos milagrosos. Es anónimo, y de los que se han propagado impresos en pliegos sueltos.

106

Don Juan de Lara y doña Laura. A

(Recitador: Emeterio Ruiz, de cincuenta y cuatro años; lo aprendió en Arauco, ciudad de la provincia de ese mismo nombre; reside en Santiago.)

En la ciudad de Segovia
por todo el mundo nombrada,
por lo fuerte y abundante,
4 que el cielo mismo la guarda,
coronándola de estrellas;
en esta ilustre ciudada [1]
[.....]
8 reside don Juan de Lara,
caballero noble y rico
y de ilustre sangre hidalga.
Gozaba de los favores
12 de su esposa doña Laura,
y era devoto en extremo
de San Antonio de Padua.
En verdad que la fortuna
16 nunca puede estar parada:
á muchos hombres los sigue
la rueda de la desgracia.
De la gran ciudad de Mura [2]

20 tuvo don Juan una carta,
que su padre estaba enfermo
y en gran peligro se hallaba.
Dando á su esposa noticia
24 de todo lo que pasaba,
disponiendo su viaje
con dos pajes en compaña,
[.....]
28 llegó á su querida patria,
y halló á su padre querido
metido en mortales ansias.
Al cabo ¡ay! en este tiempo
32 rindió la vida [á] la parca,
quedando el cuerpo cadáver,
y Dios le pordone su alma.
Ahí estuvo nueve meses
36 en negocios de importancia;
[.....]
volvió á su querida patria,
y pensando hallar alivio,
40 fué su pena más doblada:
halló á su esposa encinta
y del parto muy cercana.
Sale á recibirlo en brazos,
44 porque mucho lo deseaba;
don Juan, lleno de recelos,
le pega una bofetada,
y le dice:—Vil traidora,
48 tus discursos son de farsa.
Tú intentabas atrevida
manchar mi honor y mi fama:
yo te he de quitar la vida,
52 pues lo requiere tu infamia.
Si yo te quito la vida,
es quitarle á Dios dos almas,
y Dios me cartigará;

56 he de aguardar á que paras.—
No se pasaron dos días
sin que Laura se enfermara;
llegó el primero de enero,
60 y amaneció con luz clara
sobre los montes vecinos
el sol que rayos dispara.
Se levanta la señora
64 afligida y angustiada,
con los dolores del parto
y la muerte muy cercana.
Mas hincóse de rodillas
68 [.....]
delante de un crucifijo,
diciendo así estas palabras:
« Señor mío Jesucristo,
72 « que por redimir las almas
« en esta cruz padeciste,
« del cielo llave y escala:
« bien sabes, Padre amoroso,
76 « que d'ésta no debo nada.
« No siento, Señor, mi muerte,
« ni el dolor ni la tardanza;
« el mayor dolor que tengo,
80 « haberte ofendido ingrata.
» ¡Misericordia, Señor,
« que no se pierda mi alma,
« ni el honor de mi marido.
84 « esta es verdad declarada!»
A este tiempo parió
[.....]
un tierno infante
88 que al sol los rayos quitaba,
con letras siete en la frente
que prodigioso declara,
diciendo: «Yo soy Antonio,

92 « nadie ponga repugnancia».
Agarra la madre al niño,
acostándolo en la cama.
Lo miraba y le decía:
96 « ¡Hijo mío de mi alma,
« hoy habís [3] nacido al mundo
« en manos de la desgracia!»
Entra al tiempo el caballero,
100 con la intención más dañada
desenvainando el acero;
abre los brazos la dama,
descubre su blanco pecho,
104 le pega él la puñalada,
y como si diera en bronce
se hizo pedazos la daga.
A este tiempo San Antonio
108 entró por las mismas salas,
vestido de religioso
de la orden franciscana.
Mirándolo el caballero
112 le dijo estas palabras:
—Mucho extraño, padre mío,
que esta visita se me haga.
—No lo extrañe, caballero,
116 que de mi primera infancia
[.....]
á Dios le di mi palabra
de visitar los enfermos,
120 y este motivo es la causa.
Supe yo d' esta señora
que en gran peligro se halla,
con los dolores del parto,
124 y he venido á visitarla.—
Oyendo esto la señora,
alegremente escuchaba;
el corazón le decía

128 lo qu' ella misma ignoraba:
que éste era San Antonio
que venía á visitarla.
El Santo le pide al niño,
132 la señora se lo daba;
agarrándolo en los brazos
cariñosamente le habla:
—¡Dios te guarde, hermoso niño,
136 Dios te libre de desgracia!
Bajo de santa obediencia
no me habís de negar nada.
Pregunto: ¿quién es tu padre?
140 —Mi padre es don Juan de Lara;
mi madre, más bien lo sabes
que se llama doña Laura.—
Oyendo esto el caballero
144 de puro gozo lloraba;
botándose á los pies,
al Santo besó las plantas.
Gran ruido hizo este milagro:
148 la ciudad, alborotada,
y la casa, un jubileo
de caballeros y damas.
Tuvo el señor arzobispo
152 noticia 'e lo que pasaba,
mandando pedir al niño,
por ver maravilla tanta,
le ofreció ser su padrino,
156 bautizarlo con la gracia.
Lo sacan en procesión
con música concertada,
y la Virgen de Belén
160 y San Antonio de Padua.
Aquí el humilde poeta
pide perdón de sus faltas,

que aunque haiga [4] falta en los puetas [5],
164 en San Antonio no hay falta.

---

1. *Ciudada.* Así pronunciaba distintamente el recitador, queriendo, sin duda, restablecer el asonante, que su oído echaba de menos.
2. ¿Murcia?
3. Vide rom. 12. n. 1.
4. Vide rom. 49, n. 3.
5. Vide rom. 103, n. 4.

107

Don Juan de Lara y doña Laura. B

(Recitador: Antonio Ureta, de sesenta años; lo aprendió en Lontué, provincia de Talca; reside en Santiago.)

En la ciudad de Lisboa
por todo el mundo nombrada;
por lo fuerte y abundante
4 el mismo cielo la guarda,
coronándola de estrellas
[. . . . .]
En esta ilustre ciudad
8 reside don Juan de Lara,
caballero noble y rico
y de ilustre sangre hidalga.
Gozaba de los favores
12 de su esposa doña Labra [1],
que en discreción y hermosura
solo Dios pudo pintarla.
Era devota en extremo
16 de San Antonio de Padua.
En verdad que la fortuna
nunca puede estar parada;
á muchos hombres los sigue

20 la rueda de la desgracia.
De la gran ciudad de Mura [2]
tuvo don Juan una carta,
como su padre está enfermo
24 y en grandes peligros se halla.
La pena y el sentimiento
en el corazón le guarda:
le da á su esposa noticia
28 de todo lo que le pasa,
y disponiendo su viaje
con dos pajes en compaña,
[. . . . .]
32 llegó á su querida patria,
halló á su querido padre
metido en mortales ansias,
y al cabo de aquí este tiempo
36 rindió la vida á la parca.
Allá estuvo nueve meses
en negocios de importancia.
[. . . . .]
40 Volvió á su querida patria,
y pensando hallar alivio,
fué su pena más doblada,
porque halló á su esposa encinta
44 y del parto muy cercana.
Fué á recibirlo en sus brazos,
porque mucho lo deseaba,
y don Juan, lleno de celos,
48 le pega una bofetada,
diciéndola:—Vil traidora,
tus discursos son de pára [3].
Has intentado atrevida
52 manchar mi honor y mi fama;
pues te he de quitar la vida,
pues lo requiere tu infamia.—
Se retira el caballero

56 diciendo á sí estas palabras:
« Si yo le quito la vida,
« es quitarle á Dios dos almas,
« y Dios me ha de castigar;
60 « he de aguardar á que pára.
No se pasaron los días
sin que l' hora fué llegada.
El primer día de enero
64 amaneció con luz clara,
sobre los montes vecinos,
el sol que rayos dispara.
Se levantó la señora
68 afligida y angustiada,
con los dolores del parto
y con su muerte cercana.
Mas hincóse de rodillas
72 [. . . . .]
delante de un crucifijo,
diciendo así estas palabras:
« Señor mío Jesucristo,
76 « que por redimir las almas
« en esta cruz os pusieron,
« del cielo llave y escala;
« bien sabís [4], Padre amoroso,
80 « que d' ésta no debo nada.
« No siento, señor, mi muerte,
« el dolor y la tardanza;
« el mayor dolor que tengo,
84 « de haberte ofendido ingrata.
« ¡Misericordia, Señor,
« de que no se pierda mi alma,
« el honor de mi marido
88 « y esta verdad declarada!»
Parió en esto un tierno infante
que al sol los rayos quitaba,
con letras siete [5] en la frente

92 que prodigioso declaran,
diciendo: «yo soy Antonio;
« nadie ponga repugnancia».
Agarró la madre al niño,
96 acostándolo en la cama;
lo miraba y le decia:
« ¡Ay, hijo mío de mi alma,
« hoy habís nacido al mundo
100 « en manos de la desgracia!»
Entró á este tiempo don Juan,
y con la intención dañada
desenvainando el acero;
104 abrió los brazos la dama
y le entriega [6] el blanco pecho:
al golpe que le dispara,
como si diera en bronce,
108 s' hizo pedazos la daga.
A este tiempo San Antonio
dentró [7] por la misma sala,
vestido de religioso
112 de la orden franciscana.
—Mucho extraño, padre mío,
qu' esta visita se me haga.
—No lo extrañe, caballero,
116 que de mi primera infancia
he tenido devoción,
y á Dios le di mi palabra;
de visitar los enfermos,
120 y este motivo es la causa.
Supe como esta señora
en grande peligro se halla,
con los dolores del parto,
124 y he venido á visitarla.—
Esto que oyó la señora,
alegremente escuchaba,
su corazón le decía

128 lo qu' ella misma ignoraba:
aquél era San Antonio
que venía á visitarla.
El Santo le pide al niño,
132 la señora se lo daba.
Agarrándolo en sus brazos
cariñosamente le habla:
—Dios te guarde, hermoso niño,
136 y te libre de desgracia;
bajo de santa obediencia
no me habís de negar nada.
Pregunto: ¿quién es tu padre?
140 —El señor don Juan de Lara;
mi madre, ya lo sabéis
que se llama doña Labra.—
Esto que oyó el caballero,
144 de puro gozo lloraba,
y botándose á los pies
del Santo, besó sus plantas.
Hizo el milagro tal ruido,
148 que la ciudad lo brotara,
fué la casa un jubileo
de caballeros y damas.
Tuvo el señor arzobispo
152 noticia 'e lo que pasaba,
mandando pedir al niño,
por ver maravilla tanta.
Se ofreció ser su padrino,

---

1. Cuando al diptongo *au* sigue *r*, la *u* se consonantiza en *b*: *abra*, *Labra*, *Rosabra*, por *aura*, *Laura*, *Rosaura*. En el vocablo *tahur*, el vulgo, por influencia de los anteriores, hizo la diptongación y agregó una *e* paragógica, pronunciando *táure*, de donde resultó la forma *tabre*, hoy tan popular.
2. ¿Murcia?
3. «Son de pára» por «son de farsa», de la versión A, ó por «¿'ónde paran?», de la variante C.
4. Vide rom. 12, n. 1.
5. Las siete letras de la palabra ANTONIO.

156 bautizado con la gracia
de la Virgen de Belén
y San Antonio de Padua.

---

6. Este y otros verbos que tienen en la penúltima sílaba la vocal *e*, los conjuga el vulgo como irregulares, por asimilación con algunos de uso frecuente que lo son, como *fregar*, *refregar*, *remendar*, *tropezar*, etc.
7. Vide rom, 15, n. 2.

108

Don Juan de Lara y doña Laura. C

(Recitadora: Margarita Pizarro, de veintiocho años; lo aprendió en Temuco, provincia de Cautín; reside en Santiago.)

Al verdadero Jesús
suplico me dé su gracia,
y á la Reina de los cielos,
4 madre de Dios soberana.
. . . . . .
Se despidió de su esposa,
prenda que mucho estimaba,
se fué á la ciudad de Muros [1]
8 con dos pajes en compaña,
hallando á su amado padre
metido en mortales ansias.
Allí estuvo nueve meses
12 en negocios de importancia.
Cumplidos los nueve meses
vuelve á su querida patria,
pensando en hallar consuelo,
16 y eran sus penas dobladas:
hallaba á su esposa encinta
y del parto muy cercana.
Salió á recibirlo en brazos,

20 porque mucho lo deseaba;
don Juan, todo lleno 'e celos,
le tiró una bofetada,
diciéndole:—Vil traidora,
24 tu gran discurso ¿'ónde pára?
Tú, destentada [2], atrevida,
manchas mi honor y mi fama;
yo te quitaré la vida
28 [. . . . .]
si lo requieres, infame,
y te dejaré que paras,
que si te quito la vida
32 es quitarle á Dios un alma.—
Se retiró la señora
en lágrimas anegada;
no hallaba culpa que echarse,
36 que ella no era culpada.
Año de mil setecientos
cuarenta y cinco, reclara [3],
á los dos días de enero
40 le amaneció con luz clara,
todos los montes vecinos
que al sol sus rayos le embargan.
. . . . . .
Recogió la madre al niño
44 con letra cierta [4] en la frente:
«Yo soy Antonio de Padua,
«pónganme sin repugnancia».
[. . . . . .]
48 Acostándose en la cama
lo miraba y le decía:
«¡Ay, hijo mio del alma!»
. . . . . .
A los pies de un crucifijo,
52 diciendo aquí esta palabra:
«Señor mío Jesucristo,

«que por redimir las almas
«en esta cruz te pusieron,
56 «llave del cielo y escala.»
. . . . . .
A este tiempo entró don Juan,
con intención desalmada
desenvainando la espada;
60 abrió los brazos la dama,
recibió el ingrato golpe
en la milagrosa estampa
de la Virgen de Belén
64 y San Antonio de Padua,
y como dar en un bronce,
se hizo pedazos la daga.
A este tiempo San Antonio
68 entró por la misma sala,
vestido de religioso
de la orden franciscana.
Quedó turbado don Juan,
72 mas d' esta suerte le hablaba:
—Mucho extraño, padre mío,
que esta visita usté me haga.
—No lo extrañe, caballero,
76 que de mi primera infancia
tengo yo por devoción,
y á Dios le di la palabra,
de visitar los enfermos,
80 y esta razón es la causa.
Mas supe qu' esta señora
en gran peligro se hallaba
con sus dolores de parto,
84 y he venido á visitarla.—
El Santo le pidió al niño,
la señora lo entregaba;
lo que [5] lo tomó en los brazos
88 alegremente le hablaba:

—¡Dios te guarde, hermoso niño,
Dios te libre de desgracias!
Bajo verdad y obediencia
92 no me habís [6] de negar nada.
Pregunto: ¿quién es tu padre?
Esta verdad me reclara.—
Abrió los hermosos labios
96 el niño, y respuesta daba:
[.....]
—El señor don Juan de Lara;
mi madre, ya vos lo sabes
100 que se llama doña Laura.—
Esto que oyó el caballero,
solo del gozo lloraba,
arrodillóse á los pies
104 del Santo, y besó sus plantas.
Se despidió San Antonio,
dejando victorias grandes
contra el maldito demonio
108 que procuraba 'ivorciarla [7].
Hizo milagro hasta el río [8]
que la ciudá alborotaba.
La imagen de San Antonio,
112 ¡qué clavel con tantas gracias,
que viene del mismo cielo
compartiendo sus fragancias!

---

1. ¿Murcia?
2. Desatentada.
3. *Reclarar* por *declarar*. Es la forma corriente en el pueblo.
4. «Letra cierta» por «letras siete». Vide rom. 107, n. 5.
5. «*Lo que*» por *cuando*, ó, mejor, por *apenas*: «*Lo que* (*cuando ó apenas*) llegue Juan se irá Pedro». En Aragón y en Colombia se dice *á lo que*, forma también usada en Chile.
6. Vide rom. 12, n. 1.
7. La *d* inicial se pierde á veces. Vide rom. 65; la referencia de la nota 2 está equivocada.
8. «*Hasta el río*», frase ponderativa: «Mintió *hasta el río*», que vale: «dijo muchas mentiras».

Comentario. — Este romance se encuentra en el índice de pliegos sueltos impresos del siglo XVIII en adelante, publicado por Durán. (Vide *Romancero*, t. I, p. LXXXVIII.)

109

El Caballero enamorado

(Recitadora: Manuela Espina, de treinta años; lo aprendió en San Francisco del Monte, provincia de Santiago; reside en Santiago.)

En el nombre de María,
madre del divino Verbo,
amparo de pecadores
4 y de afligidos consuelo;
para que mi torpe pluma
alumbre mi entendimiento,
es necesario pedir
8 á Dios que nos dé consuelo,
á la Virgen del Rosario,
Señora de los Remedios,
me dé su favor y auxilio
12 y alumbre mi entendimiento:
las tres grandezas del mundo
tengo para mi consuelo.
Esténme atentos los montes
16 y cesen los cuatro vientos,
la gran corona d' España
tenga descanso y sosiego...
.....
En esta ilustre ciudad
20 habitaba un caballero

hermosísimo en extremo:
pienso que el divino cielo
le emprestaba[1] su hermosura
24 de lo mayor á pequeño.
Sale una alegre mañana
muy galán y muy compuesto,
que nacen pulidas flores
28 donde pone el pié pequeño.
Vido[2] estar en un balcón
peinando rubios cabellos...
.....
Enamorado le dice:
32 —Mi vida, mi bien, mi cielo,
rico clavel encarnado,
azucena, lirio bello,
merezca verse en la gloria
36 quien merece ver tu cielo.—
Tanto lo miró la dama,
por ser galán en extremo,
que se ha quitado un anillo
40 y se lo echa al caballero:
—Perdonad, señor, le dice,
el tamaño atrevimiento,
que yo me holgara que fuera
44 la corona d' este reino.
Si me hubiera de casar,
fueras mi querido dueño,
porque aquí ese galán talle
48 merece gozar lo bueno.
Con una mano lo doy
y con l' otra me detengo;
no tengo yo amor á nadie,
52 sólo á la Reina del cielo.
Pongo en sus benditas manos
palmas de tan alto precio,
coronas que de laureles

56 Ella nos llevará el premio.
Tengo el corazón de bronce
y sus alas son de acero,
con un diamante en el pecho,
60 que á todos los hombres venzo.—
Dijo, y cerrando el balcón,
dejando oscuros los cielos,
y sin resplandor la luna,
64 y el vivo sol sin espejo;
dijo, y dejándolo afuera
cercado de pensamientos,
que de pesares diversos,
68 quedó sin alma en el cuerpo.
Al campo se sale un rato
por divertir su tormento,
y por ver correr las aguas
72 al paso que van corriendo,
hechas culebras de plata
por aquel cristal resuello. (*sic*)
Alza los ojos, y ve
76 las aves que por el viento
alegres pasan cantando;
baja los ojos diciendo:
« Sólo para mí hay pesares
80 « y en todo el mundo contento».
Saca una cruz colorada
que guarda dentro del pecho,
con una estampa, pintado
84 el divino Sacramento;
hablando con él [3] á solas,
estas palabras diciendo:
« Juro á esta cruz encarnada
88 « y al Señor que aquí venero,
« que he de gozar tu hermosura
« á pesar del mundo entero,
« cuando no por voluntad,

92 « por engaño manifiesto».
. . . . . .
Y empezándose á vestir
este noble caballero,
púsose un calzón de raso
96 aforrado en terciopelo,
unas medias naranjadas
con unos zapatos negros,
una espada de seis cuartas
100 y de muy finos aceros,
una extremada rodela
y un precioso anticoreto [4].
Sale á las diez de la noche,
104 cuando todo está en silencio;
mas la Virgen del Rosario,
Señora de los Remedios,
á tres ángeles hermosos
108 mandó bajasen del cielo,
á resguardar esta dama
miéntras que estaba durmiendo.
Bajaron tres serafines
112 en tres caballos ligeros,
tan blancos que parecían
la nieve que va cayendo.
El capitán de los tres
116 llega y le habla primero:
—Guárdele Dios, camarada.
—Guárdeles Dios, caballero.
—¡Y qué hora tan dilatada
120 le aguardo á usté en este puesto!
No quiera por un deleite
perder la gloria y el cielo,
y manchar el limpio honor
124 que está encerrado en el pecho
de aquí esta noble doncella,
porque los tres le daremos

la muerte tiranamente,
128 que así es mandado del cielo.
—Primero tengo de ver
manchado este limpio acero
con la sangre que hoy corriere,
132 si me mueven d'este puesto.—
Principiaron la batalla,
el desafío más fiero
que no se ha visto en España
136 desde que nos conocemos.
Mas la Virgen del Rosario,
Señora de los Remedios
en este hermoso planeta,
140 puso su espada por medio.
Los tres ángeles hermosos
se parten para los cielos,
y en el balcón d'esta dama,
144 hermosísimo portento,
dejaron una corona
labrada, de mucho precio.
Viendo el milagro patente
148 este noble caballero,
su hacienda le [5] dió á los pobres
y sirvió al Rey de los cielos;
fué el predicador más sabio
152 que ha habido en el universo.
Ejemplo á las criaturas,
y á todos nos dé consuelo.

1. Vide rom. 24. n. 1.
2. Vide rom. 24, n. 3.
3. Es decir, *consigo*.
4. ¿«Antecoleto,» ó sea «coleto de ante»?
5. Vide rom. 41, n. 2.

Comentario.—No encuentro este romance en ninguna de las colecciones que tengo á la vista, y por lo que esta versión permite juzgar de su mérito, me parece no ser mejor ni peor que el promedio de los de su clase.

110

La enamorada de Cristo. A

(Recitador: Alejandro García, de cuarenta y tres años; lo aprendió en Rengo, provincia de Colchagua, donde reside.)

A las mujeres discretas
[. . . . .]
que presumen de entendidas,
4 que de amorosas se precian
de nuestro amante Jesús
que creó el cielo y la tierra,
les pido un rato atención:
8 oirán lauros y grandezas
de una niña de seis años
que admira, pasma y eleva.
En Córdoba la insigne,
12 cuyas cumbres elevadas
de famosa arquitectura
con rapacejos de nácar,
el sol sus rayos suspende
16 con chapiteles de plata.
En esta augusta ciudad,
corte insigne y celebrada,
sucedió un día de Corpus
20 de que [1] después de acabada

la procesión, y traer
por las calles y las plazas
nuestro Dios sacramentado,
24 dándole mil alabanzas,
y cuando el señor obispo
con un canónigo estaba,
platicando del sermón,
28 sus puntos y circunstancias,
observó luego una niña,
al punto quiso llamarla:
—Ven acá, niña, le dice,
32 viene [2] pronto, que te llaman.
—Aquí tiene, señor usía,
siempre obediente á sus plantas,
una esclava á quien mandar,
36 humilde, inocente y casta.
—¡Qué política es la niña,
y tiene buena crianza!
Díme, niña, ¿qué le pides
40 cuando te estás elevada?
—Yo pido que como es día
que la religión cristiana
celebra del Sacramento
44 las benditas alabanzas,
vengo á pedirle á Jesús
que me conceda su gracia
de ser su esposa querida,
48 ser religiosa descalza,
porque me tiene arrobada
el objeto de su gracia.
—Díme, niña, y ese Dios
52 que tanto le quieres y amas,
antes de crear el mundo,
dime, niña, ¿dónde estaba?
—Señor, estaba en sí mismo
56 todo el poder de su gracia,

porque Dios no tuvo padre
ni fué formado de nada:
antes de todos los siglos
60 Dios en sí mismo se estaba.
—Díme ¿de qué fué formado
en las vírgenes entrañas
de nuestra madre María
64 ese Jesús á quien amas?—
Se rió un poquito y dijo:
—¡La pregunta me hace gracia!
De la más preciosa sangre,
68 suprema y calificada
de su corazón sagrado,
Madre de toda mi alma.
—¡Válgame Dios, la chiquilla;
72 es un portento escucharla!
. . . . . .
¿Dice muchas oraciones,
ó dice muchas palabras?
—Con cinco palabras solas
76 Cristo de los cielos baja,
y viene a las propias manos
del que la hostia consagra.
—Niña, no lo sabes tú.
80 —Bien lo sé, pero no es tanta
mi dignidad; no tenemos
las mujeres dicha tanta
para poderlas decir.
84 [. . . . . .]
—Son malas, dijo el canónigo,
[. . . . . .]
las mujeres, y por eso
88 no merecen dicha tanta.—
Se puso coloradita,
alza los ojos y habla:
—¿Sabe usía lo que ha dicho?

92 ¿Parece no ha dicho nada
en despreciar las mujeres
y por el suelo echarlas,
siendo la cosa mejor,
96 digna de ser alabada,
que creó mi amado dueño
con el poder de su gracia?
Entremos en discusión,
100 y si usía me la gana,
haré un solemne devoto,
con todas mis circunstancias,
de rezar todos los días
104 puesta en cruz y arrodillada;
y si yo le gano á usía,
en pago de aquí esta gracia,
me ha de dar usía un dote,
108 que ésa es toda mi esperanza.
Defienda usía los hombres,
y yo, que estoy agraviada,
defenderé las mujeres,
112 puesto que es mía la causa.—
Dijo el canónigo:—Yo
absorto estoy de escucharla;
sin sentidos y sin juicio
116 me ha dejado la muchacha.
No sólo responde á todo,
sino que pide compaña.
El dote te lo prometo
120 como me ganes las bazas.
—Las bazas han de ser cinco,
porque son cinco las llagas
que mi amado Jesús tiene
124 en su cuerpo bien selladas.
—Echa una, pues te crees
del todo bien agarrada.
—Ya que he de ser la primera,

128 en el nombre de Dios vaya.
Una mujer mereció
que la Trinidad sagrada
en el vientre de la madre
132 tres veces la visitara
antes que fuese nacida.
Alceme usía esa baza
con un varón que merezca
136 esta tan leída hazaña.—
A lo que se encogió de hombros,
y dijo:—No puedo alzarla.
Vamos á otra pues, niña,
140 esta es la segunda baza:
que mi padre San José,
pabellón de gloria tanta,
que en su mano floreció
144 un palo que seco estaba.
—Tenga usía quieto el naipe,
aun no la tiene ganada.
Conozco en mi corazón,
148 mi vida, potencia y alma,
que mi padre San José
es el todo de la gracia.
—Un abrazo dame, niña,
152 que te quiero más que el alma.
—Eso no lo haré, señor,
no se me pegue la maña
del abrazar á los hombres,
156 qu' es una gente muy mala.—
Y luego la madre vino,
y su Ilustrísima estaba
contentísima, y alegre
160 de escuchar á la muchacha.

. . . . . .

Con un letrero en la espalda,
con letras de oro grabadas

el amor de Jesucristo,
164 murió aquí esta dichosa alma;
y por eso se le dice,
y por eso se le llama:
«La enamorada de Cristo,
168 «María Jesús de Cracia,»

(1) Este es uno de los casos en que, entre nosotros, se antepone indebidamente la preposición *de* al *que* anunciativo. «*Me* creo *de* que sí», «Parece *de* que no volverá», «De manera *de* que llegó tarde», son construcciones con que se solaza mucha gente.

2. Los que no están ciertos de que el imperativo singular de *venir* es *ven*, y han oído decir que la forma popular *vení* es incorrecta, creen salir airosos pronunciando *viene*.

111

La enamorada de Cristo. B

(Recitadora: Adela Bonilla, de cuarenta y cinco años; lo aprendió en Vicuña, provincia de Coquimbo; reside en Santiago.)

En el nombre de María,
nuestra reina soberana,
daré principio á contar
4 de una apacible hazaña
que ahora no muchos años
sucedió, y fué muy notada
en la gran ciudad de Córdoba,
8 corte la muy ilustrada,
y ésta es la causa por que
será en ella ensalzada.
Oirás rasgos y grandezas
12 y elocuencia desplicada [1],
en una joven muy tierna
que á seis años no llegaba,
cuando en un día [de] Corpus,
16 y después de rematada

la procesión, y traer
por las calles y las plazas
nuestro Dios sacramentado,
20 dándole mil alabanzas,
vieron venir una niña
[. . . . .]
visitando los altares:
24 puesta en cruz y arrodillada,
hacía unas suspensiones
y se quedaba elevada.
Luego el canónigo dice:
28 —¿Ha visto usía tal gracia?
Vení [2], niña, que te llamo
[. . . . .]
—Aquí estoy, señor usía,
32 siempre rendida á sus plantas
una esclava á quien mandar,
humilde, obediente y casta.
—¡Qué política la niña!
36 Tiene ¡qué buena crianza!
Díme, niña, lo que pides
cuando te estáis elevada.
—Le pido... Como es el día
40 de la religión cristiana,
vengo á pedirle á Jesús
que me conceda su gracia
de ser su esposa rendida
44 en la religión descalza.
—¡Qué buena es la respuesta!
¡Parece mujer anciana!
Díme, niña, y este Dios
48 que tanto le quieres y amas,
antes de crear el mundo,
díme, niña, ¿dónde estaba?
—Señor, yo estaba en sí [3] misma
52 y Dios en sí mismo estaba,

porque Dios no tuvo padre
ni fué formado de nada.
—Y para que Dios bajase
56 [.....]
¿hacen muchas oraciones
ó dicen muchas palabras?
—Con cinco palabras sólo
60 Cristo de los cielos baja,
y baja á las propias manos
de aquél que l' hostia consagra.
—Bien sabes eso, niñita,
64 [.....]
pero son malas las mujeres,
no merecen dicha tanta.
—Aguarde usía lo dicho,
68 parece no ha dicho nada;
abandona las mujeres,
y por eso suele echarlas,
siendo la cosa más digna
72 [.....]
que ha creado mi Jesús
con el poder de su gracia.
Pongámo'lo en discusión,
76 y sí usía me la gana,
haré un solemne voto
de rezarle siete credos.
—Echa una, pues te finges
80 del todo tan agraviada.
—Pues si he de ser la primera,
en el nombre de Dios vaya.
Las bazas han de ser cinco,
84 porque cinco son las llagas
que mi amado Jesús tiene
en el cuerpo bien selladas.
Detenga usía los naipes,
88 que no la tiene ganada.

—Echa una, pues te finges
del todo tan agraviada.
—Pues si he de ser la primera,
92 en el nombre de Dios vaya.
Una mujer dió su vientre
para que Dios encarnara,
una mujer dió sus senos
96 para que se alimentara,
y el varón, con ser tan bueno,
por Dios que no puso nada.
Detenga usía los naipes,
100 que no la tiene ganada.
Entre los hombres hay uno
que es el todo de la gracia,
que es mi padre San José,
104 pabellón de gloria tanta,
que en sus manos floreció
un palo que seco estaba,
por recibir por esposa
108 á una mujer que se llama
María, y ése es mi nombre;
yo también tengo esa gracia,
y según por lo que he visto,
112 la mujer es la que gana.
—Sin sentido y sin juicio
me habís[4] dejado, muchacha,
que hablas por boca de Cristo,
116 los ángeles te acompañan.
Dame un abrazo, niñita,
que te estimo más que el alma.
—Eso no lo haré, señor,
120 no se me pegue la maña
del abrazar á los hombres,
que es una gente muy mala,
y luego mi madre riñe
124 con todas sus circunstancias.—

La tomaron luego, y fueron
á un convento á dejarla.

---

1. Vide rom. 96, n. 2.
2. Vide rom. 30, n. 3
3, Es muy común en Chile usar la forma pronominal *sí* con verbos en primera persona: «Quedé fuera de *sí*».
4. Vide rom. 12, n. 1.

112

La enamorada de Cristo. C

En una augusta ciudad,
corte insigne y celebrada,
sucedió un día de Corpus,
4 de que[1] después de acabada
la procesión, y traer
por las calles y las plazas
nuestro Dios sacramentado,
8 dándole mil alabanzas;
y cuando el señor obispo
con un canónigo estaba
platicando del sermón,
12 sus puntos y circunstancias,
observaron una niña,
qu' era un hechizo el mirarla,
visitando los altares,
16 puesta en cruz y arrodillada,
su cara como un lucero,
que á seis años no llegaba,
y hacía unas suspensiones
20 que se quedaba elevada.
Reparó el señor obispo
en la acción de la muchacha;
dijo el canónigo luego:

24 —¿Ha visto usía tal gracia?
Repare bien en la niña:
es bella, quiero llamarla.
Ven acá, niña, le dice,
28 vení [2] luego, que te llamo.
—Aquí estoy, señor usía,
siempre obediente á sus plantas,
una esclava á quien mandar,
32 humilde, inocente y casta.
—¡Qué buena está la respuesta!
¡Parece mujer anciana!
Dime, niña, lo que pides
36 cuando te estás elevada.
—Yo pido que como es día
que la religión cristiana
celebra del Sacramento
40 sus benditas alabanzas,
vengo á pedirle á Jesús
que me conceda su gracia
de ser su esposa querida,
44 ser religiosa descalza.
—Díme, niña, y ese Dios
que tanto le quieres y amas,
antes de crear el mundo,
48 díme, niña, ¿dónde estaba?
—Señor, estaba en sí mismo
todo el poder de su gracia,
porque Dios no tuvo padre
52 ni fué formado de nada:
antes de todos los siglos
Dios en sí mismo se estaba.
—Díme ¿de qué fué formado
56 en las vírgenes entrañas
de nuestra madre María,
ese Jesús á quien amas?—
Se rió un poquito y dijo:

60 —¡La pregunta me hace gracia!
De la preciosa sangre,
suprema y calificada
de su corazón sagrado,
64 Madre de toda mi alma!
—¡Válgame Dios, la chiquilla!
¿No es un portento escucharla?
Díme, para que Dios baje
68 á la hostia consagrada,
¿se hacen muchas oraciones
ó dicen muchas palabras?
—Con cinco palabras solas
72 Cristo de los cielos baja,
y viene á las propias manos
del que la hostia consagra.
—Niña, no lo sabes tú.
76 —Bien lo sé, pero no es tanta
la dignidá, y no tenemos
la mujeres dicha tanta
para poderlas decir.
80 [.....]
Pongamos en discusión,
y si usía á mi me gana,
haré yo solemne voto
84 con todas las circunstancias.
Las bazas han de ser cinco,
porque cinco son las llagas
que mi amado Jesús tiene
88 en su cuerpo bien selladas.
—Tira una, pues te crees
del todo bien agraviada.
—Ya que he de ser la primera,
92 en el nombre de Dios vaya.
Una mujer mereció
de todo un Dios ser llamada

« ¡Madre mía», muchas veces,
96 «lumbre de toda mi alma!»
. . . . . .

1. Vide rom. 110, n. 1.
2. Vide rom. 30, n. 3.

Comentario.—Este vulgarísimo romance, de los peores que la musa devota ha inspirado á los bardos callejeros de la península, está bastante difundido en Chile, por razón de su asunto, sin duda. Figura en el índice de Durán entre los pliegos sueltos del siglo XVIII en adelante, con el siguiente título: «*La enamorada de Cristo, María Jesús de Gracia*». (Vide *Romancero*, t. I, p. LXXXIX.)

113

El nacimiento de Jesús

(Recitador: Agustín Matus, de setenta y dos años; lo aprendió en Coihueco, provincia de Ñuble, donde reside.)

PARTE ÚLTIMA

Hablaré en mi última parte
del más brillante lucero,
del sol de mejor oriente,
4 del divinísimo Verbo,
y del salvador amado
de todo el humano género;
de lo que hubo en su niñez
8 [.....]
hasta la edad de doce años,
d'eso sólo trataremos.
El año de cuatro mil,
12 qu' es el cómputo más cierto,
en el día veinticuatro
de diciembre, mes postrero,
á eso de la media noche,
16 cuando el luminoso Febo
hacia el oriente corría
por el nadir contrapuesto;
cuando están las criaturas

20 en un profundo silencio;
cuando solamente se oye
[.....]
en los árboles y riscos
24 el azote de los vientos,
nació en un pobre pesebre
Jesucristo, señor nuestro,
el salvador de los hombres,
28 el Dios-Hombre verdadero.
Lo vemos entre unas pajas
abatido hasta el extremo.
[.....]
En su primera catédra
32 el divinísimo M'estro [1]
da sus primeras lecciones
de humildad y de desprecio.
¡Oh, si yo pudiese aquí
36 ponderar por un momento
cómo estaría José
y María, de contento!
¡Qué finísimas caricias,
40 qué tiernísimos afeutos [2] !...
[.....]

1. Vide rom. 103, n. 4.
2. Vide rom. 5, n. 1.

Comentario—El recitador no recordaba otros versos de este romance que los que transcribo. Es de origen español, sin duda alguna, y debe de ser fácil recoger en Chile otras versiones, pues pertenece á un género que tiene muchos aficionados entre la gente campesina de nuestro país.

114

La expiación

(Recitadora: Ana María Fuentes, de sesenta y cinco años; lo aprendió en Toconey, provincia de Talca, donde reside.)

' Medio de una fuentecilla
de agua cristalina y bella,
para regar estas flores,
4 claveles son y azucenas,
diré de una Margarita,
que fué margarita olenta, (*sic*)
los desgraciados sucesos
8 y lastimosas tragedias.
Que le dió palabra un mozo
de ser su marido d' ella,
y la pobre Margarita
12 le dijo d' esta manera:
—Tuya soy, tuya he de ser,
tuya soy por donde quiera.—
Después de habérselo dicho,
16 arrepentida se véida [1],
y dijo:—¡Mal haya nunca [2],
[. . . . .]
cuando yo tuve la culpa
20 de ser fácil y ligera,

y de haberle dado cré'ito [3]
á esta tu infame lengua!
Andavete [4], lindo ingrato,
24 en mil trabajos te veas.—
. . . . . .
Le dentró [5] una enfermedá,
[. . . . .]
que fué necesario hacer
28 las últimas diligencias.
Confesó todas sus culpas,
y entre ellas confesó:
—Que por quitarle su honor
32 á una noble doncella,
[. . . . .]
peno aquí d' esta manera,
y aprometo [6] si sanara
36 irme y casarme con ella.—
. . . . . .
Brazos blancos, ojos negros,
cubierta de azules venas,
la boca como un coral,
40 los dientes menudas perlas.
. . . . . .
Bajó el devoto San Francisco,
que en la vida de la tierra
' contino [7] fué su patrono,
44 y á Dios le suplica y ruega:
[. . . . .]
« ¡Clemencia, Señor, clemencia
« ¡Perdona esta alma triste,
48 « que yo te ruego por ella!»
Ya muestra un semblante agrado,
un semblante agrado muestra,
temblando de miedo l' alma,
52 y volviendo la cabeza.
. . . . . .

Permitió Dios que bajara
el espíritu á la tierra;
que sirviera y trabajara
56 como si vivo estuviera.
Bajó donde un caballero
á servir en una hacienda;
después que se retiraba,
60 pues más de media noche era.
encendía una candela
y quemaba sus vergüenzas.
En esto lo vido [3] un mozo
64 y dió parte al caballero,
que para satisfacerse
lo aguaitó y vió que así era.
Al otro día temprano
68 lo llama y con él se encierra,
y le pide muy formal
que la verdad le dijera.
La verdad le dice el mozo:
72 [.....]
—Que por haberle quitado
el honor á una doncella,
[.....]
76 peno aquí d' esta manera.—
.....
Y sacó cuatro ducados
y que á pagárselos fuera.
En la mitad del camino
80 [.....]
se le apareció San Francisco.
y le dijo la manera
que tenía pa llegar.
84 [.....]
—Señora, ¿me conocéis?
—Señor, yo no te conozco,
pero se me asemeja

88 á un galán de aquí esta tierra;
hace á que [9] murió seis meses,
y es una cosa muy cierta.
—No te aceleres, le dice,
92 yo soy, y porque lo sepas
á lo que he venido sólo,
toma y guarda esta moneda,
y con el primer mancebo
96 que á tu casa á servir venga,
con él tomarás estado,
pues mi Dios así lo ordena.—
Tomó el dinero la niña,
100 tartamudiando[10] la lengua:
—Yo te perdono, le dice,
y tu alma descanso tenga.—
Hubo 'e casarse la niña,
104 y en la mitad de la fiesta
se oyó una voz que decía:
[.....]
«¡Adiós, adiós, que me voy

---

1. Vide rom. 11, n. 2.
2. Modismo imprecativo, que á veces se varía así: «*Mal haya sea nunca*». Seguido de una proposición acarreada por *cuando*, este modismo, en cualquiera de las dos formas apuntadas, significa «Maldito sea el momento..» Así «¡*Mal haya nunca* (ó *mal haya sea nunca*) cuando te conocí!» vale decir: «¡Maldito sea el momento en que te conocí!». Se usa también como frase exclamativa independiente, y su significación entonces es muy varia.
3. *Cré'ito.* Es uno de los muchos casos en que la *d*, entre vocales, se pierde.
4. Vide rom. 50, n. 8.
5. Vide rom. 15, n. 2.
6. Esta *a* protética la llevan también algunos otros verbos, como *bajar, bostezar, fusilar*, y su sinónimo chileno *balear*, que el pueblo pronuncia corrientemente *abajar, abostezar, afusilar, abalear.*
7. En la pronunciación popular, la *u* del diptongo *uo* se pierde casi siempre: *contin'o, individ'o, trid'o,* por *continuo, individuo, triduo.*
8. Vide rom. 24, n. 3.
9. La gente culta incurre también en Chile en la incorrección de intercalar *á* antes de *que*, después de los verbos impersonales *haber* y *hacer*, significativos de tiempo: «Ha tres meses *á* que no lo veo»; «Hace un año *á* que lo espero».
10. Vide rom. 26, n. 1.

108 «usuelto [11] de culpa y penal»
Al cielo lleva este cargo
el que engaña á una doncella.

---

11. Lo corriente en la pronunciación popular es que, en las combinaciones *ab, abs, ob, obs, ub, ubs,* la *b* se pierda ó se vocalice en *u: a'stinencia, o'stru'ción, ausurdo, o'cecado, oujeto, su'sidio, su'straer,* por *abstinencia, obstrucción, absurdo, obcecado, objeto, subsidio, substraer.* Sin embargo, entre gente muy huasa se oye á veces pronunciar como en el texto: *usuelto* por *absuelto.*

Comentario.—Este romance es refundición del que con el título de *Palabras de casamiento* publicó don Juan Menéndez Pidal en su *Colección de viejos romances*, p. 246. No vale gran cosa el romance de Coaña, aun dentro del género á que pertenece, pero en todo caso es superior á la variante chilena, en la cual el sello de vulgaridad nativa aparece con todos sus inequívocos caracteres.

He aquí el romance asturiano, que inserto para facilitar la inteligencia de la versión chilena:

PALABRAS DE CASAMIENTO

Palabras de amor se tratan
un galán y una doncella.
El le promete, si vive,
que se ha de casar con ella;
desque la echara á perder,
por ese mundo se fuera.
La niña, de aborrecida,
de maldiciones le ruega.
Diérale una enfermedad
muy rigorosa y suprema
que le duró nueve meses,
y al cabo de ellos muriera.
Los demonios por llevarlo,
allí mismo le atormentan.
Allí llegó San Francisco;
porque el alma no se pierda
pidiera una gracia á Dios,
luego se la concediera:
que volviese el mozo al mundo
como si vivo estuviera,

á ganar los cien ducados
al honra de una doncella.
Fórase él por allí alante
más contento que una estrella:
viera estar un labrador
beneficiando su hacienda.
Dizle si quiere servir
y le pagará moneda.
Por el día trabajaba,
de noche hacía penitencia,
que se arrojaba á las llamas
y quemaba sus vergüenzas.
Un criado le descubre
y á su amo se lo cuenta:
—Mozo que sirve en cocina,
mozo que sirve á la mesa,
mozo que sirve en cocina
todas sus vergüenzas quema.
—¿Por qué penas, alma mía;
por qué penas, alma buena?
—Peno por los cien ducados
al honra de una doncella.
—Si tú penaras por una,
penara yo por cincuenta.
Toma esos cien ducados.
llévalos á la doncella.
Fórase él por allí alante
más contento que una estrella.
viérala estar n'el balcón
peinando su cabellera.
Le dice si le conoce,
y ella respondió resuelta:
—Me parece que es un mozo
que se ausentó de esta tierra.
—Ese mozo se murió,
sélo yo por cosa cierta.
Bájate dese balcón,
yo subiré la escalera;
trae un pañuelo de manos,
recibirás la moneda.
Poco te parecerá,
pero el cielo así gobierna:
cásate co'l primer mozo

que te salga con herencia,
que yo en el cielo no entro
hasta que estado no tengas.
El día de las sus bodas,
tando comiendo á la mesa,
una voz llegó del cielo,
una voz del cielo llega:
« ¡Adios, querida del alma,
« querida del alma prenda,
« que yo me voy á sentar
« co'l Rey del cielo á la mesa!»

❦ ❦ ❦

115

Luis Ortiz. A

(Recitador: J. A. G., de setenta años; lo aprendió en Talca, provincia de ese mismo nombre, donde reside.)

Luis Ortiz se llama el mozo,
Luis Ortiz el afamado,
una tarde, estando á solas,
4 fué su padre á aconsejarlo.
—¡Ay, hijo! que por tu causa
la hacienda se va acabando,
de siete muertes que has hecho,
8 de todas yo te he librado.
Toma veinticinco pesos,
esta espá y este caballo,
anda á ponerte en camino
12 de la Francia, de soldado.—
El mozo, como era un loco,
á su padre no ha escuchado,
dándole un tiento á la puerta
16 como un toro desastrado.
Al dar la vuelta á la esquina
halló á su tío peleando,
y por defender por él
20 de puñaladas ha dado.
Ahí se publicó un bando,

en todo aquel obispado:
« El que tome á Luis Ortiz,
24 « tomará dos mil ducados».
Saltó don Juan el Enchave, (*sic*)
que llaman el endiablado,
que le den veinticinco hombres,
28 que él lo pondrá en buen recado.
Ya cortan pa el Arenal,
donde Luis Ortiz ha entrado;
Luis Ortiz, lo que los vió,
32 arrancaba como un rayo,
y ya lo llevan muy cerca,
y ya lo van alcanzando.
Luis Ortiz con mucha priesa
36 se desmonta del caballo,
con la punta de la espada
una raya ya ha formado:
« Juro por el alto Dios,
40 « por San Pedro y por San Pablo,
« por los cuatro evangelistas
« que Cristo tiene á su lado,
« que al que me pase esta raya
44 « cinco mil pedazos lo hago».
Entre ellos iba un tío,
que se quieren como hermanos:
—Date, date, Luis Ortiz,
48 date, date, Luis hermano,
que el mozo que ayer heriste
en la cancha [1] está jugando.—
Con estas palabras y otras,
52 todos lo van enredando,
ya lo cercan, ya lo cogen,
ya lo tienen todo atado,
y lo llevan á la villa,
56 donde estaba destinado.
En la mitad del camino

cinco amigos ha topado:
—¡Viva, viva Luis Ortiz.
60 viva, viva Luis hermano,
que el mozo que ayer heriste
es San Anjel 'tá enterrado.
—Ustés [2] verán pues, amigos,
64 como voy preso y toriado [3],
si ustés no me favorecen
mañana he de ser ahorcado.—
Se miraron unos y otros,
68 luego las armas sacaron,
entre cuatro están peleando,
el otro lo ha desatado.
Luis Ortiz, que se vió libre,
72 tomó armas y su caballo,
de veinticinco corchetes
ni el tío se le ha escapado.
¡Viva, viva Luis Ortiz,
76 viva, viva Luis hermano!
¡Y qué bueno Luis Ortiz
para vengar un agravio!

(1) *Cancha.* Sitio limpio y desembarazado de obstáculos, cerrado ó abierto, que tiene diversos empleos. En el romance se alude seguramente á la *cancha de bolas*, que sirve para el juego de las argollas.
(2) *Ustés*, en la conversación, es más común que *ustedes*.
(3) Vide rom, 26, n. 1. *Torear* por *atar*, que parece ser el significado que aquí tiene, no lo he oído antes.

116

Luis Ortiz. B

(Recitador: Manuel Jesús Reyes, de cincuenta años; lo aprendió en Coihueco, provincia de Ñuble, donde reside.)

Luis Ortiz se llama el mozo,
Luis Ortiz el afamado,
lo sacó su padre un día

4 á solas á aconsejarlo:
—Hijo mío, por tu causa
la hacienda se va acabando.
[. . . . .]
8 Toma esta espá, este caballo,
y toma estos dos mil pesos,
[. . . . .]
y te vas á la ciudá
12 y asiéntate de soldado.—
El mozo, como era un loco,
más razones no [a]guardaba,
pero al dar vuelta una esquina
16 halla á su tío peleando,
y por defender por él
diez puñaladas ha dado.
Y allí se publicó un bando
20 y también un obispado, (*sic*)
que á Luis Ortiz lo agarraran
pa darle dos mil ducados.
El señor don Juan Jorquera
24 con treinta y cinco soldados
bien armados y montados,
á agarrarlo se adelanta.
Giran por unas arenas,
28 donde Luis Ortiz habita,
Luis Ortiz, de que [1] ha visto esto,
ha partido como un rayo.
Cuando lo iban alcanzando,
32 de su caballo se ha apeado,
y con la punta 'e la espá
una raya le ha formado:
« Juro por el alto cielo,
36 « por San Pedro y por San Pablo,
« y por los dos angelitos
« que tiene mi Dios al lado,
« el que me pase esta raya

40 «doscientos mil pe'azos lo hago».
Allí llega un primo hermano,
que se quieren como hermanos:
—Date, date, Luis Ortiz,
44 date, date, Luis hermano,
que el mozo que ayer heriste
se halla en la cancha [2] jugando.—
Con estas palabras y otras
48 ya lo llevan rebatiado [3],
lo llevan pa la ciudá,
donde ha de ser colgado.
Por la mitá del camino
52 cinco amigos ha tomado [4].
—¿Qué ha sido esto, Luis Ortiz,
qué ha sido esto, Luis hermano?
—¿Qué ha ser pues, hermanitos?
56 [. . . . .]
Si ustedes no me defienden,
mañana he de ser colgado.—
Se miraron unos y otros,
60 cuatro la guerra formaron
y uno desató la soga:
Luis Ortiz se ha libertado,
[. . . . .]
64 espada y daga ha tomado,
de treinticinco corchetes
ninguno se le ha escapado.
¡Viva, viva Luis Ortiz!
68 Viva, viva Luis hermano!
Sabe 'esvengar [5] una causa
y también un buen agravio.

---

1. Vide rom. 102, n. 11.
2. Vide rom. 115, n. 1.
3. ¿Arrebatado?
4. ¿Topado?
5. *Desvengar*, alteración de «devengar», por *vengar*

117

Luis Ortiz.

(Recogido en Ancud, provincia de Chiloé, por don Darío Cavada.)

Luis Ortiz se llama el mozo.
Luis Ortiz es el famoso;
llámalo un día su padre
4 á solas á aconsejarlo,
y le dice:—Por tu causa,
[.....]
por tu causa, Luis Ortiz,
8 la hacienda se va acabando.
Toma esta espada y caballo.
y toma estos dos mil pesos,
y te vas á la ciudad,
12 sientas plaza de soldado.—
Luis Ortiz, como era loco,
enterró espuelas cual rayo.
A la vuelta de una esquina
16 ve peleando á su tío,
y por allí defenderle
diez puñaladas ha dado.
Esto lo supo el Gobierno,
20 mandó publicar un bando:
« Quien quiera tomar á Ortiz,
« tomará dos mil ducados.»
—Yo lo tomaré, señor,
24 dijo don Pedro Enchabrado, (*sic*)
que yo soy un endiablado,
con treinta y cinco corchetes
y mil hombres de á caballo.—
28 Cortaron por arenales,
donde habitaba Ortiz;

mas, viendo esto Luis Ortiz,
se desmontó ['e] su caballo;
32 con la punta de su espada
una rayita ha formado,
y dice: «San Pedro y Pablo,
« y más los dos angelitos
36 « que tiene el Señor al lado,
» que [á] quien pase esta rayita
« cuatro mil pedazos lo hago».
En esta batalla estaba
40 cuando llegó un primo hermano:
—¿Es posible, Luis Ortiz,
es posible, Luis hermano?
El que heriste en San Felipe,
44 allí, ayer, está enterrado;
el que heriste tú en la cancha [r],
hoy allá estaba jugando.
—¡Qué haremos, pues, hermanito!
48 Todo lo que está bien hecho,
todo está bien acabado.—
Así, pues, se lo llevaron
por un camino real.
52 Encontró á unos cinco amigos:
—¿Es posible, Luis Ortiz,
es posible, Luis amigo?
El que heriste en San Felipe,
56 allí, ayer, está enterrado;
el que heriste tú en la cancha,
hoy allá estaba jugando.
—¡Qué haremos, pues, amiguitos!
60 Todo lo que está bien hecho,
todo está bien acabado,
y si hoy nadie me libra
ya mañana seré muerto.—
64 Cuatro empezaron la guerra,
uno quedó desatando.

Desatado Luis Ortiz
y con la espada en la mano,
68 de treinta y cinco corchetes
y mil hombres á caballo,
no le ha quedado ninguno.

Cogollo [2]

¡Viva el sol, viva la luna,
y que vivan las estrellas!
Agradables caballeros
cogollitos de lombriz,
aquí se acaba el corrido,
corrido de Luis Ortiz.

1. Vide rom. 115, n. 1.
2. Vide rom. 51, n. 4.

118

Luis Ortiz. D

(Recitadora: Margarita Ramírez, de ochenta años; lo aprendió en un pueblo del Sur; reside en Pencahue de Caupolicán, provincia de Colchagua.)

Bisortiz [1] se llama el mozo,
Bisortiz el afamado;
una tarde, estando á solas,
4 fué su padre á aconsejarlo:
—¡Ay, hijo! que por tu causa
la hacienda se va acabando:
toma veinticinco pesos,
8 una espada y un caballo,
pónete [2] luego en camino,
anda á Francia de soldado.—

El hijo, como era un loco,
12 á su padre no ha escuchado;
le daba un tiento á la puerta
como un toro desastrado.
Al dar vuelta de una esquina
16 halla á su tío peleando,
y por defender por él
de puñaladas ha dado.

. . . . . .

Siguen por un arenal,
20 donde Bisortiz ha entrado:
Bisortiz, lo que los vío [3],
arranca, como era un rayo;
el caballo va faltando,
24 y ya lo van alcanzando.
Con la punta de la espada
una raya ha formado:
« Juro por el alto Dios,
28 «por San Pedro y por San Pablo,
« por los cuatro evangelistas
« que tiene el Señor al lado,
« que al que me pase esta raya
32 « yo lo he de hacer mil pedazos».
Le responde un tío suyo
á quien quiere como hermano:
—Date, date, Bisortiz,
36 date, date, Bis hermano,
que aquél que ayer heriste
en la cancha [4] está jugando.—
Ya llevan á Bisortiz
40 preso y todo aliado, (*sic*)
al destino donde debe
Bisortiz de ser colgado.

. . . . . .

Bisortiz, que se vió libre,
44 dos espadas ha tomado;

de veinticinco corchetes,
ni el que manda se ha escapado.
¡Y que viva Bisortiz
48 para vengar un agravio!

1. Así pronunciaba claramente la recitadora.
2. Vide rom. 30, n. 3.
3. Vide rom. 24, n. 3.
4. Vide rom. 115, n. 1.

119

Luis Ortiz. E

(Recitador: Juan Meneses, de cuarenta y tres años; lo aprendió en San Miguel, provincia de Ñuble; reside en Santiago.)

Luis Ortiz se llama el mozo,
Luis Ortiz el afamado;
una tarde, estando á solas,
4 fué su padre á aconsejarlo:
—¡Ay, hijo! que por tu causa
la hacienda se va acabando:
de tantas muertes que has hecho,
8 de todas yo te he librado.
Toma esta espá [1], este caballo,
y sienta plaza 'e soldado.—
El mozo, como era un loco,
12 á su padre no ha escuchado,
y por defender á un tío,
de puñaladas ha dado.
. . . . . .
Ya lo siguen, ya lo alcanzan,
16 ya lo traen amarrado,
con veinticinco córdeles
y veinticinco soldados.
En la mitad del camino

20 tres amigos ha encontrado:
—¿Qué ha sido esto, Luis Ortiz,
qué ha sido esto, Luis hermano?
El hombre que ayer heriste
24 en el pantión [2] 'tá enterrado,
el que heriste esta mañana
en la cancha [3] está jugando.
—Han de ver, hermanos míos,
28 como voy preso y atado,
y si ustés no me defienden
me verán morir ahorcado.
Por si acaso me matasen,
32 no me entierren en sagrado,
entiérrenme en campo verde
donde no paste el ganado.
A mi cabecera pongan
36 un letrero bien pintado,
que diga á los caminantes:
« aquí murió el desdichado;
« no murió de mal de amores
40 « ni de dolor de costado,
« murió porque lo mataron
« unos pícaros soldados».

1. Espada.
2. Vide rom. 26, n. 1.
3. Vide rom. 115, n. 1.

Comentario.—De los que refieren hazañas de bandidos, el romance de *Luis Ortiz* es el más popular en Chile. Poseo de él ocho versiones más, menos completas que las que publico, y el colector que lo desee puedo recoger cuantas quiera en todas las regiones del país. Aunque no lo he encontrado en ningún libro español, creo que tal es su origen; y por lo que hace al mérito, en cuanto puedo juzgar de él por las versiones que conozco, me parece este romance superior al común de los vulgares que tratan esta clase de asuntos; lo que no impide que su valor, so-

bre ser escaso, sea además negativo, porque se funda en la ausencia relativa de ciertos defectos, que, como las inevitables invocaciones y el absurdo recargo de detalles y de frases hechas, hacen pesado y antipático este género de composiciones. Sobre los versos con que termina la variante E, véase el comentario al romance 63.

120

Bernardo del Montijo. A

(Recitador: Manuel Morales, de cuarenta años; lo aprendió en Rengo, provincia de Colchagua, donde reside.)

Atiendan, mozos solteros,
atiendan, niñas y damas,
las de la pestaña crespa,
4 las de la media enrollada,
las que al adre [1] cantan flores,
las de la vida viriada [2].
Yo tuve una dependencia
8 con una mujer mundana,
y para evitar cuestiones
me fuí á la ciudad de Francia,
donde me hube 'e enamorar
12 con la más hermosa dama,
[. . . . .]
que Bernarda se llamaba.
Gasté joyas y dineros
16 y no pude alcanzar nada,
pero después alcancé
joyas, dineros y dama.
Lo maliciaron sus padres
20 y trataron de casarla,
[. . . . .]

donde [3] me escribe una carta:
« Pues ¡ay! Bernardo, me dice,
24 « pues ¡ay! Bernardo de mi alma,
« sabrás me casan mis padres,
« cuando no de hoy ó mañana».
[. . . . .]
28 Bernardo, que vió la carta,
se tiraba á irse solo [4],
pero se reflexionaba.
Se fué donde unos amigos
32 que tenía en la ciudada [5]:
—Pues ¡ay! amigos, les dice,
pues ¡ay! amigos del alma,
[. . . . .]
36 sabrán que adoro á una dama
para casarme con ella;
donde hoy me escribe una carta,
[. . . . .]
40 que sus padres la casaban.
. . . . . .
El menor soltó la risa
con su boquita de plata:
—En llegándose la noche
44 cazadores no se escapan.—
Lo que cerró la oración
[. . . . .]
ensillaron los caballos
48 y se fueron á la plaza.
Preguntan:—¿Qué bulla es ésa?
—Se casó dicha Bernarda.—
Piden permiso á la guardia,
52 pronto se les fué negada.
Mataron siete alguaciles,
y al corregidor las barbas.....
. . . . . .
Mataron al esposado

56 y se llevaron la dama.
[. . . . .]
Cortan á orillas de playa
en el silencio 'e la noche,
60 para salir á Guardiana [6].
Oyen una voz que dice:
«Anda el lobo en la campaña».
El menor de sus amigos
64 dijo que lo acompañaba
mientras durase la vida,
pudiese menear l' espada.
[. . . . .]
68 Con los tres hubo batalla,
de los tres murieron dos,
pero con siete estocadas
uno d' ellos se escapó.
72 [. . . . .]
Cuando Bernarda lo vió,
[. . . . .]
—Pues ¡ay! Bernardo, le dice,
76 pues ¡ay Bernardo de mi alma!
Por mí perdiste tu vida,
tus amigos y tu patria;
yo me iré por estos montes
80 como una mujer mundana,
pisaré estas duras peñas
con mis delicadas plantas.
Mis ojos, de sentimiento,
84 aumentan un mar en agua,
no me entregaré á los hombres,
ni á los cristianos, por gracia.—
Bernardo, de que la oyó,
88 así herido como estaba,
pronto alzaba la cabeza.
[. . . . .]
Puso en cura sus heridas,

92 [. . . . .]
y de que se vido sano,
se salió á la plaza de armas.
. . . . . .
—Servirte, mi capitán,
96 servirte y asentar plaza.—
Le entregó doce soldados
de lo mejor de su escuadra;
al que no mata, atropella,
100 al que no atropella, espanta.
. . . . . .
Un día, estando en la mesa,
dijo el capitán así:
—Señores, les contaré
104 lo que me pasó en Guardiana,
con el silencio 'e la noche
y la claridad del alba.
Vi tres mozos de á caballo,
108 de los tres murieron dos,
uno d' ellos se escapó,
pero con siete estocadas.
—¡Ah, capitán invencible
112 de las naciones sultanas!
Casi muerto me dejaste,
cautivo me tiene l' alma
[. . . . .]
116 ¿Dónde me tienes mi dama?

---

1. *Adre* por *aire*. Pronuncian así, los que han oído criticar, sin saber por qué, el que se diga *paire*, *maire*, *poirío*, (vide rom. 50, n. 9).

2. Airada. (Durán).

3. En el uso popular, el adverbio *donde* sirve para expresar diversas relaciones, substituyéndose á otras palabras. He aquí algunos ejemplos: «Yo iba muy tranquilo; *donde* (*cuando*) el caballo se espantó y me echó al suelo»; «Me entretuve conversando; *donde* (*por lo que*) se me pasó la hora y perdí el tren»; «Me dió Juan un remedio, *donde* (*y*) me hizo tanto mal, que por na no me morí». En este último ejemplo, atendiendo á la índole de la construcción popular, no sería procedente reemplazar *donde* por *que* ó *el cual*.

4. «Tirar á irse solo» es «estar pronto á dejarse llevar del primer impulso».

—Señor, la tengo guardada
y prometo el entregarla.—
Como que se la encontró
120 á Bernardo su Bernarda.

5. Vide rom. 106, n. 1.
6. ¿Guadiana?

121

Bernardo del Montijo. B

(Recitador: José Ramón Márquez, de ochenta años; lo aprendió en Buin, provincia de O'Higgins, donde reside.)

Has hecho un valiente mozo,
para que corra tu fama,
y natural de Montijo,
4 que el ser de allí sólo basta
para ser rayo y asombro
de la nación lusitana.
Estando en su tierna edad,
8 á diez y seis no llegaba,
mató á un alcalde en su tierra
por una bastante causa,
que era verse perseguido,
12 [.....]
y se fué para un lugar
que lo llaman la Solana,
á curarse las heridas;
16 y desde que las vió sanas,
se fué pa lo [1] el capitán
que Brazo-Fuerte lo llaman.
Lo que llegó á su presencia
20 d' esta manera le habla:
—Sírvete, gran capitán,
de admitirme en tu compaña.

Por los cielos te lo juro,
24 por los filos de mi espada,
que he de peliar [2] hasta verme
vengado d' esa canalla.—
Los dos, como son valientes,
28 andan como por sus casas,
no dejan ganado á vida
que á Barajo [3] no lo traigan.
. . . . . .
Donde se entrega Bernardo
32 á su querida Bernarda;
se casaron, y allí están
dando á Dios continuas gracias.

---

1. *Lo* por *donde* (en la significación de *á casa de* que damos en Chile á este adverbio) es un provincialismo arcaico no del todo olvidado, pues lo usan todavía las personas ancianas y muchos campesinos. «Voy *á lo de* Pedro», «Cortaron *pa lo de* Juan», vale decir: «Voy á casa de Pedro», «Se encaminaron á casa de Juan».
2. Vide rom. 26, n. 1.
3. Badajoz. (Durán.)

Comentario.—Las versiones chilenas de *Bernardo del Montijo*, incompletas y estragadísimas, no dan siquiera una remota idea de este romance, que es uno de los mejores entre los de valientes y guapos de la poesía vulgar; con lo cual no quiero decir que está libre de aquellos defectos que son como el distintivo del género, sino que se hallan éstos disimulados, hasta cierto punto, por la viveza y colorido de la expresión, que es la que corresponde al asunto. Puede leerse en el *Romancero* de Durán, t. II, pág. 386.

122

Agustín Urra. A

(Recitador: José del Tránsito Reyes, de treinta y seis años; lo aprendió en Talca; reside en Santiago.)

Austín [1] Urra es criado en Arce, (*sic*)
de buena generación,
de buena cara y buen porte,
4 pero de mala intención.
Un día qu' estaban comiendo,
llegó á casa de Albornoz:
—Apéese, don Austín,
8 le dice con precisión,
que si acaso no ha comido
aquí hay todo á prevención.—
A caballo está Austín Urra,
12 dice qu' está prevenido,
porque 'n otras ocasiones
por confiado lo han prendido.
A caballo está Austín Urra,
16 'tá tomando el alimento;
cinco hombres y tres mujeres
formaron el prendimiento.
Van á avisar á Riquelme,
20 por ser justicia mayor,
que tienen preso á Austín Urra,
cautivo en una prisión.

—Buenos días, Austín Urra,
24 le dice con compasión,
si te sientes muy enfermo
te trairemos[2] confesión.
Confiésate, Austín, le dice,
28 logra esta buena ocasión,
por si acaso te murieses
que tu alma alcance perdón.—
Austín Urra le responde
32 con el corazón airado:
—¿Cómo me he de confesar
si nunca me he confesado?—
Ya lo llevan para Penco,
36 donde estaba destinado;
por la mitad del camino
á Riquelme ha desafiado:
—Mi don capitán Riquelme,
40 si quiere ver mi valor,
deme armas y buen caballo
y forme su batallón.—
Riquelme le tuvo miedo,
44 pero le alabó la acción:
—¡Vean qué hombre prisionero
y hombre de tanto valor!
¿Cómo, si eras tan valiente,
48 una mujer te agarró?
—Que le agarren las mujeres
no le cause admiración,
porque siempre en las mujeres
52 ha reinado la traición:
¿no fué causa una mujer
de que muriera Sansón?
. . . . . .

1. Vide rom. 41, n. 4.
2. *Trairemos*, y también *treiremos*, por *traeremos*.

123

Agustín Urra. B

(Recitadora: Albina González, de treinta años.)

¡Qué día tan desgraciado
cuando Austín[1] Urra nació!
Urra, nacidò en el Arque, (*sic*)
4 de buena generación,
de buena cara y buen cuerpo,
pero de mala intención.
Tiene por testigo amable
8 Urra, de tanto valor,
[.....]
Urra, de valor sobrado,
que 'n cualquier parte lo pasa
12 aunque no tuviese vado.
Un jueves á medio día
llegó á casa de Albornoz,
saludó y lo saludaron,
16 le dicen con precisión:
—Apéese, don Austín.—
[.....]
Una niña le hizo señas
20 y Urra no las entendió.
Austín Urra está á caballo,
'tá tomando el alimento;
entre hombres y mujeres
24 formaron el prendimiento.
Toda la tarde guerrearon
y el sol no se les entró,
las heridas lo desmayan,
28 que al cabo solo se dió.
Le dieron parte á Riquelme,

por ser justicia mayor,
Riquelme, lo que lo vido [2],
32 movido de compasión,
—Confiésate, Urra, le dice,
goces á buena intención,
por si acaso te murieses
36 que tu alma encuentre perdón.
—¿Cómo me he de confesar
si nunca me he confesado?—
Mañana van á salir,
40 [.....]
ya lo llevan para Penco,
adonde está destinado.
Por la mitad del camino
44 á Riquelme ha desafiado;
Riquelme le tuvo miedo,
pero le alaba la acción.
—Deme armas y buen caballo
48 y apronte su batallón.—
De ver como lo llevaban,
Urra de tanto valor....
.....

1. Vide rom. 41, n. 4.
2. Vide rom. 24, n. 3.

Comentario.—Este romance de bandido, de que he recogido cinco variantes, todas incompletas y las más estragadísimas, parece ser chileno, por la insistencia con que se localiza en Penco el sitio de la reclusión del protagonista.

124

Pedro Cadenas

(Recitador: Juan de D. Cifuentes, de cuarenta y seis años; lo aprendió en Coihueco, provincia de Ñuble, donde reside.)

Atención, noble auditorio,
todo el orbe se suspenda,
mientras mi lengua declara
4 la más reñida pendencia
que sucedió en Barcelona,
del modo que aquí se cuenta,
de cuatro nobles señores
8 del rey de España, que aumentan
las voces con sus hazañas
por España las galeras,
que con decir españoles
12 todas las naciones tiemblan.
. . . . . .
—No me venga á pretender
la dama barcelonesa,
mire que no ha de faltar
16 quien le rompa la cabeza.—
. . . . . .
. . . . . Le dió
un bofetón á la hembra,
[. . . . .]

20 la boca, dientes y muelas
en sangre se las bañó....
.....

COMENTARIO.—Durán insertó este romance en el t. II, p. 387 del *Romancero*, entre los de valientes y guapos. Los versos que publico, son los únicos que he encontrado en la tradición chilena; pero, con poca diligencia que se gaste, ya irán apareciendo otras versiones más completas, que el asunto del romance es de los que se propagan con facilidad.

125

En una noble ciudad

(Recitadora: D. L. de L., de sesenta y siete años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

En una noble ciudad
de lo más fértil de España,
adonde riega Genil
4 la ribera de Granada,
cierto tuve un desafío
con un hidalgo de fama,
porque un día en la pelota
8 se alabó de que a mi hermana
le daba cartas impresas
y le habla por la ventana.
Tocó mi mal á la honra,
12 herida que nunca sana,
lo que tomé por venganza
ausentarme de mi patria.
Llegué á Nápoles, en donde
16 [. . . . . .]
un día, estando tocando
fuerte murallas y plazas
vi salir de la iglesia
20 dos bellísimas hermanas:

los ojos de la mayor
se me entraron por el alma.
. . . . . .

COMENTARIO.—En ninguna de las colecciones que poseo, he encontrado este romance, que es de los vulgares que tratan de aventuras y desafueros.

126

Sebastiana del Castillo

(Recitador: José Narciso Sepúlveda, de sesenta años; lo aprendió en Coihueco, provincia de Ñuble, donde reside.)

En la gran Sierra Morena,
amparo de forajidos,
vivía Alonso Gutiérrez
4 con una hija y dos hijos,
en compaña de su esposa,
que eran dos amantes finos,
y por la paz y sosiego
8 y por gusto que han tenido,
á los dos hijos casaron
con gran fiesta y regocijo.
Quedó sola con sus padres
12 Sebastiana del Castillo,
la mujer más desalmada
que de padres ha nacido.
D'esta tal se enamoró
16 un macebo granadino,
que estaba en aquel lugar
desde la edad de muy niño.
Dió en pasearle la calle
20 con gran fiesta y regocijo;

alcanzó el sí de la dama,
de sus padres no ha podido,
antes con mucho rigor
24 la castigan de contino.
Enfurecida, enojada,
hecha como un basilisco,
cuanto más la castigaban,
28 rompiéndose los vestidos,
tirándose de las trenzas,
más crecía en su delirio.
Más de un año en una pieza
32 encerrada l' han tenido,
en donde sus dos hermanos
le dieron algún castigo.
Tuvo forma Sebastiana
36 de escribir un papelillo,
que en breves renglones dice:
« Dulcísimo dueño mío,
« sabrás que he estado encerrada,
40 « pasando dos mil martirios
« de mis padre' y mis hermanos,
« con dolores excesivos.
« Supuesto que eres mi amante
44 « y que eres hombre de bríos,
« para esta noche á las doce
« te espero bien prevenido,
« y mira, no me hagas falta,
48 « porque te espero, bien mío».
No dijo más, y con esto
ha cerrado el papelito,
y á un muchacho se lo entrega,
52 el cual era su sobrino,
para que se lo llevase
á Juan González del Pino.
Tomó el papel el mancebo,
56 lo recibe agradecido,

por la vista lo repasa,
y así que l' hubo leído,
lágrimas del corazón
60 derramaba hilo á hilo.
Se fué al instante á su casa,
donde sus armas previno:
dos pistolas y una espada,
64 y un cuchillo de dos filos.
Oyó las diez y las once,
dan las doce, y ha salido,
se fué á casa de la dama,
68 y ella, que estaba en aviso,
abrió la puerta, y dentró [1]
sin sèr de nadie sentido.
Ella encendió una bujía
72 y d'esta suerte le ha dicho:
—Yo he de matar á mi padre
y á mi madre, y ¡viva Cristo!
He de vengar mis injurias,
76 pues lo tienen merecido,
más que sepa que al infierno
voy á pagar mi delito.—
El mozo la vió aterrada
80 y con ánimo le dijo:
—¿Habrá más que ejecutarlo?
¡Ea, vamos al proviso!—
Fué donde estaban sus padres
84 y con ánimo atrevido,
que de cuatro puñaladas
el corazón le ha partido
al padre, y luego á la madre
88 hizo con ella lo mismo,
porque con dos puñaladas
se la dejó sin sentido.
Habló sólo estas palabras,
92 y palpitando le dijo:

—Hija de mi corazón,
¿en qué t' hemos ofendido?—
Le dice:—Señora madre,
96 esto es vengar mi castigo.—
Y con una puñalada
acabó su vida el hilo.
Les sacó los corazones
100 y en aceite los ha frito,
y de ver tanta ruindad
cayó el mozo amortecido.
—¡Muere tú también, le dice,
104 pues que la causa habís sido!—
Le ha dado de puñaladas,
y con ánimo atrevido
le quitó todas las armas
108 y se puso su vestido,
y en un caballo del padre
salió y se puso en camino.
Al otro día, de mañana,
112 sus hermanos han venido
á la casa de sus padres,
y hallan dolor tan crecido.
Justicia piden al pueblo,
116 y acudieron los vecinos,
y los llantos fueron tantos,
los clamores y gemidos,
que bastan para ablandar
120 á las montañas y riscos.
No condenaron á nadie,
porque saben quien ha sido;
despachan requisitorias
124 por si saben que la han visto:
donde quiera que la prendan
que se ejercite el castigo.
Salieron los dos hermanos
128 por montes, valles y riscos,

y ella estaba en una cueva,
y con ella dos bandidos
que también huyendo andaban
132 por otros graves delitos.
Vió pasar sus dos hermanos
y ella les salió al camino,
y de dos carabinazos
136 los mató luego, al proviso.
Con un cuchillo les corta
las cabezas, y se ha ido
donde están sus compañeros,
140 y se las lleva consigo.
Los compañeros la riñen,
[.....]
y cruel y desesperada
144 con ellos hizo lo mismo.
Llevó las cuatro cabezas
y se fué á Ciudad Rodrigo,
y en una esquina 'e la plaza
148 las puso con un escrito
que d'esta suerte decía:
« A estos dos hermanos míos
« di la muerte, por vengarme
152 « de haberme dado castigo,
« y á estos otros dos maté
« por saber que eran bandidos.
« Ya la venganza está hecha,
156 « ya mi gusto está cumplido;
« si hay alguno que se oponga,
« salga á campaña conmigo,
« porque al rigor d' este brazo
160 « son pocos los d'este siglo».
El señor corregidor
le[3] dió parte á sus ministros,
que salieron á prenderla;
164 acudieron infinitos.

A seis alcaldes mató,
hasta cinco ó seis ministros,
y con la espada en la mano
168 parecía un basilisco.
Pidiendo favor al rey
acudieron los vecinos,
[.....]
172 y digo que si no ha sido
por una fuerte pedrada
que tiraron de un postigo,
que le dieron en los pechos
176 y en el suelo l' han tendido....
.....
Entonces se le arrojaron
los agarrantes ministros,
la llevaron á la cárcel,
180 donde la cargan de grillos.
Le leyeron la sentencia
dentro de Ciudad Rodrigo,
al tercer día la sacan
184 á que pague su delito.
Llegan al pie del patíbulo,
que suba arriba le han dicho,
y de que + estuvo en lo alto
188 á todo el concurso dijo:
« Padres, los que tenéis hijas,
« no seáis como los míos,
« no estorbéis los matrimonios,
192 « qu' es sacramento divino
« de nuestra madre la Iglesia,
« formado del Uno y Trino.
« Mirad en lo que me veis
196 « y en qué trabajos me he visto».
Y alzó los ojos al cielo,
y dijo: «Jesús divino,
« por la sangre virginal

200 « que vertieron los judíos,
« te pido que me perdones;
« pequé, Señor, mala he sido,
« mas vuestra misericordia
204 « es mayor que mi delito».
Al verdugo le avisaron
para que hiciera su oficio,
y al instante lo cumplió,
208 y quedó el cadáver frío
dando pruebas de que fué
á gozar del cielo empíreo.
Esta es la vida y la muerte
212 de Sebastiana 'el Castillo,
que d'esta suerte acabó,
de veinte años no cumplidos.
Dios le dé eterno descanso
216 y su santo paraíso,
y á nosotros nos dé gracias
por los siglos de los siglos.

---

1. Vide rom. 15, n. 2.
2. Vide rom. 12, n. 1.
3. Vide rom. 41, n. 2.
4. Vide rom. 102, n. 11.

Comentario.—Los romances que tratan de mujeres que, por casos de amor ó de honra, se arrojan á la vida airada, no escasean por cierto en la tradición chilena. Este de *Sebastiana del Castillo* es español, como casi todos los demás, pero no está en los romanceros peninsulares que he podido consultar.

127

Espinela. A

(Recitadora: Eulalia Arellano, de cincuenta y ocho años; lo aprendió en Molina, provincia de Talca, donde reside.)

El sol detenga sus rayos,
la luna sus luces veras [1],
traduzca [2] el mar con sus olas
4 y estremézcase la tierra.
Digan pues con atención
de una mujer las finezas,
de una alegonia [3] el veneno
8 y de una sierpe la audiencia [4].
Yo nací entre [5] de Ronda,
y llevándome á la iglesia,
en el sagrado bautismo
12 me pusieron Espinela.
Y mis padres con amor
me pusieron á la escuela,
y en poco tiempo aprendí
16 á leer y escribir, ciencias,
para ser mujer, bastantes,
si bien se aprovechan d'ellas.
Aprendí á jugar las armas
20 con gran valor y destreza,

que al poco tiempo salí
como el instructor, más diestra.
Apenas tuve las luces[6],
24 cuando la parca sangrienta
quitó la vida á mis padres,
quedando yo tan resuelta,
que de mi furor temían
28 muchos de la ciudad mesma.
Vivía junto á mi casa,
de lindo cuerpo y presencia,
el hijo de un caballero,
32 llamado Fabián Herrera.
Este gustaba de hablarme
y que yo le respondiera.
Como dice aquel adagio,
36 las burlas pasan á veras:
me robó el amor y el alma,
y quedando yo sin ellas,
le dije si me quería
40 por esposa, y la respuesta
me dijo que no igualaba
en calidad ni en hacienda,
y que me fuese con Dios
44 á mi casa en hora buena.
Obedeciendo el mandato,
como una leona sangrienta
troqué mi amor en rigor
48 y en veneno la fineza.
Dentré[7] á mi casa furiosa,
aguardando á que viniera
la noche, para vengarme,
52 de mi enojo la soberbia.
Me puse un calzón de ante
con una media de seda,
y un coleto de mi padre,
56 que Dios en la gloria tenga.

Vestida de punta en blanco,
tomé la espada y rodela,
y con una garabina [8]
60 bajé veloz á la puerta.
Lo hallé qu' estaba en la calle,
hablando por una reja
con cierta dama, y llegando
64 le dije d'esta manera:
—Ingrato y sin atención,
¿cómo atrevido desprecias
el honor de mi linaje,
68 sabiendo que soy tan buena
como cuantos podrán ser?
Y así, yo vengo dispuesta
á que me quitéis la vida
72 ó yo quedar satisfecha.
¡Ea, cobarde! ¿Qué hacéis?—
El mozo, puesto en defensa,
se defendía bizarro,
76 pero poco le aprovecha,
que con cuatro ó seis heridas
cayó mortal á la tierra.
Alborotóse la dama
80 al ver su esperanza muerta,
y de un garabinazo
cayó como una cordera.
Este fué el primer principio
84 para olvidar á mi tierra:
dejé mi nombre, y me puse
Ru'esindo Espinela.
Un barquillo me pasó
88 á la ciudad de Antioquera [9],
que iba con su capataz [10]
á ver su casa y hacienda.
Me desembarqué, y estando
92 una noche en la alameda,

divirtiéndome en un juego
de turcos [11], en una mesa,
no me acuerdo sobre qué,
96 se ofreció una escarapela [12].
Eran seis contra mí sola;
donde [13] me obligó la fuerza
de la razón, á sacar
100 los instrumentos de guerra.
A la primera mudanza
cayeron tres á la tierra,
y los demás se huyeron,
104 que, si no, lo mesmo fuera.
Llegué á Málaga un día,
y estando en la calle Nueva
un mercader que ha llegado,
108 que el diablo todo lo ordena,
va un ministro y me pregunta
que de qué paraje era.
Le respondí:—¿Qué te importa?—
112 Sobre cierta dependencia,
me dijo que me pondría
en un cepo de cabeza.
Alcé la mano furiosa,
116 y en mitad de la mollera
le di un golpe, y se quedó
bailando la pataleta.
A cuyo tiempo llegó
120 la justicia, y me amonesta
que me entregue á la prisión
por voluntad ó por fuerza.
Le dije que no quería,
124 y tomando una vihuela,
ahí me puse á cantar
una bocaná de cuentas [14].
Con verdad que no pensé
128 salir bien d'esta refriega,

si no es por un extranjero
que compasivo se muestra,
resguardándome la espalda;
132 bajo de cólera ciega
á cuál herido á cuál mato.
Finalmente hice puerta
para escaparme, y salí
136 con tres heridas pequeñas.
El valeroso Alejandro
me seguía; en una cueva
pasamos aquella noche,
140 y ántes que el alba luciera,
caballeros nos subimos
á lo alto de la sierra.
Topamos un sacerdote
144 que pasaba en una yegua:
era caballero noble
y lo bajamos á tierra.
Al tiempo de registrarlo
148 muy compasivo se muestra,
diciendo:—No me matéis,
amigos, que yo quisiera
traer á vuestro servicio
152 d'este mundo las riquezas.—
Y sacó ochenta ducados,
y en pago d'esta fineza
le dejamos maniatado.
156 Sin ninguna resistencia
á Cartagena llegamos,
y á una pobre tabernera
le quitamos cien ducados,
160 dejándola media[15] muerta.
En el monte de Antioquía
topamos una calesa,
con un caballero noble
164 y una señora discreta.

A él me atraqué, y le dije:
—Bájese usté al punto á tierra,
que quiero que me confiese
168 el oro y plata que lleva.—
Saca al punto una pistola
para tirarme con ella,
y mi dicha, pues, no quiso
172 que diera lumbre la piedra.
Me arrimé á él y le di
[.....]
cuatro ó cinco puñaladas,
176 y la señora se queda,
al ver su fatal desgracia,
más pálida que una cera,
que sus suspiros podrían
180 ablandar las duras piedras;
[.....]
y mi compañero intenta
el despojarla, mas yo
184 le dije que no lo hiciera.
Y volviendo al caballero:
le hallamos en la maleta
ochocientos mil doblones,
188 que no fué muy mala presa.
Entramos á río Goldo [16],
y la justicia que llega,
y sin podernos valer
192 nos aprisionan y cercan.
[.....]
Mi compañero dispersa,
y viéndome sola entónces
196 hice tanta resistencia,
que para prenderme hubieron [17]
muertos y heridos cincuenta.
Al fin ya me aprisionaron,
200 y maniatada me llevan

a la ciudad de Antioquía,
donde la justicia recta
castiga, siendo derecho.
204 para que tengan enmienda.
Confesé todas mis culpas
como referidas quedan,
diciendo:—Yo soy mujer
208 y mi nombre es Espinela,
esclarecido linaje
donde las alas se queman.—
Ya se me cumple la hora,
212 con la capilla me ciegan;
invoqué á la Virgen pura,
diciéndole: «¡Oh, sacra Reina,
« suplícale á vuestro hijo
216 « que su perdón me conceda!»
[. . . . .]
Esto dijo; con violencia
llegaron las duras balas
220 y el cuerpo sin alma queda.
Escarmienten, pecadores,
mujeres, vivan atentas,
que 'aquél que anda en malos pasos
224 éste es el fin que l' espera.

---

1. Bellas. (DURÁN.)
2. Caduque. (DURÁN.)
3. Víbora. (DURÁN.)
4. Lo adversa. (DURÁN.)
5. Dentro. (DURÁN.)
6. Tres lustros. (DURÁN.)
7. Vide rom. 15, n. 2.
8. *Garabina* por *carabina*, alteración vulgar muy común en el caso de esta palabra, pero de la cual no encuentro otros ejemplos.
9. Antequera. (DURÁN.)
10. Con un capitán que iba. (DURÁN.)
11. Trucos. (DURÁN.)
12. Escaracela. (DURÁN.)
13. Vide rom. 120, n 3.
14. Una jácara de cuenta. (DURÁN.)
15. Es comunísimo en Chile convertir *medio*, adverbio, en adjetivo.
16. Gordo. (DURÁN.)
17. Vide rom. 103, n. 10.

128

Espinela. B

(Recogido en Coihueco, provincia de Ñuble.)

El sol detenga sus rayos,
la luna su dulce y bella,
el duque mar en sus olas,
4 y estremézcase la tierra.
. . . . . .
Nadie está libre de ello
después d'estos cuatro planetas.
Yo nací de entre las ondas,
8 me llevaron á la iglesia,
y en el sagrado bautismo
me pusieron Espinela.
Yo por medio luz estuve,
12 cuando la patria sangrienta
quitó la vida á mis padres,
quedando yo muy resuelta,
y de mi furor temblaban
16 varios de la ciudad mesma:
raro era el que me la hacía
que con ella se me fuera.
Cerca 'e la casa vivía
20 un mozo 'e linda presencia
[. . . . . .]
llamado Fabián d'Herrera.
Mucho procura de hablarme
24 y que yo le respondiera.
Me robó el amor y el alma,
y quedando yo sin ellas,
le dije si me quería

28 por su esposa, y la respuesta
fué de que no le igualaba
ni en calidad ni en hacienda,
que tenía su amor puesto
32 en prenda 'e mejor nobleza;
me dijo de que me fuese
pa mi casa en hora buena.
Le obedecí su mandato;
36 como una leona fiera
puse mi amor en coraje
y en veneno la fineza.
Esperando que cerrase
40 la noche, estuve dispuesta
para salir á vengar
el agravio y la soberbia.
De que se cerró la noche,
44 [.....]
me vestí de punta en blanco,
tomé mi espada y rodela,
tomé carabina y sable
48 con intención manifiesta,
y un coleto de mi padre,
que Dios en su gloria tenga.
He salido pa la calle,
52 á donde luego le viera
hablando con cierta dama,
hablando por unas rejas,
hablando de mi niñaje,
56 sabiendo que soy tan buena.
.....
—Ingrato sin atención
que atrevido me desprecias,
hablando de mi niñaje,
60 sabiendo que soy tan buena,
[.....]
pues ahora vengo dispuesta

á que me quites la vida
64 ó yo quedar satisfecha.—
La niña ha dicho que aguarde:
se pone el mozo en defensa,
se defiende muy bizarro,
68 pero poco le aprovecha,
que con cuatro ó cinco heridas
cayó mortal á la tierra.
La niña [. . . . .]
72 al ver su esperanza muerta,
quedó [. . . . .]
más pálida que una cera.
. . . . . .

Comentario.—La versión A de *Espinela*, aunque bastante extensa, presenta todavía numerosas lagunas y alteraciones que dificultan su inteligencia. Algunas de estas últimas he salvado en notas, valiéndome del texto publicado por Durán en el *Romancero*, t. II, p. 365. La variante B es tan incorrecta, que no admite anotaciones, y sólo la publico, como he hecho con otras, para acreditar la difusión que alcanza el romance.

129

María Santander

(Recitador: Augusto Lange, de diez y ocho años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

I

De Illapel hacia la costa
hay un pueblo muy pequeño
denominado Los Puentes,
4 y en él se hallaba viviendo
una honorable familia,
que, aunque pobre, era el ejemplo
de dignidad sin reproche
8 en aquel lugar modesto.
Pero el fiero Satanás,
que siempre vive en acecho
de la buena gente, un dia
12 mandó á un forano[1] mancebo
muy hermoso y muy galante,
á casa de don Anselmo
Santander, que este era el nombre
16 del noble jefe paterno.
Llegó el joven muy humilde
pidiéndole alojamiento,

y en el acto recibido
20 fué con cariño muy tierno.
Siete seres componían
aquel dichoso embeleso
del hogar y la familia:
24 un niñito muy pequeño,
el padre, la madre, un mozo
de buen corazón y honesto,
dos niñitas, y una niña
28 de quince abriles no enteros.
Esta doncella era el dije
de aquel feliz lugarejo.
Era tan lindo su porte
32 y su talle tan esbelto,
y sus ojos tan hermosos,
y tan lindos sus cabellos,
relucientes como el oro,
36 y su rostro era tan bello,
que una Elena parecía,
la de los antiguos griegos.
Eso sí que su mirar
40 era triste y macilento,
su carácter, melancólico,
á veces un poco serio.
Nunca se le vió reir,
44 ni nunca hablar en exceso;
Juana María era su nombre,
y d'esta joven, por cierto,
se enamoró aquel galán
48 ó maldito forastero,
que á alojar llegó á su casa
en tan mal' hora, el perverso.
Tres años batalló el ruin,
52 con el más porfiado empeño,
por seducir á la joven,
sin lograr su fiero intento.

Con la honradez y el pudor,
56 la virtud sin contrapeso,
se encontró siempre el tenorio
en su lujurioso anhelo.
A sus lágrimas fingidas,
60 á sus falsos juramentos,
á sus pomposas promesas,
ella contestaba esto:
—Lléveme usté ante el altar,
64 para que ahí nos casemos
por la iglesia, cual lo manda
su séptimo mandamiento.—
Pero en esto él no había
68 siquiera por un momento
pensado; sólo anhelaba
saciar sus malos deseos.
Estando ya confundido
72 el pretendiente, en extremo,
buscó un recurso infernal:
«Me postraré ante los viejos,»
dijo aquel astuto infame,
76 « y con lágrimas de fuego
« les clamaré que ellos hagan
« por mí lo que yo no puedo.
« Y lo harán, porque me quieren
80 « más que á un hijo estos lesos [2].
« Les juraré con mil cruces
« que cuando logre mi intento
« me caso con la Juanita,
84 « que tanto estimo y venero.
« Pero que si desairado
« salgo por causa de ellos,
« me hallarán colgado un día
88 « del peral que hay en el huerto,
« y les juro de que mi ánima
« vengará el mal que me han hecho».

II

La astucia más refinada,
la más ruin hipocresía
del llanto, con la amenaza
4 de que su ánima bendita
vendría á vengar la injuria
que la cruel Juana María
le hiciera, y el gran cariño
8 que los viejos le tenían,
influyeron de tal suerte
en los padres de la niña,
que un año ellos porfiaron
12 noche á noche, día á día,
en contra ¡quién lo creyera!
de la virtud de su hija.
El cariño de fe ciega
16 y su ignorancia supina,
la super'ticiosa idea,
en ellos se dieron cita.
Una noche está Camilo,
20 (que éste era el nombre de pila
del terrible seductor,)
en su lecho, que agoniza
de una enfermedad mental,
24 y que en su fiera agonía
no deja de pronunciar
el nombre de su querida.
L'echa en cara su crueldad
28 y su infame negativa,
y se queda muerto un rato
este pillo del mendigo [3].
Como á la hora volvía
32 á vivir, y más delira
con el nombre de su amada,

que le va á quitar la vida.
Hay que advertir que esta farsa
36 fué pensada y combinada
entre él y los dos viejos,
para engañar á la niña.
Pero no con esta treta
40 á la joven la vencieron:
—Mándenos traer al cura
aquí, al instante, mamita [4],—
decía muy alarmada
44 la pobre Juana María.
Momentos después, á solas
llaman los padres á su hija,
y d' esta manera le habla
48 Santander:—Hija querida,
yo soy hombre que conozco
en los mozos la malicia,
y en el buen Camilo no hay
52 nada de falso en sus miras.—
Y la madre así le habló:
—Yo soy mujer que en la vida
tengo bastante experiencia,
56 [. . . . .]
y no sería yo quien
quisiera labrar tu ruina.
Mi yerno, el pobre Camilo,
60 te adora con alma y vida,
y morirá si tú cruel
te muestras á sus caricias.
Lo que te exige es muy justo,
64 porque hay que saber, hijita,
que cuando á fardo cerrado [5]
se casa el hombre, se humilla;
y es mejor, para evitar
68 en los casados rencillas,
no fijarse, antes, la esposa

en cosa de poca estima.—
La joven está bañada
72 en lágrimas, y respira
con fuerza, como ahogada,
y en sus lindos ojos brilla
una mirada de fuego
76 que su decepción indica.
Por su lindo rostro cruzan
ráfagas de rojas pintas,
que indican la exaltación
80 de que se halla poseída.
Después de un corto silencio,
la joven con voz altiva
así contestó á sus padres:
84 —Padres míos, mi divisa
ha sido hasta este momento
la resistencia inaudita,
de no caer en el fango
88 de relaciones ilícitas,
tanto porque es indecencia,
cuanto porque la perfidia
de los hombres que se burlan
92 de las niñas ya vencidas,
es lo que hay de más infame
en esta mísera vida.
Me causa horror ver que ustedes,
96 con persistencia continua,
me invitan para que sea
de Camilo concubina.—
Esto dijo la infeliz
100 y quedó en llanto sumida;
después, asomó en sus labios
de amargura una sonrisa,
y exclamó:—¡Está bien; que sea!
104 ¡jugaremos la partida!—

III

Diez meses han transcurrido,
señores, desde la fecha
en la que Juana María
4 exclamó: «¡Está bien; que sea!»
Dos niñitos, mujer y hombre,
de sus pechos se alimentan,
y ella está triste, abatida,
8 pensativa y macilenta.
¿Qué causas han motivado
su abatimiento y su pena?
¡Qué ha de ser, si el ruin Camilo
12 no se ha casado con ella,
y cada día que pasa
el ingrato más se aleja
de la preciosa beldad
16 qu' en sus promesas creyera!
Hacían ya quince días
que Camilo estaba fuera
de la casa de Juanita,
20 y volvió un día de fiesta.
Era el día de San Juan,
que en Los Puentes se celebra
con ardor, y el tal Camilo
24 con un esquinazo [6] llega
á la casa de su víctima,
que tanto honor d' él no espera.
Viene ebrio el insolente,
28 y al sonar de la vihuela,
con voz vinosa principia
esta coplita indiscreta:
«M' idolatrada Juanita,
32 «su querido le aconseja
«que por falta de cumplido

« usté nunca tenga pena».
Al oir la infeliz niña
36 una burla tan grosera,
su cuerpo se estremeció
de cólera y de vergüenza.
Poco más tarde Camilo
40 salió á bailar una cueca [7],
y cuando sacó el pañuelo,
al suelo cayó una esquela.
Presto la recoge Juana
44 y á solas se va á leerla.
La carta decía así:
«M' idolatrada Teresa,
« hoy recibí tu estimada,
48 « en la cual me das tus quejas,
« reprochándome de ingrato
« porque todavía á ésa
« no he vuelto, para estrecharte
52 « en mis brazos, mi sirena,
« perlita mía; muy luego
« me tendrás á tu presencia,
« y con esta pobre tonta
56 « inútilmente me celas.
« En l' otra que me escribiste
« elogias mucho la treta
« tan bonita que buscamos
60 « con el viejo y con la vieja
[.....]
« á mis plantas se rindiera.
« Ellos m' echan á la cama
64 « y l' agonía comienza,
« y si no es por ellos mismos,
« no se rinde la trinchera».
La joven no concluyó
68 de leer aquella esquela:
con lo que de nuevo sabe

á sus pies se hunde la tierra.
«¿Conque fueron él con ellos
72 [. . . . .]
« quienes me hicieron caer
« por medio de una ruin treta,
« en la desdicha más grande
76 « y desgracia más extrema? . . ».
Guardó la carta, y fingió
estar un tanto serena.
Va á decirles á sus padres
80 que ya la cena está hecha,
y agregó que mucho gusto
tenía en el día d'ella,
y que para celebrarlo
84 deseaba con todas veras
que una tertulia bien grande
entre la familia hubiera.
Hiciero' un soberbio ponche,
88 y unas dos vecinas llegan
que mandó traer Camilo,
y entre tonadas y cuecas,
la Juanita sirve el ponche
92 á todos con ley pareja,
y hasta á sus dos hermanitas
les sirve una copa llena.
Sólo ella no más no toma [8],
96 y alega que se reserva
de tomar, por sus guagüitas [9],
que luego estarán despiertas.

IV

Son las doce de la noche,
y Juana María se halla
con el pelo desgreñado

4 hacia un rincón de la casa.
Tiene en sus sangrientas manos
una muy aguda daga,
y al lecho donde Camilo
8 está durmiendo de espalda,
se aproxima y lo recuerda.
Éste, saltar de la cama
intentó, peró no pudo;
12 con formidables amarras
le había ya maniatado,
aprovechando su rasca [10],
la terrible Santander
16 para saciar su venganza.
Ya despierto, con voz ronca
Juana María le habla
d' este modo:—Muy bonita
20 fué la treta combinada
entre mis padres y tú,
de aquella agonía falsa
que surtió tan buen efecto,
24 cual ha sido que á tus plantas
se rindió esta pobre tonta,
como lo dice tu carta.—
Le muestra la esquela, y sigue
28 así, con voz azogada [11]:
—Tu adorada Teresita
elogió mucho esta farsa.
Está bien, que la celebre,
32 pero escucha dos palabras:
[á] ésos que fueron mis padres
y autores de mis desgracias,
con esta daga les hice
36 pagar sus torpes infamias.
Si ellos labraron mi ruina
hasta donde el mal alcanza,
yo también les di la muerte;

40 y con esta misma daga
que veis coloreando aquí,
he muerto á mis dos hermanas,
para que no sean ellas,
44 cuando grandes, desgraciadas
como yo, y también maté
á mi hermano, que ostentaba
tan grande amistad contigo,
48 que ya de mí se mofaba,
cuando era de su deber
castigarte por tus faltas.
Maté á mi hermano menor,
52 para que no quede en planta
ni rastro de una familia
tan fatalmente burlada.
Y tú, que sois el autor
56 de la ruina d' esta casa,
muere ya, traidor infame.—
Le dijo á Camilo, Juana,
y con sonrisa diabólica
60 le hundió en el pecho la daga.
Voy á concluir la tragedia
como lo indica esta historia.
Poco después de ultimar
64 á Camilo, llevó Juana
para el huerto sus niñitos,
y también ahí los mata.
Después, uno en cada brazo
68 agarró, subió una escala,
de donde una soga al cuello
se ata la desgraciada,
y ahorcada fué en un momento

1. *Forano*, ant. *forastero;* lo mismo en germanía. En Chile he oído pronunciar *fuerano* y *juerano*, y en nuestra jerga picaresca existe el vocablo *ajuerino*, ladrón de los suburbios.
2. Necios.

72 la niña de gracias tantas,
que era antes de su rüina
el portento de la casa.

---

3. ¿Mandinga?...En Chile, como en otras partes de América, es muy común designar al diablo con este nombre.
4. Vide rom. 103, n, 4.
5. *A fardo cerrado*. Modismo chileno: «Comprar *á fardo cerrado*», es adquirir algo sin enterarse previamente de su calidad y estado. El lector comprenderá fácilmente, sin otra explicación, el sentido del verso anotado.
6. Serenata.
7. Zamacueca.
8. En nuestras clases populares, el verbo *tomar* ha substituído enteramente á *beber*. Los que antes *bebían*, ahora *toman;* de donde al ebrio se le llama *tomador*. Hasta las pócimas han dejado de ser *bebidas*, para convertirse en *tomas;* y apenas si entre los campesinos se oye sonar á veces la palabra *bebedero*, en el significado de *abrevadero*, y también para designar el vaso ó cacharro en que se da de beber á los animales, sin distinción de aves ni de mamíferos.
9. Diminutivo de *guagua*, del quechua *huahua*, niño de pocos meses, criatura.
10. Borrachera.
11. ¿Azorada?

Comentario.—Este romance, chileno sin duda alguna, es semiliterario, y está vaciado en el molde de los peninsulares de igual clase, con el aditamento del prosaísmo, que no suele ser el defecto predominante en aquéllos. Por lo que hace al argumento, forzoso es confesar que el autor encontró manera de eclipsar á los más desaforados productores de escenas sangrientas y lances espeluznantes, los cuales proceden ordinariamente con más humanidad, dejando con vida siquiera á uno de los personajes.

130

Cayetana. A

(Recitador: Pedro Madrid, de cuarenta años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

. . . . . .
Un caballero que andaba
en músicas y paseos,
un día la tomó á solas,
4 d'esta manera diciendo:
—Cayetana de mi vida,
por tu amor me tienes muerto,
palabra te doy de esposo,
8 haciendo á Dios juramento.—
. . . . . La dama
le dió el consentimiento,
para que el galán gozara
12 lo que guardó tanto tiempo:
veinticinco años tenía,
nadie le tocó su cuerpo.
Al pie de una verde mata
16 hicieron los dos asiento,
donde allí comunicaron
el amor con los deseos.
. . . . . .

El caballero procuró
20 despedirse de Toris [2] luego,
la dama luego lo supo,
toda llena de recelos.
Tomó ropilla y calzones,
24 también un fuerte coleto,
una charpa de pistolas
que en el agua daban fuego.
Montó en un ligero bruto
28 que volaba más qu' el viento,
decía en cada golpe un rayo,
en cada amenaza un trueno.
Un día qu' iba pasando
32 [.....]
el monte de Cataluña,
dió con unos bandoleros;
[.....]
36 mete la mano en su acero,
dice en cada golpe un rayo,
en cada amenaza un trueno.
Repararon los bandidos,
40 le admiran joven, gallardo:
—¿Quieres quedarte [le dicen]
en este oscuro centro?
Serás nuestro capitán,
44 todos te obedeceremos.—
.....
Se salteaban las aldeas;
si alguna mujer pasaba,
que todos la gozaran;
48 decía en un pensamiento:
—Ya que yo he perdido l' honra,
que todas la pierdan quiero.—
Un día, al oscurecer
52 y á la bajada de un cerro,
[.....]

iban ocho pasajeros,
entre los cuales venía
56 don Florentino, mancebo.
[. . . . .]
Mientras que los compañeros
les arrebatan las joyas,
60 armas, galas y dinero,
Cayetana de la mano
toma á su enemigo fiero,
y le dice:—Caballero,
64 usté sabrá de aquel cuento
que pasó en un galanteo...
. . . . . .
Hija ideal de hermosura,
la cual dotaron los cielos,
68 hija de padres y diestos (*sic*)
y de Aragón en el reino...
. . . . . .
—Eso no tiene remedio,
porque en Apolo tratando (*sic*)
72 tengo ya mi casamiento.—
. . . . . .
Allí le dió una estocada
en el costado siniestro:
cayó el caballero en tierra,
76 la dama [. . . . .]
se sacó una mascarilla,
descubriendo cara y pecho.
. . . . . .
—Pide á Dios que te perdone
80 tus yerros, y los que he hecho.—
Y á raíz le dió la muerte.
Ella se fué á un convento,
donde con el confesor
84 confesó luego, al momento.
La penitencia le dieron

que se fuera á un desierto,
donde dos mil sabandijas
88 martirizaron su cuerpo.

1. Vide r. 120, n. 3.
2. Esta palabra corresponde á un nombre geográfico, que ignoro cuál sea.

131

Cayetana. B

(Recitador: Pedro Alvarez, de sesenta y dos años; no recuerda dónde lo aprendió; reside en Melipilla, provincia de Santiago.)

—Cayetana, Cayetana,
mira que me tienes muerto;
te doy palabra de esposo,
4 haciendo á Dios juramento.—
Debajo 'e una verde planta
los dos tomaron asiento.
[.....]
Se levantó el caballero
8 haciendo mil juramentos,
prometiendo ser más fino
que el sol cuando está en su centro.
[.....]
Dispuso este caballero
12 salirse del lugar luego:
la señora, lo que supo,
no hay tigre ni león tan fiero
que ponga más fea cara.
16 Se mandó cortar el pelo,
se puso una mascarilla
que tapó su hermoso cielo,
carga trabuco y florete,

20 monta en un bruto ligero
que volaba más qu' el viento...
[.....]
Una tarde muy penosa,
24 por la ladera de un cerro
ha divisado venir
unos ocho pasajeros.
Desmóntase Cayetana:
28 [.....]
de cada mal un rayo,
y de lo menos un trueno.
.....

Comentario.—No puede juzgarse del mérito de este romance por las estropeadas versiones que he recogido, pero no debe de ser mayor que el de otros del mismo tema, entre otras razones, porque los pedestres ingenios que los escribieron, se ajustaron siempre á una misma pauta, tan vulgar como sus facultades. Aunque no figura en los romanceros, no puede dudarse que su autor era español.

132

Inés Marcela

(Recitadora: D. L. de L., de sesenta y seis años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

. . . . . .
Dióles el cielo una hija,
¡ay, cielo! que mejor fuera,
para no hacer lo que hizo,
4 muriese cuando pequeña.
Criáronla con mucho amor,
mas, como era la primera,
de los cariños del padre
8 logró las inconveniencias,
que el mucho amor en los hijos
es ruina en que se despeña.
D'esta tal se enamoró
12 un joven de bajas prendas,
que aunque galán y valiente,
no llega á igualar con ella.
La niña correspondía
16 al mancebo demandante,
pero el padre no quería
que con él se desposara,
y llamándola, le dice:

20 —¿Es posible, Inés Marcela,
que en ti misma no repares
lo errada que vas y ciega?
—En vano es, padre, cansarse,
24 que aunque las puertas se abrieran
del infierno, y en sus penas
padeciera eternamente,
con el mozo he de casarme
28 aunque condenada fuera.
. . . . . .

Comentario.—No conozco este romance, que debe de diferenciarse muy poco de los anteriores. La escena se abre con un amor contrariado: faltan sólo los crímenes y aventuras que han de completar el cuadro. ¡Terrible literatura ésta, que de tales recursos tiene que valerse para interesar á su público!

133

Antonio Montero y Diego de Frías. A

(Recitador: Tomás Bravo, de treinta y tres años; lo aprendió en Coihueco, provincia de Ñuble, donde reside.)

A la celestial princesa,
madre del divino Verbo,
le pido me dé su gracia,
4 porque sin ella no puedo
mover mi rústica lengua,
ni darle á entender al pueblo
lo que sucedió en Marsella
8 con dos gallardos mancebos,
el uno Diego de Frías
y el otro Antonio Montero.
Eran ambos muy amigos
12 y de muy cercanos deudos.
Montero era casado
con doña Juana de Ampuero,
blanca, rubia, colorada,
16 bella, sin ningún defeuto [1].
. . . . . .
Esto lo sabía Diego,
que de amores anda muerto,
hasta que un día le dijo:

20 —Si tú supieras mi afeuto [2],
supieras el gran cariño,
de ahí el amor que te tengo,
fueras dueña de mis bienes,
24 bastantes haciendas tengo.
—No desconfío y empresto, (*sic*)
que presto seremos ciertos, (*sic*)
y en cierta villa gozamos
28 por todos un largo tiempo.—
Montero llega á su casa
y á su mujer echa menos:
brama como un toro guapo,
32 gime como un león sangriento,
retorciéndose los dedos,
botando mil juramentos
de no rasparse [3] la barba
36 ni mudar camisa al cuerpo,
hasta encontrar al traidor
que tuvo ese atrevimiento.
Se puso una barba cana
40 que sólo llegaba al pecho,
mandó hacer un ropón pardo
contra mil parches y enredos [4].
Puso entre medio de ellos
44 cinco volcanes de fuego,
y un fino y veloz acero
que rebanaba los vientos.
Montero no anda de día
48 sino de noche, al momento
[.....]
sus diligencias haciendo.
Al año cumplido supo
52 qu' en la villa están de cierto,
y se dirigió á la casa
en traje de limosnero.
.....

—Buenas noches, padre amado.
56 —Buenas noches. Aquí vengo
por encargo de tu tío,
debajo 'e mucho secreto,
que te vai'[5] para Calmona[6]
60 porque ya Montero es muerto,
y antes que venga el día
es menester que marchemos.
[.....]
64 —Es menester que almorcemos.
—Donde estemos, ahí, libres
de enredo y de pasajeros.—
Y entonces dijo la dama:
68 —¡Venenos para Montero!
[.....]
Entonces dijo Montero:
—¡Eso sí que yo no aguanto!—
72 Entonces, de rabia ciego,
le dió cinco puñaladas;
á ella le cortó los pechos,
[.....]
76 á él[7].....
y la colgó en una puerta,
y puso abajo un letrero
qu' en sus tres letras decía:
80 «Esto hizo Antonio Montero,
«pa que nadie ponga amor
«en prenda que tiene dueño».

---

1. Vide r. 5, n. 1.
2. Vide r. 5, n. 1.
3. El vulgo no conoce la existencia del verbo *rapar*. Tampoco la conocen muchos que no se creen vulgo.
4. «Con más de dos mil remiendos». (DURÁN.)
5. *Vai'* por *vayas;* es lo corriente en el pueblo.
6. *Calmona* por *Carmona*. Así también: *colcho, palche, pelcha,* por *corcho, parche, percha.*
7. «Y las vergüenzas le corta» (DURÁN.) En la variante chilena, este verso tiene el color más recargado.

134

Antonio Montero y Diego de Frías. B

(Recitadora: Manuela Rojas, de setenta años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Don Antonio era casado
con doña Juana de Cuero [1],
blanca, rubia, cariñosa
4 y de buen entendimiento.
[. . . . .]
Mas aquel dragón soberbio
hizo que se enamorase
8 Diego de Frías, teniendo
mucha dentrada [2] en la casa.
. . . . . .
—Si usted pagase mi afeuto [3],
fuera dueña de mis bienes
12 y de haciendas cuantas tengo.—
La dama le respondió:
—Si viene Antonio Montero,
á los dos nos matará,
16 mala fortuna tendremos.—
. . . . . .
Llegó Antonio Montero
y halló su casa pelada [4].
. . . . . .
Antonio no se pasea
20 de día, más que de noche,
hasta llegar á saber
quién tuvo el atrevimiento...
. . . . . .
En Antequera se sabe
24 qu' en Sevilla están de cierto.

[. . . . . .]
Entonce' Antonio Montero
toma el bastón en la mano
28 y sale para Sevilla.
. . . . . .

1. Cueto. (DURÁN.)
2. Vide r. 15, n. 2.
3. Vide r. 5, n. 1.
4. Sola y desalhajada.

COMENTARIO.—Este romance lo publica Durán en el *Romancero*, t. II, p. 289. La invocación con que comienza la variante chilena, no le corresponde; está tomada del romance *El alarbe de Marsella*, que es también muy popular entre nosotros. La tradición oral ofrece muchos ejemplos de esto. La versión dada á luz por Durán comienza así:

A la Virgen del Rosario
le suplico me dé alientos,
mientras mi lengua declara
el más notable suceso
que en la ciudad de Antequera
le (*sic*) sucedió á dos mancebos:
el uno es Diego de Frías,
y el otro Antonio Montero.

135

El trigo y el dinero

(Recitador: Alejandro García, de cuarenta y tres años; lo aprendió en Rengo, provincia de Colchagua, donde reside.)

Pare su dorado carro
el rubicundo planeta,
la luna tenga su nivel
4 y las errantes estrellas.
Paren los cuatro elementos,
todos los astros atiendan
á una reñida pendencia
8 entre el trigo y la moneda.
Pido á todos atención,
para que con ella pueda
contarlas (*sic*) á mi auditorio
12 la más extraña contienda
que han habido los nacidos,
que han escrito los poetas;
y porque sea notorio,
16 quiero que todos lo sepan.
Es que el trigo y el dinero
están en gran competencia,
sobre cuál de los dos es

20 de las más sublimes prendas.
Habló el dinero, diciendo
al trigo d'esta manera:
—¿Cómo, villano atrevido,
24 te opones á mi grandeza,
sabiendo que mis aplausos
se ensalzan á las estrellas?
Y por si acaso lo ignoras,
28 será razón que lo sepas:
mi nombre propio es dinero,
hecho soy de tres materias,
que son oro, plata y cobre,
32 metales qu' el mundo aprecia.
Soy caballero cruzado,
pues traigo aquí la encomienda;
el rey sus armas me dió,
36 pues las traigo por defensa.
Sus más nobles caballeros
y señores de altas prendas,
me dan su lado derecho
40 y me sientan á la mesa.
Y soy el dueño del mundo,
pues todo á mí se sujeta;
hago al pobre poderoso,
44 discreto al que necio era,
y de un soldado valiente
hago un general de prendas.
Doy dones y señoríos,
48 puestos, lauros y grandezas,
de mis perlas.....
las veneras encomiendas,
beneficios, canongías,
52 [.....]
gobiernos, corregimientos,
alabardas y banderas,
marquesados y ducados

56 y otras muchas preeminencias.
Yo edifico casas, pueblos,
ciudades, villas y aldeas,
alcázares y palacios,
60 castillos y fortalezas,
catedrales y ermitas
y otras fábricas diversas.
Yo convierto en tierra llana
64 á la más sublime sierra,
pongo viñas y olivares,
prados, jardines y huertas.
Hago las mayores cosas,
68 los vínculos, las haciendas,
yo tengo capellanías
para los hombres de letras.
Tengo maestros de danzas,
72 pintores de gran destreza;
tengo para los enfermos
doctores de grandes ciencias,
barberos para sangrías,
76 afeitar y sacar muelas,
cirujanos para heridas,
albéitares para bestias,
albardoneros, herreros,
80 armeros para escopetas,
carpinteros y torneros,
sastres y sastras muy buenas,
zapateros de obra prima,
84 también tengo de obra gruesa,
roperos y comerciantes
y maestros de vihuela.
Tengo fábricas de paño,
88 de grana, sedas y telas,
donde se visten los reyes
y los hombres de altas prendas.
Las fábricas de sayal,

92 anascote y estameña,
bayetas y tafetanes,
es todo bien de mi cuenta.
Tengo también para pobres
96 muchas fábricas diversas
de sargas y paños pardos
y lienzos de mil maneras.
Tengo para el pasajero
100 mesones, posadas, ventas,
también tengo en las ciudades
bodegones y tabernas,
donde vendo por cuartillas
104 vino, aguardiente, mistela.
Para el regalo del bombre
tengo muchas cosas buenas:
tengo pavos y capones,
108 gallinas y pollas tiernas,
pollos, liebres y conejos
y toda clase de pesca,
cerdos, vacas y carneros,
112 muchos cabritos y ovejas,
cerezas, brevas, duraznos,
uvas, higos y camuesas.
Tengo leche, miel y huevos,
116 canela, azúcar y almendra,
en el mar tengo navíos,
bergantines y corbetas.
Por mí va á la fleta India [1]
120 y mil marchantes en ella;
yo redimo á los cautivos,
yo contra infieles doy guerra,
y visto al que está desnudo
124 y yo caso á las doncellas.
El pobre por mí trabaja,
por mí el rico se desvela,
y hago grandes amistades,

128 venzo pleitos y quimeras.
Yo sé de todos oficios
y entiendo de toda ciencia,
y tengo para pasearme
132 sillas, coches y literas.
Y á donde quiera que estoy
jamás dentra [2] la tristeza,
sino gustos, pasatiempos,
136 bailes, saraos y fiestas,
gustos, entretenimientos,
funciones, toros, comedias.
Corren toros y alcancías, (*sic*)
140 convites, banquetes, mesas;
soy muy delgado en ingenio,
tengo muchas agudezas.
Los ingenios de la azúcar
144 yo los saqué de mi idea,
los molinos del aceite
y las casas de monedas,
las fábricas de tabacos,
148 dos mil productos y rentas.
Tengo plateros que hacen
relicarios y cadenas,
engarces para rosarios,
152 medallas y lentejuelas,
juentes [3], arvillas [4] y jarros,
campanillas, vinajeras,
las medias lunas y soles,
156 las coronas y diademas,
las custodias y copones
que en el sagrado [5] se encierran.
No quiero pasar de aquí,
160 pues si más decir quisiera,
en un año no acabara
de referir mis grandezas,
y ahora con atención

164 sólo espero la respuesta.—
El trigo atento escuchaba,
y ya falto de paciencia,
le dice:—Calla, villano,
168 suspende tu errante lengua,
pues aquel que mucho habla,
dice el vulgo, mucho yerra.
Y así, para que no inores [6]
172 tu vana y loca soberbia,
te diré en breves palabras
algunas de mis grandezas,
'esvaneciendo las tuyas,
176 pues son todas apariencias.
Yo alimento al Padre Santo
en sólida silla regia,
á cardenales y obispos,
180 también al rey y á la reina,
condes, duques y marqueses,
caballeros de encomienda,
al labrador en su afán,
184 al poderoso en su hacienda,
en su estudio al escribano,
[.....]
al abogado en sus leyes,
188 al regente en su audiencia,
en su juventú al mancebo,
en su casa á la doncella,
en su ermita al ermitaño,
192 al solitario en su cueva,
por el mar los navegantes,
los soldados en la guerra,
al jardinero entre flores
196 y al hortelano en su huerta,
con sus vacas al vaquero
y al pastor con sus ovejas.
Mantengo reinos, provincias,

200 ciudades, villas, aldeas;
yo alimento á toda España,
á Francia, á Hungría y á Grecia,
Flandes, Polonia, Alemania,
204 Saboya, Italia y Armenia.
Soy la que tuve los reinos [7],
de los campos la cosecha,
doy abasto á los poblados,
208 al gusto de la grandeza.
. . . . . .
Y si no, dime tú ahora
¿qué lauros y qué grandezas
consiguió el Rico avariento,
212 con ser tu amigo de veras?
El estar hecho un tizón
en las profundas cavernas.
Aquel gran traidor de Judas,
216 sólo por treinta monedas
cometió el mayor pecado
que se ha escrito ni se cuenta.
Dicen que edificas templos
220 y haces obras excelsas:
pues de mí se hace el pan,
manjar que todos aprecian.
También se hace la hostia
224 que en la misa se celebra,
y en fe de cinco palabras
baja del cielo á la tierra
el Redentor de la vida;
228 ¡mira qué mayor grandeza!
En mí queda su morada,
y sacramentado queda.
. . . . . .
Pan del cielo, manjar dulce,
232 donde el mismo Dios se ostenta.—
El dinero vuelve las espaldas

al trigo, ufano con esta empresa.
Ahora, Alejandro García [8]
236 pide perdón de la letra.

---

1. Por mí va la flota á Indias. (DURÁN.)
2. Vide r. 15, n. 2.
3. Vide r. 26, n. 3.
4. ¿Salvillas?
5. Sagrario. (DURÁN.)
6. Vide r. 96, n. 3 de la 1.ª p.ª
7. Soy la quietud de los remos. (DURÁN.)
8. Y ahora Sebastián López. (DURÁN.) El recitador chileno substituía su nombre al que está escrito en el romance, según la versión de Durán, quien no creyó sin duda que era el del autor, pues da el romance como anónimo.

COMENTARIO.—Este romance es el mismo que publica Durán en el t. II, p. 400 del *Romancero*; pero en algunas partes son tantas las adiciones, variantes y supresiones, que puede estimarse como refundición de aquél. Durán lo incluye entre los de «controversia, agudeza é ingeniosidad».

136

Apartamiento del alma y del cuerpo

(Recitador: Mercedario Fuentes, de setenta años; lo aprendió en Talca; reside en Santiago.)

Oigan el clarín sonoro,
que con eco compasivo
pretende muy fervoroso,
4 de la caridad movido,
despertar á los mortales
qu' están en culpas metidos,
sin mirar que á Dios ofenden,
8 y que van por el camino
de los desaventurados,
como en pos del precipicio.
Muy cierto es que hay un despeño:
12 esto es tan cierto y tan fijo,
porque á menudo la muerte
viene cortando los hilos
vitales, con su guadaña...
16 [.....]
Porque con ecos tan altos
nos está llamando Cristo,
y tan presto ha de llamar
20 al anciano como al niño.

Ante Dios seremos todos
iguales, porque allá al rico
no le ha de servir su hacienda;
24 á pontífices y á obispos,
ni las tiaras ni las mitras
que en el mundo han poseído;
ni á los reyes la corona,
28 ni esmeraldas ni zafiros,
porque con ecos tan altos
nos está llamando Cristo.
Noten todos los cristianos,
32 los que hoy se hallaren vivos,
el dolor intolerable,
los sollozos y suspiros
que sentirá la pobre alma
36 cuando parta d' este siglo
y se divida del cuerpo,
que tiemblo yo al referirlo.
Oigan lo que el cuerpo dice,
40 disculpándose á sí mismo:
—Ya se ha llegado la hora,
la primera en que hemos visto
con su guadaña cortar
44 ya de nuestra vida el hilo.
Ya se acabaron los gustos,
los regalos, los vestidos,
aquellas cadenas de oro,
48 perlas, joyas y cintillos.
Ya se acabó el ir á caza
las fiestas y los domingos,
en que siempre te ocupabas,
52 echando siempre en olvido
las misas y los sermones,
por no querer ir á oirlos.
—¡Ah, tirano compañero!
56 responde dando gemidos

el alma, y le dice al cuerpo:
sabiendo que tú has sido
el autor de mis engaños,
60 la causa de mis delitos,
¿ahora me dices, tirano,
que en mí ha estado lo maligno,
sabiendo que por tu boca
64 yo faltas he cometido?
Yo también mentí por ella,
y oía por tus oídos
muchas cosas indecentes;
68 y después, por tus pies mismos,
anduve muy malos pasos,
qu' eran todos prohibidos.
Siempre tuviste de sobra
72 los manjares más crecidos;
y cuando triste te hallabas,
con cánticos inicuos
procurabas deleitarme
76 y perder fama con tus dichos.—
. . . . . .
Confusa y turbada el alma,
habla con tristes suspiros:
—¡Ay, cuerpo! Tú me tapaste
80 los signos del cielo empíreo,
y del suelo me enseñaste
los más errados caminos.
—Yo á ti te comparo al fuego
84 [. . . . . .]
que quema sin mostrar llama,
porque la oculta en sí mismo.
Pues si yo á ver alcanzara
88 d' este fuego lo encendido,
yo procurara apagarlo
haciendo mis ojos ríos.
Grande pena es la que siento

92 al ver cercano el fin mío;
mas si yo vivir pudiera
acompañado contigo,
en un año solamente
96 llorara todos mis vicios.—
. . . . . .
Allí la Virgen sagrada
habló con Jesús divino:
—Esta alma pecadora,
100 Señor, de mí se ha valido,
y la tengo de amparar
pues de mí demanda auxilio,
que Madre de pecadores
104 me apellidan, hijo mío.—
Dijo Jesús á la Virgen:
—Bastante tiempo ha tenido,
pero jamás dió limosna
108 ni penitencia hacer quiso.
Que se vaya á los infiernos,
yo no la quiero conmigo,
pues los tesoros del cielo
112 son todos para mis hijos,
aquéllos que fervorosos
y que muy bien me han servido.—
. . . . . .
¡Qué dichosa alma cristiana
116 que gozó tal beneficio!
Que Dios por su Madre amada
el perdón le ha concedido,
á fin de que los mortales
120 sirvamos á Jesucristo,
acordándonos, hermanos,
con el corazón contrito,
de la hora de la muerte,
124 del día horrible del juicio:
son cosas que las tenemos

en el libro del olvido.
Dispense el noble auditorio
128 las faltas d' este corrido [1].

1. Vide lo dicho en la INTRODUCCIÓN.

COMENTARIO.—Este romance, que no fué incluído por Durán, figura con el mismo título que aquí, en el «índice de pliegos sueltos, impresos del siglo XVIII en adelante», que se inserta en el *Romancero*, t. I, p. LXXXV.

137

Los dos mágicos

(Recitador: Agustín Matus, de setenta y dos años; lo aprendió en Coihueco, provincia de Ñuble, donde reside.)

Publíquese á todos vientos
por la fama voladora
el más singular suceso
4 [. . . . .]
que se ha oído ni se ha escrito
en la fábrica redonda
del mundo [. . . . . .
8 . . . . .]
para que d' ejemplo sirva
á las repúblicas todas,
de las villas y lugares
12 y ciudades populosas,
y no se fíen las damas
de lo que un cabello corta;
y para que (de una vez
16 digo la definitoria)
no se fíen de estudiantes,
qu' es gente muy fabulosa,
según el presente caso
20 lo dice, declara y nota.

Oiganlo con atención:
en la ciudad de Lisboa,
qu' es del reino lusitano
24 corte augusta y generosa,
pues el rey allí mantiene
su real cetro y corona,
[. . . . .]
28 vivía con muchas honras
don Juan Luis Pascual de Isle,
y doña Juana, su esposa.
Estos tenían un hijo,
32 que por sus letras honrosas
y por sus grandes estudios,
victorias y aplausos logra.
En la sacra teología
36 y en la lógica curiosa,
practicaba y arguía
y salía con victoria.
De allí, después de graduado,
40 luego se volvió á Lisboa,
á su casa, con sus padres,
con gran bizarría y pompa,
aunque la mucha alegría
44 es á veces presagiosa,
y hay un proverbio que dice,
sin tener contradictorias:
«es tan malo no llegar
48 « como pasarse, en las obras».
Esto sucedió á don Juan
de Isle, que así se nombra,
porque se puso á estudiar
52 á la mágica estudiosa,
y las artes liberales
las aprendió de tal forma,
que ya quería saber
56 del mundo todas las cosas.

Iba á Flandes y á Milandes [1],
á Sicilia y á Saboya,
á Irlanda y á Ingalaterra,
60 en una ó en media hora.
Inmediato de su casa
vivía una dama hermosa,
qu' es la belleza de Diana
64 y de Venus tipo y copia.
Solicitó su amistad,
y con una jebra [2] sola
de sus hermosos cabellos,
68 y con diabólicas modas,
se la llevó en una nube
desde Lisboa á Carmona.
Pero al pasar por Sevilla
72 en su nube tan rumbosa,
otro mágico más diestro
que vivía en calle Escoba, (*sic*)
vido la nube, y al punto
76 reconoció la tramoya.
Y sacando un libro á priesa,
y leyendo en una foja,
hizo detener la nube
80 sin que se moviese cosa.
Y don Juan entonces quiso
usar de sus ceremonias,
echando mano á sus libros,
84 pero no pudo usar cosa.
Por más empeño qu' él hizo,
las manos y hojas se doblan,
y en vez de poder moverlas,
88 unas y otras se dejonzan [3].
Entonces el sevillano
le registró las alforjas,
y quitándole los libros,
92 las manos luego le tornan [4],

y con prontitud le dijo:
—Tome, tome usté esa foja
de mi libro, que con ella
96 tiene bastante y de sobra
para llegar á su casa
en menos de un cuarto de hora.
Aquí se queda la dama,
100 yo la llevaré á Lisboa;
y mire no me haga tonto,
que en esos altos lo ponga,
ó que lo arroje en el mar,
104 donde se ahogue en sus ondas.—
Don Juan, muy acobardado.
tomó la foja y leyóla,
y acabando de leer
108 la última letra sola,
se halló en la plaza de Argel,
de moros en una tropa,
qu' estaban allí jugando
112 al toro y á la pelota.
Pero leyendo don Juan
segunda vez en la foja,
hacía subir en alto
116 á muchos moros y moras.
Unos caían en alto,
se daban en piedras toscas;
se perniquebraban unos;
120 otros, las cabezas rotas;
otros se caían muertos;
y viendo tanta derrota,
se acercó una por un bajo [5]
124 y quitándole la foja,
se la rompió, y luego, al punto,
sin cuidado y sin zozobra,
se halló don Juan en su casa,
128 en su sala y en su alcoba,

sin saber por donde vino,
admirado d' estas cosas.
A sus padres y á sus deudos
132 les contó toda la historia,
en donde lo dejaremos...
[. . . . .]
En otra segunda parte
136 finalizará esta copia
en lo que á parar vinieron
don Juan y su dama hermosa,
y el mágico de Sevilla
140 que vivía en calle Escoba,
el cual á dejar la dama
fué á la ciudad de Lisboa.

---

1. *Milán*, seguramente. La adición de la sílaba *des* ha debido ser hecha para igualar la terminación de *Milán* con *Flandes*. Es el caso del «vida mida» de nuestras tonadas populares, del «marido mido», etc.
2. Como en el antiguo castellano, el pueblo pronuncia á veces la *h* como *j*, en algunas palabras más distintamente que en otras: *jembra, azajar, jedentina*, por *hembra, azahar, hedentina*. No es raro tampoco que se convierta en *f*, como en *fuyir, furtar*, por *huir, hurtar*.
3. ¿Desgonzan?... Vide r. 102, n. 1.
4. ¿Toma?
5. Entre la gente del pueblo, *por un bajo* es más común que *por lo bajo*. «Le habló *por un bajito*», se oye á cada paso.

SEGUNDA PARTE

Supuesto de que [1] ya dije
qu' el mágico de Sevilla
fué á la ciudad de Lisboa,
4 á dejar la hermosa niña
á su casa, con sus padres...
En su casa lo tenían
asistido y regalado
8 por veinte ó por treinta días,
y sabiéndolo don Juan,
de sus libros se valía:
á la dama la hizo zorra,

12 porqu' él así lo decía,
y á don Carlos lo hizo galgo.
[. . . . .]
Salió corriendo la zorra,
16 y tras d'ella el galgo iba;
el padre dijo:—¿Qué es esto?
¿Se ha vuelto zorra mi hija?
Entre tanta confusión
20 todos á la calle iban:
unos por pillar al galgo
tropezaban y caían,
otros por pillar la zorra,
24 y ni unos ni otros podían.
Por fin agarran al galgo
y agarran la zorra en siga [2],
á su casa los llevaron,
28 y todos con gran fatiga
encerrados en un cuarto
á cada uno lo tenían.
Al cabo de una semana
32 supieron por cosa fija
que don Juan había venido,
y ahí al punto descubrían
que sin duda él había hecho
36 aquella gran picardía;
y luego determinaron
los padres de dicha niña,
á los padres de don Juan
40 irle [3] á hacer una visita.
Pusiéronlo al fin por obra,
día de Santa Lucía,
y los padres de don Juan
44 con gusto los recibían.
Después de los cumplimientos
que s' estilan todavía,
dice el padre de la dama:

48 —Sabrá, don Juan, la desdicha
que á nuestra casa sucede
con mi muy amante hija...—
Y don Juan le respondió
52 con una alegre sonrisa:
—La culpa tiene don Carlos,
que ahí de galgo se practica,
haberme ofendido tanto.
56 Pasando yo por Sevilla,
con el fin de desposorio
con su muy amante hija,
sin ofenderlo yo en nada,
60 usó de obras doloridas.—(*sic*)
Y los padres de la dama
dicen con voz afligida:
—¿Cómo quieren que yo pague
64 una culpa que no es mía?—
Y don Juan les respondió
con palabra condolida:
—Pues nunca le venga á ustedes
68 tan semejante desdicha,
que de la que ha sucedido
pronto se remediaría.
Sólo consiste el remedio
72 en su vida y en la mía,
el que ustedes me concedan
sea mi esposa querida.—
Al punto se lo conceden
76 con regular alegría;
entonces tomó don Juan
de la cola á la zorrita,
y así como le pasó
80 las manos por las verijas,
y también por otras partes,
le tiró las orejitas,
se volvió á su ser y estado

84 aun más hermosa y más linda.
Y abrazada con don Juan,
se alegra y se regocija,
y celebraron las bodas
88 con gran pompa y bizarría.
Y cuando estaba en la mesa
puesta para el medio día,
mandó trajeran al galgo
92 para darle la comida.
Puesto el galgo en su presencia,
don Juan así le decía:
—Usté es el señor don Carlos,
96 el mágico de Sevilla;
cada uno puesto en su patria,
ningún forano, decía,
estamos ahora; acuérdese
100 de las obras sucedidas.—
El galgo, qu' estaba oyendo,
queria hablar y no podía,
y meneando las orejas,
104 los labios se remordía.
Entonces lo hizo [4] don Juan,
tomándolo por encima,
para volverlo á su ser,
108 á ver qué cosas hacía.
Tomó don Juan en sus brazos
al galgo que allí tenía,
y él, con sus propias manos,
112 con unas tijeras finas
las narices le cortó,
y al punto á su ser volvía.
Don Carlos quedó admirado
116 de ver tanta bizarría,
tanta pompa y tanta gala,
cosas comestibles, ricas.
Tomó un polvo de tabaco,

120 y al aplicarlo con prisa
á sus narices, halló
que tal cosa no tenía.
Y ofendido con la burla
124 que don Juan allí le hacía,
dió don Carlos en la mesa
un bofetón por encima,
que al punto todos se paran [5]
128 con suspensión y armonía, [6]
admirados y suspensos
que comer nada podían.
Se separó de la mesa,
132 y con sobrada osadía
pegando en ella otro golpe,
que al comer todos podían. (*sic*)
Y acabando de comer,
136 con contento y alegría
dice don Carlos:—Don Juan,
lo que me afeuta [6] y practica,
que me vuelvas mis narices
140 por ser cosa tan precisa.
Que si don Juan me las vuelve,
le doy palabra cumplida
de que seamos amigos
144 y se acaben las porfías.—
Entonces tomó don Juan
unas tijeras más finas,
y cortándole las uñas,
148 las narices le crecían.
Con estos graciosos hechos
se pasaron quince días,
cada cual se fué á su casa
152 y don Carlos á Sevilla,
contento con sus narices,
mayores que las tenía.
Ahora el recitador

156 á los oyentes suplica,
que si alguno pone en duda
esta historia referida,
vaya á Lisboa, y sabrá
160 si es verdad ó si es mentira.

---

1. Vide r. 110, n. 1.
2. En Chile existe la expresión «á la siga», que se usa para significar que una persona sigue á otra de cerca y con tenacidad: «Juan iba *á la siga* mía».
3. Vide r. 41, n. 2. Lo mismo para el verso 67.
4. *Izó*, necesariamente.
5. *Pararse* vale en Chile *alzarse, ponerse en pie.*
6. Es difícil saber lo que aquí significa este vocablo. Puede querer decir que todos se alzaron a un tiempo, y también que se alzaron con estrépito, porque *armonía* se traduce á veces en Chile por *bulla, gritería.*

Comentario.—La difusión en Chile de este peregrino y extravagante romance, debe de ser de poco tiempo, pues conserva muchos giros y palabras que, por poco que hubiera rodado en la tradición nacional, estarían ya substituídos por vocablos y expresiones propios de la morfología y sintaxis de nuestro pueblo. Este romance no ha sido coleccionado, que yo sepa.

138

La fiera malvada

(Recogido en una hacienda del departamento de Cauquenes, provincia de Maule.)

Présteme su bendición
Jesús y su Madre santa,
para hablar del mo'str'o [1] horrible
4 llamada fiera malvada.
. . . . . .
Las orejas de caballo,
la boca como una vaca,
dos alas cual las de peces,
8 de palmo y medio de largas.
y los dedos de los pies
como ganchos de romana.
Como arfiler [2] era el pelo,
12 la cola como una lanza,
y era capaz de pasar
á un hombre por las espaldas.
Tenía, cuando fué muerta,
16 más de diez palmos de larga,
de la cola, cuatro y medio,
los cuernos como una cabra.
Alzábase quince palmos

20 al aire, cuando volaba,
y parecía un demonio,
con gritos que horrorizaban.
Mucha gente se ha perdido
24 en aquella Tierra Santa,
reino de Jerusalén,
en una tierra muy áspera:
se llama el monte del Viento,
28 á doce horas de largada, (*sic*)
y por todo aquel contorno
la gente estaba espantada.
Desaparecido habían
32 personas en abundancia,
pasajeros, y también
labradores de su casa.
Todos están aturdidos
36 por tanta gente que falta:
una vez que son perdidos,
ni vivos ni muertos se hallan.
Cuando Jesús fué servido
40 y la Virgen soberana,
un día la descubrieron
dos soldados que pasaban.
Al hallarse dentro 'e un bosque,
44 bajo una peña muy alta,
de una cueva le [3] salió
aquella fiera malvada,
con una especie de aullido
48 que á los caballos espanta,
y pasmados los soldados,
ambos sus armas disparan.
No l' hicieron ningún daño,
52 [. . . . .]
saltando sobre un caballo,
lo destrozó de una arpada [4].
Su compañero escapó

56 en la bestia que montaba,
que corría más qu' el viento,
hasta que fué á la posada.
Llegó muy pronto el soldado
60 á la ciudad afamada,
donde lloró amargamente
toda la gente admirada,
como si estuviese muerto,
64 y con su cara muy blanca.
Un señor le presentó
una bebida muy guapa;
prontamente volvió en sí,
68 cobró el color en su cara,
entonces le refirió
aquella triste desgracia.
Muy luego lo acompañó
72 un sargento hacia la casa
del señor gobernador,
qu' estaba cerca 'e la plaza,
y más también le explicó
76 del mo'o[5] qu' estaba formada,
que volaba, y que sus pelos
como vigrios[6] le sonaban.
El señor gobernador
80 en el momento les manda
vayan todos los soldados
y la gente bien armada.
Se fueron muchas personas,
84 más de quinientas con armas,
también gente de á caballo
y veinte carros con viandas.
El soldado qu' escapó
88 á los demás se adelanta.
Cuando llegaron ahí,
se pusieron de parada;
al instante los tambores

92 tocaron á generala,
y aquel mo'str'o les salió
con gritos que horrorizaban.
Embistió como un león,
96 le dieron carga cerrada,
pero nadie la mató
ni la hirió ninguna bala.
La fiera mató á cincuenta
100 con arperones y arpadas, (*sic*)
y á noventa dejó heridos
con sus poderosas garras.
Pronto la caballería
104 puso mano á sus espadas,
pero no pudo embestir,
por ser la tierra muy áspera.
Después se le separó
108 fuera 'el bosque, en tierra llana;
había un hombre á caballo
que llevaba una gran lanza:
metiósela por la boca
112 que hasta el vientre le pasaba.
La boca más que un dragón
abría cuando volaba,
hasta que murió rabiando
116 aquella bestia malvada.
El hombre que la mató,
de tan contento qu' estaba,
nada bebió ni comió
120 hasta que fué á la posada.
Los muertos los enterraron
ahí en la misma montaña;
los heridos los curaron
124 cirujanos de gran fama;
los que no se hicieron daño
tuvieron dicha sobrada,
y contentos regresaron

128 á Urben, la ciudad guapa.
. . . . . .
Custodiada por los lados,
que nadie fuese a tocarla,
llegaron á la ciudad
132 puesto el sol. y hacia la casa
del señor gobernador
se fueron á presentarla.
El señor gobernador
136 mandó qu' en medio 'e la plaza
le hicieran un buen tablado,
y allí pudieran mirarla
por los pueblos y ciudades
140 de toda aquella comarca.
Ocho días la tuvieron
sobre el tablado, en la plaza,
y tanta gente ocurría
144 allí, que no se encontraban
ni posadas ni viviendas.
[. . . . . .]
Mo'str'o que hiciese más daño
148 no lo vió persona humana,
ni lo han de ver en el mundo,
tampoco en España y Francia.
Pueden perdonar, lectores;
152 el romance aquí se acaba,
y el hombre que la mató
tiene una renta ganada.

---

1 La *n* de las combinaciones *ins, ons,* se pierde en la pronunciación: *i'stante, co'stante,* por *instante, constante.*
2. *Arfiler* por *alfiler* es casi general, y cometen este desliz aún las personas que en ningún otro caso permutan *l* por *r.*
3. Vide r. 41, n. 2.
4. Zarpada.
5. Modo.
6. Vidrios.

COMENTARIO.— Tampoco encuentro este romance en

ninguna colección. En Talagante, provincia de Santiago, recogí hace tiempo unas décimas que glosan la siguiente copla:

Escuchen, señoras mías,
óiganme con atención,
á aquella *fiera malvada*
un niño muerte le dió.

He aquí ahora la primera décima, escrita, sin duda alguna, así como la copla, por quien conocía el romance y trataba de imitarlo:

En la gran Jerusalén,
donde Cristo está enterrado,
apareció un mostro alado,
con grandes uñas también.
En l' agua nadaba bien
y á los buques perseguía;
y cuando en tierra corría
ninguno se l'escapaba,
y á todos los devoraba;
escuchen, señoras mías.

En las demás estrofas, el anónimo poeta campea por su propia cuenta, acumulando diversos episodios que nada tienen que ver con el romance, pero conservando en la narración no poco del movimiento general de éste.

139

El valiente chaucho

(Recogido en Carahue, provincia de Cautín, por don Francisco Gómez, y enviado á don Ramón A. Laval.)

El mundo tendrá sabido
de mi valor y mi brazo,
que sólo de oir mi nombre
4 todo el mundo está temblando.
Yo me embarqué en la marina,
porqu' era de valor harto,
empecé á amansar valientes
8 con el valor d' este brazo.
Viéndome un día en la tarde
con una dama charlando,
no pensando de que[1] fuese
12 dama de un dicho[2] Juan Lazo...
Si tal hubiese sabido,
tampoco la hubiese hablado;
varias veces le temía,
16 porqu' era bien alentado.
. . . . . .
A la primera embestida
ventaja no nos llevamos,
y á la segunda embestida
20 l' he tirado un feroz tajo,

que le atravesé la frente.
[. . . . .]
Ciego, con sangre en la vista,
24 á tientos [3] me anda buscando,
para de mi cuerpo hacer
mil y quinientos pedazos.
. . . . . .
Llega un señor genovés,
28 qu' es capitán de á caballo,
llega á la carce' y pregunta:
—¿Cuál es el valiente Chaucho [4]?
—Aquí me tiene, Su Alteza,
32 aquí me tiene, hecho atado;
¿quiere sacarme á esa plaza
y echarme dos mil soldados?
Allí me verá, por Dios,
36 hacerlos dos mil pedazos.
[. . . . .]
Yo soy el valiente Chaucho,
que cuando lloran los niños
les dicen: «¡Ahí viene el Chaucho!»

---

1. Vide r. 110, n. 1.
2. *Dicho* vale aquí *mentado, famoso.*
3. *A tientos, á tientas,* y también *al tiento,* que es más común, así en la significación recta como en la figurada.
4. El adjetivo *chaucho, a,* derivado del quechua y del mapuche, significa *precoz, inmaturo, incompleto:* «papa chaucha», papa tempranera; «mujer chaucha», la que tiene un parto precoz, (Solar, *Reparos*). En mi niñez oí decir muchas veces en Coquimbo: «trigo chaucho», «cebada chaucha», para designar el trigo y la cebada que, por causas que ya he olvidado, no servían para la cosecha, y sólo se aprovechaban como pasto fresco para el ganado. En el caso del romance, *chaucho,* adjetivo sustantivado, podría ser el apodo con que era conocido el protagonista, mozo arrogante y guapetón, adelantado á sus años.

Comentario.—Creo que este es un fragmento de romance español que se ha querido aplicar á algún héroe lugareño de nuestras provincias del sur. Tal es, por lo menos, la impresión que me deja su lectura.

140

El moro Gerifalte

(Recogido en Coihueco, provincia de Ñuble, por don Armando Letelier L.)

Un día un sabio moro
que nombraban Gerifalte,
á una niña se robó,
4 y á un castillo apartado
en un dragón la llevó.
En el castillo tenía
ungüentos mágicos muchos,
8 y con ellos transformaba
á todos los que llevaba.
A la niña la tomó,
y de bella qu' era ella,
12 con un ungüento amarillo
la dejó como una negra,
más fea que una leona.
Una de la Negrería
16 no l' igualaba en feúra[1].
. . . . . .

1. Fealdad.

COMENTARIO.—Aunque del asonante no quedan huellas,

éste es, sin duda, un fragmento de romance, de los vulgares de España. El nombre de *Gerifalte*, que designa un ave de rapiña, y que significa ladrón en germanía, fué dado al raptor intencionadamente tal vez, si no es ya que, mirando á la nacionalidad del protagonista, el anónimo poeta se dejase seducir por el engañoso aspecto arábigo del vocablo, que á primera vista parece tener alguna afinidad con *jerife* y otros semejantes y de igual procedencia.

141

Los celos

(Recitador: Pablo Morales, de sesenta años; lo aprendió en Illapel, provincia de Coquimbo; reside en Santiago.)

Durmiendo estaba el amor,
los celos lo despertaron,
por un soterráneo oscuro
4 á los ojos lo sacaron.
Enojado lo querían,
enojado lo dejaron,
maldiciendo su destino
8 como un preso encarcelado.
Vengarse del que lo agravia
con mucha rabia ha jurado:
quiere matar á su suegro
12 y matar á su cuñado;
quiere matar al obispo
y al cura que lo ha casado;
quiere matar á su hijo
16 y al padre que lo ha engendrado;
quiere matar á las aves
que en el cielo andan volando;
quiere matar á los peces

20 que en la mar andan nadando;
quiere matar á la luna,
quiere matar á los astros;
quiere matar á la Virgen
24 y al Señor que lo ha criado.
Sus hermanos le preguntan:
—¿Quién, hermano, te ha agraviado?
—Me ha agraviado una mujer,
28 que de mi amor se ha burlado.

Comentario.—Este extraño romance, que no he vuelto á encontrar en la tradición, principia con los versos de una copla que he oído cantar más de una vez, y de la cual poseo tres versiones:

Durmiendo estaba el amor,
los celos lo despertaron,
por un caminito estrecho
á los ojos lo sacaron. (*Santiago.*)

Durmiendo estaba el amor,
los celos lo despertaron,
y para mayor tormento
á los ojos lo sacaron. (*Illapel.*)

El amor 'taba durmiendo
y los celos lo picaron,
despertó el amor entonces
y los celos lo cegaron. (*Talagante.*)

Esta copla es literaria, como ya lo notó don Ramón Menéndez Pidal, cuando publicó el romance en la revista *Cultura Española.* Por lo demás, la exageración del furor engendrado por los celos, que en el romance está ridículamente encarecido, es concepto vulgar en el pueblo, que en otra ocasión ha dicho:

No hay fiera tan espantosa
como el hombre enamorado,
cuando el alma está celosa
y el corazón agraviado.

142

Contra los mercaderes

(Recitador: Juan Cárdenas, de cuarenta y tres años; lo aprendió en Talca, provincia de ese mismo nombre; reside en Concepción, provincia de ese mismo nombre.)

Anoche, estando durmiendo,
en revelación de sueño,
soñé qu' estaba mirando
4 yo las puertas del infierno.
Y luego que desperté,
ahí miré para dentro,
y vide[1] los mercaderes
8 con las varas al pescuezo,
y les dije:—Hermanos míos,
bien hecho, por usureros,
que del medio [2] hacen dos reales,

---

1. Vide r. 24, n. 3.
2. En nuestro antiguo sistema monetario, el *peso* valía 8 reales; el *cuatro* (nombre popular de esta moneda), 4 reales; la *peseta*, 2 reales; el *real*, 12½ centavos; el *medio* (nombre popular de esta moneda), ½ real; y el *cuartillo*, ¼ de real. Cuando se adoptó el sistema decimal, continuaron circulando las monedas antiguas durante mucho tiempo, y entonces el *real*, si no se pagaba en su moneda, valía prácticamente 12 centavos, así como 6 el *medio* y 3 el *cuartillo*. Por lo que hace á las denominaciones, la gente del campo usa indistintamente la antigua y la moderna, pero siempre que cuenta en reales, no pasa de veinte. Entre las personas cultas, subsiste la costumbre de decir que una cosa vale *doce reales ó veinte reales*, en vez de $ 1.50 ó $ 2.50.

12 del cuartillo real y medio,
y no le dan una yapa [3]
al amigo que es casero [4].
. . . . . .

3. *Yapa.* Regalo que hace el comerciante al comprador. Del quechua *yapa*, lo que se agrega á la cosa principal.
4. *Casero.* El comprador habitual de una tienda de comercio; parroquiano.

Comentario.—Es difícil decidir si este romance es chileno ó español, aunque yo me inclino á creer lo primero, por la calidad de los provincialismos que figuran en él. Sólo me disuena el vocablo *mercader*, que es culto entre nosotros, no obstante ser vulgarísimo su derivado *mercadería*.

Tampoco es fácil averiguar si el romance está completo, ó si lo transcripto es sólo un fragmento, como parece más probable.

143

Se lamenta de su mala fortuna

(Recitador: Remigio Escobar, de cuarenta y siete años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Cada cual en este mundo
nace con suerte ó sin ella,
á unos les toca la mala [1]
4 y á otros les toca la buena [1].
D' ésta tocaron mis padres,
mas yo he tocado de aquélla.
Tuve, cuando era muchacho,
8 caracha, arestín y lepra,
fuí quebrado de una ingle,
tuve sarampión, virgüela [2],
y, sobre todo, almorranas
12 tamañas como cirgüelas [2].
. . . . . .

1. *Mala y buena* se usan en Chile como sustantivos, para significar la suerte adversa y la próspera. Dícese corrientemente: «Ahora estoy con *la mala*, pero luego me vendrá *la buena*», sin haber nombrado antes «suerte», «fortuna» ú otra cosa parecida, porque *mala* y *buena* lo significan de suyo.

2. Cuando la *u* va seguida de *e* ó *i*, en diptongo, nuestro pueblo tiende á pronunciar una *g* anterior, ya sea transformando en este sonido la consonante existente (*b*, *h*, *v*), como en *agüelo*, *güitre*, *güevo*, *engüelto*, (vide r. 50, n. 10), ya adicionándolo, como en *cirgüela*. *virgüela*, por *ciruela*, *viruela*. La consonantización de la *u* en los dos últimos ejemplos, tiene por causa, según nota oportunamente Cuervo, el que la *r* se articula en castellano más bien con la vocal anterior que con la siguiente.

Comentario.—Tengo por español este romance, del que no conozco sino los versos que publico. Su aspecto general no es el de nuestros *corridos;* y aun los vocablos *mala* y *buena* no es seguro que sean aquí chilenismos, pues el ir expresa antes la palabra *suerte*, hace presumir que tal vez son meros adjetivos sustantivados, (vide lo dicho en la n. 1 de este romance).

144

Los terremotos de Chile

(Recitador: Agustín Matus, de setenta y dos años; lo aprendió en Coihueco, provincia de Ñuble, donde reside.)

SEGUNDA PARTE

Aquí debo prevenir
á mis lectores discretos,
que d' esta segunda parte
4 pueden sacar gran provecho,
si la leen con atención
y con corazón sincero,
mediante el divino auxilio
8 que de nuestro Dios espero.
Entre tantas cosas buenas,
se advierte en Chile un defeuto[1]
bastante considerable,
12 que hacerlo patente quiero.
Hay frecuentes terremotos
y grandes sacudimientos,
que nos afligen y turban
16 á veces hasta el extremo.
¡Oh! qué terribles han si'os[2]
en otros pasados tiempos!
Uno fué el temblor de Mayo,

20 otro, el más grande, de Penco;
el del año treinta y cinco
hizo un estrago funesto,
también el de veintidós,
24 y otros que yo no recuerdo.
Hacen tan grandes estragos
los terremotos, que pienso
que á 'quél que no los ha visto
28 muy duro se le hará el cre'rlo,
y aun á mí para contarlo
me da bastante recelo,
porque arriejo [3] la verdad
32 y hago dudoso lo cierto.
Pero es preciso contar,
¡lejos de mí vaya el miedo!
[.....]
36 No quiero dejar de hacerlo,
cuando esperan de sacar
utilidad y provecho
todos aquellos cristianos
40 que á la culpa tienen miedo.
Han habido [4] terremotos
en nuestro estado chileno,
que han destruído ciudades,
44 villas y pueblos pequeños,
y campos circunvecinos,
en sólo pocos momentos.
Se ha visto salir el mar,
48 desmoronarse los cerros,
y abrirse por todas partes
la tierra, dando bostezos,
y despidiendo agua hedionda
52 cual si fuera del infierno.
También se ha visto la admo'f'ra [5]
cubierta de polvo espeso,
mezclada con grande humo

56 salido de los incendios.
Apenas se ven las manos
los hombres, del polvo ciegos;
los bramidos de los toros,
60 los aullidos de los perros,
de los hombres y mujeres
los llantos y los lamentos,
todo causaba congoja.
64 Los grandes y los pequeños
yendo con susto y espanto,
turbados los elementos,
como queriendo acabarse
68 de una vez el universo,
y que de un instante á otro
se vieran malos y buenos
precisados á morir,
72 sin recibir sacramentos.
. . . . . .

---

1. Vide r. 5, n. 1.
2. *Han si'os* por *han sido*. El vulgo da plural á veces al participio que se construye con *haber*.
3. Vide r. 102, n. 1.
4. Vide r. 103, n. 10.
5. *Admo'fra* por *atmósfera*. La *t* que va al fin de sílaba se pronuncia *d*: *Adlántico*, *adleta*, por *Atlántico*, *atleta*.—La *s* se pierde antes de *f*: *a'falto*, *de'florar*, por *asfalto*, *desflorar*.—La vocal colocada entre una líquante y una líquida, se pierde á veces: *f'rastero*, *esp'ritu* ó *esp'rito*, *tabrete*, por *forastero*, *espíritu*, *taburete*.

Comentario.—Es lástima que de este romance no haya aparecido sino el fragmento transcripto; porque, si como todos los romances vulgares chilenos, no viene á ser en la forma sino un reflejo de los españoles que han servido de modelos á nuestros bardos populares para componer los suyos, en cuanto al asunto es enteramente nacional, según se deja ver. A juzgar por estos versos:

Entre tantas cosas buenas,
se advierte en Chile un defeuto....

en la primera parte debía de hacerse el elogio del suelo chileno.

145

La fiesta de la Candelaria

(Recogido en Ancud por don Darío Cavada.)

Ya se prepara la gente
de Calbuco y Puerto Montt,
lo mesmo [1] en Castro y Achao
4 y en Ancud, pa la junción [2].
Ya levantan sus banderas
balandra, bote y vapor,
y en los despachos se vende
8 aguardiente del mejor.
La fiesta 'e la Candelaria
se celebra el día dos,
y es en el mes de febrero,
12 como el año que pasó.
La gente gran tripulina [3]
arma con esta ocasión,
se embarca con mucho gusto
16 para ir á la junción.
Unos van por cumplir manda [4]
otros por vender licor,
otros por echar su cueca [5]
20 en aquella diversión.
En los botes y las lanchas

todo es una confusión,
gritan mujeres y chicos,
24 cada uno con más voz.
Hasta que ya preparados,
manda muy fuerte el patrón:
«¡surge [6] tú pronto la vela;
28 marcha, véte al botalón!»
El viento es de travesía
y pega por el babor,
van esas lanchas tumbadas
32 y adentro gritan: «¡adiós!»
Al llegar á Carelmapu
todo es una animación,
repican más las campanas
36 y comienza la junción.
La iglesia se llena al tiro [7],
por oir misa y sermón,
por ver á la Candelaria [8]
40 vestida con gran primor.
Y después, sobre el altar,
se forma un grande montón:
son los cariños [9] que traen
44 los fieles con devoción.
De rodillas aquel hombre,
ahí se arrastra con dolor,
una vela en cada mano,
48 por cumplir lo que juró.
Aquélla, besando el suelo
con una grande afli'ción [10],
al altar se va acercando
52 y ahí su manda cumplió.
En hombros sacan la Virgen
y [11] más brillante que el sol,
dan la vuelta por el pueblo
56 y cantando una oración.
Y aquí concluye la fiesta

y viene otra diversión,
suenan todas las guitarras
60 y más chilla el acordión [12].
Las fritangas [13] de empanadas
se las comen de un tirón;
venden sus quesos los huasos [14]
64 y no abastece el licor.
Y comienzan las peleas,
y va y viene el bofetón,
y se echan las topiaduras [15]
68 frente al macizo varón [16].
Y cuando se acaba el día,
todos, de un solo tirón,
á embarcarse van de nuevo,
72 hechos una compasión.
Las guitarras sin sus cuerdas,
resollando el acordión,
botellas y pipería
76 ya sin pizca de licor.
Ya vuelven las lanchas todas
con muy fuerte ventarrón:
viene del Faro cargando
80 por la proa y estribor.
Y se arma otra vez á bordo
una horrible confusión,
mariada [17] viene la gente
84 de tanto mar y licor.
Los ojos amoratados,
destrozado el pantalón,
y sin cobre [18] en el bolsillo,
88 que todo allá lo jundió [19].
Las mesas vienen sin patas
y la artesa se quebró,
el sartén, sin pizca 'e mango,
92 todito se agujerió.
Muy tristen y pensativos

llegan al muelle en montón:
«de la fiesta ahora vengo»,
96 contestan á media voz
aquéllos que antes gritaban
tan fuerte como un cañón,
y así concluye la fiesta
100 hasta próusima [20] ocasión.

---

1. Vide r. 44, n. 1.
2. Vide r. 26, n. 3.
3. Bulla, tropel, confusión. *Tripulina* no es alteración de *tremolina*, como parecen creer algunos, sino derivación de *tripular*, el cual, á su vez, se deriva de *tropa*, como *tropel*.
4. La palabra *manda* no se usa en Chile en ninguna de las acepciones que le da el diccionario de la Academia Española. Aquí significa sólo la oferta votiva que se hace á Dios, á la Virgen, á los santos ó á las ánimas del purgatorio, cuando se solicita alguna gracia.
5. Abreviación vulgar de *zamacueca*, palabra que no designa, por cierto, un baile de indios, como dicen los diccionarios, sino una danza popular. Su etimología es desconocida.
6. «*Surgir*. a. ant. Subir, levantar». (Cavada, *Provincialismos de Chiloé*)
7. *Al tiro*. Al momento, inmediatamente.
8. *Candelaria* designa aquí por extensión á la Virgen, en cuyo honor se celebra la fiesta de este nombre.
9. Regalos.
10. Vide r. 104, n. 1.
11. Esta *y* y la del verso 56 no son ripios, seguramente, pero sería necesario conocer otros ejemplos para juzgar de su empleo.
12. Vide r. 26, n. 1.
13. Fritadas.
14. *Huaso*. Nombre que se da á los campesinos chilenos, y, por extensión, á toda persona cerril y huraña. Del quechua *huasu*, hombre rústico. (Vide Lenz, *Diccionario*).—No había anotado antes esta voz, porque sólo ahora me doy cuenta de que no figura en el diccionario de la Academia Española, donde ya han encontrado acogida otras de análoga procedencia, como *gaucho*, *huaca*, *huasca*, etc.
15. *Topiadura*. Alteración vulgar del chilenismo *topeadura*, de *topear*, empujarse los jinetes á lo largo de una *vara*. Vide la n. 16.
16. *Varón*, aumentativo de *vara*. La *vara* ó *varón* es un madero largo, grueso y muy sólido, de forma cilíndrica, que se afianza horizontalmente en dos ó más recios soportes plantados á la altura del pecho de un caballo de mediana alzada.
17. Vide r. 26, n. 1.
18. *Sin cobre*. Esta expresión tiene el mismo origen y el mismo significado de la española *sin blanca*, que vale decir «sin dinero». La chilena se refiere á la antigua moneda de cobre de valor de un centavo, y la castellana, á una pieza de vellón, de plata, que tuvo diferentes valores.
19. Vide r. 26, n. 3.
20. Cuando la *x* se desdobla en *cs*, la *c* se vocaliza á veces en *u* en boca del vulgo: *próusimo*, *Máusimo*, por *próximo*, *Máximo*.

Comentario.—Este romance, más descriptivo que narrativo, merece, sin embargo, un lugar en esta colección,

por la viveza con que pinta una de las fiestas isleñas más antiguas y populares. Chiloé es una provincia importantísima, y, para el folklorista, la más importante de Chile. El aislamiento en que siempre ha vegetado esa región, digna de mejor fortuna, y los hábitos sedentarios de sus aborígenes, han influído para que la tradición se conserve más pura que en el continente. Hay mucho que investigar allí, sin duda alguna, y no faltan, en la misma tierra, espíritus cultos que así lo han comprendido. Entre éstos, debo citar especialmente á los hermanos Cavadas: don Francisco, autor de un interesante *Vocabulario de provincialismos de Chiloé*, que luego aparecerá en segunda edición, con el incremento de nuevos artículos y de un muy curioso estudio, todavía inédito, sobre la mitología isleña; y don Darío (á quien soy deudor de éste y otros romances, recogidos por él) que también prepara, según tengo entendido, una nueva edición de su ameno y noticioso libro *Chiloé*.

146

Miguel Jerónimo Triviños

(Recitador: Tadeo López, de cincuenta y tres años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

En el nombre de Dios padre
y María soberana,
dame licencia, Señora,
4 para no errar esta plana.
Atiende, lector curioso,
de mi pluma la sustancia,
lo que digo con certeza
8 y con penas muy grabadas.
En Peña Flor [1], ese punto,
un caballero de fama,
artesano en la herrería,
12 entendido en la mecánica,
es conocido por su arte,
que el extranjero no iguala.
Es de haberes moderado,
16 don Secundino es su gracia,
Triviños su apelativo [2],
con el taller en su casa.
El tal tiene hijas é hijos,
20 todos con buena crianza,

y á uno de los varones
de contino[3] lo mandaba
á que aprendiese esa obra,
24 la misma qu' él trabajaba.
El padre á Miguel Jerónimo
mándale, pues, que ensillara,
y luego se dirigiese
28 á descambiar[4] una plata.
Arribó á la capital,
y como necesitara
un corte de pantalones,
32 se apeó en la calle Ahumada,
donde había un español
que Carrillo se firmaba.
Como dueño de la tienda,
36 se alegró de que llegara,
y el tiendero[5] preguntó
si algo le presentaba.
—Señor, le dice Tribiños,
40 casimir necesitaba.—
Un corte le señaló,
y el comprador, de palabra,
le dice:—¿Qué vale el corte?—
44 A esto respuesta aguarda.
—Ocho pesos yo le pido;
ya ve, la especie no es cara.—
Entonces Tribiño' ofrece,
48 sin tener ni una mudanza:
—Cinco pesos le daré,
así me atrevo á tomarla.—
Se alteró mucho Carrillo,
52 y dice:—Esta no es robada.—
El de afuera le responde:
—Tiene usté la sangre mala.—
¿Y qué viene á suceder?
56 Pues, lo que no cuesta nada,

que al qu' es ligero de genio
se le pintan las desgracias.
Otras cosas se dijeron
60 en traje [6] de bufonadas,
y en dime y yo te diré,
y en palabras y palabras,
Carrillo sacó un revólver
64 y al huésped lo amenazaba.
El joven de Peña Flor
un arma también cargaba [7],
l' hizo los puntos también,
68 pero todo era una chanza.
Salió el tiro, sin tocarle
el resorte que dispara,
y le acertó, como digo,
72 que se le arrancó el alma.
Tiró á montar á caballo
para buscar la fugada:
se juntaron del comercio
76 allí muchos; lo insultaban,
pero él tampoco [8] decía
ni siquiera una palabra.
Llamaron al policial [9],
80 el que ligero pitiaba [10],
así fué de punto en punto
y dentró [11] á la vigilancia [12].
El oficial [13] preguntó
84 luego cómo se llamaba,
y escribiéndole su nombre,
á un calabozo lo manda.
Al otro día, á la hora,
88 á las nueve 'e la mañana,
lo presentan donde [14] el juez,
y el juez enojado le habla:
—Dime si eres el autor
92 del crime', y cómo te llamas.—

Todo turbado el humilde,
de primera lo negaba;
á la cárcel lo mandó,
96 á que á oscuras lo pasara.
El padre, de que [15] supo esto,
abandonando su casa,
salió como dislocado [16];
100 á un abogado buscaba,
qu' es lo mejor que se nombre
para dichas circunstancias.
Puso todos sus esfuerzos,
104 pero el juez usó de trazas;
como á las once 'e la noche
fué en persona á donde estaba,
le desige [17] que confiese,
108 que de la prisión lo salva.
Sin más qu' esto el prisionero,
aquella paloma mansa,
le refiere la verdad,
112 y el juez los grillos le saca,
le hace firmar lo que habló
y á muerte lo sentenciaba,
y sin pérdida de tiempo
116 á la Corte [18] se lo manda.
La Corte probó como era
y de allí fué confirmada;
en el Consejo d' Estado
120 propusieron que apelara.
Todo, todo vino en contra
para que no se librara.
Hubieron [19] grandes empeños:
124 primero, la aristocracia;
también fué don Benjamín [20],
prometiendo su palabra
qu' él haría lo posible
128 por donde no lo dañara

la terminante sentencia
que ya estaba decretada.
La dama Victoria Prieto,
132 de Larraín [21] titulada;
las monjas también pedían
conseguir lo que deseaban;
un comandante de abordo
136 también escribió una carta,
que no hubiese sacrificio
era favor que aguardaba;
su Señoría Ilustrísima
140 fervoroso suplicaba.
¿Qué diré en la clase obrera?
En grupos se empeñaban,
con todas las grandes fuerzas
144 de sus pulmones gritaban:
«¡Perdón, perdón para el reo!»
para ver si se apiadaban.
En el padre 'e la provincia [22],
148 que en la Moneda [23] se hallaba
entre oradores y puetas [24],
se vió la mayor co'stancia.
Reunieron muchos miles [25],
152 por ver si acaso alcanzaban
el favor de Su Excelencia [26]
que todos solicitaban.
¡Qué dolor en aquel día
156 que todo el pueblo esperaba,
porque s' empeñaban tanto,
al ver que l' hora llegaba!
Eran las seis de la tarde,
160 aquélla mal opinada,
se vió dentrar el piquete
á ejecutar con las armas
al cordero maniatado
164 con los grillos que pesaban.

Pronto dentró el sacerdote
en aquella infeliz sala,
y un caballero Verdugo,
168 á quien encargado estaba
el leerle la sentencia
al que la muerte esperaba.
Lo que [27] no más [28] fué leída,
172 el padre 'Leuterio [29] habla:
—Hijo de mi corazón,
marchemos, que Dios nos llama,
Jesús murió en el Calvario
176 por redimir nuestras almas.—
Y allí se pára el dichoso
y á un crucifijo le clama:
«¡ten piedad de mí, Señor,
180 qu' está mi muerte cercana!»
Se sentó el padre en el banco [30],
y el reo se arrodillaba
y le habló secretamente,
184 sin duda algo le faltaba.
Al papá le dió seis cartas
y el reló que manijaba [31],
le [32] pidió perdón á todos
188 y en el banco se sentaba.
Presto se allegó el verdugo
y la vista le vendaba,
y el sacerdote le dijo:
192 «¡Al cielo, que Dios te aguarda!
¡Jesús, María y José!»
por tres veces repicadas [33].
Como fuera suficiente,
196 dividiéndose dos varas
los primeros tiradores,
rompen el fuego y descargan,
quedando el cadáver yerto.
200 Se consiguió el que dentraran

caballeros y el hermano,
y á sus lomos[34] lo levantan;
hizo valor el doliente
204 y á su hermano lo amartaja.

---

1. *Peña Flor*. Nombre de una pintoresca aldea situada en el departamento de la Victoria, provincia de Santiago.
2. *Apelativo*, entre la gente del pueblo, es lo mismo que *apellido*.
3. Vide rom. 114, n. 7.
4. *Descambiar* por *cambiar*, es muy común.
5. En algunos derivados de voces que llevan el diptongo *ie* acentuado, el pueblo conserva éste aunque el acento haya cambiado de lugar: *dientadura, diestreza, vientolera*.
6. *Traje* vale en este caso tanto como *disfraz*, vocablo que el pueblo usa mucho en el sentido figurado de *simulación*: «Fuí á verlo con el *di'fraz* de saber de su salú»; «Con el *di'fraz* de bromas le dije muchas verdades», son frases muy comunes en boca del vulgo. La asimilación de *traje* con *disfraz* es fácil hallarla en la significación recta de ambas palabras.
7. *Cargar* por *traer, llevar*, especialmente tratándose de armas. Así «permiso para *cargar* armas prohibidas», es el que la autoridad concede á alguna persona para llevarlas consigo.
8. *Tampoco*, en este caso, reemplaza á *no*; otras veces substituye á *siquiera:* «No me dió ni *tampoco* uno....», refiriéndose á cualquier objeto.
9. *Policial* por *polizonte*.
10. Vide rom. 26, n. 1.
11. Vide rom. 15. n 2.
12. *Vigilancia* por *puesto de policía*. Hoy ya no se usa.
13. *Oficial*, por antonomasia, designa al de policía.
14. *Donde* por *á* ó *en casa de*, es de uso general en Chile: «Voy *donde* Juan»; «Me quedé *donde* Pedro».
15. Vide r. 102, n. 11.
16. *Dislocado* por *fuera de sí*.
17. *Desige* por *exige*. Vide rom. 96, n. 2. A veces, la pronunciación de la *x* intervocálica se simplifica hasta convertirse en *s*.
18. *Corte*. Tribunal compuesto de varios miembros.
19. Vide r. 103, n. 10.
20. Don *Benjamín Vicuña Mackenna*, el más fecundo de los historiadores chilenos, y uno de los hombres más populares que ha tenido este país.
21. Doña *Victoria Prieto de Larraín*, ilustre dama chilena muy recordada por sus virtudes.
22. *Padre de la provincia*. Perífrasis extravagante, que designa, según parece, al intendente de Santiago.
23. *Casa de Moneda* se llamó antes, y hoy simplemente *la Moneda*, el palacio del Gobierno.
24. Vide r. 103, n. 4.
25. «¿Reunieron muchos miles (*de pesos*)» ó «se reunieron muchos miles (*de personas*)?»....Es probable que lo último, pues ni en la fantasía de un poeta popular puede caber la idea de comprar un indulto, sobornando á *Su Excelencia* (el Presidente de la República).
26. Vide la n. 25.
27. *Lo que*, Vide r. 108, n. 5.
28. *No más*. Frase corroborativa que se pospone á *lo que* cuando

Ahora, pidamos todos,
de implorar una alabanza
por el alma de Tribiños,
208 á Dios, que le tenga en gracia,
lo que le[35] deseo á todos
cuando d' este mundo salgan.

---

quiere darse cierto énfasis á la expresión. También se pospone á un verbo, con igual motivo: «Iré *no más*», que vale decir *de fijo, aunque tú te opongas*, ú otra cosa parecida.

29. Eleuterio.

30. *Banco*, y más comúnmente *banquillo*, se llama el asiento rústico en que se amarra al reo para fusilarlo.

31. *Manijar* por *manejar*, es muy común.

32. Vide r. 41, n. 2.

33. *Repicar* por *repetir*, no lo había oído antes; acaso ha sido impuesto por la rima. Lo mismo el *fugada* del verso 74.

34. Espaldas.

35. Vide r. 41, n. 2.

Comentario.—La familia Triviños, familia de campesinos y de obreros avecindada en Peña Flor, era famosa en Chile por su tradicional habilidad para fabricar frenos de caballerías. Los *frenos de Peña Flor*, que así se les nombraba, eran hechos á mano, sin intervención de maquinaria alguna, y su fábrica era lenta y prolija, por consiguiente. El crédito que alcanzaban dentro y fuera del país, no desdecía de su mérito, como sucede ordinariamente con otros productos de la manufactura nacional, y hoy mismo, el hacendado que tiene un freno de Peña Flor, como el violinista que posee un *Stradivarius*, guarda con avaricia su tesoro, que es, para él, más que un objeto de utilidad, una prenda de ostentación.

El desgraciado protagonista de este romance, fué uno de los últimos fabricantes de los famosos frenos. Pertenecía á una familia honrada, y él mismo lo era; fué un delincuente de ocasión, que pagó con la vida el vértigo que lo arrastró al crimen.

Miguel Jerónimo Triviños conocía desde mucho tiempo á su víctima, un comerciante español de apellido Carrillo, de cuya tienda era parroquiano. Un día encontró á Carrillo contando el dinero de la venta: pidió ó le fué ofrecida una copa de cerveza, que el dependiente salió á comprar en la vecindad, y Triviños, deslumbrado por las monedas de oro que tenía delante, mató de un balazo al

comerciante y huyó aterrorizado, sin pensar más en el dinero. Fué un crimen absurdo. Cogido a los pocos pasos, se le siguió un rápido proceso que dió por resultado una sentencia de muerte. Hubo, sin distinción de clases sociales, un movimiento general en favor del reo, y se hizo valer, además de las atenuantes del caso, la circunstancia de ser un obrero hábil y el genuino heredero del secreto de la fabricación de los renombrados frenos. Tratado el indulto en el Consejo de Estado, el Presidente de la República, don Aníbal Pinto, dijo más ó menos estas palabras:—La colonia española, que no tiene representación diplomática en el país, á causa de la última guerra, ha sido alevosamente herida en uno de sus individuos. Creo que los sentimientos de humanidad no pueden sobreponerse en este caso á la conveniencia pública de dar una satisfacción á esa colectividad, y soy de parecer que el indulto debe denegarse.—El Consejo pensó de igual manera y la sentencia se cumplió.

❦ ❦ ❦

147

Testamento de don Tomás Mardones

(Recogido por don Desiderio Lizana.)

Atención, noble auditorio,
todos sáquense el sombrero,
que me hallo en disposición
4 de abandonar lo terreno,
y para morir sin reato
quiero hacer mi testamento,
porque al que muere intestado
8 el cura le saca el sexto [1].
Así, todos los presentes
estén acordes y atentos,
y, para hacerlo mejor,
12 sean mis testigos, quiero.
En el nombre del Creador,
que hizo la tierra y el cielo,
sepan cuantos esta carta
16 vieren de mi testamento,
como yo, Tomás Mardones,
natural de aqueste pueblo
que llaman de Santa Cruz,
20 ó Colchagua, qu' es lo mesmo,
soy hijo de don Domingo

Mardones, y harto lo siento,
y doña Fidela Ahumada,
24 á quien Dios tenga en su reino.
Item, declaro que fuí
casado y velado á un tiempo;
no declaro ningún hijo,
28 porque á la fecha no tengo,
ni siquiera naturales,
porque no he sido par' ello.
Y para abreviar la historia,
32 vamos á mi casamiento,
que para encontrar mujer
me fuí á tierra de unos lesos [2],
donde les dije:—Soy rico,
36 y joven de gran talento.—
Como la niña era beata,
yo aparentaba lo mesmo;
haciendo de tripas guatas [3]
40 y quebrando de mi genio,
hablaba de cosas santas
y de grandezas del cielo,
de historias, vidas de santos,
44 de lo espiritual y eterno,
y algunas entreveradas
de grasa, de charqui [4] y sebo,
dando á entender qu' en mi tierra
48 tenía buenos potreros
y muchas reses de engorda [5],
como igualmente carneros;
á un tiempo les decía
52 qu' era muy buen mensurero [6].
A todas estas razones
m' escuchaban muy atentos,
y decían:—No es capaz [7]
56 perder á este caballero;
logremos esta ocasión,

que habrá venido del cielo.
¡Oh, qué feliz nuestra hija,
60 decían, si tiene acierto!—
Me hacían ponches en ron,
y aunque estuviesen muy buenos,
los probaba y los dejaba,
64 más que mi ansioso guargüero [8]
se los quisiera tragar,
pues lo tenía tan hecho
á tomar [9], en Santa Cruz,
68 á cántaro y vaso lleno.
Harto me mortifiqué
y ayuné días enteros,
mas tuve felicidad
72 y todo me lo creyeron.
Por fin, que ya se llegó
el deseado casamiento:
siempre ayuné el primer día,
76 el segundo y el tercero,
mas, al cuarto ya empecé
á acordarme de mis tiempos.
Cuando se acabó la boda
80 y los parientes se fueron,
dije:—¡Aquí sí qu' es la mía!—
y pregunté por un cuero.
Mande buscar una arroba [10],
84 mas, no llegando tan luego,
hice traer mi caballo
y me fuí donde [11] un fondero [12]
Le dije:—¡Amigo, ya me ardo,
88 écheme diez vasos llenos,
mándeme guardar mi avío [13]
y, juntamente, el secreto!—
M' hizo una cama muy linda
92 en un precioso aposento,
donde me llevé tres días

sin mirar al sol ni al cielo.
Mi nueva [14] esposa, afligida,
96 soñaba de que era muerto,
y después decía á solas:
—¡No haberme salido cierto
aquel sueño que soñé!...
100 ¡No estaría padeciendo!—
Porque tres años felices
se los pasó en sufrimientos.
Y aprendan todos los que oyen
104 á echar mujeres al cielo,
y no les den buena vida,
pues padecen en lo eterno.
Y la mujer, como débil
108 y de menos sufrimiento,
mejor que padezca aquí,
para no probar el fuego,
ya que no es posible aguante
112 el purgatorio un momento.
Y si hubiera alguna joven
que aspire á ganar el cielo,
no tiene más que avisármelo
116 con anticipado tiempo,
y en menos que canta un gallo
armamos el casamiento.
Yo le protesto de que
120 pasará aquí su tormento,
qu' es mucha felicidad
el no caer al infierno,
pues los bienes d' esta vida
124 sólo duran un momento.
Item, declaro mis bienes,
que son unos instrumentos
de mensura, con los cuales
128 he mensurado terrenos.
Ellos constan de una cuerda

que de largo tiene un tercio [15],
y no tienen que tasarla,
132 pues me importó siete y medio [16].
Una planchuela de palo,
qu' es la que pongo en el suelo,
con sus triángulos y escalas
136 y sus tornillos de fierro.
Item, dejo cuatro lápices
y tres compases de acero.
Item, declaro más bienes;
140 son: un precioso terreno
del mar á la cordillera,
y cuanto mis ojos vieron
de montañas y pastales [17],
144 y algunos animalejos,
como leones y guanacos,
y muchos zorros, entre ellos.
Item, á mis albaceas
148 mando que con mucho arreglo,
en cuanto tengan noticias
del triste fallecimiento,
se haga luego un inventario,
152 para saber lo que dejo,
y que de todos mis bienes,
según previene el derecho,
tomen cómputo ó montón [18]
156 y se saque quinto y tercio.
El quinto se le dé al cura
en total, sin faltar medio,
para que todo lo invierta
160 en mi funeral y entierro.
Se me hará entierro mayor,
preparando el monumento
con todas las candilejas
164 que necesita el ferétro.
Previa será la cruz alta

y también el paño negro,
y todas estas exequias
168 se pagarán en dinero.
Item, declaro que á nadie
ningún centavo le debo,
no por dejar de pedir,
172 porque siempre fuí de arresto,
[sino porque fuí dichoso,
que nadie me prestó un peso [19],]
ya fuera por desconfianza
176 que no le pagara medio,
ó sería caridad,
que todos me la tuvieron,
y no me querían ver
180 de los dos pies en el cepo.
Item, mando se repartan
d' estos dos nobles consejos:
el primero es de que [20] todo
184 aquel que tenga dinero,
que se divierta con él,
qu' es aprovechar el tiempo;
el segundo es de que nadie
188 deje algo para su entierro,
porque, á más de no enterrarlo,
han de pelear sobre el cuerpo,
chuparán [21] en el velorio,
192 y dirán:—¡El muerto es muerto!—
¡Gracias á Dios de que yo,
Tomás Mardones, no dejo
ni licor para que beban,
196 y muero con tal consuelo!
Lo que otros dejan atrás,
yo me lo chupé con tiempo,
ni tendrá ningún ocioso
200 que removerme los huesos,
ni decir entre sus gustos:

—Toma, ratón cicatero,
que fuiste mártir del diablo;
204 ya lo estarás padeciendo.—
Nó, no lo verán en mí,
sepan todos, caballeros.

---

1. Puede referirse á una contribución que antiguamente cobraban los curas en los bienes de los que morían intestados. *Sexto* también se llama «el libro en que están juntas algunas disposiciones y decretos canónicos». (ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario*).
2. Necios.
3. *Guata*. Barriga; del mapuche *huata*, panza.
4. Vide rom. 60, n. 1.
5. «Animal *de engorda*» es, en Chile, el bovino cebón destinado al abasto. Precedido de artículo, el sustantivo *engorda* tiene valor de colectivo: *la engorda*, *una engorda*, designan un número considerable de los animales dichos. (Vide ROMÁN, *Diccionario*.)
6. *Mensurero* por *mensurador*. El primero, que trasciende á despectivo, debió de aplicarse á los mensuradores legos, para distinguirlos de los que tenían el título de tales.
7. *Capaz* tiene en este caso el significado de *posible*. Ocurre esto cuando modifica á la forma verbal *es*, y ésta trae por sujeto una proposición acarreada por el *que* anunciativo: «*Es capaz* que lo mate», «*Es capaz* que no venga», por «Es posible....» etc.
8. Garguero.
9. Vide rom. 129, n. 8.
10. El vino se mide aún en Chile por arrobas.
11. Vide rom. 121, n. 1.
12. Fondista.
13. Montura, 2.ª acepción.
14. *Nueva esposa* puede querer decir aquí que la mujer era joven, ó que le pertenecía desde poco tiempo.
15. La tercera parte de una cuadra, probablemente.
16. Siete y medio reales, tal vez.
17. *Pastal*. Sitio abundante de pasto.
18. ¿Monto?
19. Este verso y el anterior, que indudablemente faltan en esta variante, los tomo de una versión de San Fernando, provincia de Colchagua.
20. Vide rom. 110, n. 1.
21. *Chupar* por *beber*, es muy común.

COMENTARIO.—Este romance es muy popular en el centro y sur de Chile. Poseo de él cuatro versiones más: dos de Santiago, una de Colchagua y una de Talca. Su autor, don Tomás Mardones, cuya fama vive aún, era uno de esos hombres en quienes ni los achaques ni los años logran hacer presa. El dolor más intenso es para ellos apenas una contrariedad, de que luego se sacuden, vaciándola en una copla burlesca que todos celebran y repiten. Mardones versificaba con facilidad y gracejo.

Romances Vulgares

procedentes de impresos

148

La visión de Petorca

PRIMERA PARTE

Inspira, Euterpe sagrada,
en mi fúnebre lamento,
vuestro espíritu á la voz
4 y elevación al concepto,
triste compás á mi lira,
viva expresión al afecto [1],
fáciles modulaciones
8 y elegancia á mis versos [2];
no para reproducir
los epitafios funestos
que inmortalizó la fama
12 en dorados mausoleos,
como el de Artemisa en Caria,
de su esposo al sentimiento:
¡Oh, cuántos hizo la Parca [3],
16 que, de su segur al fiero
golpe, eficaz á los hombres [4]
en los regios monumentos,
en los elocuentes bronces
20 y en los mármoles impreso [5]
para lúgubre memoria
de los ya pasados muertos!

No para cantar fatídico
24 el tartáreo sentimiento
de los que pasó Acaronte [6]
por el famoso Leteo,
y delincuentes entraron
28 en la cueva del Averno,
juzgados por Radamante [7]
en el tribunal severo.
No, en fin, Euterpe divina,
32 me niegues vuestros alientos [8]
para publicar las muertes,
el dolor y el sentimiento
de la cima de Trofonio,
36 en cuyo lóbrego cerro
dejó muerto la Deidad
á su robador Demetrio.
Ni para pintar penoso
40 los admirables objetos [9],
el estupor, el gemido,
el pasmo, el horror y el miedo,
que á las orillas del Derge
44 y sobre el famoso Erno,
en su llano Frandijori [10]
abriga el último suelo.
Sino para publicar
48 el lastimoso suceso,
espectáculo más triste,
más temeroso escarmiento,
y de la ira divina
52 el castigo más acerbo,
que de la América ha visto
el meridional imperio,
que está puesto en la templada [11]
56 zona, que el brillante Febo
con oblicuos rayos hiere
y dora con sus reflejos,

hacia el antártico polo
60 en su situación ameno,
desde el vigésimo grado
su latitud extendiendo,
hasta los cuarenta y cuatro,
64 y su longitud midiendo [12]
desde trescientos y siete
á trescientos doce, puesto [13]
según las observaciones
68 de los geógrafos modernos,
el rico, fértil, hermoso
y floridísimo reino
de Chile, feliz Ofir
72 que los hispanos guerreros
al décimo sexto siglo
de nuestra ley, descubrieron,
para ser su capital,
76 Atenas de los ingenios,
por los ilustres doctores
que regentan sus liceos,
que sus cátedras presiden
80 y decoran sus capelos.
Para ser de todo el foro,
en sus leyes y preceptos,
otra Roma, otro Areópago,
84 cuyo Senado supremo
componen los más ilustres,
prudentes, celosos, cuerdos
y doctísimos togados
88 que le pone el Real Consejo.
Para ser del heroísmo
armario, taller y centro
en sus nobles ciudadanos
92 y valientes caballeros,
Marte de las armas, como
Adonis del galanteo,

de las delicias jardín [14],
96 de las bellezas espejo,
que á cada una de sus damas [15]
daría el pastor Ideo
mejor la dorada poma,
100 en competencia de Venus.
Pensil hermoso de Flora [16]
por sus floridos paseos,
por sus frescas alamedas,
104 por sus claros arroyuelos
y frondosos vegetales,
que, elevados á los cielos
para defensa del sol,
108 forman pabellones frescos...
De este, pues, ameno país,
de su capital corriendo
cuarenta leguas al norte,
112 y á distancia del mar puesto
poco más de quince leguas,
y seis, aunque poco menos,
de la grande cordillera,
116 yace el empinado cerro
de Petorca, cuya cumbre
es del Olimpo diseño.
Es, por sus nieves, un Alpe
120 en el erizado invierno [17],
en el otoño fecundo
un frondoso Pirineo,
un Apenino, mejor
124 diré, monte de oro, puesto
que tan al crisol se acendra
el metal que tiene dentro
amontonado el Ofir,
128 ó Pactolo verdadero,
en cuyas cumbres habitan
gran multitud de mineros,

que desangran sus metales
132 por vetalajes [18] diversos.
Viven en su verde falda
muchos nobles caballeros,
mercaderes, oficiales,
136 vecinos y forasteros,
que en la multitud del oro
han cifrado su comercio.
En este rico lugar,
140 en este famoso asiento [19],
año de la creación
de cinco mil setecientos
setenta y nueve, según
144 los cronologistas nuevos,
que el año de cuatro mil
colocan el nacimiento
del Mesías, como puede
148 verse en la tabla de Useno,
Rollín, y también Bossuet
en sus cómputos selectos;
y de su feliz conquista
152 en el año de doscientos
treinta y ocho, gobernando
á la nave de San Pedro
nuestro Santísimo Padre,
156 venerable Pío Sexto.
Dignamente de ambos mundos
ocupando el trono regio,
el católico, el temido,
160 generoso, invicto y cuerdo
monarca de las Españas
señor don Carlos Tercero,
que Dios guarde, para ser
164 de sus vasallos consuelo.
El veinticuatro de octubre,
cuando el luminoso Febo

desde el ocaso corría
168 por el nadir contrapuesto,
y la tenebrosa noche,
tendiendo su manto negro,
arrastraba su capuz [20]
172 con un temeroso ceño;
cuando á su canto las aves
habían puesto silencio,
y cada cual abrigaba
176 en su nido á los polluelos;
cuando sólo se escuchaba
entre los peñascos huecos,
el tristísimo caístro [21]
180 de pájaros agoreros,
de los canes el ladrido,
de los ríos el despeño,
y en los árboles y riscos
184 el azote de los vientos;
cuando, en fin, todos los hombres,
sepultados en el sueño,
de media vida el tributo
188 ofrecían á Morfeo:
viendo que la media noche [22]
mediaba su curso lento,
de sus pajizos albergues
192 y sus mal mullidos lechos,
salieron pisando horrores [23],
como lo habían dispuesto,
siete inquilinos peones,
196 cuyo laborioso empleo
era de ser en las minas
apires [24] y barreteros.
El uno es Andrés Gallardo [25],
200 Regis y Manuel Carreño,
José Piñones y un Tapia,
con otros dos compañeros:
Javier Soriano, y José

204 Zazo, que habían dispuesto
robar en aquella noche
la mina del Bronce Viejo,
llamada así porque tiene
208 su piedra el color bermejo,
y lo más como el imán,
cristalizado y broncero.
Mas, es tan grande el caudal
212 del oro que tiene dentro,
que á robar en algún ojo
de metal que descubrieron,
ó alguna puente, ó estribo,
216 se determinaron éstos,
habiendo pactado ser,
con un profundo secreto
para su seguridad,
220 Apocrates de sí mesmos [26].
Y atropellando temores,
sobresaltos y recelos,
que son de la culpa siempre
224 bastardos hijos del miedo,
llegaron, pues, á la boca [27]
de la mina, cuyo seno
parece que del abismo
228 es un lóbrego bostezo.
Sin duda que el corazón,
que adivinó verdadero [28],
es un pronóstico fiel [29]
232 de los sucesos adversos.
Empezaría á latir
en los delincuentes pechos;
discurriría en las venas
236 la sangre con algún hielo;
el tímido animaría
á los demás para el hecho,
con muchas voces tal vez,

240 para esforzarse á sí mesmo,
que más valor finge siempre
el hombre que tiene menos;
y tal vez, que es lo seguro,
244 el fuerte remordimiento,
con la imagen de la culpa
presentaría el objeto
de la muerte y del castigo,
248 que son sus propios efectos.
Mas, ¡oh fuerza del destino!
¡oh desventurado intento!
¡oh, cómo son infalibles
252 los soberanos decretos!
¡Cómo se va de un abismo
á otro abismo descendiendo!
¡Cómo las culpas del hombre
256 tienen un número cierto,
de donde no pasarán
y será su fin postrero!
¡Oh, Soriano, quién pudiera
260 decirte allí: «¡deteneos 3º,
que es el último delito
y el término de tu tiempo!»
¡Oh Regis, oh Tapia, oh Zazo,
264 quién os dijera: «si dentro
pisareis, es en la tumba,
ó en el cadalso funesto
adonde subiendo iréis
268 cuando fuereis descendiendo!»
¡Oh infeliz Andrés Gallardo,
¡oh Piñones, oh Carreño,
quién os pudiera decir:
272 «no deis más paso, que puesto
tiene al hilo de tu vida
la Cloto el cortante acero!»
Ya pasaréis de los vivos

276 á la región de los muertos.
Mas, pasad; que la divina
justicia tiene dispuesto,
que los que no escarmentaron
280 con los castigos ajenos,
á los venideros siglos
deben servir de escarmiento.
Entraron, en fin, llevando
284 las luces en los mecheros,
melancólicas antorchas
de tanto deslumbramiento.

---

1. Viva expresión á mi afecto. (LIZANA.)
2. Y elegancias á mis versos. (LIZANA.)
3. A cuántos hizo la Parca. (LIZANA.)
4. Golpe, fijasen los hombres. (LIZANA.)
5. Y en los mármoles, impresos. (LIZANA.)
6. De los que pasó Carón. (LIZANA.)
7. Juzgados por Radamonte. (LIZANA.)
8. Invoqué vuestros alientos. (LIZANA.)
9. Los espantables objetos. (LIZANA.)
10. En su llana Frandijori. (LIZANA.)
11. Yace, pues, en la templada. (LIZANA.)
12. Y en su longitud midiendo. (LIZANA.)
13. A trescientos quince: puestos. (LIZANA.)
14. Paraíso de delicias. (LIZANA.)
15. Que á cada cual de sus damas. (LIZANA.)
16. Pensil hermoso de flores. (LIZANA.)
17. En el irisado invierno. (LIZANA.)
18. *Vetalaje*. Conjunto de vetas metálicas.
19. Asiento, 11ª acepción.
20. Arrastraba sus capuces. (LIZANA.)
21. El tristísimo alarido. (LIZANA.)
22. Viendo que la oscura noche. (LIZANA.)
23. Salieron pisando *hurones*. (LIZANA.) ¿Abarcas hechas con el cuero sin curtir llamado *hurón*?...
24. *Apir*. Peón minero que lleva á cuestas el metal desde el interior de la mina hasta la superficie. Según Lenz, del aimará *apiri*, el que lleva.
25. Ellos son: Andrés Gallardo... (LIZANA.)
26. Aproches entre ellos mismos. (LIZANA.)
27. Llegaron hasta la boca. (LIZANA.)
28. Adivino verdadero. (LIZANA.)
29. Y que es pronóstico fiel. (LIZANA.)
30. Deciros: ahí deteneos. (LIZANA.)

SEGUNDA PARTE

Aquí debe suponer
el auditorio discreto,
lo que sería después
4 sólo un discurso reflejo,
que apenas de la espelunca
pisan los cóncavos huecos,
cuando aquel Dios soberano
8 que la tierra y que los cielos
con majestad infinita
tiene de su gloria llenos,
admirablemente quiso
12 ostentarse justiciero,
y al poder de las tinieblas
dió licencia, y al momento,
como se deja entender,
16 nuevo temor van sintiendo.
Un pavor los espeluza,
los desmaya un nuevo hielo,
y es porque el alma conoce
20 que se le acerca el objeto [1]
de algún espíritu, que
tomando cuerpo aéreo [2],
haciéndosele visible [3]
24 con espantosos efectos,
no pudiéndola sufrir [4],
como de su vista huyendo,
ha de romper afligida
28 las ataduras del cuerpo.
En esta fatiga, en este
torbellino de tormentos,
late con intercadencias
32 todo el material compuesto,
delirando las potencias,

turbados los pensamientos,
sin fuerzas ya para huir,
36 todo es mal y desconsuelo.
Y veis aquí cómo se hace
visible, de horrores lleno,
aquel espíritu que [5]
40 fué destinado instrumento
de la divina justicia,
para castigo de aquéllos
que, sin temor, atrevidos
44 quebrantan sus mandamientos.
¡Oh, cómo ya se les llega [6],
mortales, aquel momento
que precisamente media
48 entre los grandes extremos
del tiempo y la eternidad:
fin preciso y trance cierto!
Verían en un instante
52 cuándo es un pecado feo [7],
y cuánto conviene estar
en todo instante dispuesto,
viéndose necesitados
56 á morir sin sacramentos,
con la conciencia manchada
y en un hurto manifiesto,
siendo verdad infalible
60 que para su salvamiento
han menester de la culpa
tener un dolor perfecto,
y que un eficaz auxilio
64 son pocos los que tuvieron.
Pero ¿adónde voy? ¿Acaso
es absoluto decreto?
Si hay libertad, si es mayor
68 de Cristo el merecimiento
que el demérito del hombre;

si sólo bajó del cielo
á buscar los pecadores;
72 si Él mismo dice: «no quiero
la muerte del pecador;»
si consta del Evangelio
que en artículo de muerte
76 un ladrón robó los cielos,
¿por qué no hemos de pensar
que no se perdieron éstos?
Mas ¡ay! que también en donde
80 se salva un ladrón, tenemos
otro ladrón que se pierde,
sirviendo de contrapeso.
En fin, entre tantas ansias,
84 temores y desconsuelos,
poseídos de tanto espanto [8]
los delincuentes murieron,
y de su terrible juicio
88 lo que fué no lo sabemos.
Sólo sí, la positura
en que quedaron los cuerpos:
dos, que con las cruces hechas
92 tenían los rostros vueltos,
parados, y en ademán
de un tímido movimiento;
los otros tres, que tenían
96 inclinada sobre el pecho
la cabeza, con el rostro
vuelto, como los primeros;
el otro estaba sentado
100 en un recodo pequeño [9];
y el último, en una fuente [10]
estaba de bruces puesto.
Y es ésta la misma forma
104 en que los hallaron, luego
que por el balcón de oriente

los matutinos reflejos,
crepúsculos precursores
108 de la luz, aparecieron.
Y fué porque el mayordomo,
Argos vigilante y presto,
cuando ya los pajarillos
112 con sus trinados gorjeos
salva le hacían al Alba,
que se paseaba riendo
de ver llorar á la Aurora
116 aljófares, que en su seno
beben las conchas de nácar
para cuajar el reflejo
del sol, con mejor oriente,
120 perlas de subido precio;
levantándose al trabajo
y echando á lo peones menos,
indicándole de robo
124 la falta de los mecheros,
cosa de las nueve y media
entró con dos compañeros,
el uno Manuel de Pinto,
8 otro, un esforzado arriero,
que fué quien primero vió
á Manuel Carreño muerto.
Y los tres, certificados
132 del caso, reconocieron
ue aquél que estaba de bruces
era difunto, y con esto
saliendo despavoridos,
136 avisaron al momento
á don Nolasco de Humeres,
juez comisionado; y luego,
juntando bastante gente
140 y á la mina descendiendo,
los miserables despojos

de la muerte conocieron,
que sin herida ninguna
144 los siete estaban ilesos.
Mandó el juez que los sacasen,
y á la plaza del asiento [11]
los llevasen, donde al punto
148 la noticia dió, corriendo
de unas en otras personas
con muy diferentes ecos.
Con temerosa impresión
152 parece que iba diciendo:
—Venid á ver la justicia
que quiso hacer el Supremo,
como señor absoluto,
156 jüez de vivos y muertos [12].
Venid á ver la justicia
preparada para aquéllos
que, quebrantando la ley,
160 roban caudales ajenos.
Venid, oid la sentencia
justa, que se intimará presto [13]
contra los falsos tratantes,
164 mercaderes usureros,
y hacendados que retienen
del jornalero el dinero,
y lo precisan á que
168 por su sudor y desvelo,
reciba géneros malos
por exorbitante precio.
Venid, jueces desidiosos,
172 que eternizáis á los reos,
que toleráis un escándalo
por un humano respeto;
que con tiranía hacéis
176 granjería del empleo,
y no le dan la razón [14]

sino sólo á don Dinero.
Venid, falsos abogados,
180 que contra todo derecho
defendéis pleitos injustos;
que con coloros pretextos [15]
los demoráis, hasta que
184 empobrecéis los sujetos.
Venid, los murmuradores,
á cuyo voraz exceso
y perniciosa malicia
188 no hay persona sin defecto,
doncella que sea honrada,
casada sin adulterio,
virtud sin hipocresía,
192 ni guardado algún secreto.
Venid, alumnos de Baco,
plebeyos y caballeros,
que en embriagueces tenéis
196 cifrado vuestro contento.
Venid, jugadores grandes,
maldicientes y blasfemos,
que empobrecéis las familias,
200 que perdéis todo el comercio [16],
y á vuestros hijos dejáis
á mendicidad sujetos.
Venid, oid, atended
204 á estos siete pregoneros
de la divina justicia;
á estos siete mensajeros [17]
que de parte del gran Rey
208 os notifican, supuesto
que ya envió sus profetas.
Que Job nos dijo en un tiempo:
«breve es la vida del hombre»;
212 que San Juan en su Evangelio
dice que «vendrá la muerte

como el ladrón, cuando menos
la esperamos los mortales».
216 Que Pablo dijo: «tenemos
el infalible estatuto
de morir»; y San Mateo:
«estad dispuestos, porque
220 no sabéis la hora y momento
en que ha de venir el Hijo
del Hombre, recto y severo».
Supuestas, pues, estas cosas
224 que de antemano dijeron
profetas y evangelistas,
vuelvo á deciros: si ciertos,
justos y severos juicios
228 hay en estos siete muertos [18],
desde luego os notifican
que se acerca el día tremendo
de la muerte, que será
232 eterna en los que, queriendo
permanecer en sus culpas,
despreciaron este ejemplo.
Oyeron, pues, estas voces,
236 palparon este portento,
y temieron el castigo
los petorquinos mineros.
Y después de medio día
240 que los difuntos tuvieron
á la vista, se les hizo
un decentísimo entierro,
y la fama voladora
244 con sus ecos vocingleros,
por todas partes llevó
la noticia del suceso.
Y moviendo el corazón [19]
248 del poeta, dispuso en verso
dar al mundo la noticia

para el aprovechamiento,
y suplica humildemente
252 le perdonen sus defectos.

---

1. Que se le acerca el espectro. (LIZANA.)
2. Informando cuerpo aéreo. (LIZANA.)
3. A hacérsele va visible. (LIZANA.)
4. No pudiendo ella sufrir. (LIZANA.)
5. El espíritu que fué
destinado á instrumento. (LIZANA.)
6. ¡Oh cómo se les allega!
Mortal es aquel momento. (LIZANA.)
7. Cuánto es un pecado feo. (LIZANA.)
8. Poseídos de gran espanto. (LIZANA.)
9. En un *sacado* pequeño. (LIZANA). *Sacados* se llaman los montones de metal que están dentro de la mina.
10. Y el último en una puente. (LIZANA.)
11. Asiento, 11.ª acepción.
12. Juez de los vivos y muertos. (LIZANA.)
13. Justa, que se dará luego. (LIZANA.)
14. Y no le dais la razón. (LIZANA.)
15. Que con dolosos pretextos. (LIZANA.)
16. Perdiendo todo el dinero. (LIZANA.)
17. Que son siete mensajeros. (LIZANA.)
18. Hay en éstos siete muertos,
y os notifican que ya
se acerca el día tremendo
de la muerte, y que será
eterno en los que, queriendo... (LIZANA.)
19. Y movido el corazón. (LIZANA.)

COMENTARIO.—El autor de este pedantesco romance, es, según el encabezamiento con que aparece en la *Historia de la literatura colonial de Chile*, de Medina, (t. III, p. 71), copiado de la edición de 1824, «el ciudadano Bernardo de Guevara, chileno»; y según el presbítero don Elías Lizana (*Revista Católica*, núm. 231, p. 251 y sig.), «el lego chileno fray Bernardo Guevara». Don Enrique del Solar, en sus *Leyendas y tradiciones* (p. 192 y sig.) dice que «por mucho tiempo se creyó que esos versos eran obra de un caballero llamado don Bernardo de Guevara; pero parece que últimamente se ha descubierto ser su autor el fraile agustino fray Sebastián de la Cueva, español de nacimiento...» Solar no dice de dónde procede el descubrimiento; así es que, mientras no se presenten mejores datos, debemos tener por autor de este romance, al chileno Bernardo de Guevara, caballero, lego ó simplemente ciudadano, que eso tampoco está bien averiguado.

He aquí ahora la leyenda en que se basa el romance:

«En la noche del 24 al 25 de octubre del expresado

año (1779), siete operarios de la mina de doña Rosario Muchastegui, entraron furtivamente á extraer una cantidad de oro, que habrían dejado oculto... Una muerte súbita les sorprendió simultáneamente, en los precisos momentos en que se ocupaban en realizar su intento. Originaría este eventual suceso un desprendimiento de gases deletéreos... El vulgo supersticioso, en medio de la ignorancia en que vivía, no se hallaba en condiciones de admitir sobre este hecho una explicación científica. La muerte repentina é instantánea de los siete ladrones fué atribuída á causas sobrenaturales, en que figuraba como protagonista el Diablo... En el ánimo del pueblo, el inaudito acontecimiento dejó la impresión de que un espectro infernal se había hecho visible á aquellos infelices... Esta superchería recibió la sanción universal del pueblo, y mereció los honores de que los escritores más serios de aquellos tiempos le destinaran páginas de sus historias, sin atreverse á desautorizar el veredicto de la opinión vulgar... Un lego de una comunidad religiosa, describió en versos aquella espeluznante historia, tal cual se la forjaba en su imaginación el pueblo... Ninguna composición de su género alcanzó tan universal popularidad en Chile, en los tiempos coloniales. Ella pasó á la posteridad con el nombre de *Corrido de los Siete*, en lugar de la *Visión de Petorca*, como la denominó su autor. Las tradiciones lugareñas nos presentan al poeta como el octavo comparte del frustrado robo. Se le habría asignado el papel de *loro* [1], en la puerta de la boca-mina... El centinela de ladrones habría pasado á pregonero de su trágica muerte, haciendo de la malhadada aventura una epopeya de su inspiración. A mi juicio, esto no pasa más allá de ser una simple invención vulgar, de todo punto inadmisible para la gente seria...

»En 1824 se imprimió (el romance) por la primera vez. Esta edición adolece de algunas erratas, de que la presento depurada, comparándola con antiquísimos manuscritos, y con las recitaciones verbales que he oído de los mismos labios de los más veteranos mineros de aquella localidad». (LIZANA, *La Revista Católica*, número citado, del 18 de abril de 1911.)

---

1 «*Loro*, m. Ladrón que queda en acecho, mientras los demás *trabajan*, para avisarles de cualquier peligro». (VICUÑA CIFUENTES, *Coa*).

El texto que transcribo es el de la edición de 1824, reproducido por Medina en su *Historia de la literatura colonial*, de donde yo lo he tomado, y copio en notas todas las variantes del texto de Lizana, algunas de las cuales me parecen aceptables.

Sólo deseo llamar la atención de los que desconfían de la tenacidad con que perduran en la tradición oral los viejos cantos populares, hacia la persistencia con que vive en la memoria del vulgo este estrafalario romance, que tan pocas condiciones tiene para adherirse á ella. Medina dice á este respecto: «conocemos á un caballero que ha podido recordarlos de memoria (los versos del romance) después de haberlos aprendido hace cerca de medio siglo». (*Obra citada*, t. I, p. 367, not. 1); y Lizana, como ya lo hemos visto, funda en parte sus correcciones «en las recitaciones verbales que ha oído de los mismos labios de los más veteranos mineros de la localidad», porque «los antiguos petorquinos, con el deletreo de la cartilla y con el aprendizaje del rezo y de las *Alabanzas* (vide r. 79, n. 1), estudiaban de memoria el popular *corrido*. Se lo enseñaban sus padres al calor del brasero del mate, ó á la luz del candil de la cuadra, en las largas noches de invierno».

He aquí el título completo, y la leyenda, con que fué publicado este romance la primera vez: ROMANCE DE LOS SIETE LADRONES QUE MURIERON Á UN MISMO TIEMPO EN LA MINA DE LA SEÑORA DOÑA MARÍA DEL ROSARIO MUCHASTEGUI, EN PETORCA, EL 24 DE OCTUBRE DE 1779. CUYO AUTOR ES EL CIUDADANO BERNARDO DE GUEVARA, CHILENO, QUE AUN VIVÍA EN LIMA POCO TIEMPO HÁ. *El es histórico-cronográfico-moral, que no deja de instruir en algunos ramos, por lo que se da al público; pero principalmente, porque se quejaría la posteridad si no se le hubiera transmitido historia tan rara como cierta, que aun á este año de 1824 viven algunos que han visto los cadáveres en la plaza de Petorca.*

❧ ❧ ❧

149

La avenida del Mapocho de 1783

¡Qué confuso laberinto,
qué Babilonia de afectos,
qué océano de congojas,
4 qué torrente de tormentos
combaten mi corazón,
queriendo sea mi pecho
nueva palestra de penas,
8 de martirios teatro nuevo,
al relacionar el caso
más lastimoso y más tierno,
que en el asunto menciona
12 en sus anales el tiempo!
Mas, debiendo obedecer,
que es indispensable hacerlo,
y así, dad, cielos, valor,
16 dadme voces, santo cielo,
para narrar un asunto
en que desfallece el eco,
en que en trémulos suspiros
20 agonizando el aliento,
respira sólo pesares,
anima sólo tormento.
Pero si expresando penas
24 se minora el sentimiento

por la ajena compasión,
que en parte lo hace más lento,
os impartiré noticia
28 con legal razonamiento
de lo que Dios permitió
sucediese en mi convento,
día diez y seis de junio
32 de ochenta y tres, que violento
el aire, rompiendo montes
con altivo movimiento,
con armados huracanes,
36 mostraba que en un momento
desquiciaba de sus ejes
el globo, y más desatento,
presentó al cielo batalla,
40 y viniendo á rompimiento,
en mutua lid disputaban
con recíproco ardimiento,
por cuál de los dos quedaba
44 el campo del vencimiento.
Por fin quedaron triunfantes
las nubes, y huyendo el viento,
quedaron con altivez,
48 satisfaciendo su intento.
Parecía que Neptuno,
dejando su antiguo puesto,
se difundía en las nubes,
52 sin mirar en su respeto.
Y liquidando los mares,
juzgo [1] que del firmamento
llover océanos hizo
56 para nuestro sentimiento,
pues de este modo se hacía
más caudaloso y violento
el gran Mapocho, que corre
60 á la frente del convento.

El cual compitiendo ya,
con rápido movimiento,
con Euros y Manzanares,
64 y al Nilo aun llevando resto,
su sonido era aterrante
al más impávido aliento.
¿Qué temor no causaría
68 en quienes sabían de cierto
que se hallaban indefensas
cercadas del elemento?
La mañana así pasamos,
72 sin saber el detrimento
que ya causaban las aguas
en la muralla y cimientos,
porque nada nos decían,
76 atendiendo al sentimiento
que era regular tener
en riesgo tan manifiesto.
A la una y media del día,
80 con más que casual intento,
subieron dos á la torre,
y al correr la vista, es cierto
que cubrió sus corazones
84 mortal desfallecimiento,
viendo que el río arrancaba
los tajamares de asiento,
y con ímpetu batía
88 sin defensa en el convento.
Se encontró para el arbitrio
sin margen el pensamiento,
y tocando las campanas
92 á plegaria, con intento
de que nos favoreciesen,
no se veía movimiento
de que hacerlo procurasen,
96 pues estaban muy de asiento

en el puente y la ribera
con pávido desaliento,
más de cinco mil personas,
100 que con clamor y lamento
causaban más confusión
que alivio, á nuestro tormento.
Mas, haciendo la plegaria
104 al llegar un caballero [2],
no pudo contener brioso
ó compasivo su pecho;
y sin poderlo estorbar
108 las que improbaban su intento,
se botó fogoso á la agua
con riesgo tan manifiesto,
que todos los circunstantes
112 lo vociferaban muerto.
Mas, dándole paso franco
el amor ó el buen deseo,
pudo tomar nuestra orilla
116 sin el menor detrimento,
y con grande vigilancia
hizo picasen de presto
unos cuartos que á la diestra
120 hacían calle al convento,
en que represaba el agua;
pero cayendo con esto,
tomó rápida corriente
124 con menor peligro nuestro.
El toque de las campanas
sirvió para que al momento,
diez, que enfermas en las camas,
128 y algunas con crecimientos
de calenturas, se hallaban,
tuvieran conocimiento
del inminente peligro
132 en que se veía [3] el convento.

El susto solo les fué
activo medicamento
para recuperar fuerzas
136 y corroborar aliento;
y tomando sus vestidos
para ponerse á cubierto,
enderezaron sus pasos
140 con trémulo movimiento,
al coro, donde esperaban
fuese su fallecimiento.
Allí sólo se escuchaba[n],
144 en murmullo descompuesto,
suspiros, llantos, clamores,
con profundo rendimiento
á que se verificase
148 en todo el alto decreto.
Sólo dábamos las quejas
al divino Sacramento,
de permitir se atreviese
152 aquel túrbido elemento
á inundar su templo santo,
sin atención y respeto
á la inmunidad sagrada
156 debida á su acatamiento.
Difundíamos el alma,
como el agua, á nuestro Dueño,
deseando ser por su amor
160 holocaustos de su fuego,
antes que fuesen las vidas
de la inundación trofeo.
Mas aquel Dios de piedades
164 á favorecer propenso,
que puso á Isaac en el monte
por probar su rendimiento,
y, sin descargar el golpe,

168 le fué el sacrificio acepto,
ordenó que sobornados
tres hombres con el dinero,
y también de compasivos,
172 no reparasen el riesgo,
y arrojándose á las aguas
surcando mares de hielos,
aportasen al compás;
176 pero allí se vieron presto
casi ahogados por las aguas,
que recogida en [el] centro
más de dos varas en alto,
180 estorbaban entrar dentro.
Y así, su propio peligro
industrió su entendimiento
para entrarse por el torno,
184 y practicando el intento,
de allí los botó el impulso,
que batía con extremo.
Por fin rompieron el torno,
188 y con ímpetu violento
les ayudó á entrar el agua,
y hallándose en salvamento,
discurrieron por los claustros
192 dando voces, y diciendo
que nuestro ilustre Prelado [4]
nos imponía precepto,
y nos mandaba salir
196 sin excusa ni pretexto.
Salimos todas del coro
al oir el intimamiento;
mas sin corazón salimos,
200 porque se quedó en su centro.
Avistamos nuestros claustros,
que hechos lagunas de cieno,

no daban margen alguno
204 para transitar sin riesgo.
Enderezamos los pasos
hacia la huerta, creyendo
que su mucha elevación
208 favoreciese el intento;
pero también encontramos
inundado aquel terreno,
pues no cesaban las aguas
212 de descuadernar el cielo.
Viendo en este estado el caso,
y que, entreteniendo el tiempo,
se acercaba más la noche
216 y el peligro iba en aumento,
arbitraron taladrar
la muralla, con intento
de que huyendo por allí,
220 tomásemos mejor puesto.
Ejecutóse al instante
el discreto pensamiento,
pero con la precisión [5]
224 fué el taladro tan pequeño,
que al salir, más que aceituna
se nos aprensaba el cuerpo.
No sacamos con nosotros
228 más que á nuestro dulce Dueño,
que pendiente de la cruz
nos daba á sufrir ejemplo.
Apenas salimos fuera,
232 cuando ya nuestro convento
lo robaban sin reparo,
y con tal atrevimiento,
que no podrá reponerse
236 lo perdido, en mucho tiempo.
Pero es lo menos sensible,
comparándolo al tormento

que toleramos, al ver
240 el gentío tan atento,
cuando en brazos de los peones
nos transportaban sin tiento.
Y á unas las tomaban mal,
244 y á otras echaban al suelo,
y algunas, bien embarradas,
eran de la risa objeto.
De este modo nos pasaron,
248 con tumultuoso ardimiento,
á una quinta que contigua
se hallaba más del convento.
Allí estuvimos un rato,
252 pero era con igual riesgo,
porque las altivas olas
estremecían el suelo.
En este breve intervalo
256 atravesó nuestro pecho
nueva saeta de dolor,
que, rompiendo el sufrimiento,
hizo liquidar el alma
260 en un raudal tan violento,
que pudo quizá igualar
al expresado elemento:
por ver que ya la Custodia
264 con ligero movimiento
la llevaba un sacerdote,
sin otro acompañamiento
que pocas luces, que hallaron
268 con milagroso portento
ardiendo sobre las aguas,
que, respetando el intento
con que fueron encendidas,
272 cuando en nuestro encerramiento
clamábamos á la Madre
de Piedad, por valimiento,

se estaban en el blandón,
276 sin ceder al movimiento
con que batían las olas;
y siguiendo el barlovento
de la venerable imagen,
280 á quien el fiel elemento
llevaba sobre su faz
con pasmoso rendimiento,
al entrar el sacerdote
284 le salieron al encuentro,
para servir en el culto
del divino Sacramento.
El que acometió la empresa,
288 llevado de ardiente celo,
de sacar á la Deidad
antes que corriese riesgo,
fué un hijo de San Francisco,
292 religioso recoleto[6],
que con la agua á la cintura
y por las rejas rompiendo,
sacó Custodia y Viril
296 y los llevó á su convento.
Propia acción de tales padres,
que en todo acontecimiento
de piedad y devoción,
300 no miran su detrimento,
y que quedará grabada
é indeleble en nuestro pecho,
para perpetua memoria
304 y tierno agradecimiento.
Y volviendo á la estación
donde estábamos cuando esto,
se determinó dejarla
308 y buscar seguro puesto,
clamando al Señor nos diese
gran paciencia y sufrimiento

para seguir un certamen
312 de tanto padecimiento.
Mas, el Padre de piedades,
que siempre acredita el serlo,
determinaba clemente
316 minorar el desconsuelo,
y prevenir el alivio
á proporción del tormento.
Se vió esto verificado,
320 pues estando en el aprieto
de no hallar situación fija,
llegó luego un mensajero
de parte del padre prior
324 de la Observancia, diciendo
que teníamos muy pronto
su magnífico convento,
y con grande cortesía,
328 igual á su entendimiento,
fué en persona por nosotras,
llevando para el intento
el carruaje necesario
332 que pudo aprontar más presto.
Seguimos nuestra derrota
con más esforzado aliento,
al ver que Dios nos franqueaba
336 aquel Moisés verdadero,
que sin temor á las ondas
las dominaba el primero,
abriendo segunda senda,
340 como el otro en el Bermejo.
Mas, no faltaron desgracias,
si acaso pudieron serlo
los trabajos de los justos;
344 mas, quiero decir en esto,
que se continuó el crisol
y pruebas de nuestro Dueño.
Pues como el llover seguía,

348 era indispensable efecto
que los carros se calasen
de aguas del cielo y del suelo,
y penetrasen agudas
352 á las de su furia objeto,
que á no informarlas Amor,
se transformasen en hielo.
A más de esto, se quebraban
356 los carros por el gran peso,
siendo preciso acuñarlos
en medio del elemento.
Otras, que en cabalgaduras
360 venían, traían de lleno
toda la inclemencia, y otras,
más penoso aditamento,
de la lobreguez privando (*sic*)
364 de tino aun al más experto.
Y si algunos, compasivos,
daban luz en tal aprieto,
se espantaban los caballos
368 y ponían en más riesgo.
En fin, entre esta borrasca,
llegamos al feliz puerto
de la casa de Belén:
372 llamóse así este convento
de hijos de Santo Domingo,
donde guardan lo perfecto
y puro de su instituto
376 con prontitud y desvelo.
Y como fuimos entrando
á este retrato del cielo,
conocimos lo habitaban
380 ángeles en térreo cuerpo,
que con grande prontitud,
al imperio de un solo eco
y á veces á una mirada,

384 servían al pensamiento.
Nos dieron tal hospedaje,
que el más cabal desempeño
será omitirlo la pluma
388 y remitirlo al silencio,
pues si explanarlo pensara,
haciendo narración de esto,
en mayor golfo se viera
392 náufrago mi entendimiento,
que en el que se halló mi vida
cuando lo estaba mi cuerpo.
Mas, omitir no podré,
396 y todo lo diré en esto,
que el prelado de esta casa
es el más cabal sujeto
que han producido las Indias,
400 y en este acontecimiento
se ha excedido él á sí mismo,
porque ha echado todo el resto,
y ha hecho fray Sebastián Díaz [7]
404 lo que él sólo hubiera hecho.
Nos pusieron en un claustro,
separado largo trecho
de los que ellos habitaban;
408 y aunque no era nada estrecho,
tenía sólo trece celdas,
de que hecho el repartimiento
en oficinas precisas,
412 quedaron sólo de resto
nueve, para veintïocho
que éramos en surtimiento,
entre monjas y criadas,
416 siendo menester por esto
acompañarse de á cuatro
y cinco en cada aposento.
Empezamos á buscar

420 modos de secar de presto
la ropa, porque pegada
las más traían al cuerpo,
excepto algunas, que quiso
424 Dios favorecer en esto,
pues ni aun en las alpargatas
recibieron detrimento;
pero á otras les fué preciso
428 el andar por algún tiempo
con zapatos de los padres,
hasta que fueron haciendo.
Se estableció la observancia
432 con puntualidad y arreglo,
tocándose campanilla
á oración, coro y silencio,
refectorio y demás actos,
436 y todos á su hora y tiempo.
La clausura la guardamos,
haciendo el adagio cierto
de ser en cuatro paredes
440 víctimas del sufrimiento.
Allí nos decían misa,
en oratorio bien puesto,
y en día de comunión,
444 consagraba el prior para esto.
Mas nos quedaba el dolor
de no tenerlo allí expuesto,
para hallar con su presencia
448 mayor consuelo y aliento.
Mas si así lo disponía
el Artífice más diestro,
para pulir á las almas,
452 quitando el sensible afecto,
y como había privado
de lo acomodado al cuerpo,
acrisolar el espíritu

456 de aquello menos perfecto;
y para hacerlo mejor
y lograr más bien su intento,
quiso darnos nueva mano
460 con enfermarnos de nuevo,
y muy pocas se exceptuaron
de no estarlo en este tiempo,
y vino á coronar la obra
464 una criada, muriendo.
Aquí pasamos tres meses,
gastándose mucho tiempo
en componer unos claustros
468 en forma de monasterio;
cuya composición hecha,
nos pasó el prelado luego
donde nos hallamos ahora
472 con comodidad y aseo:
en tres claustros bien labrados,
con muy delicioso huerto,
oficinas necesarias,
476 y sobre todo el recreo
del coro con su capilla,
que aunque esto es algo pequeño,
encierra la Majestad
480 que contiene todo el cielo.
Aquí estamos asistidas
de los padres, cuyo celo
atiende á lo espiritual
484 y temporal, con desvelo,
sin dispensar su cuidado
lo ínfimo ni lo supremo,
porque el lince de su prior
488 se hace Argos en nuestro obsequio,
pues su grande caridad
y su magnánimo genio,
lo hacen ejecutar ahora

492 lo que ejecutó primero.
Y juzgo que sin mudanza
siempre seguirá lo mesmo,
pues hombres de su estatura
496 lo acaban todo perfecto.
Explanar el grande estrago
que hizo el río en el convento,
fuera detenerme mucho;
500 mas, no siendo ése mi intentò,
diré sólo lo inundó
todo, y parte botó al suelo.
Lo restante se está ahora
504 con firmeza componiendo,
para mudarnos allá
y edificarlo de nuevo,
retirando el edificio
508 cuanto se pueda hacia adentro,
y murallarlo de cal
y ladrillo, porque esto
dicen basta á preservarnos
512 y ponernos á cubierto.
El Señor lo determine,
si es su voluntad hacerlo,
y de no, se cumpla en todo
516 su beneplácito eterno.

---

1. *Juzgó,* dice el texto impreso, pero debe ser errata.
2. Don Pedro García Rosales. (*Nota del impreso.*)
3. Esta durísima sinéresis, así como las de los versos 94 y 360, parecen indicar que la autora pronunciaba *véida, tréida,* como es común en nuestras clases populares.
4. El Iltmo. señor doctor don Manuel Alday y Aspee, que dignamente ocupa la Silla Episcopal de esta Iglesia, como su XIX Prelado. (*Nota del impreso.*)
5. *Precisión* por *prisa* es, como se ve, un antiguo chilenismo.
6. El R. P. Fr. Manuel de la Puente. (*Nota del impreso.*)
7. Fray Sebastián Díaz, (1741-1812 ó 13). Ilustre fraile recoleto dominico, tenido en su tiempo por el hombre más sabio entre cuantos lo habían sido en Chile. Su principal obra es la titulada: *Noticia general de las cosas del mundo por el orden de su colocación. Para uso de la casa de los señores Marqueses de la Pica, y para instrucción común de la juventud del Reino de Chile.*—Lima, 1783.

Sólo se publicó la primera parte; la segunda existe inédita en Santiago, en el convento de la Recoleta Dominica, donde he tenido ocasión de verla.

COMENTARIO.—Éste y el anterior, son los romances narrativos más antiguos de autores chilenos que han llegado hasta nosotros; lo que me parece título bastante para darles un lugar en esta colección.

Ya hemos visto que el de *La visión de Petorca*, según las noticias de los señores Medina y Lizana, rueda todavía en la tradición oral. Creo, asimismo, que éste de *La avenida del Mapocho* no ha sido olvidado enteramente, pues muchas veces he oído contar el milagro de las velas que flotaban en el agua, y que dieron escolta al sacerdote que salvó la Custodia, caso portentoso que no he visto referido en otro lugar que en el romance. Además, una de las personas de quienes inquirí noticias de esta famosa riada, me dijo que «eso estaba en un *corrido* que sabía su padre». La mujer era joven y el padre vivía aún, pero yo no tuve ocasión de interrogarlo. El romance fué escrito por una monja carmelita cuyo nombre se ignora. El título con que se publicó es el siguiente, (vide MEDINA, *Historia de la literatura colonial de Chile*, t. III, p. 83): RELACIÓN DE LA INUNDACIÓN QUE HIZO EL RÍO MAPOCHO DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CHILE EN EL MONASTERIO DE CARMELITAS, TITULAR DE SAN RAFAEL, EL DÍA 16 DE JUNIO DE 1783. *Escrita en verso octosílabo por una religiosa del mismo monasterio, que la remitió á su confesor, que se hallaba ausente, de cuyas manos la hubo un dependiente de la autora, quien la da á la estampa.*

Romances

que se transforman en cuentos

150

Don Manuel y Teresa

Este era un caballero de Francia, que deseaba mucho ver á Santiago (de Chile). Había en su tierra una niña muy bonita, y él la hizo retratar, porque se iba á venir para Santiago. Dijo que él iba á venir para que nadie le contara cuento[s][1]. Como era inmensamente rico, dijo que iba á recorrer toda la América. En efecto, llegó á Santiago. Alojó este caballero en casa de don Manuel. Estuvo unos quince días. Cuando trató de retirarse, le dijo á don Manuel si quería que le regalara un retrato. Don Manuel, que le gustaba mucho, aceptó. Se lo dejó y se fué. Luego don Manuel encomenzó[2] á realizar todo su negocio, y lo redució[3] todo á plata, y se fué en busca de la niña con un mozo[4] que lo acompañaba. Al[5] primer lugar que llegó puso una gran baratura[6], para ver si salía la niña. Cuantas niñas iban á comprar, buenas mozas, él miraba su retrato, y no era ninguna[7]. Como él no sabía en qué lugar estaba, iba poniendo baratura[s] en todas partes donde llegaba. Ya encomenzó [á] acabársele el dinero, porque compraba caro y vendía barato; así luego le dijo al mozo que lo acompañaba, que se devorviese[8] para su casa, que él continuaría su camino. Y se fué el mozo. Él siguió caminando solo, hasta ver si encontraba la niña.

Un día pasó á una casa á pedir alojamiento. Le dijeron que ahí no se podía dar, porque no tenían permiso: sólo

donde el rey alojaba[n]; que se fuera para allá. Dijo él si estaría muy lejos; le dijeron de que [9] no. Luego se fué para allá. Llegó donde [10] el rey, [y] como lo vieron que era un gran caballero, le presentaron un buen aposento y ahí pasó la noche. Al otro día, cuando se levantó, salió para afuera y divisó una casa de alto[s] [11] adentro de la huerta, y se quedó mirando para arriba, y divisó una niña, y dijo:—Esta misma es la que yo busco.—Y se fué á ver el retrato: era la misma que él buscaba. Encomenzó á fijarse qu'én [12] iría á ir [13] donde la niña. Entonces [vió que] iba un anciano, que le llevaba el desayuno. Se puso pronto él á escribir una carta, á ver si conseguía con el anciano que se la llevara á la señorita, dándole un poco de dinero. Aceptó el anciano y se la llevó muy oculto, que nadie lo fuera á saber. Entonces le contestó la niña en el momento, y le manda decir de que se vaya y se oculte por entre el bosque, y á la noche vuelva, que ella lo espera y se irá con él.

Pronto trató (él) de retirarse de la casa del rey, dándole los agradecimientos. Se fué; en la noche se acercó al sitio *en* [14] que le había[n] indicado. Ella se llevó haciendo todo el día escaleras de cintas, para dejarse caer en la noche. Así lo hizo. Se fué con él; llevó todas sus alhajas: fué lo primero que le pasó á don Manuel, en una caja. Se la echó en anca [15] (don Manuel á la joven) y se fué bastante ligero.

Caminando cinco días y cinco noches sin bajarse del caballo, al cabo llegaron á una montaña. Donde [16] ya no podían más de cansados, se bajaron en aquella montaña tan sola, que ni pájaros habían [17]. Allí tendió (don Manuel) sus pellones [18], y se tiró [19] á descansar. Ella, que ya se moría de sed, tomó un vaso y salió á la montaña á buscar agua. Entonces [20] no podía encontrar agua y se perdió en la montaña. No podía encontrar á don Manuel.

Cuando ella andaba perdía [21], llega el hermano de la Teresa [22], que iba en busca de ella; y como no la encontrase ahí, dijo que él (don Manuel) la había muerto, y le enco-

menzó á darle de puñaladas. Le dió catorce puñaladas y se fué. En esto llega la Teresa y le dice:—¿Qué es lo que [ha] habido, don Manuel?—Y le dice él: —¡Tu buen hermano, Teresa!...

¡Ay! la niña, desesperada, miraba para todas partes. Al cabo divisó un ovejero y le encomenzó á llamar. Vino el pobre ovejero, que no era nada de torpe. Le dijo la niña, desesperada:— ¡Cáseme en artículo de muerte![23] — ¡Cómo no![24] le dijo el ovejero.— Así lo hizo; le echó las bendiciones *y* poni[endo] unos árboles de padrinos, y se casó. En el momento dejó de existir. Entonces (ella) le dice (al ovejero) que le abra una seportura[25] bien honda, para enterrarlo, para que no se lo coman los animales. Encomenzaron á trabajar la seportura y lo enterraron. No se cansaba (ella) de ponerle piedras (á la sepultura), para que los animales no se lo fueran á comer (el cadáver).

Y lo dejó bien enterrado, y le dijo al ovejero:—Monte en ese caballo y vaya á comprarme un Señor[26], el más grande que encuentre, y tráigamelo.—Salió el ovejero á toda priesa y lo trajo. Luego lo tomó ella, y entonces le dió (al ovejero) el caballo ensillado y todas sus alhajas, y se fué, y le dijo que tuviera mucho cuidado con la seportura, que no se lo fueran á sacar (el cadáver) los animales, y se despidió de él.

Tomó su Señor y se fué con él á la espalda. Se fué para las montañas, [á] andar, hasta que encontró una ermita. Entonces dijo:—Esta es mi casa.—Y puso su Señor en la puerta, y ella se entró á hacer oración á la ermita.

Ya estaba muchos años ahí, ya era una santa, ya comía por mano de ángel. Un día que ella estaba en oración, encomenzó á ver una sombra en forma de don Manuel. Entonces encomienza á llamar á la Santísima Virgen, (diciendo) que esas son ilusiones del malo[27], porque don Manuel había muerto en sus brazos y ella lo había enterrado. Cada rato se le acercaba más la ilusión, y (Teresa) decía:—¡Señor, favoréceme, que son ilusiones del malo!

Visto que ella no hacía juicio [28], le hablaron y le dicen:

—¡Oh, desgraciada Teresa,
trae de juego, tra de delicia [29]
toda ajada [. . . . .]
y en congoja su energía!
¡Ay, pobre de mí! Penando
siempre, adquiriendo noticia;
enlusionado [30] de hallarte,
ya pagaba las al[b]ricias.—
Entonces contestó ella:
[. . . . .]
—¿Qu'én es este caballero
[. . . . .]
que se alegra tanto en verme,
y con tan tiernas caricias
me tratas sin conocerme?
[. . . . .]
—Yo soy don Manuel, Teresa,
qu'en por ti tanto suspira,
y, enlusionado de amarte,
busco una joya perdida.
—No puede ser don Manuel,
aunque tanto se acre'ita [31],
porque en mis brazos murió
por su desgracia y la mía.
—Habís [32] de saber, Teresa,
[. . . . .]
que allá donde me enterraste,
había un pastor, había,
y me llevó pa [33] su casa,
[. . . . .]
y estuve muy bien cuidado
y sané en muy pocos días.
Catorce heridas mortales
[. . . . .]
de tu hermano cuidadoso.
No demores la partida.

Entonces Teresa pega una mirada [34] al Señor y le dice que la favorezca, que ése es el malo. En esto que ella pega la mirada al cielo, ve que una nube viene bajando del cielo llena de ángeles: es don Manuel, que viene coronado de ángeles. Entonces le dice el diablo á ella:

—Este es el diablo, Teresa,
que te quiere ver perdida.—

Entonces le contesta don Manuel: —Tú eres el demonio.

[. . . . .] [35]
—Supuesto que sea así,
hinquémonos de rodilla,
y pidámo'les perdón
[á] este Señor que los [36] mira.

Entonces don Manuel tomó á la Teresa y la echó á la nube donde (él) venía, llena de ángeles, y se la llevó al cielo, y el diablo se reventó y se fué á los infiernos.

---

1. *Contar cuentos.* Desfigurar el asunto que se refiere ó la cosa que se describe, alterando ingenua ó maliciosamente sus verdaderas proporciones: «Yo presencié el hecho; así es que no me vengan á *contar cuentos*»; «Quiero ir á Europa, para que no me *cuenten cuentos*».

2. *Encomenzar* por *comenzar.* Vide MENÉNDEZ PIDAL, *Gramática*, § 126, núm. 4.

[El conde Dirlos penado
de soledades allá,]
pone silla a su caballo
y *encomienza* á navegar.

(IDEM, *El romancero español*, p. 117.)

3. El vulgo conjuga á veces como regulares, en el pretérito perfecto, los verbos en *ducir*, y dice corrientemente: *conducí, tradució, reducieron*, etc., por *conduje, tradujo, redujeron.*

4. Mozo, 4.ª acepción.

5. *Al* por *en el.*

6. *Poner baratura* significa en este caso instalar una tienda para vender barato.

7. Es decir: «siempre que una niña donosa entraba á la tienda, miraba él el retrato, para ver si era el suyo, pero ninguna se le parecía.»

8. Devolviese.

9. Vide r. 110, n. 1.

10. Vide r. 121, n. 1.

11. *Casa de altos.* Casa que tiene dos ó más pisos.

12. *Qu'en* por *quien*, muy común. Vide r. 26, n. 6
13. *Iría á ir*. En Chile se abusa mucho de esta redundancia.
14. *En*. Señalo con cursiva las palabras que, como ésta, figuran en el texto por mero descuido del recitador, sin tener nada que ver con la sintaxis popular.
15. *En anca* por *á ancas* ó *á las ancas*.
16. *Donde* por *como*.
17. Vide r. 103, n. 10.
18. *Pellones*. Pellejas curtidas de animal lanar que los campesinos colocan sobre sus monturas. Les sirven, además, de colchón, cuando pernoctan á campo raso.
19. *Se tiró á descansar* por *se acostó*.
20. En las relaciones populares, el adverbio *entonces* se usa con prodigalidad enfadosa como conjunción continuativa. Hay personas que no saben referir la historia más sucinta, sin maullar una docena de *entonces*. En este cuento pueden verse algunos ejemplos.
21. Perdida.
22. Teresa es la misma persona que *ella*, la joven del cuento. La aparición tardía de este nombre produce aquí alguna confusión, muy ligera por cierto.
23. De la facultad para bautizar que la iglesia concede á cualquiera en casos de urgencia, se ha derivado tal vez la que aquí se atribuye al ovejero, para bendecir el matrimonio en el artículo de la muerte.
24. Nuestro *¡cómo no!* equivale á *sí, ciertamente, por supuesto*, y constituye por sí solo una respuesta categóricamente afirmativa. En esto se diferencia del *¿cómo no?* castellano, que afirma más débilmente, en forma interrogativa; por lo que en ocasiones parece encerrar un subterfugio.
25. Por disimilación, la *u* átona se cambia en *o*, persistiendo la acentuada: *seportura, escrúpolo, mayúscola, crepúscolo, mormullo*, por *sepultura, escrúpulo, mayúscula, crepúsculo, murmullo*.—La permutación de *l* por *r* ya sabemos que es vulgarísima.
26. *Señor* por *crucifijo* es de uso corriente.
27. *El malo* por *el diablo*. Es uno de los muchos nombres con que se le designa, (vide VICUÑA CIFUENTES, *Mitos y supersticiones*, p. 33 y sig.)
28. *Hacer juicio* por *atender, hacer caso de*... (alguien ó algo). Las jóvenes suelen decir al enamorado importuno:

Templado de oficio,
yo no te *hago juicio*.

29. La transcripción es indescifrable en este lugar. Podría ser «tras de juego, tras de delicia», sin hacer caudal de la sílaba que sobra.
30. *Enlusionado* por *ilusionado*, part. pas. de *ilusionar, ilusionarse*, act. y reflec. Sugerir ilusiones; forjárselas uno mismo.
31. *Acre'ita* por *acredita*. El texto dice *acre'ite*, que, sin ventaja gramatical, destruye la rima.
32. Vide r. 12, n. 1. Este «habís de saber, Teresa», es un giro muy propio de nuestra poesía popular. En la famosa y tradicional *palla* (controversia poética) de *El indio Taguada con don Javier de la Rosa*, las respuestas de este último comienzan casi siempre: «Habís de saber, Taguada...»
33. El texto dice *para*, pero el recitador, oralmente, habría pronunciado *pa*, sin duda alguna, como lo pide la medida del verso.
34. *Pegar una mirada* se dice para indicar la rapidez y viveza con que se ejecuta este acto.
35 Aquí falta algo. Los cuatro versos siguientes parece que los dice Teresa.
36. Vide r. 80, n. 3.

Comentario.—Este cuento existe manuscrito en la colección que don Jorge Octavio Atria regaló á la *Sociedad de Folk-lore Chileno*, (vide otras noticias sobre esta colección en Lenz, *Un grupo de consejas chilenas*, p. 25). La transcripción es de persona ignorante, tal vez la misma que la conservaba en la memoria. El que lo copió se daba cuenta de que en la relación había versos, pues la mayor parte de éstos los escribió como tales.

151

El mal padre

(Recitadora: Juana Garrido, de cuarenta y dos años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

Este era un hombre muy malo. Le gustaba tomar [1] y remoler [2], y le pegaba á la mujer y á los hijos cuando llegaba curado [3]. Un día le pegó al hijo más grande. El niño gritó mucho, porque le pegó muy juerte [4]. Entonces [5] al padre le dió rabia, y le dijo:—¡Toma por ardiloso [6] !—y le rompió la cabeza con un palo. Entonces le saltó á la cara (al padre) una gota de sangre. Entonces el niño se arrancó [7] y no se supo más d' él.

Vamos ahora al padre, que se puso más enojado porque no podía sacarse la mancha de sangre: se la lavaba bien lavá [8] con jabón y no salía. Entonces se la tapó con un pañuelo, pero era inútil:

la sangre del inocente
en el lienzo aparecía.

Entonces el padre se asustó mucho, y jué á ver á un mé'ico [9], pero na tampoco. Entonces, más asustado, se jué á confesar, porque hacía muchos años que no se confesaba. El cura le dijo que juese á buscar al hijo, que él no más se la podía quitar. Entonces el hombre salió á buscar al niño por todo el mundo. Como no tenía plata, andaba

pidiendo limosna: unos le daban, y otros le decían que trabajase, que no juese flojo.

El pobre hombre no dormía,
porque delante 'e sus ojos
siempre la mancha tenía.
Caminaba, [caminaba]
sin ninguna compañía,
subía cerros muy altos,
caminando sobre espinas
[. . . . .]
con los pies llenos de heridas.
Anduvo muchos países.
[. . . . . .]
Así pasaron los años
y nada conseguía.

Un día llegó á una gran ciudad, y entró a una iglesia en que había una fiesta muy grande.

'Taba el señor arzobispo
con toda su clereguía [10],
los frailes de los conventos,
los maestros de capilla,
el señor gobernador,
toda la gente más rica
de aquella gran capital
qu' el sol alumbra y complica, (*sic*)
porque un sacerdote nuevo
canta [11] su primera misa.

El pobre hombre se jué á poner junto 'el altar, y los sacristanes lo querían echar, porque estaba muy sucio y parecía que estaba loco. Pero el sacerdote lo miró mucho, no dejaba de mirarlo, y le dijo á los sacristanes que lo dejasen no más [12].

El sacerdote cantó su primera misa, y después se allegó

donde estaba el hombre y le dijo que por qué tenía esa mancha de sangre en la cara, que si se había desgraciado [13], que se lo dijese á él no más. Entonces el hombre se puso á llorar. Entonces el sacerdote le tocó la mancha de sangre y se la sacó, y

hincándose de rodillas
le dijo:—Tú eres mi padre.
Se acabaron tus desdichas,
porque tu gran penitencia
en vida te santifica.
Dame ahora tu bendición
en este hermoso día
[.....]
qu' es el mejor de mi vida.

El padre le dió su bendicion, llorando, y el arzobispo y el señor gobernador lloraban tam'ién. El milagro corrió por todas partes. El sacerdote preguntó por su madre. Le dijieron que había muerto de pesa'umbre, y lloró mucho tam'ién. El padre se jué á vivir con el hijo sacerdote y vivió muchos años muy feliz.

¡Quién sabe si tuavía [14] estará viviendo!

---

1. Vide r. 129, n. 8.
2. Jarancar.
3. Ebrio.
4. Vide r. 26, n. 3.
5. Vide r. 150, n. 20.
6. *Ardiloso.* Se aplica al individuo que hace bulla, se queja y escandaliza, con la mañosa intención de que se enteren otros de lo que ocurre. Se deriva del chilenismo *ardil,* alteración de *ardid,* del cual saca su significado: «Lo que no da por cuento lo da por *ardil*», dice la gente del pueblo, cuando se refiere á un individuo que usa de los procedimientos dichos para delatar algo. En nuestra jerga picaresca, *ardiloso* designa el revólver, (vide VICUÑA CIFUENTES, *Coa*). La forma *ardidoso* que da Echeverría y Reyes (vide *Voces usadas en Chile*) no la he oído; es castellana, pero con otros significados.
7. Huyó,
8. Ciertos verbos que significan acciones mecánicas que se ejecutan sobre una cosa, como *lavar, teñir, fregar* y otros análogos, los construye el pueblo con el adverbio *bien* seguido del participio del mismo verbo, para indicar la eficacia del procedimiento: «la lavó *bien lavada*», «la tiñó *bien teñida*», «la fregó *bien fregada*». No son esta clase de verbos los únicos

que construye así, pues también dice «la miró *bien mirada*», etc., pero sí los que usa más en la forma dicha.

9. Médico.
10. Clerecía.
11. La recitadora decía *cantaba*.
12. Vide r. 146, n. 28.
13. *Desgraciado*, part. pas. del verbo *desgraciarse*, que, como dice Román (vide *Diccionario*), tiene en Chile cuatro acepciones. «Si se había *desgraciado*» significa aquí «si había cometido asesinato ó inferido heridas graves».
14. Todavía. La pérdida de la *d* trae por consecuencia la conversión de la *o* en *u* al diptongarse con la vocal siguiente.

Comentario.—La recitadora no percibía bien todos los versos que hay en el cuento, pero distinguía claramente algunos. Sin embargo, los fragmentos rimados los recitaba con más viveza y con cierto énfasis. A las preguntas que yo le hacía, contestaba invariablemente que «ella lo había aprendido así».

152

Artemio y Ortamia

(Procedente de San Fernando, provincia de Colchagua.)

Eran dos primos hermanos: don Artemio enamorado con doña Ortamia. Enlace desean ambos. Los dos se aman. Don Artemio, que era joven de gallardía, era buen profesor, querido de todo el lugar como el pollo más lindo. Varias damas de él se enamoraban,

pero á ninguna él quería,
sólo Ortamia era su encanto.
[. . . . .]
Como eran primos hermanos,
fué un día donde la tía
para pedirle la mano
de su amada [. . . . .]
haciéndole acatamiento,
hincándose de rodillas,
[y] pidiéndole perdón
de la injuria que le haría.
[. . . . .]
—Habla con cortesía,
que tú serás perdonado
si es que no cueste la vida.
—Señora, sepa muy luego
que yo amo á vuestra hija
y ella también me ama.

Yo quiero casarme con ella por la iglesia católica y romana, que después de las bendiciones llegarán las dispensas.

—¿Y á esto te atreves, Artemio,
tan descortés ni galán?
No lo pienses en tu vida,
que jamás te la he de dar.
¿Me pides que te conyugue
con Ortamia?... [¡Eso] jamás!
—Señora, favor te pido
y no me lo has de negar;
lo que á bien no se consigue
se conseguirá por mal.
—Aléjate de aquí pronto,
no me vengas á injuriar;
que te retires [te digo,]
no vuelvas á molestar.
—Señora, ¿en qué te molesto?
Si á otro se la has de dar,
no te pienses de que en mí
mal la habías de emplear [1].
Yo seré tu servidor,
como vuestro hijo carnal.
—No me atribuyas con súplicas
ni con engaño á enfadar;
tan sólo cuando me muera
tú te la puedes llevar.

Luego se pára ella y lo deja pensativo, imaginando

la pregunta que imagina.
—Ahora ya estás despenado [3],
¿qué haces que no te retiras?—
Se retira Artemio
desconsolado y penoso,
muy largo encuentra el camino

y mucho más penoso.
A la sombra de una peña
hubo de hacer un propósito,
allí lo dejó escrito, y
lo encontró muy horroroso.
. . . . . .

Artemio se fué muy lejos; nadie sabe dónde se ha ido. Se fué como loco. La pobre Ortamia llora mucho, porque no sabe d'él, y la vieja pícara la castiga cuando la pilla[4] llorando.

. . . . . .

1. La transcripción, en la parte que corresponde á estos últimos ocho versos, dice textualmente: «—Aléjate pronto de aquí *y* no me vengas á injuriar. Que te retires *y* no vuelvas á molestar.—¿En qué te molesto, señora? Si *después* se la has de dar á otro, no te pienses de que la habías de emplear mal en mí». Las palabras que he escrito con cursiva son las únicas que no están en la restauración.
2. Tal vez podría enmendarse: «No contribuyas con súplicas».
3. Desengañado.
4. *Pillar* tiene en Chile dos acepciones: sorprender; coger al que va huyendo. *Pilla* vale aquí *sorprende*.

Comentario.—Esta relación, incompleta y escrita como prosa, venía entre unos cuentos que me remitió un antiguo discípulo mío. Como todos los demás que recibí, la transcripción está hecha por el mismo recitador, que ignoro quien fuese. La letra y la ortografía son de persona ignorante. En las líneas en prosa del final, parece que el recitador no se apoyaba ya en sus recuerdos, sino que pretendía inventar. El romance cambia de asonante varias veces. Juzgando por los nombres de los protagonistas, á falta de otros indicios, el autor no era chileno.

Décimas y quintillas

escritas sobre temas y versos de romances

153

Bernardo del Carpio pide la libertad de su padre

(Recitador: don Pedro Antonio Maldonado, de sesenta y ocho años; las aprendió en San Felipe, provincia de Aconcagua; reside en Santiago.)

Bernardo del Carpio un día
donde el rey se presentó,
y á su padre le pidió
que prisionero tenía.
El rey, que lo aborrecía,
le dice con gran furor:
—Hijo de padre traidor,
de aquí no te escaparás;
con la vida pagarás,
por ser delito mayor.

Bernardo hizo una señal
sin que vieran los presentes,
y mil soldados valientes
llegan en marcha triunfal.
Viendo en el palacio real
tanta gente reunida,
el rey temió por su vida
y también por su corona,
y dijo qu' era una broma,
para darle una salida.

Bernardo, muy enojado,
para el Carpio se volvió,
y no volver más juró
hasta ser desagraviado.

. . . . . .

COMENTARIO.—El recitador, persona de extraordinaria memoria que se sabe todos los papeles del *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, y de *Flor de un Día*, de Camprodón, afirma que esta composición no tiene más versos. Es seguro que él no ha conocido otros, pero á la vista está que faltan algunos, seis por lo menos.

No cabe dudar que el autor de estas décimas siguió de cerca alguno de los romances de Bernardo del Carpio que tratan este asunto, tal vez el que comienza:

Con solos diez de los suyos
ante el rey, Bernardo llega,
con el sombrero en la mano
y acatada reverencia.

(DURÁN, *Romancero*, t. I, p. 435).

El verso «hijo de padre traidor» debe de estar copiado á la letra ó con ligeros retoques, pues en la variante citada hay uno que dice: «hijo de padres traidores».

Las fabulosas hazañas de Bernardo del Carpio no son desconocidas en Chile, y lo que el pueblo sabe de ellas debe haberlo aprendido en los romances, pues ningún libro las refiere, al revés de lo que ocurre con las de Carlomagno y los doce pares de Francia, cuya historia anda en manos de todos.

154

Desafío de Oliveros y Fierabrás

(Recitador: Nolasco Dueñas, de cincuenta años; las aprendió en Santiago, donde reside.)

Al gigante Fierabrás
lo venció el conde Oliveros,
y quiso hacerse cristiano
el pagano caballero.

Los doce pares de Francia
con Carlomagno, ese rey,
fueron á vengar la ley
con gran valor y constancia.
Vencieron con arrogancia
á los turcos además;
no los dejaron en paz
hasta que los redotaron [1],
entonces ellos mandaron
al gigante Fierabrás.

Salió contra el enemigo
Oliveros prontamente,
y cuando lo vió presente
Fierabrás, le dijo:—Amigo,
si yo he de pelear contigo
dime tu nombre primero,

y si no eres caballero [2]
retírate en el instante.—
Pero dicen que al gigante
lo venció el conde Oliveros.

Oliveros, de primera [3],
le dijo qu' era Guarín,
pero tuvieron al fin
una batalla muy fiera.
Encima de la mollera
le pegó un golpe [4] al pagano;
entonces el inhumano
cayó en tierra muy herido,
pero le volvió el sentido
y quiso hacerse cristiano.

Oliveros lo terció
en su silla pa llevarlo,
pero tuvo que dejarlo,
porque un turco le salió [5].
Después de que lo venció
lo hicieron prisionero [6],
pero Carlomagno, infiero,
se lo quitó al enemigo,
y se juntó con su amigo
el pagano caballero.

Al fin, *con fervor y celo*
al obispo dieron cuenta [7],
al que mucho le contenta
ganar un alma pal cielo.
Él mismo le dió el consuelo
con gran cuidado y afán
en la iglesia de San Juan,
donde los padrinos fueron
el buen padre de Oliveros
y el valeroso Roldán [7].

1. *Redotaron* por *derrotaron*, metátesis muy común.
2. Compárense los versos subrayados con los siguientes, del romance I de Juan José López sobre Carlomagno y los doce pares de Francia. Dice Fierabrás á Oliveros:

—*Si he de pelear contigo,*
dime tu nombre primero,
tu calidad y nobleza,
que si no eres caballero,
aunque te venza en batalla
poco galardón espero.—

(DURÁN, *Romancero*, r. 1253.)

3. En Chile se dice *de primera* por *de primero*, modo adverbial que significa *antes ó al principio*.
4. Compárense con éstos del romance II:

Con el pomo de la espada
le pegó un golpe tan recio
encima de la mollera,
que le hizo saltar los sesos.

(DURÁN, *Romancero*, r. 1254.)

5. En Chile se dice simplemente *le salió* por *le salió al encuentro, al paso*: «Anoche *me salió* un ladrón».
6. Es decir, de acuerdo con el romance citado: «Oliveros, después de vencer al turco que *le salió*, fué hecho prisionero».
7. Compárense:

Con grande fervor y celo
dieron cuenta al arzobispo.
y en la iglesia de San Pedro
bautizan á Fierabrás,
donde sus padrinos fueron
el valeroso Roldán
y el buen padre de Oliveros.

(DURÁN, *Romancero*, r. 1254.)

COMENTARIO.—Como ha podido verse, al autor de estas décimas le eran familiares los romances en que Juan José López vació la popularísima *Historia del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia*, que corre á nombre de Nicolás de Piamonte, mero traductor de una compilación francesa hecha á instancias de Enrique Balomier, canónigo de Lausana, é impresa en 1478, según advierte Menéndez Pelayo, (vide *Antología*, t. XII, p. 349-350). La crítica debe de sentirse desconcertada en presencia de la extraordinaria popularidad de esta obrilla, cuyo escaso mé-

rito todos reconocen, y que, sin embargo, en más de cuatro siglos que lleva de vida, se ha multiplicado en innumerables ediciones así en España como en América. Ante fenómeno tan extraño, no puede uno menos de pensar si en esta clase de libros, que la opinión ilustrada desdeña y el vulgo de cien generaciones aplaude y encarece, se encerrarán gérmenes de supervivencia que no descubrimos, bellezas recónditas en cuya percepción nos aventaja el exquisito sentido estético de las multitudes.

Sea como fuere, la *Historia del emperador Carlomagno* se encuentra en Chile en todos los hogares pobres y donde quiera que haya niños, junto con los cuentos de *Las mil y una noches*, con las astucias de *Bertoldo* y la leyenda de *Genoveva de Brabante*. Es una de las fuentes de inspiración más concurridas por nuestros bardos populares, y se podrían reunir centenares de décimas que relatan en malísimos versos sus extraordinarios episodios. Las que transcribo aquí son las únicas que conozco que no se derivan directamente de la famosa *Historia*, sino de los romances dichos.

155

Juan Portela. A

(Recitador: don Manuel Gálvez, de cuarenta y nueve años; las aprendió en Nancagua, provincia de Colchagua; reside en San Francisco del Monte, provincia de Santiago.)

Escuchen, señores míos,
les diré de Juan Portela,
el ladrón más afamado
de la gran Sierra Morena.

Fuí un labrador honrado
qu' en Córdoba trabajaba,
á una hacienda retirado,
y por querer á una dama
fuí el ladrón más afamado.

De mis padres fuí querido,
todos los gustos me daban,
mas, del verme yo perdido,
una mujer fué la causa;
escuchen, señores míos.

Nos dimos palabra cierta
para casarnos los dos,
puse mi afición en ella,
lo que fué mi perdición;
les diré de Juan Portela.

Sin tener de mí una queja,
esta joven se casó
con otro, y á mí me deja,
cuya causa me llevó
á la gran Sierra Morena.

Lloraba de noche y día,
siempre por esa mujer,
mas al ver su tiranía,
venganza determiné;
escuchen, señores míos.

Con un trabuco m' entré
á la casa que habitaba,
y á su marido encontré,
que los dos cenando estaban;
venganza determiné.

—Vengo á quitarte la vida
delante de tu marido,
y pagaré con la mía
si acaso soy atrevido;
les diré de Juan Portela.—

Su esposo quedó rendido;
me miraba con fiereza,
sin color y sin sentidos,
cuando ella quedó muerta
delante de su marido.

Aquí acabó mi alegría;
dije luego:—¡Soy perdido!—
Sin decir *¡Ave María!*
de un tiro maté al marido;
escuchen, señores míos.

Las partidas me persiguen,
van detrás de mí que vuelan,

pero tengo yo un caballo
qu' en metiéndole la espuela
[. . . . .]

Vengan pollos y gallinas;
todos á cenar conmigo;
qu' este gasto yo lo pago
á veinte paso' 'el camino
con boca negra [1] en la mano.

1. *Boca negra* es uno de los nombres con que se designa el *revólver* en nuestra jerga picaresca, (vide VICUÑA CIFUENTES, *Coa*).

156

Juan Portela. B

Escuchen, señores míos,
les diré de Juan Portela,
el ladrón más afamado
de la gran Sierra Morena.

De mis padres fuí querido,
en todo gusto me daban,
mas de luego fuí perdido;
escuchen, señores míos,
les diré de Juan Portela.

Una mujer fué la causa:
una tarde me marché
donde la mujer amada,
y á los dos los encontré,
cenando los dos estaban.

Le dije [. . . . .]
—Vengo á quitarte la vida

delante de tu marido;
yo pagaré con la mía.
.....

Comentario.—En el índice de pliegos sueltos de Durán (*Romancero*, t. I, p. XC), figura el romance de *Juan Portela*, que consta de dos partes. Un refundidor, abreviándolo mucho, lo transformó en quintillas asonantadas que glosan los versos de una copla de romance, principio auténtico tal vez de la composición refundida.

APÉNDICE

á los romances populares y vulgares

157

El hilo de oro. E

—De Francia vengo, señora,
y en el camino encontré
á un caballero, y me dijo
4 que lindas hijas tenéis.
—Que las tenga ó no las tenga,
yo las sabré mantener,
con un pan que Dios me ha dado
8 y un jarro de agua también.
—Yo me voy muy enojado
á los palacios del rey,
á contárselo á la reina
12 y al hijo del rey también.
—Vuelve, vuelve, pastorcillo,
no seas tan descortés,
de las tres hijas que tengo
16 la mejor te la daré.
—Esta escojo, por hermosa,
por esposa y por mujer,
porque parece una rosa
20 acabada de nacer.
—Téngala usté bien guardada.
—Bien guardada la tendré,
entadita en una silla,
24 trabajando para el rey.

Azotitos con correa,
azotitos le daré,
mojadita con vinagre
28 para que le sienten bien.

Comentario.—Se me había traspapelado esta versión, que es una de las primeras que recogí. Debe de ser de importación moderna en Chile. Tengo por indudable que las variantes A, B y E, de un lado, y la C y D, del otro, no sólo proceden de versiones diferentes, sino que por la fecha de su introducción y difusión corresponden á épocas distintas. Iguales á las últimas (C y D,) tengo muchas más, y sería fácil recogerlas por centenares; pero sólo publico dos, porque no contienen otras variantes dignas de notarse, que las que puede comprobar el lector en los dos primeros versos. Las versiones antes transcriptas llevan en esta colección los números 71, 72, 73 y 74.

158

Gazul

(Recitador: Manuel Armijo, de cuarenta y cinco años; lo aprendió en Cauquenes, provincia de Maule; reside en Santiago.)

. . . . . .
—Todo el mundo tengo andado
y he visto tierras lejanas,
seis años fuí bien servida,
4 yo sin él, sin gozar nada.
Advierte bien qu' este moro
que arrojó ahora la caña,
éste se llama Gazul,
8 cuya fama es bien nombrada;
seis años fuí bien servida,
yo sin él, sin gozar nada.
Adoro á mi abencerraje
12 que arrojó ahora la caña;
éste se llama Gazul,
cuya fama es bien nombrada;
seis años fuí bien servida,
16 yo sin él, sin gozar nada.

Comentario.—Este fragmento, desfigurado por algunos retoques, corresponde al final de uno de los romances moriscos que cuentan los amores de Gazul. El gallardo moro llega á Gelves á jugar cañas, y entre las damas que

presencian la fiesta está Zaida, á quien Gazul ha dejado viuda, dando muerte al marido. La mora, que lo reconoce, se desmaya, y, vuelta luego en sí, dice á su criada:

—Advierte bien aquel moro
que agora arroja la caña:
aquél se llama Gazul,
cuya fama es bien nombrada.
Seis años fuí dél servida,
sin de mí alcanzar nada.
Aquél mató á mi marido
y dello yo fuí la causa,
y, con todo eso, le quiero
y le tengo acá en el alma.
Holgara que me quisiera,
pero no me estima en nada:
adora una abencerraje,
por quien vivo desamada.—
En esto se acabó el juego,
y la fiesta aquí se acaba;
Gazul se parte á Sanlúcar
con mucha honra ganada.

(DURÁN, *Romancero*, t. I, p. 20).

No es posible creer que sólo el fragmento transcripto exista en la tradición chilena.

159

La hija del capitán

(Recitadora: Elena Fuentes, de trece años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

—Por un jardín hermoso
clorín,
cuatro niñitas van,
clorín, clorán,
la niña que va al medio
clorín,
4 hija es de un capitán,
clorín, clorán.
¡Qué lindo pelo lleva!
clorín,
¿Quién se lo peinará?
clorín, clorán.
—Se lo peina su tía
clorín,
8 con peine de cristal,
clorín, clorán.

Comentario.—Este romancillo sirve para acompañar un juego de niñas. En España tiene el mismo empleo, y el juego, que se llama *El carabí*, toma su nombre del estribillo. En el *Folk-lore Español*, t. II, p. 71, y t. III, p. 90, y en los *Cantos pop. españoles* de Rodríguez Marín, núm.

186, pueden leerse algunas versiones. Transcribiré la más completa:

—A Atocha va una niña,
carabí, (*bís*)
hija es de un capitán,
carabí, hurí, hurá,
Elisa, Elisa de Mambrú [1].
¡Qué hermoso pelo lleva!
¿Quién se lo peinará?
—Se lo peina su tía
con mucha suavidad,
con peinecito de oro
y horquillas de cristal.—
Elisa ya se ha muerto,
la llevan á enterrar;
la caja era de oro,
la tapa de cristal.
Encima de la tumba
un pajarito va
cantando el pío, pío,
cantando el pío, pá.

(*Folk-lore Español*, t. II, p. 71.)

Como se ve, este romancillo está contaminado con el de *Mambrú*. Compárese, además, el final de esta variante, con el de la versión C de este último romance, p. 150.

1. Los estribillos se van repitiendo en la misma forma hasta el fin del romance.

160

La adúltera. F

(Recogido por don Eduardo Gutiérrez Z., quien lo oyó cantar en Quilicura, provincia de Santiago.)

—¡Válgame el Dios de los cielos,
también mi patrón San Gil!
¿Quién es este caballero
4 que mi puerta quiere abrir?
—Señora, soy el de Francia,
el que te suele servir,
ábreme la puerta luego,
8 es tarde y quiero dormir.
—No se canse, caballero,
que la puerta no he de abrir,
mi marido está en la guerra,
12 mis criados 'tan aquí.—
En estas palabras y otras
la puerta le viene á abrir:
ella que le abre la puerta
16 y él que le apaga el candil.
Y lo toma de una mano,
lo lleva por el jardín,
lo acuesta en cama dorada
20 forrada de carmesí.
Luego[1] de la media noche
le comenzaba á decir:

—¿Qué tiene este caballero,
24 por qué no se acerca á mí?
¿Que tendrá su amor en Francia
ó le han dicho mal de mí?
—No tendré mi amor en Francia
28 ni me han dicho mal de ti.
—No le [2] tema á mis criados,
que ya los mandé á dormir,
ni tampoco á mi marido,
32 porque está lejos de aquí.
—No le temo á tus criados,
ellos me temen á mí,
y menos á tu marido
36 porque cerca está de ti.
—¡Mal haya sea la hora
y el día en que yo nací!
¡Hablando con mi marido
40 y nunca lo conocí!
—Mañana por la mañana
te acabaré de vestir:
tu cuerpo será la grana
44 y mi espada el carmesí.
Llamarás á tus hermanas,
que tomen ejemplo en ti;
yo me voy á entrar de fraile
48 al convento de San Gil.

Cogollo [3]

Señoras y señoritas,
cogollitos de alelí,
la niña perdió la vida
por no saber distinguir.

---

1. *Luego* por *cerca*. En esta acepción se usa más como adverbio de lugar, precedido de *aquí:* «La botica está *aquí luego*»; «Pedro fué *aquí lueguito*».
2. Vide r. 41, n. 2.
3 Vide r. 51, n. 4.

Comentario.—Esta versión resulta particularmente interesante, aunque no se diferencia en nada substancial de las otras que he transcripto, por las variantes que contienen los versos 7-14, de que no he encontrado muestras en ninguna de las diez ó más que conozco. Las versiones antes transcriptas llevan en esta colección los números 41, 42, 43, 44 y 45.

161

Cuando salí de mi tierra

(Recitador: José Luis Rojo, de sesenta y dos años; lo aprendió en Salamanca, provincia de Coquimbo; reside en Santiago.)

Cuando salí de mi tierra,
salí para no volver,
montado en un macho viejo
4 que daba lástima 'e ver.
Denguno [1] me dijo adiós,
ni naide [2] me vino á ver,
no más que una pobre vieja
8 que me daba de comer.
Me juí [3] para l' Otra Banda [4]
con un patrón qu' encontré,
gané la plata á montones
12 y puse un buen almacén.
A los siete años volví
con más facha que un marqués,
y me salió á recibir
16 todo el pueblo d' Illapel.
Pero yo, que no soy lerdo,
á denguno saludé,
no más que á la pobre vieja
20 que me daba de comer.

1. *Denguno* por *ninguno*; se oye frecuentemente. Vide HANSSEN, *Spanische Grammatik*, § 56, núms. 7 y 9.
2. Nadie. Vide r. 66, n. 2.
3. Vide r. 26, n. 3.
4. La *Otra Banda* llamaban antes en Chile á la *República Argentina*.

COMENTARIO.—El mismo principio que este romance tienen varias coplas muy conocidas, algunas de las cuales le oí cantar, en mi niñez, al popular muñeco *don Cristóbal*, en las funciones de títeres. He aquí las que ahora recuerdo:

Cuando salí de mi tierra,
salí para no volver,
atravesado en un macho,
cosido en un almofré [1].

Cuando salí de mi tierra
todos lloraron por mí:
las piedras lloraron sangre
y el sol no quiso salir.

Cuando salí de mi tierra
dos cosas no más sentía:
la callana [2] en que tostaba
y la piedra en que molía.

1. Almofrej.
2. Especie de cuenco en que se tuestan el trigo ó el maíz para hacer la harina.

162

Un día salí á pasear

(Recogido en Traiguén, provincia de Malleco, por don Horacio Echegoyen B.)

Un día salí á pasear
en un caballo trotón,
al dar vuelta la alameda
4 topé con un bodegón.
Pregunté si había vino,
me dijeron:—Sí, señor.—
Pregunté qué vino había:
8 —Un vinito y un borrón [1].
—El vinito pa las niñas
y el borrón pa mi patrón.—

Que corre... tintín, que corre... tintón,
que corre la lezna, que corre el punzón.
Estaba el barbero en su barbería
con su guitarrita cantando la vi'a.

Pregunté si había cena,
12 me dijeron:—Sí, señor.—
Pregunté qué cena había:
—Dos gallinas y un capón.
—Las gallinas pa las niñas
16 y el capón pa mi patrón.—

Que corre... tintín, etc.

Pregunté si había cama [2],
me dijeron:—Sí, señor.—
Pregunté qué cama había:
20 —Dos almuadas [3] y un colchón.
—Las almuadas pa las niñas
y el colchón pa mi patrón.—

Que corre... tintín, etc.

---

1. *Borrón.* Vino que tiene mucha borra.
2. Por *cama* se entiende en Chile el colchón, las almohadas y las ropas que sirven para abrigarse. La armazón que sustenta todo esto—que los diccionarios nombran *cama*—se llama *catre* entre nosotros. Román ha probado con una cita de Pereda, que en España se usa también *cama* en el mismo sentido que en Chile, (vide *Diccionario*).
3. *Almuadas* por *almohadas.* Vide r. 151, n. 14.

Comentario.—Esta canción es muy popular en Chile, donde corren versiones con agregados que no son para transcriptos aquí. A una de esas variantes, recogida por don Ramón A. Laval, pertenecen los siguientes versos:

Cuando salí de mi tierra
me vine con un patrón,
que con el oritín, *que con el oritón*,
me vine con un patrón.
M' encontré con unas niñas,
las llevé par' el mesón.
Pregunté si había cena,
me dijeron:—Sí hay, patrón.—
Pregunté qué cena había:
—Dos gallinas y un capón.
—Las gallinas pa las niñas
y el capón par' el patrón.—
Pregunté si había camas:
—Dos cojines y un colchón.
—Los cojines pa las niñas
y el colchón par' el patrón.—
Como á la media noche
. . . . . .

El estribillo

que con el oritín, que con el oritón,

que probablemente se repite cada dos versos, es el mismo de algunas canciones españolas. Una de las variantes del romance de *La mala mujer* (que Menéndez Pelayo titula *La esposa infiel*), comienza así:

Estando un caballerito
en la isla de León,
se enamoró de una dama
y ella le correspondió.
Que con el aretín, que con el aretón.

(*Antología*, t. X, p. 179.)

163

Los viejos embusteros

(Recitador: Natalio Herrera, de sesenta años; lo aprendió en Santiago, donde reside.)

A l' orilla de un fogón
y con harta leña el fuego,
se pusieron á mentir
4 cuatro viejos embusteros:
les blanqueaba la cabeza
como pichoncitos nuevos.
El primer viejo decía:
8 —Cuando yo era marinero,
se cayó un piloto al agua
con sus joyas de gran precio.
Ésta va por cuenta mía:
anduvo debajo 'el agua
un mes con diez y ocho días.—
. . . . . .

Comentario.—Ignoro la procedencia de este fragmento de romance burlesco. La comparación:

les blanqueaba la cabeza
como pichoncitos nuevos,

es muy popular en Chile. Sin embargo, ya se comprende

que esto no basta para aventurar opinión en favor de que el romance sea chileno, tanto más, cuanto que su aspecto general no es el de nuestros *corridos*.

164

Testamento de don Tomás Mardones. B

(Recogido en Coihueco, provincia de Ñuble, por don Armando Sanhueza L.)

Atención, noble auditorio,
todos quítense el sombrero,
que me hallo en disposición
4 de abandonar lo terreno,
y para morir tranquilo
quiero hacer mi testamento,
porque al que muere intestado
8 el cura le saca el texto.
Sírvanme, pues, de testigos
todos, y escuchen atentos.
En nombre del Creador
12 de toda la tierra y cielo,
sepan cuantos esta carta
vieren de mi testamento,
como yo, Tomás Mardones,
16 natural de aquí este pueblo
que llaman de Santa Cruz,
ó Colchagua, qu'es lo mesmo,
hijo fuí de don Domingo
20 Mardones, que hasta lo siento,
y de Fidelicia Ahumada,

á quien Dios tenga en su reino.
Item, declaro que fuí
24 casado y velado á un tiempo;
no declaro ningún hijo,
porque hasta hoy no los tengo,
ni siquiera naturales,
28 porque no he sido par' ello.
Voy á referir ahora
cómo fué mi casamiento.
En busca de buena esposa
32 me fuí á tierra de unos lesos [1],
donde me creyeron rico
y mozo de gran talento.
La novia salió muy beata,
36 yo aparentaba lo mesmo,
hasta tenerme por santo,
según mostraba mi arreglo.
Hacía de tripas guatas [2],
40 y quebrando de mi genio,
hablaba de cosas altas
y de grandezas del cielo,
entreverando á la vez
44 mucha grasa, charqui [3] y sebo,
para probar qu' en mi tierra
tenía buenos potreros,
bastantes reses de engorda [4]
48 y muy hermosos carneros.
Les refería además
ser yo muy buen mensurero [5].
A todas estas mentiras
52 m' escuchaban muy atentos,
y decían:—No es capaz [6]
perder á este caballero,
y logremos la ocasión,
56 que habrá bajado del cielo.—
[Otras veces exclamaban]

muy alegres y contentos:
—¡Oh, qué niña tan feliz;
60 ojalá le salga cierto!—
Me hacían ponches en ron,
qu' en verdad eran muy buenos;
yo tan sólo los probaba,
64 aunque mi ansioso guargüero [7]
se los deseaba tragar,
pues lo tenía muy hecho [8]
á beber en Santa Cruz
68 á cántara y vaso lleno.
Por último, se llegó
el deseado casamiento.
Siempre ayuné el primer día,
72 el segundo y el tercero,
pero el cuarto comencé
á acordarme de mis tiempos.
Así que acabó la boda
76 y los parientes se fueron,
dije:—¡Aquí sí qu' es la mía!—
y pregunté por un cuero.
Mandé buscar una arroba [9],
80 mas, no llegando tan luego,
hice ensillar mi caballo
y me fuí donde [10] un fondero [11].
Díjele:—¡Amigo, que me ardo,
84 ponga cuatro vasos llenos,
mándeme guardar mi avío [12]
y, juntamente, el secreto!—
Allí m' estuve tres días
88 sin mirar al sol ni al cielo.
Mi pobre esposa, afligida,
soñaba que yo era muerto;
después decía:—¡Ojalá
92 me hubiera salido cierto
aquel sueño, pues que ya

no estaría padeciendo!—
Por fin, murió mi mujer,
96 y debe estar en el cielo,
porque cuatro años cabales
se los pasó en sufrimientos.
Pero me parece que
100 todos los llevó en descuento
de sus culpas, y al morir
se fué derechito al cielo,
y estoy seguro que allá
104 me lo estará agradeciendo.
Si alguna joven hubiese
que quiera ganar el cielo,
que se aproveche, pues que
108 si d' ésta escapo y no muero,
no tiene más que venir
y decírmelo con tiempo.
Ella sufrirá en el mundo
112 sus angustias y tormentos,
qu' es grande felicidad
no visitar el infierno,
mucho más cuando esta vida
116 sólo nos dura un momento,
y la mujer, como es débil
y de menos sufrimiento,
debe padecer aquí
120 para asegurar el cielo,
porque no es capaz que sufra
el purgatorio un momento.
Item, declaro mis bienes,
124 que son unos instrumentos
de medir, y con los cuales
mensuré muchos terrenos.
Consisten en una cuerda
128 que de largo tiene un tercio [13],
y no tienen que tasarla,

pues me costó siete y medio [14],
es firme, porque tiradas
132 ha aguantado con extremo;
una plancheta de palo,
qu' es la que pongo en el suelo
para figurar los planos,
136 aunque no queden muy buenos.
Dejo también cuatro lápices
y dos compases de acero,
con sus trípodes y escalas
140 y sus tornillos de fierro.
Item, declaro una hacienda,
qu' es de muy lindos terrenos,
desde mar á cordillera,
144 con muchos animalejos,
como ser leones, guanacos,
y algunos zorros entr' ellos.
Item, declaro que á nadie
148 ningún cuartillo [15] le debo,
porque siempre fuí feliz,
que nadie me prestó medio [16],
no por dejar de pedirles,
152 pues eso siempre lo he hecho,
mas tal vez por caridad
que los hombres me tuvieron,
y no me quisieron ver
156 condenado á estar debiendo
á cada santo una vela
y al diablo un velón [17] de á medio.
Item, á mis albaceas
160 mando que con grande arreglo
formen pronto el inventario
d' estos caudales que dejo,
y que de todos mis bienes,
164 según previene el derecho,
se haga un cómputo total

para sacar quinto y tercio,
entreguen el quinto al cura
168 íntegro, sin faltar medio,
para que los distribuya
en mi funeral y entierro.
Que se haga entierro mayor
172 con todo acompañamiento,
y se busquen sacerdotes
hasta enterar el completo
que corresponde á cruz alta,
176 y se pague con dinero.
Item, mando se repartan,
desde mi fallecimiento,
todos por iguales partes,
180 d' estos últimos consejos:
es el primero, que goce
todo el que tenga dinero,
que beba, juegue, enamore,
184 qu' es aprovechar el tiempo;
y el segundo es, que ninguno
deje algo para su entierro,
porque, á más de no enterrarlo,
188 pelearán por sobre el cuerpo,
chuparán [18] en el velorio [19],
y dirán:—¡El muerto es muerto!—
Yo ¡gracias á Dios! ninguna
192 cosa que valga, les dejo,
y por esta circunstancia
muero tranquilo y contento,
pues lo que otros tontos dejan
196 yo lo despaché con tiempo.
No queda arenga [20] ninguna,
porque tampoco las lego,
ni tendrá ningún ocioso
200 que removerme los huesos,
y decir entre sus gritos:

—¡Toma, ratón cicatero,
que fuiste mártir del diablo
204 y ahora estás padeciendo!...

---

1. Necios.
2. Vide r. 147, n. 3.
3. Tasajo, cecina.
4. Vide r. 147, n. 5.
5. Vide r. 147, n. 6.
6. Vide r. 147, n. 7.
7. Garguero.
8. *Estar hecho...* (*á* una cosa, *en* un lugar, *con* una persona), significa en Chile *estar acostumbrado*. A nuestras criadas no se les caen de la boca frases como éstas: «Estoy *muy hecha* en esta casa», ó «No estoy *hecha*, no me *hago*, no puedo *hacerme*....»
9. Vide r. 147, n. 10.
10. Vide r. 121, n. 1.
11. Fondista.
12. Vide r. 147, n. 13.
13. Vide r. 147, n. 15.
14. Vide r. 147, n. 16.
15. Vide r. 142, n. 2.
16. Vide r. 142, n. 2.
17. El *velón* era una vela de sebo mayor que las comunes. Valía un *medio*; las velas importaban un *cuartillo*.
18. Vide r. 147, n. 21.
19. *Velorio*. Velación de un difunto, de cuerpo presente, especialmente niños menores de siete años. (Echeverría y Reyes, *Voces usadas en Chile*).

En los velorios de niños, *velorios de angelitos*, la criatura, de pie ó sentada y vestida con sus mejores galas de viva, se coloca en un altarito guarnecido de tules, flores y velas. En algunos pueblos del sur de Chile se acostumbraba antes, no sé si ahora, adornar la cara del niño con *cincos nuevos* (monedas de plata de valor de cinco centavos que no habían circulado), ó con esas obleas multicolores que servían para pegar los sobres.

No es raro que la fiesta, que comienza siempre muy honestamente con cantos á lo divino y el baile de *las lanchas*, degenere en escandalosa bacanal, cuando el *quema'o* (aguardiente con agua y azúcar tostada) que se da á los concurrentes para combatir el frío, prodigado con exceso, acaba por subírseles á la cabeza.

La fiesta del *velorio del angelito* tiene su fundamento en la creencia popular de que «á los niños no debe llorárseles, porque es quitarles la gloria». Esta copla de velorio lo dice muy bien:

No lloréis, madres amables,
aunque les tengáis amor:
se entristece el *angelito*,
se enoja Nuestro Señor.

20. *Arenga*. En este lugar tiene el significado de *litigio, contienda judicial*. Se emplea más comúnmente en el sentido de «disputa, pendencia ó contienda de palabras» que le da Román, (vide *Diccionario*).

Comentario.—La popularidad que alcanza en Chile el romance del *Testamento de don Tomás Mardones*, me mue-

ve á transcribir íntegramente esta nueva versión, que contiene variantes de importancia. Algún día tendré oportunidad de publicar otros versos que he recogido de este inquieto é ingenioso *huaso* de Colchagua, que, según decía uno de mis informantes, «no se las calló á nadie», ni á él mismo, pues de él y los suyos dijo:

Por lo Mardones soy tonto,
por lo Paredes soy guapo,
por lo Chacón soy paciente,
y por lo Ahumada, mulato.

La variante antes transcripta lleva en esta colección el número 147.

165

Celinda y don Antonio Moreno

(Recitador: Manuel Lizana, de cincuenta y tres años; lo aprendió en Licantén, provincia de Curicó; reside en Santiago.)

Atención, noble auditorio,
á decirles me detengo.
Año de cuarenta y siete,
4 siete mil y siete cientos [1],
en la ciudad de Toledo
cautivaron un mancebo
cuyo nombre y apellido
8 es don Antonio Moreno.
Éste, por cierta ocasión,
salió de su patria huyendo.
Un día salió á pasearse
12 con unos diez caballeros
por las cristalinas aguas,
navegando á vela y remo.
De lo mucho que han andado,
16 descubren de que [2] venía
una fragata de moros,
que los cautivaron luego.
Lo cautivó un rico moro
20 [. . . . .]
que lo llaman Audalá,

hombre de mucho respeto.
También tenía una hija,
24 discreta y hermosa á un tiempo,
la que la [3] llaman Celinda,
que andan muchos caballeros
moros, por casar con ella,
28 pero hacía menosprecio
de todos, porque tenía
su voluntad y amor puesto
en el cautivo cristiano,
32 que lo amaba con desvelo.
Un día le dijo á solas
dentro de su jardín mesmo:
—Escucha, cristiano, escucha,
36 escúchame, que pretendo
que [me] digas la verdad,
la que de ti saber quiero,
si sois casado en tu tierra,
40 y si acaso tienes dueño
que te lleve la pasión.
—¿Por qué me preguntas eso?—
[. . . . .]
44 Ella dice:—Por que quiero
que tú te cases conmigo,
qu' es el empeño que tengo.
—Si te volvieras cristiana,
48 casara contigo luego;
y esos serán los motivos
muy suficientes que tengo
para no poder casar
52 contigo, sin ni un derecho [4].
—Eso no, dice la mora,
eso no puedo yo hacerlo,
qu' estimo mucho á Madoma, (*sic*)
56 qu' es un señor muy supremo,
qu' en saliendo d' este mundo

á todos nos lleva al cielo.—
. . . . . .
—Madoma, cuando la madre
60 lo parió [estando en el lecho,[5]]
de un letargo que les dió
padre y madre se murieron.—
. . . . . .
—Y para que no lo dudes
64 escucha este bello ejemplo:
¿No has visto por un cristal
[. . . . .]
penetrarse la luz clara,
68 [. . . . .]
y no dejar en el vidrio
ni señal de rompimiento?—
[. . . . .]
72 —Ahora, dijo, lo creo.
Tengo un vidrio en la ventana,
qu' es sin rotura ni a'ujero[6],
y por él entra la luz
76 y se queda el vidrio entero.
Dame el agua del bautismo,
que ser cristiana deseo.—
Un sacerdote cautivo
80 le a'ministró[7] el sacramento,
fuente que lava las manchas
en señal de rendimiento[8].
. . . . . .
84 —Padre mío, éste es su nieto.
Sabrá como soy casada
y soy gustosa de serlo.
[. . . . .]
88 —¿Cómo á mí me dices eso?
¿Qué dirán de mí, le dijo,
entre moros caballeros?—
. . . . .]

92 Levantó el brazo soberbio,
y al darle un golpe á la hija,
soltó [de la madre [9]] el pecho
el niño, y le dijo al moro:
96 —¡Detente, querido abuelo,
no me mates á mi madre,
qu' es quien me da el alimento;
mira que te mira Dios
100 y el castigo tendrís [10] presto!—
Se quedó el moro confuso
de ver al infante bello:
de unos tres días nacido
104 y le habló con tanto esfuerzo.
También abrazó á su hija
y también besó á su nieto.
Al viejo lo bautizaron
108 y Juan de Dios le pusieron,
al niño, Miguel de Dios,
y quedaron muy contentos.
Recogió toda su hacienda
112 con cuidado y con silencio,
y se fueron traficando
hasta llegar á Toledo.
—*¡Buenas noches, caballeros!* [11]—

---

1. Año de cuarenta y nueve,
sobre mil y setecientos. (DURÁN.)
2. Vide r. 110, n. 1.
3. *La que la*, por *á la que* pertenece á nuestra sintaxis popular, siempre con los verbos *llamar, nombrar*, y otros afines á éstos.
4. Según derecho. (DURÁN.)
5. [Estando en el lecho.] (DURÁN.)
6. Vide r. 41, n. 4.
7. Administró.
8. *Rendimiento* por *redención*; no lo he oído antes.
9. [De la madre]. (DURÁN).
10. Vide r. 12, n. 1.
11. *¡Buenas noches, caballeros!*—Estos romances ó *corridos* los recitan ordinariamente nuestros campesinos á la vera del fuego, después de las faenas del día, y algunos acostumbran, al concluír, saludar á los oyentes dándoles las buenas noches.

Comentario.— Este romance se conservaba con muchas lagunas en la memoria del recitador, hasta el punto de que es imposible, con sólo lo que él recordaba, darse cuenta de su argumento. Además, por desgraciada coincidencia, entre lo que falta está lo único que tiene algún interés: la curiosa explicación que da don Antonio Moreno de la secular leyenda del zancarrón de Mahoma. Los que deseen conocer íntegramente este romance, pueden leerlo en el *Romancero* de Durán, t. II, p. 297.

166

El pretendiente mezquino

(Recitadora: X. X., de setenta y cinco años, lo aprendió en Renca, provincia de Santiago; reside en Santiago.)

—Yo no sé con qué desgracia
he venido aquí, á este pueblo,
que siendo joven, bonita,
4 pues, tan inopia me veo,
[. . . . .]
ni aun para una saya tengo.
Ha querido mi desgracia
8 que un pretendiente que tengo
me sea tan á menudo (*sic*)
que estrellas hay en el cielo.
Mas, parece que ahí viene:
12 vamos, niñas, á encontrarlo,
á ver si le podemos quitar
alguna cosa [. . . . . .
. . . . .]
16 con amor ó con desprecio.
—Buenas noches, mi señora.
—Buenas las tengáis, mancebo.
—Señorita, si usté me quiere
20 la mitad que yo la quiero...

—¿Y qué has visto tú en mí
que te cause desconsuelo?
—Mujeres de la ciudad
24 y con voladores presos, (*sic*)
y por mucho que las quiero
mucho más miedo les tengo.
—¿Miedo me tienes tú á mí?
28 Pero al fin serás mi dueño,
porque hay treido[1] la intención
[. . . . .]
de querer á quien más dice.
32 porque así lo manda el tiempo.—
. . . . . .
—Regando tierras pa trigo,
¿de 'ónde quedrá[2] que le saque
tantos colgajos que trei[3]
36 por orejas y pescuezo?
—Yo no te pido colgajos,
bastantes tengo con éstos,
pues una saya imperiosa[4]
40 para lucir este cuerpo.—
. . . . . .
—¿Y pensabas, perro huaso[5],
con eso cara 'e carnero,
con esa pata de lobo
44 y esa chasca[6] del infierno,
que yo te había 'e querer?
—Miren [. . . . .]
lá perra huasa fruncida,
48 más afeitada que un cuerno:
á lazazos[7] y espueladas[8]
le quitaba el fruncimiento.—
. . . . . .
—¿Hay huinchas[9] para el pelo?
Hilo de Flandes me pela los dedos,
con mucho favor bordo unos güelos[10].

1. Vide r. 11, n. 2.
2. Vide r. 7, n. 2.
3. Trae. Vide r. 11, n. 2.
4. *Saya imperiosa.* ¿Querrá significar que es hecha del lienzo fabricado en Alemania y conocido en España con el nombre de *imperio*, ó que tiene la forma que en jerga de modistas recibe este nombre?...
5. Vide r. 145, n. 14.
6. Cabellera enmarañada, greña. Del quechua *chas'ka*, pelo erizado.
7. Azotes dados con el *lazo*, trenza de cuero provista de un nudo corredizo para coger animales.
8. Espoladas.
9. Cintas. *Huincha* tiene igual significado en quechua y en mapuche, que son las lenguas de las cuales proviene.
10. *Güelos* por *vuelos*, 6.ª acepción.

Comentario.—Este romance, que sólo conozco por esta estragadísima versión, parece que sirve para acompañar un juego de niñas. Es de procedencia española, sin duda alguna.

Fe de erratas

Página	Línea	Dice	Debe decir
83	6	hay	hai
143	20	63	64
152	10	1791	1781
345	3	encontró	entregó
431	4	Letelier	Sanhueza
457	4	amartaja	amortaja
522	24	atribuyas	atribuyas [2]
555	15	sta	ésta

En la página 99, línea 39, después de la palabra «apócrifo», debe leerse: «tanto más, cuanto figura también en una versión de Milá y en otras portuguesas».

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. XIX
BIBLIOGRAFÍA. XIX

Romances populares

			Págs.
ROMANCE	1.	El Cid en San Pedro de Cardeña. A	1
»	2.	» » » » » » » B	2
»	3.	Enojo del Cid al saber la afrenta hecha á sus hijas	5
»	4.	Bernardo del Carpio. A	9
»	5.	» » » B	10
»	6.	» » »	13
»	7.	El conde Alarcos	15
»	8.	Delgadina. A	27
»	9.	» B	29
»	10.	» C	31
»	11.	» D	33
»	12.	» E	34
»	13.	» F	36
»	14.	» G	37
»	15.	El reconocimiento del marido. A	45
»	16.	» » » » B	46
»	17.	» » » » C	48
»	18.	» » » » D	50
»	19.	» » » » E	51
»	20.	» » » » F	52
»	21.	» » » » G	53
»	22.	» » » » H	55
»	23.	» » » » I	56
»	24.	Blanca Flor y Filomena. A	59
»	25.	» » » » B	61
»	26.	» » » » C	62

Págs.

ROMANCE 27. Blanca Flor y Filomena. D..... 64
» 28. » » » » E..... 66
» 29. » » » » F..... 67
» 30. » » » » G..... 69
» 31. » » » » H..... 70
» 32. » » » » I..... 72
» 33. » » » » J..... 73
» 34. » » » » K..... 75
» 35. La mala mujer. A..... 79
» 36. » » » B..... 81
» 37. » » » C..... 82
» 38. » » » D..... 84
» 39. » » » E..... 85
» 40. » » » F..... 87
» 41. La adúltera. A..... 89
» 42. » » B..... 91
» 43. » » C..... 93
» 44. » » D..... 94
» 45. » » E..... 96
» 46. El penitente. A..... 105
» 47. » » B..... 106
» 48. » » C..... 106
» 49. La mala hierba..... 109
» 50. El galán y la calavera..... 113
» 51. La dama y el pastor. A..... 117
» 52. » » » » » B..... 118
» 53. » » » » » C..... 120
» 54. » » » » » D..... 122
» 55. Lucas Barroso. A..... 127
» 56. » » B..... 128
» 57. » » C..... 129
» 58. » » D..... 129
» 59. » » E..... 130
» 60. Muerte del señor don Gato. A..... 133
» 61. » » » » » B..... 134
» 62. » » » » » C..... 135
» 63. Bartolillo..... 137
» 64. El huaso Perquenco..... 141
» 65. El vaquero. A..... 143
» 66. » » B..... 144
» 67. » » C..... 145
» 68. Mambrú. A..... 147
» 69. » B..... 148
» 70. » C..... 150
» 71. El hilo de oro. A..... 155

Págs.

ROMANCE 72. El hilo de oro B 156
» 73. » » » » C 157
» 74. » » » » D 158
» 75. La fe del ciego. A 161
» 76. » » » » B 162
» 77. » » » » C 163
» 78. » » » » D 164
» 79. » » » » E 164
» 80. Las hijas de Medina 169
» 81. La ciega 173
» 82. La monjita 175
» 83. La niña mal casada 177
» 84. Navidad 179
» 85. La Magdalena 183
» 86. Camino del calvario 189
» 87. La devota 191
» 88. El martirio de Santa Catalina 197
» 89. Las tres hermanas 201
» 90. La Virgen presiente la Pasión. A 205
» 91. » » » » » B 206
» 92. » » » » » C 207
» 93. Las santas mujeres 209
» 94. Jesús y la Magdalena 211
» 95. La doncella 213

Romances vulgares

ROMANCE 96. Don Jacinto y doña Leonor. A 217
» 97. » » » » » B 236
» 98. » » » » » C 243
» 99. » » » » » D 248
» 100. Testamento de don Juan de Austria 251
» 101. Prisión y muerte de Atahualpa 259
» 102. El alarbe de Marsella. A 265
» 103. » » » » B 273
» 104. » » » » C 277
» 105. » » » » D 280
» 106. Don Juan de Lara y doña Laura. A 283
» 107. » » » » » » » B 288
» 108. » » » » » » » C 293
» 109. El caballero enamorado 299
» 110. La enamorada de Cristo. A 305
» 111. » » » » B 310
» 112. » » » » C 314
» 113. El nacimiento de Jesús 319
» 114. La expiación 321

Págs.

ROMANCE 115. Luis Ortiz. A..... 392
» 116. » » B..... 331
» 117. » » C..... 334
» 118. » » D..... 336
» 119. » » E..... 338
» 120. Bernardo del Montijo. A..... 341
» 121. » » » B..... 345
» 122. Agustín Urra. A..... 347
» 123. » » B..... 349
» 124. Pedro Cadenas..... 351
» 125. En una noble ciudad..... 353
» 126. Sebastiana del Castillo..... 355
» 127. Espinela. A..... 363
» 128. » B..... 370
» 129. María Santander..... 373
» 130. Cayetana. A..... 385
» 131. » B..... 388
» 132. Inés Marcela..... 391
» 133. Antonio Montero y Diego de Frías. A..... 393
» 134. » » » » » » B..... 396
» 135. El trigo y el dinero..... 399
» 136. Apartamiento del alma y del cuerpo..... 407
» 137. Los dos mágicos..... 413
» 138. La fiera malvada..... 423
» 139. El valiente chaucho..... 429
» 140. El moro Gerifalte..... 431
» 141. Los celos..... 433
» 142. Contra los mercaderes..... 437
» 143. Se lamenta de su mala fortuna..... 439
» 144 Los terremotos de Chile..... 441
» 145. La fiesta de la Candelaria..... 445
» 146. Miguel Jerónimo Triviños..... 451
» 147. Testamento de don Tomás Mardones..... 461

Romances vulgares procedentes de impresos

ROMANCE 148. La visión de Petorca..... 471
» 149. La avenida del Mapocho de 1783..... 491

Romances que se transforman en cuentos

ROMANCE 150. Don Manuel y Teresa..... 509
» 151. El mal padre..... 517
» 152. Artemio y Ortamia..... 521

Décimas y quintillas escritas sobre temas y versos de romances

ROMANCE 153. Bernardo del Carpio pide la libertad de su padre. 527
» 154. Desafío de Oliveros y Fierabrás..... 529
» 155. Juan Portela. A..... 533
» 156. » » B..... 535

Apéndice á los romances populares y vulgares

ROMANCE 157. El hilo de oro. E..... 539
» 158. Gazul..... 541
» 159. La hija del capitán..... 543
» 160. La adúltera. F..... 545
» 161. Cuando salí de mi tierra..... 549
» 162. Un día salí á pasear..... 551
» 163. Los viejos embusteros..... 555
» 164. Testamento de don Tomás Mardones. B..... 557
» 165. Celinda y don Antonio Moreno..... 565
» 166. El pretendiente mezquino..... 571
Fe de erratas..... 575

LS.C.
V647r
Author Vicuña Cifuentes, Julio (comp.)
Title Romances Populares y Vulgares.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU